

Nicole Williams

El lado irresistible de Jude

Traducción de

Andrea Montero
y Laura Rins Calahorra

Para Eric, el hombre a quien he amado, amo y siempre amaré.

Creíste en mí desde el principio, cuando yo no estaba tan segura.

Brindo por el 21 de abril de 2001; morados en las espinillas

y aun así aventurarte... Me alegro mucho de que lo hicieras..

Arriba y abajo. Una y otra vuelta. Aclarar y repetir. Esas eran nuestras pautas. Era nuestro mundo. Con un tío como Jude Ryder a mi lado, los altibajos de la vida eran más drásticos. Esa era nuestra realidad, nuestra historia... nuestra historia de amor. Nos peleábamos y hacíamos las paces. La fastidiábamos, y nos disculpábamos. Vivíamos y aprendíamos. Jude y yo habíamos cometido un montón de errores en la historia de nuestra relación, pero ¿una sola cosa en la que parecíamos no equivocarnos? El amor ferviente que sentíamos el uno por el otro. Esa era mi vida.

¿Y sabéis qué?

La vida me iba bastante bien, la verdad.

Incluso a pesar del hecho de que no tenía ni idea de dónde me encontraba.

—¿Qué estás tramando? —le susurré a Jude, que seguía conduciéndome hacia el interior de aquel agujero negro.

—Algo que te va a encantar —respondió, y me apretó los hombros mientras me guiaba.

Mis tacones empezaron a hacer eco a mi alrededor.

Así pues, estábamos en un túnel, aunque no tenía ni idea de qué túnel, porque Jude me había hecho cerrar los ojos en el momento en que le había abierto la puerta esa noche. Aparte de dar vueltas en su vieja y destartada camioneta durante la mayor parte de un viernes por la noche, había perdido el rumbo en todos los sentidos en que una pueda perderlo.

Partiendo del hecho de que Jude Ryder era mi prometido, podría decirse que mi rumbo había estado una pizca desviado en los últimos años, pero esa noche se estaba descarriando de manera especial.

¿El túnel tenía final? Cuanto más avanzábamos, más resonaban mis pasos a nuestro alrededor.

—Lo que quiera que estés tramando ¿es ilegal? —pregunté, aunque no estaba segura de querer saberlo.

—¿Eso es una pregunta con trampa? —Jude parecía divertido.

—¿Eso es una respuesta con trampa?

No contestó inmediatamente. En lugar de eso, sentí que la calidez de su boca me alcanzaba la nuca. Inhalé y exhalé profundamente, de forma lenta y sofocante, antes de que sus labios me rozaran la piel en el mismo punto.

Intenté no reaccionar como si su contacto tuviera propensión a volverme loca de los pies a la cabeza, pero, incluso después de años juntos, Jude todavía era capaz de hacer que me desmoronara con solo tocarme.

Se me puso la piel de gallina con un cosquilleo que descendió reptando hasta la parte baja de mi espalda cuando retiró la boca.

—No dudes de que esta noche habrá momentos que puedan clasificarse como ilegales en todos los estados del Cinturón Bíblico —dijo con la voz grave a causa del deseo. Aunque no tan grave como cuando me deseaba con urgencia; todavía sonaba lo bastante contenida como para saber que no iba a empujarme contra el muro más cercano para empezar a subirme la falda antes de dar un paso más—. ¿Contesta eso a tu pregunta?

—No —repuse, tratando de mostrar un gran dominio de mí misma. Tratando de que no sonase como si Jude hubiese hecho que se me encogiera el estómago de deseo con un solo beso—. No contesta mi pregunta. Así que volvamos a intentarlo... —Me aclaré la garganta, recordándome a mí misma que pretendía sonar inmutable—. Teniendo en cuenta el corredor por el que sea que me traes, y el lugar en el que sea que tienes pensado acabar, ¿alguna de estas entradas sin autorización podría considerarse ilegal ante un juez?

No emitió sonido alguno, pero noté claramente que estaba intentando contener la risa. Una de esas risas graves y vibrantes que reverberaban a través de mi cuerpo cuando se apretaba contra mí.

—Dicho así... —comenzó, y me detuvo de repente. Sus manos abandonaron mis hombros y me taparon los ojos—.

Sí, podría ser. Sin embargo —añadió—, tendrían que pillarnos primero. Abre los ojos, cariño.

Parpadeé varias veces para asegurarme de que lo que estaba viendo era real.

Al cabo de otra media docena de parpadeos, estaba razonablemente segura de que lo que captaban mis ojos era, efectivamente, real.

Estábamos dentro del Carrier Dome, el estadio de la Universidad de Siracusa, justo en la boca de uno de los túneles. Había pasado los últimos tres años asistiendo a prácticamente todos los partidos en casa y, sin embargo, nunca había visto esa parte del estadio. En el centro del campo, justo en la línea de cincuenta yardas, había una manta extendida con lo que parecía una cesta de picnic en una esquina y salpicada de velas blancas en tarros de cristal. Reinaban la calma, el silencio y la tranquilidad.

No eran las tres primeras palabras que normalmente utilizarías para describir un campo de fútbol universitario.

Y ese no era el lugar al que una chica esperaba que la llevase su prometido en una gran cita sorpresa para la que le había pedido que se arreglase.

Sonreí de oreja a oreja.

No era lo que yo esperaba, pero era exactamente lo que quería.

—¿Qué te parece? ¿Merece la pena lo de «ilegal»? —preguntó, y me rodeó la cintura con los brazos al tiempo que apoyaba la barbilla en mi hombro.

Yo era incapaz de apartar los ojos de la escena a la luz de las velas que tenía delante. Un picnic en la línea de las cincuenta yardas.

Sabía que probablemente no figuraría en la lista de las diez citas más deseadas por la mayoría de las chicas, pero ascendió inmediatamente al número uno para mí.

—Solo es ilegal si nos pillan —respondí, volviendo la cabeza para que Jude pudiera ver mi sonrisa, antes de liberarme de sus brazos y correr hasta la manta.

Era la primera vez que pisaba el campo desde que Jude y yo nos habíamos comprometido el primer año de universidad, pero lo cierto es que parecía que no hubiesen pasado más que unos días. Había descubierto otro de los clichés de la vida estando con Jude: cuanto más feliz eres, más rápido pasa. La vida era una maldita morbosa si la gente feliz se veía recompensada con una vida que parecía más corta. Fuese larga o corta, no importaba: yo no tenía intención de dejar a Jude de ninguna manera.

En la línea de las veinticinco yardas, me volví y continué corriendo de espaldas. Jude todavía estaba en la boca del túnel, mirándome con una sonrisa, aparentemente igual de enamorado de mí que el día que me confesó su amor.

Esa mirada, más que ninguna de las otras, me llegaba de todas las maneras en que se supone que la mirada de un tío debe llegar a su chica.

Examiné de nuevo las gradas para asegurarme de que estábamos solos. La sensación de exposición era enorme, lo cual resultaba perturbador, pero ¿cuántas veces podía decir una chica que había estado con el quarterback universitario número uno del país justo en la línea de cincuenta yardas?

Sí, aquello solo ocurría una vez en la vida, y yo no pensaba dejarlo pasar.

Inspiré lentamente, me cogí el dobladillo de la sudadera y empecé a levantármelo hasta el estómago.

La expresión de Jude cambió al instante. Las arrugas de su frente se hicieron más profundas, y frunció una de las comisuras de la boca.

Yo alcé una ceja, me quité la sudadera del todo y la arrojé al césped. La adrenalina bombeaba por mis venas. La expectativa de tener a Jude conmigo la había despertado, y la excitación de estar allí la estaba disparando hasta nuevas cotas.

Me llevé los brazos a la espalda y me desabroché el sujetador. Se liberó con un chasquido y descendió por mis brazos para unirse a la sudadera a mis pies.

Jude ya no me miraba a la cara.

Se humedeció los labios y echó a andar hacia mí.

Yo volví a caminar de espaldas, lanzándole una sonrisa coqueta. Iba a divertirme con él, a prolongar aquello. A desquitarme por lo que él me hacía a mí tan a menudo.

Se detuvo en cuanto empecé a alejarme, mirándome como si supiese exactamente a qué estaba jugando, y le encantó y odió a un tiempo ser mi marioneta.

Me paré lo indispensable para quitarme los zapatos, deslicé los pulgares por dentro de la cintura de mi falda y me la bajé hasta las caderas, frenando lo justo para tirar del tejido de mis braguitas al mismo tiempo. Dejé que la falda y mi ropa interior resbalaran hasta mis tobillos.

Los ojos de Jude descendieron inmediatamente, y su pecho subía y bajaba de forma visible incluso desde donde yo estaba, a treinta yardas. Cuando sus ojos ascendieron al fin hasta los míos, su mirada se había oscurecido y reflejaba una sola cosa.

Puro deseo.

Su cuerpo entró en acción lanzándose hacia el campo detrás de mí, corriendo a la misma velocidad a la que corría cuando jugaba un partido. Me volví y me reí con cada paso que daba para huir de él.

Huir de Jude era un esfuerzo inútil, tanto en ese momento como en la vida en general.

Jude siempre me alcanzaba. A veces me daba ventaja, pero nunca me dejaba llegar demasiado lejos.

En esa ocasión, apenas había recorrido diez yardas cuando sentí que sus fuertes brazos se ceñían a mi alrededor. Un grito de sorpresa interrumpió mi risa cuando me atrajo con fuerza hacia sí. No solo había conseguido cubrir treinta yardas en el tiempo que yo había tardado en correr menos de la tercera parte, por el camino se había quitado la camiseta. El calor que desprendía su pecho me encendió la espalda, y el movimiento de sus músculos contra mí al respirar encendió todo lo demás.

—¿Vas a alguna parte? —dijo, empujándome el cuello hasta que le proporcioné mejor acceso.

—A cualquier parte —respondí, y dejé caer la cabeza contra él cuando su boca descendió por el arco de mi cuello—. Mientras estés conmigo.

Advertí su sonrisa contra mi piel. Sus manos se deslizaron un poco más y se detuvieron al llegar a mis caderas.

—¿Qué te parecería si ese «cualquier parte» fuese esa manta de ahí?

—Diría que, aunque yo no lo viese tan claro, seguirías tratando de persuadirme —contesté, le acaricié los antebrazos con las manos y entrelacé mis dedos con los suyos, que seguían apoyados en mis caderas.

Me estrechó contra sí con más fuerza.

—Y tendrías razón —replicó, ascendiendo con nuestras manos por mi estómago al tiempo que me conducía hacia la manta. No se detuvieron hasta que se deslizaron debajo de uno de mis pechos y lo acariciaron.

Me mordisqueó el cuello y aceleró el paso hasta que zigzagueamos entre la luz de los tarros. Al borde de la manta, Jude me hizo darme la vuelta. Entreabrió la boca para inhalar de forma rápida y entrecortada. Esa era su expresión atormentada. Cuando no podía esperar para tenerme.

Una expresión que traté de saborear, porque nunca duraba. No podría contener mucho a Jude, antes de que él, o yo, o ambos dejáramos de intentar posponer lo inevitable.

—Maldita sea, Luce —jadeó, al tiempo que me acariciaba la mejilla con la mano—. Eres preciosa.

Sonreí. No tanto por lo que había dicho como por el modo en que lo había hecho. Jude expresaba sus emociones e intenciones con palabras y gestos que ejercían un efecto insano en el corazón de una chica.

—Si estás tratando de convencerme con algunos preliminares, te contaré un secreto. —Pasé mis brazos por su nuca—. Vas a tener suerte independientemente de lo que hagas o digas, así que puedes ahorrarte lo de susurrarme cosas bonitas para cuando me hayas cabreado y estés intentando conseguir un poco de sexo de reconciliación.

Se rió entre dientes. Sus ojos grises se oscurecían con cada caricia.

—No creo recordar haber necesitado nunca susurrarte cosas bonitas para acostarme contigo...

—Oh, cállate —le interrumpí con una sonrisa de suficiencia.

Se le elevó una de las comisuras de los labios un poco más.

—¿Por qué no me obligas? —me retó, y bajó la vista a mis labios.

Me apreté con más fuerza contra él y dejé que mis dedos descendieran por su estómago plano hasta detenerse en la cremallera de sus vaqueros. Desabroché el botón y deslicé mis manos en el interior de sus pantalones al tiempo que con mis labios cubría su boca, que dejó escapar un gemido.

Eso hizo que se callara inmediatamente.

2

Jude tenía la cabeza apoyada en mi regazo mientras hacía crujir una manzana y miraba el techo del estadio. Seguía desnudo de cintura para arriba, pero no había llegado a deshacerse del todo de los vaqueros. Al parecer, no habíamos sido capaces de justificar los tres segundos que habría tardado en quitárselos antes de ponernos manos a la obra.

No éramos grandes partidarios de la gratificación diferida.

Yo había vuelto a ponerme la sudadera y la falda antes de que cambiáramos un hambre por otra y nos lanzáramos sobre la cesta de picnic, aunque mis bragas y mi sujetador seguían tirados en la línea de las treinta yardas.

—Mañana es el gran día —dijo Jude, y dio otro mordisco a la manzana.

El aire olía a la dulzura picante de la fruta en su boca. Incapaz de resistirme, me incliné para besarle, pues quería saborear el aroma. Era incluso mejor combinado con el sabor de su boca.

Cuando volví a incorporarme, él rezumaba aquel célebre ego de Jude Ryder. Conocía el efecto que ejercía en mí. Y le encantaba.

A mí también me encantaba, aunque no me encantaba que lo diera por sentado.

—Mañana podrían ofrecerme un contrato en la primera ronda de selección —continuó, rodeándome el tobillo con los dedos—. Podríamos ser millonarios en menos de veinticuatro horas.

Tuve que esforzarme para no hacer una mueca. Esa conversación —el contrato, el dinero, el estilo de vida— había sido un motivo de disputa todo el año, pues era probable que Jude fuera escogido para jugar como profesional. Yo no estaba tan segura de qué me parecía, pero Jude parecía convencido por los dos.

El problema era que su seguridad no se me estaba contagiando. En todo caso, cuanto más seguro estaba él, menos lo estaba yo. El dinero tenía el potencial para cambiar las cosas. Tenía el potencial para cambiar a la gente. Me preocupaba cómo podía cambiarnos todo ese dinero. A mí me encantaba cómo era él, y yo misma, y lo nuestro, en ese momento.

Que escogieran a Jude en el penúltimo año de universidad era una oportunidad entre un millón, el tipo de posibilidad por la que los jugadores universitarios venderían su alma. Pero también significaba que Jude dejaría de estudiar. Él había llegado hasta ahí, y una parte de mí deseaba verle acabar la carrera, que dejara atónita a toda esa gente en casa que siempre le había encasillado como uno de esos chicos que no terminan el instituto. Jugar en la liga nacional siempre había sido su sueño. Yo no podía aplazar su sueño del mismo modo que él no podía aplazar el mío. —De cenar sándwiches de mantequilla de cacahuete esta noche a filetes de más de medio kilo de carne de primera mañana —prosiguió, y su rostro se iluminó mientras sus ojos viajaban a la tierra del dinero—. Podríamos comprar una casa, un coche elegante. Podríamos ir de vacaciones a Hawái. Volar en primera clase y todo ese rollo. Piensa en ello, Luce. Podemos conseguir cualquier cosa que queramos. Cuando queramos. Se acabó lo de quejarnos por la grasa debajo de las uñas o por atender mesas hasta tarde para pagar las facturas de la luz. —Hizo una pausa, y la sonrisa de satisfacción se afianzó en su rostro—. Podríamos tenerlo todo, cariño.

Tragué saliva.

—Yo creí que ya lo teníamos. —Mi voz sonó más triste de lo que pretendía.

La piel del entrecejo de Jude se arrugó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, y centró su mirada en mis ojos.

—Yo creía que ya lo teníamos todo —repetí—. He estado en ambos lados de la frontera del dinero, y lo único que cambia es el código postal. El hecho de tenerlo no puede hacerte feliz.

—Bueno, yo he estado en el lado perdedor del juego del dinero toda mi vida, y no tengo ninguna duda de que el dinero puede hacer tu vida mejor si ni siquiera encuentras suficientes monedas entre los cojines del sofá para poner la lavadora en la lavandería local. —Dejó la manzana a un lado, se incorporó y se volvió para tenerme delante.

La luz de las velas titilaba a su alrededor, oscureciendo las hendiduras de sus músculos e iluminando las partes más prominentes, y definía aún más los ángulos marcados de su mandíbula. Un hombre como Jude no debería considerarse guapo, pero en momentos como ese lo era.

Jude Ryder. Mi guapo prometido.

Estaba esperando una respuesta.

—Vale, entonces el dinero puede mejorar tu vida si estás en la miseria —concedí, apartando los ojos de los surcos de sus abdominales—. Pero nosotros no estamos en la miseria, Jude. Somos estudiantes con un techo sobre nuestras cabezas, gasolina en el depósito, sopa instantánea en el armario de la cocina y camisetas que vestir. No me imagino más feliz de lo que soy ahora mismo, y si fuera posible, el dinero sin duda sería lo último que me haría más feliz todavía. —Cogí la copa de plástico que Jude había llenado con una botella barata de espumoso y di un sorbo. Era delicioso. Estaba tan feliz con una botella de espumoso de cinco dólares del supermercado como lo habría estado con la mejor botella de champán que el dinero pudiera comprar.

—No, no estamos en la miseria, pero tampoco somos prósperos en lo que al dinero se refiere, Luce —repuso, al tiempo que me cogía la mano y se la llevaba al regazo—. Y tienes razón en lo de que el dinero no me haría más feliz de lo que soy ahora mismo. —Esbozó una sonrisa tan ancha que se le arrugó la cicatriz de la mejilla—. Pero sí que significa que por fin puedo deshacerme de mi camioneta de mierda y comprarme un gigantesco cacharro negro azabache de trescientos cincuenta caballos.

Puse los ojos en blanco y le di un empujón.

—Y podemos cambiar ese carricoche motorizado tuyo por un rápido descapotable —añadió.

—A mí me gusta mi Mazda —mascullé, cogí una uva del racimo y me la tiré a la boca.

—Y podemos permitirnos una casa con una habitación para cada día del año, y con tantas criadas y mayordomos que no tendrías que volver a levantar un dedo. A menos que fuese para pedir un zumo de naranja recién exprimido. —Estaba lanzado, las palabras brotaban de su boca mientras sus ojos destellaban con las imágenes. Los míos se iban entrecerrando a medida que se me revolvía el estómago.

—El dinero cambia a la gente, Jude —susurré, mirando fijamente mi copa.

Permanecimos en silencio mientras calaban mis palabras.

—¿Eso es lo que te preocupa? —me preguntó en voz baja—. ¿Que el dinero vaya a cambiarte?

Negué con la cabeza, concentrada en las burbujas que ascendían por la copa.

—No —contesté, antes de mirarle a los ojos—. Me preocupa que vaya a cambiarte a ti.

Entrecerró los ojos por un brevísimo instante antes de abrirlos al comprender. Me pasó un brazo por el cuello y me atrajo hacia sí.

—Ven aquí —me susurró al oído, rodeándome la espalda con el otro brazo—. Lo único que podría cambiarme eres tú, Luce —dijo—. Tú, y nada más. Montañas de dinero incluidas. —Percibí la sonrisa en su voz—. No importa lo que ocurra mañana o cuántos millones me pongan delante, seré el mismo tío que soy ahora mismo. —Me frotó la espalda, trazando lentos círculos en mi columna—. Solo iré a recogerte en una camioneta en la que no te dará vergüenza que te vean.

—Nunca me ha dado vergüenza que me vean contigo —repliqué, dejando que me metiera la cabeza bajo su barbilla—. Ni siquiera con esa chatarra de camioneta.

Soltó una carcajada.

—Es bueno saberlo, Luce. Es bueno saberlo.

3

—¿Cómo es posible que no estés nervioso? —le susurré a Jude, que se encontraba apoyado en una pared como si tal cosa.

Estábamos en la infame sala de espera, la primera noche de la ronda de selección de jugadores.

Me tendió la mano y alzó un hombro.

—Los entrenadores ya saben a quién van a seleccionar. Ya no puedo hacer nada para cambiar eso. —Le cogí la mano, tiró de mí y me abrazó con fuerza—. Sin embargo, sí que está empezando a preocuparme que puedas desmayarte en cualquier momento.

No estaba muy lejos de la verdad. Me recordé que debía respirar.

—Mientras sigas sujetándome así, al menos no me abriré la cabeza si lo hago.

Sus brazos se ciñeron en torno a mí antes de que empezara a balancearse a un compás imaginario.

—Eres capaz de bailar delante de cientos de personas sin inmutarte —dijo. El movimiento me resultaba relajante—, pero tu prometido está esperando la llamada para ver a qué ciudad se va a mudar para patear unos cuantos culos del fútbol de alto nivel, y estás a un pelo de perder la cabeza. —Me dio un beso en la sien y apoyó su frente contra la mía sacudiendo levemente la cabeza—. Justo cuando creía que te entendía, Lucy Larson.

Me reí como una histérica. Probablemente porque así era como me sentía.

—Tengo que mantener tu atención de alguna forma.

Las cejas de Jude se movieron contra mi frente.

—Eso se te da muy bien, Luce.

Otra vez ese tono. Con ese trasfondo que revelaba que estaba intentando decir algo más. En los últimos meses ese «trasfondo» se había ido acentuando.

—¿Y eso significa...? —pregunté, alzando mis cejas a la altura de las suyas. Me recordé que no estábamos solos, que nos hallábamos rodeados por los mejores jugadores de fútbol americano universitario, además de sus familiares y amigos más cercanos. No era el momento ni el lugar para enzarzarnos en una de nuestras discusiones.

—Significa que, si no estuviese pendiente de ti cada minuto de cada día, ya habría descubierto una forma de llevarte al altar —respondió, y todo cobró sentido. Estaba enfurruñado porque aún no me tenía en la cocina descalza y embarazada.

Vale, «descalza y embarazada» puede que fuese una exageración, pero resultaba innegable que Jude quería que fuese su esposa al segundo de haber accedido a casarme con él. No paraba de pedir, rogar, gimotear y, últimamente, enfurruñarse, cuando contestaba «Todavía no».

No tenía nada que ver con que no quisiera casarme con él. Jude iba a ser mi marido. Algún día yo sería la señora de Jude Ryder.

Era solo que no estaba preparada para que el gran día fuese justo ese día. O el anterior. O el siguiente, ya puestos. Yo quería acabar de estudiar y adquirir experiencia bailando durante varios años antes de convertirme en una señora. No quería ser conocida como la única chica de la historia del siglo XXI que había ido a la universidad para sacarse el título de señora.

De modo que mi respuesta era «Todavía no».

Pero algún día.

Sin embargo, eso no era lo que Jude quería oír. Así que, en lugar de replicarle con mi lista de razones válidas para posponer la boda, reconduje la conversación. Me había convertido en una profesional de la distracción.

—Y si no te hubiese mantenido pendiente durante los últimos tres años, no estarías a punto de ser seleccionado en la primera ronda y renunciar a tu vida por montones de dinero —repuse devolviéndole sus propias palabras.

—Vamos, Luce. Estoy empezando a cansarme de todas estas estratagemas para distraerme —dijo, y me miró desde arriba sin apartarse de mí—. El matrimonio no es el fin del mundo.

—Entonces ¿por qué sigues comportándote como si el hecho de que no quiera dar el sí mañana mismo lo fuera?

—Porque que me digas «Ahora no» sí que es el fin del mundo —contestó, esforzándose por contener la sonrisa—.

Vamos, cariño, cástate conmigo —añadió, no como una pregunta, sino como una orden. En lugar de responder, dejé pasar los segundos en silencio—. ¿Te casas conmigo? —insistió, esta vez como una súplica. Me doblegaba un poco más cada vez que Jude me imploraba que me casase con él.

—Voy a casarme contigo —contesté.

Me sonrió con suficiencia.

—¿Cuándo?

Le devolví la sonrisa.

—Pronto.

—¿Puedo tenerlo por escrito? —preguntó—. ¿Una fecha, una hora y un lugar quizá? Ya sabes, solo para asegurarme de estar presente cuando te entren ganas de casarte. —Apartó la vista, y sus ojos se ensombrecieron.

Maldita sea. Habíamos pasado oficialmente de estar ligeramente molestos a dolidos en toda regla. Odiaba que Jude se sintiese así, pero no podía ceder. No pensaba casarme porque me sintiera culpable. Ese matrimonio estaría abocado al fracaso, y cuando dijera «Sí, quiero», sería para toda la vida.

—Jude Ryder —le incliné la barbilla para que me mirase—, ¿estás teniendo dudas? Creí que eras inmune a eso. —Traté de esbozar una sonrisa, aunque resultó superficial—. ¿Te preocupa que no vaya a casarme contigo? —Incluso el tono ligero de mis palabras sonaba artificial, demasiado edulcorado para ser creíble.

Jude apoyó la cabeza en la pared y alzó el rostro hacia el techo. No podía mirarme, o no quería hacerlo, pero sus brazos no dejaron de sujetarme con fuerza. Y supe que no importaba lo que dijéramos o hiciéramos, nunca dejaría de hacerlo. Esa era una de las numerosas razones por las que quería a ese hombre.

—Estoy empezando a preocuparme —confesó finalmente, y recorrió la habitación con la mirada, fingiendo interés por el puñado de jugadores que caminaban de un lado al otro como leones enjaulados y por sus respectivos séquitos de familia y amigos, quienes trataban, infructuosamente, de tranquilizarlos.

—Jude —dije, tirándole de nuevo de la barbilla—. Jude, mírame. —Esperé a que se volviera hacia mí. Y capté un atisbo de lo vulnerable que era. Del terror que le producía verse abandonado un día por la persona a la que más quería. De cómo yo había despertado los fantasmas de su pasado (que su madre le abandonase y que su padre fuera a la cárcel) con mi indecisión. Verle de esa forma casi me hizo salir corriendo hacia la capilla más cercana.

Casi.

Tuve que morderme la lengua para evitar pronunciar las palabras que sabía que habrían aliviado su dolor al instante. Pensé con cuidado en las que esperaba que le tranquilizasen.

—Me casaré contigo algún día, más pronto que tarde —comencé, sosteniéndole la mirada, sin siquiera permitirme un parpadeo que rompiera el contacto—. Nunca ha habido una sola duda acerca de que soy tuya. Y de que tú eres mío. ¿De verdad importa tanto un pedazo de papel? —Ya sabía cuál era la respuesta de Jude.

—Sí —contestó, y apretó la mandíbula, y sus ojos destellaron—. Mierda, sí que importa, Luce.

Me encogí ante su tono.

—Quiero estar contigo de todas las formas en que una persona puede estar con otra. Todas —continuó en voz baja—. Quiero que seas mi esposa. Mi. Esposa —repitió, y el Jude Territorial escapó de la jaula.

Al Jude Territorial se le daba bien despertar a la Luce Temperamental.

—Y entonces ¿qué? ¿Me regalas un nuevo delantal y una espátula cada Navidad y me meas en la pierna todos los días antes de irte a trabajar para marcar tu territorio? —le espeté como respuesta, consciente de que había gente que podía oírnos, pero sin importarme ya.

—Maldita sea, Luce. —Jude echaba chispas mientras hurgaba con la lengua en la parte interna de su mejilla—. No te pongas en plan loca y tergiverses mis palabras. Si quisiera a una pequeña ama de casa sumisa y respetable, seguro que no me habría enamorado de ti, joder. —Jude estaba a un pelo de gritar, y yo sabía que no tardaría en hacerlo, dado que tenía pensado mandarle a un sitio muy concreto y acto seguido decirle que metiera la cabeza allí donde no llega el sol.

Y entonces sonó su teléfono.

Y se hizo el silencio en la sala. Nuestra discusión se acabó tan rápido como había empezado. Se sacó el móvil del bolsillo y me miró. Tenía los ojos muy abiertos de emoción, brillantes de expectación. Esa era la llamada que había estado esperando durante prácticamente tres años. Cada partido de su carrera universitaria le había costado sangre, sudor y lágrimas, y ahora esos sacrificios estaban a punto de verse recompensados.

O billetes de dólares.

Me dirigió una sonrisa rápida y me atrajo aún más hacia él con el brazo con el que aún me rodeaba. Parpadeó al mirar el móvil. Luego abrió los ojos como platos.

—San Diego —susurró, examinando la pantalla de nuevo. La sonrisa le partía el rostro por la mitad. Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, cuyo sonido rompió el silencio de la sala.

Asentí con la cabeza y le sonreí como muestra de apoyo. Aquello era lo que él quería; ese equipo era su primera elección. Lo merecía. Necesitaba que le respaldase.

Cogió la llamada y se llevó el teléfono al oído.

—Señor, acaba de seleccionar al capullo más trabajador con el que se va a encontrar jamás.

Me quedé boquiabierta, aunque solo un poco. Hacía mucho que había aprendido que Jude nunca decía o hacía lo que se esperaba.

Al otro lado de la línea dijeron algo que hizo que Jude se riera.

—Pienso hacerles ganar unos cuantos campeonatos, señor —contestó, rebosante de alegría—. Gracias por darme la oportunidad.

Aparte de la voz de Jude y mi corazón, que parecía que iba a salirse del pecho, la habitación se encontraba en silencio. Todo el mundo había dejado de caminar arriba y abajo y se volvía para mirarnos. La mayoría de los jugadores parecían alegrarse por él, asentían en señal de reconocimiento, aunque algunos mantenían expresiones agrias, sin duda desconcertados por el hecho de que Jude Ryder hubiera recibido la llamada antes que ellos.

Yo tenía una respuesta: Jude era el quarterback universitario más prestigioso del país y creía en el juego en equipo, a diferencia de un número creciente de fanfarrones que pensaban que el fútbol americano era un deporte individual. Cuando colgó, Jude tenía el rostro lívido de la impresión; entonces pasó rápidamente a lo más emocionado que lo había visto nunca. Jude dejó caer la cabeza hacia atrás y dejó escapar un aullido que hizo temblar las vigas.

La habitación se llenó de vítores, pero los aullidos de Jude seguían reinando por encima de una docena de gritos más. No pude evitarlo: al verle así, tuve que unirme a él. Ni siquiera toda mi aprensión y ansiedad podían atenuar la alegría que sentía en ese momento.

Eché la cabeza yo también hacia atrás, grité junto a él y alcé los brazos al aire. Jude lo había conseguido. No solo lo había conseguido; lo había hecho en la primera ronda. De delincuente reincidente a uno de los jugadores de fútbol americano más buscados y, aunque todavía no me había dicho la cifra, probablemente uno de los mejor pagados del país.

En ese tipo de cosas consistía el sueño americano, y yo tenía la oportunidad de experimentarlo a su lado.

Jude me levantó en el aire como si no pesase más que un balón de fútbol y empezó a darme vueltas.

—¡Lo hemos hecho, Luce! —me gritó, y la cicatriz se le estrechó en la mejilla con su sonrisa—. Lo hemos hecho de verdad.

Y en eso era en lo que Jude y yo teníamos opiniones distintas. Yo pensaba que lo habíamos estado haciendo, y haciéndolo genial, todo el tiempo. Pero le devolví la sonrisa y asentí con la cabeza.

—Sí, cariño —contesté—. Lo hemos hecho.

Estábamos en el aeropuerto, en otra de esas despedidas desgarradoras. Aquí entra el hada del *déjà vu*.

Al menos esa vez Jude no se lanzaba en tromba por el control de seguridad vestido con una bata de hospital, aunque en ese momento yo estaba llorando tanto como entonces.

—¿Por qué lloras, Luce? —me susurró Jude al oído, agarrándome como si tuviera miedo de soltarme.

Le rodeé con mis brazos con más fuerza, y sorbí contra su camiseta mojada. No es que estuviera húmeda o mojada por las lágrimas, estaba completamente empapada.

—Se me ha metido algo en el ojo.

—Esa es mi chica dura —contestó, y la sonrisa resultó patente en su voz.

Me sentía todo menos dura en ese momento, todo menos fuerte, pero si para él era más fácil creer que lo era, entonces le seguiría el juego.

—Vas a perder el avión —dije, y me tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

—Hay otro —respondió—. El entrenamiento no empieza hasta mañana, así que no importa a qué hora llegue esta noche. —Jude no estaba hablando a la ligera. No le habría importado perder su vuelo y coger uno más tarde si eso significaba permanecer así un poco más.

Pero si esa noche llegaba tarde, al día siguiente estaría agotado en su primer entrenamiento, y necesitaba estar al cien por cien. San Diego tenía que saber desde el primer día que habían tomado la decisión correcta. Las primeras impresiones lo eran todo, las segundas no valían para nada.

—No —repuse, obligándome a levantar la cabeza de su pecho—, no puedes perder el avión. Así que ponte en marcha. —Le di un golpe en la espalda y le miré a la cara.

Tenía la frente arrugada cuando bajó la vista hacia mí.

—Sí, lo sé. Soy una llorona —reconocí, y forcé una sonrisa.

—No te puedo dejar así —dijo él al tiempo que me secaba una lágrima con el pulgar—. Me he alejado de ti demasiadas veces cuando no debería haberlo hecho, cuando me necesitabas. No pienso volver a hacerlo.

Para Jude aquello no eran simples palabras. Él nunca decía ni hacía nada por quedar bien. Hablaba completamente en serio cuando decía que no pensaba marcharse, con vuelo o sin él, dejándome hecha un mar de lágrimas. Yo necesitaba ser fuerte por él, como él lo había sido por mí innumerables veces.

Parpadeé y me sequé los ojos con la punta de la manga de la sudadera. Me obligué a esbozar lo que me parecía una sonrisa convincente, y me encontré con sus ojos. Tenía las comisuras arrugadas de preocupación, el resto de su expresión estaba un escalón por debajo de atormentada. Aquel debería haber sido un momento de celebración, pero yo lo había echado a perder por culpa de mis lágrimas.

Nuestras vidas estaban a punto de cambiar, de dar un giro de ciento ochenta grados, y mientras cualquier otro ser humano en la faz de la tierra habría considerado que un contrato de siete dígitos por jugar para uno de los mejores equipos de la liga sería el mejor giro que una pareja podía dar, yo sentía lo contrario. El dinero y la fama cambiaban a la gente. La transformaban. Y pese a que yo confiaba plenamente en Jude, no tenía ninguna fe en el mundo al que estaba a punto de verse empujado.

Los jugadores de fútbol como especie atraían a las mujeres. Los quarterbacks que ganaban millones jugando al fútbol los domingos por la noche se veían rodeados de toda clase de mujeres enormemente sexys. Jude se marchaba a California, la meca de las chicas guapas, y la última imagen que tendría de mí era la de una Lucy con la cara roja y el pelo de recién levantada recogido en una coleta, y vestida con el pijama, puesto que nos habíamos dormido y Jude casi había perdido el avión.

Hablando de vuelos, Jude tenía que mover el culo hacia el control de seguridad del aeropuerto en unos dos minutos.

—Vete. Estoy bien. —Hizo una mueca—. Mejor que bien. —Aclaré sonriéndole—. Ve a patear unos cuantos culos de primera. Demuéstrales que son un puñado de nenazas sobrepagadas y sin talento. —Me puse de puntillas y apreté mis labios contra los suyos. Me sentí abrumada por el deseo de más, como siempre que nos besábamos.

Cuatro años juntos, y cada beso todavía me hacía temblar de pies a cabeza. Jude tenía un don, y a mí no me avergonzaba reconocerlo.

—Dos semanas hasta que vuelva a verte —dijo contra mi boca, y bajó las manos hasta mis caderas—. Será mejor que me des uno bueno. Uno bueno de verdad.

Mi sonrisa se curvó contra su boca. «Será mejor que me des uno bueno», había sido nuestra frase de despedida en los últimos cuatro años siempre que teníamos que decirnos adiós por cualquier intervalo de tiempo. Era un momento agri dulce, pero nunca dejaría que pasase sin darlo todo.

Esa vez, no fue una excepción.

Le acaricié el cuello con los dedos y le atraje hacia mí.

—Será mejor que tú me des uno bueno a mí.

—Sí, señora —contestó él, y me cogió del trasero para levantarme en el aire.

Le rodeé la cintura con las piernas, y nuestras bocas se movieron una contra la otra de formas que deberían haber quedado reservadas para el dormitorio, y no para la gente que se abría paso por el aeropuerto.

De todas formas, ¿a qué venía tanto tabú contra las muestras públicas de afecto? Tampoco obligábamos a nadie a mirar.

Jude se movió para sostenerme con un brazo mientras me pasaba el otro por la nuca. Me sujetó con firmeza y me atrajo hacia sí. Nuestros labios se apretaron con fuerza, y mi lengua se adentró en su boca, saboreándole.

Explorándole. Aclamándole.

Los dedos de Jude se hundieron un poco más en mis nalgas mientras seguíamos besándonos, y su tenue gemido se vio amortiguado por el coro de vítores que se alzó a nuestro alrededor. Los jóvenes agentes de la agencia de seguridad eran los que más alto reían, aunque había una marea de soldados en uniforme que tampoco se quedaban atrás en el concurso de silbidos.

La mano izquierda de Jude dejó mi cuello y se extendió detrás de mí. Por las risitas que siguieron a los vítores, podía imaginar qué señal le estaba haciendo a todo el mundo.

—Capullos salidos —murmuró contra mi boca, devolviéndome al suelo.

Últimamente, Jude era cada vez menos dado a las muestras públicas de afecto, mientras que yo aceptaba lo que fuera. Donde quiera que fuera. Él decía que tenía algo que ver con el hecho de que no le gustaba que un puñado de tíos se masturbaran pensando en su prometida más tarde esa misma noche.

Fulminó con la mirada al más ruidoso de los mirones, y luego volvió a centrarse en mí. Solo con imaginarle alejándose de mí, podía sentir que se me volvían a anegar los ojos de lágrimas.

—Me gustaría poder ir contigo —susurré antes de darme cuenta de lo que estaba diciendo.

Sus cejas tocaron el cielo.

—Puedes, ¿sabes? —replicó él rápidamente, con la vista puesta ya en el mostrador de billetes.

—Me quedan un par de semanas de clase —contesté a la misma velocidad, volviendo su cabeza antes de que se dirigiese al mostrador.

—Entonces ven el día que terminen las clases —sugirió—. Te mandaré un billete y puedes pasar el verano en la playa mientras yo me dejo el pellejo en el campo.

—Exacto. Estarás tan ocupado con los entrenamientos que no te veré nunca.

—Pero al menos seré capaz de arrastrarme hasta la cama contigo cada noche —dijo al tiempo que volvía a dejarme en el suelo. Era raro, pero la sensación de mis pies en suelo firme resultaba menos natural que cuando rodeaban a Jude.

—Y entrar en coma después de tus dos sesiones de entrenamiento diarias —repliqué.

Se le curvó una de las comisuras de la boca.

—Puede que esté agotado cada noche, pero nunca estaré lo suficientemente cansado para eso. —Suspiré de exasperación—. Solo tendrías que estar tú arriba.

Le di un empujón, con lo que solo conseguí que se riera.

—Que me den una paliza en el campo durante el día y disfrutar de una sesión de sexo con una vaquera por la noche.

—Sus ojos se oscurecieron—. Suena como mi ideal de verano.

Fruncí el entrecejo, no de forma amenazadora, en absoluto, sino maravillada de poder mirar su hermoso rostro y sentirme encandilada, incluso en ese momento.

—Vamos —insistió—. Ven conmigo. —Iba a abrir la boca para objetar cuando me cortó—. Cuando termines las clases.

—Voy a hacer un curso de verano, Jude —dije apartando la vista. Puede que hubiera olvidado mencionarlo.

—¿Qué?! —Dio un grito ahogado—. ¿Cuándo lo has decidido? —Parecía enfadado y herido a partes iguales.

—Cuando decidí que quería llegar a ser la mejor bailarina —le espeté.

Jude hizo una pausa antes de contestar.

—Sáltatelo —contestó al fin—. No necesitas ir a clase. Puedes bailar sin más.

Sentí como empezaban a arderme las puntas de las orejas a causa de la sangre que bombeaba a través de mi cuerpo.

—Sin un título, tendría suerte de bailar como suplente en un escenario de teatro comunitario —dije, y cada palabra fue un maremoto emocional—. Necesito hacerlo. Necesito abrirme mi propio camino como tú has hecho con el tuyo.

—Sí, pero mi camino nos va a dar millones, así que ¿por qué no cruzas hasta el mío? —dijo sin el menor asomo de remordimiento.

—Esto no tiene que ver con el dinero, Jude —repuse a punto de gritar. ¿Por qué no lo entendía? El dinero era dinero, solo eso.

Se removió, como si quisiera frotarse las sienes por la frustración.

—Entonces ¿de qué va? —me preguntó—. Porque has admitido que no es por el dinero. No es por mí. No es por el matrimonio. —Su voz se fue alzando—. Entonces ¿de qué demonios va todo este rollo de «abrirme mi propio camino sin ti», Luce? Creía que formábamos un equipo. Creía que tomábamos las decisiones que más nos convenían como pareja.

Abrí la boca para replicar cualquier cosa, pero habría sido mentira. Cuando había fallado en todo lo demás, cuando de verdad estaba hasta el cuello, hice de no mentir a Jude una prioridad. Me mordí el labio mientras buscaba una respuesta. Los hombros de Jude se hundieron cuando el resto de su cuerpo se relajó.

—Vamos, cariño, ¿de qué va?

Negué con la cabeza, y me clavé varios dientes más en el labio.

—No estoy segura —reconocí, y pese a que sabía que era una mierda de respuesta, al menos era la verdad. No estaba segura de por qué era tan importante para mí abrirme mi propio camino en el mundo, pero lo era.

No creí que Jude pudiera parecer más frustrado. Se aclaró la garganta, me cogió por el codo y volvió a atraerme hacia él.

—Cásate conmigo, Luce —me susurró, y sus ojos rogaban por encontrarse con los míos.

Maldita sea. No iba a hacérmelo otra vez. Jude sabía que sentía verdadera debilidad por él y, junto con ese tono de súplica y esos ojos atormentados, su efecto en mi resolución resultaba demoledor.

—Lo haré —dije, negándome todavía a mirarle a los ojos.

Él no dejó que mis palabras surtieran efecto.

—¿Ahora mismo? —preguntó, con tal esperanza que resultaba solemne. Y yo iba a acabar con ella de un tajo en la garganta.

—En breve —susurré, y mi sonrisa se vio atenuada por mi ceño.

Él guardó silencio durante lo que me pareció una hora, como si estuviese esperando a que me retractase, o procesando las palabras y el significado que había detrás de ellas. Finalmente, suspiró; un largo y profundo suspiro que atrajo nuevas lágrimas a mis ojos.

—Te quiero, Luce —dijo, y me besó en la frente—. Si cambias de idea, ya sabes dónde encontrarme. Me casaré contigo en medio de la noche en cualquier capilla de mala muerte de las Vegas si esa es nuestra única opción. Lo que tú quieras, cuando tú quieras. Estaré allí. —Hundió el rostro en mi pelo, e inhaló profundamente antes de volverse y echar a andar hacia las puertas de seguridad.

El nudo que tenía en la garganta era tan fuerte que me impedía dejar salir las palabras, y mis ojos estaban tan anegados en lágrimas que no veía más que una sombra alta que se alejaba de mí. Habían transcurrido dos segundos desde su última caricia y ya mi cuerpo tenía mono de él.

Iban a ser dos semanas muy largas.

5

Dos semanas —catorce días— no habían transcurrido lentamente sin más. Cada segundo que pasaba fue como vivir un año en el infierno. Jude me había llamado todas las noches, y parecía tan hecho polvo como esperarías que lo estuviera un novato en la liga nacional tras una sesión doble de entrenamiento a casi treinta grados. Yo vivía por y para esas llamadas, pero de algún modo también las temía, porque sabía que al cabo de poco tiempo colgaríamos y el reloj se pondría a cero hasta que volviéramos a hablar. Otras veintitrés horas y media en el reloj, por favor.

Trataba de mantenerme ocupada, absorta en las últimas semanas de clase, bailando hasta entrada la noche para un público inexistente, solo un auditorio vacío. Había hecho mi último examen final el día anterior y estaba segura de que mi tercer año en la universidad había sido el mejor hasta la fecha.

Había pasado la mañana recogiendo impresos de solicitud con la esperanza de conseguir un trabajo que encajara con mi curso de verano. Sin embargo, muchas facultades ya habían comenzado las vacaciones, y parecía que la mayoría de los trabajos, o al menos aquellos en los que no pagaban una miseria, ya estaban cogidos. Tendría suerte si encontraba un curro de media jornada atendiendo mesas por la noche.

Lo aceptaría. No era remilgada, especialmente en ese momento. Aceptaría cualquier trabajo que encontrase, y más con Jude fuera todo el verano. Necesitaba algo —en realidad, muchas cosas— para evitar echarle de menos.

Y si eso significaba servir café y patatas fritas hasta hartarme, sencillamente lo haría.

Tras reunir una veintena de solicitudes, me había parado en varios mercados especializados en busca de los ingredientes perfectos para la cena de esa noche, porque ese día era el número catorce. La esperadísima llegada de Jude. Y ahí entraba el coro de aleluyas, porque me había pasado todo el día diciendo tonterías y alzando las manos al cielo. El vuelo de Jude llegaba tarde, así que no sería exactamente una «cena», pero nunca había visto a Jude Ryder rechazar una buena comida independientemente de la hora del día o de la noche.

Desde que había empezado la universidad había aprendido a cocinar. Bueno, más o menos. No por curiosidad, sino por necesidad. La comida de la cafetería era el último recurso, sobre todo después de haber comido las obras maestras culinarias de mi padre durante años. De hecho, estaba casi segura de que el ingrediente principal de la pasta de la cafetería era el cartón.

La otra opción era cenar fuera todas las noches, lo cual, con un apetito como el de Jude y el ínfimo presupuesto de un estudiante universitario, resultaba imposible. Así que aprendí a cocinar. Nada muy elaborado, pero comida casera buena y nutritiva.

El menú de esa noche consistiría en pollo asado, puré de patatas con ajo y judías verdes, uno de los platos favoritos de Jude. Al igual que los fines de semana a lo largo del curso y los dos últimos veranos, me había trasladado al apartamento de Jude en White Plains. Ese año, sin embargo, tenía pensado vivir allí el último curso de universidad y utilizar el transporte público para desplazarme a la ciudad. Estaba harta de vivir en residencias. Harta.

El apartamento se hallaba en un estado ruinoso, pero, Dios, me encantaba. Era nuestro. El lugar donde podíamos estar juntos. Donde habíamos creado más recuerdos que la mayoría de las parejas en toda una vida. Era mi hogar, y me alegraba de pasar otro verano allí.

Habría sido más feliz si Jude también hubiera estado, pero a partir de esa noche le tendría durante casi veinticuatro horas, porque excepcionalmente tenía un día libre y no regresaría hasta el lunes por la mañana. Así que, en cuanto entrara por la puerta, no iba a obsesionarme con el hecho de que se marcharía en menos de veinticuatro horas. Pensaba vivir cada segundo como si se tratase de un año. Pensaba doblegar el tiempo, vengarme por lo que me había hecho durante las dos semanas anteriores.

Miré la hora en el nuevo iPhone que Jude me había enviado la semana anterior, el primero de lo que dijo serían muchos regalos bonitos. Tras advertirle de que no empezara a tratarme como a alguna amante cara a la que había mandado al otro lado del país, le había dado las gracias efusivamente y le había tirado varias docenas de besos por mi nuevo y bonito teléfono.

—¡Mierda! —chillé cuando me rocé la mano accidentalmente con la cazuela de las judías verdes, que llevaban más de una hora cociéndose a sesenta grados.

Estaba a punto de poner la quemadura debajo del grifo cuando la hora se registró en mi cerebro.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Jude iba a llegar en cualquier momento, y yo no estaba lista. Esa noche quería que todo estuviese perfecto.

Normalmente le habría recogido en el aeropuerto, pero entonces no habría podido sorprenderle con lo que había estado preparando durante los últimos dos días.

Parecía dolido cuando le dije que tendría que coger un taxi porque tenía planes. Pero cuando repetí que «tenía planes» justo con la entonación correcta, pude intuir su clásica sonrisa a través del teléfono.

Me cubrí las manos con unas manoplas de cocina y llevé las judías a la mesa a toda prisa. No era más que una mesa de plástico de metro ochenta rodeada de sillas disparejas, pero cuando la cubrías con un bonito mantel, subía una categoría, de modo que parecíamos menos estudiantes pobres y más recién licenciados con sus primeros trabajos remunerados.

Depositó la cazuela en la mesa y oí pasos en la escalera. Pasos atronadores. Las paredes eran así de finas y los pasos de Jude eran así de ruidosos.

Me aflojé el nudo de la bata, me la quité y la arrojé al sofá. Tras comprobar que las velas estuvieran encendidas, la mesa puesta y la música de fondo al volumen preciso, me dejé caer en la silla. La silla estaba helada, y el frío se extendió desde mi columna hasta mi trasero. Una silla plegable de metal probablemente no era la mejor opción para una chica desnuda.

Bueno, desnuda salvo por los zapatos de ante turquesa que había escogido a juego con la corbata que llevaba atada con holgura en torno al cuello. Una corbata en la que se leía SAN DIEGO sobre un rayo amarillo varias docenas de veces.

Me recosté en la silla y puse los pies encima de la mesa cruzando los tobillos al tiempo que daba vueltas a la corbata entre mis dedos. Era un momento muy a lo *Pretty Woman*. De hecho, esa película, repuesta cada noche en televisión, había sido mi inspiración.

Los pasos resultaban cada vez más sonoros, a tan solo unas zancadas de nuestra puerta. Cogí aire y traté de tranquilizarme, pues estaba alcanzando la cima de una anticipación de proporciones épicas. Aparte de la temporada que lo dejamos en el instituto, nunca habíamos pasado tanto tiempo sin vernos. Debería haberse considerado una forma de tortura permanecer separada de un tío como Jude Ryder durante dos semanas.

Que te clavaran brotes de bambú por debajo de las uñas era un juego de niños comparado con lo que yo había pasado.

Me retoqué el pelo, y miré la puerta sin pestañear, esperando que los pasos se detuvieran delante de ella... y luego, cuando continuaron por el pasillo, esperando a que dieran media vuelta y regresaran.

Esperé un minuto, mucho después de que los pasos hubieran desaparecido en un apartamento. Vale, falsa alarma. Pero llegaría pronto. Quizá se había entretenido en el aeropuerto, o quizá esa noche había mucho tráfico. O quizá... No, no iba a permitirme seguir en esa dirección. Jude iba a aparecer. Estaría ahí. Nada podría mantener a Jude apartado de lo que deseaba, y menos la liga nacional.

Fue entonces cuando sonó el teléfono y me sobresalté. Todavía no me había acostumbrado al tono de mi nuevo móvil. Lo cogí con torpeza y sonreí al ver la foto de Jude.

—¿Dónde estás? —le pregunté en cuanto lo tuve en las manos—. Tengo una sorpresa increíble esperándote. Permaneció en silencio un par de segundos, y entonces suspiró.

Me dio un vuelco el corazón.

—No vas a venir, ¿verdad? —Traté de evitar sonar tan decepcionada como me sentía.

Otro suspiro.

—Lo siento mucho, Luce. El entrenador ha decidido sacarse de la manga una sesión de entrenamiento extra obligatorio para los novatos esta tarde a última hora, y además ha convocado otra para mañana temprano. —Le costaba hablar, como si hubiese estado corriendo, y se oía alboroto de fondo—. He intentado mandarte un mensaje entre un ejercicio y otro para que lo supieras, pero parece que no te ha llegado.

No. Definitivamente no lo había hecho.

—¿Dónde estás? —pregunté mientras descruzaba los tobillos y bajaba los pies al suelo. No tenía sentido mantener esa postura si él no iba a aparecer para disfrutar de la vista.

—En el vestuario. Te he llamado en cuanto he acabado el entrenamiento de hoy —me explicó tratando de alzar la voz por encima de cincuenta de sus compañeros de equipo—. ¿Me oyes bien?

—Sí, te oigo —contesté, pero él no esperó a mi respuesta.

—¡Eh, chicos! —gritó, y sus palabras sonaron amortiguadas por lo que supuse que era su mano sobre el micrófono del teléfono—. ¿Os importaría bajar un poco el volumen? ¡Tengo a mi chica al teléfono!

Para un novato como él, vocear a sus compañeros de equipo quizá no fuera la mejor forma de forjar amistades, pero tras un coro inicial de «ohs» y sonoros besos al aire que reverberaron en el vestuario, los ruidos de fondo se atenuaron.

Increíble. Dos semanas en el equipo y ya había conseguido ganarse el respeto de sus compañeros. No era que necesitase confirmación, pero Jude sin duda había encontrado su vocación.

—Luce, ¿así está mejor?

—Sí —respondí, frunciendo el entrecejo hacia la mesa y toda la comida que había tardado medio día en preparar—, muy bien.

—Lo siento, preciosa. Lo siento muchísimo. No puedes imaginar cuánto necesito verte ahora mismo —añadió, y percibí el dolor en su voz. Era el mismo dolor por la separación que me invadía a mí en ese preciso momento—. Necesito mi dosis de Luce. Desesperadamente.

Me mordí la parte interna de la mejilla; no pensaba llorar por eso.

—Yo también necesito mi dosis de Jude desesperadamente —dije—. Bueno, ¿y cuándo podremos vernos? —Si decía en dos semanas más, no estaba segura de cómo iba a conservar la cordura.

—¿Puedes volar el jueves que viene? —No esperó mi respuesta—. El viernes tengo poco trabajo y solo medio día el sábado. Podríamos pasar juntos cada minuto que no esté en el campo. Te lo prometo. ¿Vendrás?

No sabía por qué me suplicaba. Yo necesitaba verle tanto como parecía que él necesitaba verme a mí.

—Claro que iré. Reservaré mi vuelo esta noche.

—Ya está hecho —dijo—. Te mandaré un mensaje de correo con la información del vuelo más tarde.

Claro que lo había hecho.

—¿Tan seguro estabas de que diría que sí?

Percibí como esbozaba una sonrisa de suficiencia al otro lado del teléfono.

—Estaba seguro de que podría convencerte, fuera cual fuese tu respuesta.

Pese a que Jude no podía verla, le devolví la sonrisa.

—Ya no estás en el campo, Ryder. No te olvides de dejarte el ego allí.

Soltó una de sus carcajadas graves y resonantes.

—Tú mejor que nadie deberías saber que este ego viene conmigo a donde quiera que vaya, Luce.

—Por soñar... —fue mi respuesta.

Aquello provocó otra carcajada.

—Entonces... —bajó la voz—, ¿qué llevas puesto?

Si él supiera..., saldría corriendo al aeropuerto y cogería el primer vuelo.

Bajé la vista a mi cuerpo. No era mucho.

—Algo.

—¿Algo? —repitió, como ofendido—. ¿Cómo se supone que va a sobrevivir un hombre otra larga semana lejos de su chica con «algo»?

—Usa tu imaginación —le sugerí, dando vueltas a la corbata mientras trazaba un plan.

—Me he quedado sin imaginación —replicó con un gruñido—. Necesito detalles. Detalles detallados. —Bajó la voz de nuevo, como si temiera que uno de sus compañeros de equipo pudiera escucharle—. Para empezar, ¿qué tal el color, el material y el modelo de las bragas que llevas?

El calor comenzó a ascender por mi cuerpo. Me gustaba esa sensación.

—Sería difícil de detallar —dije, bajando la voz—, porque no llevo.

—¡¿Qué?! —La voz de Jude estalló al otro lado del teléfono. Me lo aparté del oído por si gritaba otra vez. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz susurrante y controlada—. ¿Hablas en serio, Luce?

—¿No te gustaría estar aquí para averiguarlo? —lo provoqué, a lo cual siguió otro gemido inmediatamente.

—Creí que no podía sentirme peor por no haber conseguido ir esta noche, pero debería haberlo sabido —respondió—. ¿Qué más llevas o no llevas puesto? —fue la siguiente pregunta.

Sonreí. Resultaba agradable saber que podía volverle loco desde la otra punta del país después de que hubiera sufrido unas buenas diez horas de entrenamiento. Eché un vistazo a mi cuerpo de nuevo. ¿Zapatos? ¿Una corbata? Y entonces me di cuenta de que una imagen valía más que mil palabras.

—Es difícil de explicar —comencé—. ¿Por qué no me saco una foto y te la mando?

—Me gusta la idea. —Sonó como si esbozara una sonrisa traviesa.

Igual que yo.

—Vale, voy a colgar y luego te envío la foto. ¿Te parece bien?

—Me parece... genial —contestó.

En cuanto puse fin a la llamada, volví a subir los zapatos de tacón a la mesa. Me coloqué la corbata en el centro del pecho, me pasé el brazo detrás de la cabeza y me agarré al respaldo de la silla. Probé varios gestos en la pantalla de la cámara, y me decidí por el que imaginé que más le gustaría a Jude: una leve sonrisa coronada por una mirada expectante. Saqué la foto y la miré para comprobar que se haría una idea de lo que llevaba o no llevaba puesto. Una idea clara.

Sí, era sexy.

Escribí un rápido mensaje en el que se leía: ME GUSTARÍA QUE ESTUVIESES AQUÍ, y pulsé enviar antes de que pudiera arrepentirme. El mensaje apareció como enviado, y apenas había tenido tiempo de morderme el labio inferior cuando me sonó el teléfono.

La imagen de Jude surgió de nuevo en la pantalla. Eso sí que era rapidez.

Dejé que sonara un par de veces más antes de contestar.

—Bueno —dije—, ¿qué te parece la corbata?

Jude volvía a respirar aceleradamente.

—¿Qué corbata?

Me reí; parecía hablar en serio.

—Ah, ¿te refieres a la corbata enterrada entre esos preciosos pechos? —Su voz no era más que un susurro—. Si no estuviera tan furiosamente celoso de ella, quizá me gustaría y todo.

La acaricié de nuevo con los dedos.

—Bueno, la compré para ti, así que me aseguraré de llevarla la semana que viene. Sé que tienes un total de una corbata a tu nombre, así que ahora tendrás dos.

—Y lo primero que voy a hacer es atarte con ella y follarte hasta que los dos no podamos más.

Sí, sentí esas palabras hasta lo más hondo.

—Jude —le advertí—, puede que no sea el mejor momento para hablar de sexo y *bondage* cuando estás rodeado de compañeros de equipo. Van a pensar que llevamos alguna clase de rollo perverso.

—¿Y se equivocarían? —Había cierto grado de provocación en su voz, pero solo un poco.

—Sí —aseguré—, lo harían. No nos van las fustas, ni las cadenas o lo que sea que haya por ahí. Yo soy una purista del sexo.

—¿Acabas de utilizar las palabras «sexo» y «purista» en la misma frase? —replicó visiblemente ofendido.

—La respuesta es afirmativa. —Di un sorbo de agua para refrescarme.

—Por favor, Luce, por mi orgullo y ego como hombre, por favor, no vuelvas a usar las palabras «purista del sexo» para describir lo nuestro. Quiero decir, ¿qué más? ¿Vas a compararnos con un helado de vainilla?

—No —contesté; me pareció divertido que se sintiera tan insultado.

En lo que se refería a lo que Jude y yo hacíamos entre las sábanas, o a horcajadas en el respaldo del asiento reclinado, o contra una pared, o sobre el capó de su camioneta, etcétera, etcétera, etcétera, no había ni un espacio para la queja. Pero tenía la necesidad de divertirme un poco con él.

—Yo diría que nuestra vida sexual está más en la línea de la vainilla francesa, si tuviera que asignarle un sabor.

—Ya vale —repuso con determinación—. Te voy a presentar al primo malo de la vainilla francesa, el chocolate intenso. —El ruido de fondo empezó a atenuarse de repente al tiempo que oía el eco de sus pies al correr por un pasillo.

—Ryder, ¿qué disparate estás tramando ahora? —¿De verdad quería saberlo? Una de las muchas cosas que me encantaban de Jude era su capacidad para mantenerme en suspense. Él era la espontaneidad personificada, y yo me había rendido ante ello en algún momento del camino.

—Vainilla francesa —repitió, ofendido, mientras continuaba corriendo—. Me siento insultado.

—Jude, vamos —dije, negando con la cabeza—. ¿Me has oído quejarme alguna vez? Porque ni se me ha pasado por la cabeza un solo suspiro de queja en lo que respecta a ti y a mí y a...

—Nuestro sexo de vainilla francesa —me interrumpió.

Me tapé la boca para contener la risa.

—¿Qué estás tramando? El suspense me está matando.

—Ya te lo he dicho —respondió al tiempo que sus zapatos de fútbol se detenían—. Te voy a presentar al primo malo de la vainilla francesa. —Se oyó un chirrido agudo atenuado por un quejido grave; era un sonido con el que estaba familiarizada.

—¿Qué estás haciendo en la camioneta? —le pregunté inclinándome hacia delante en mi silla. La conversación había dado un giro de agobiante a intrigante en apenas dos minutos—. No estarás pensando en cruzar el país en esa chatarra, ¿verdad? Porque quizá creas que a esa tartana todavía le quedan otros cien mil kilómetros, pero te dejará tirado antes de que cruces la frontera del estado de California.

Resopló. Jude se ofendía en serio cuando alguien intentaba criticar al segundo amor de su vida: el trasto de su vieja camioneta, que estaba tan hecha polvo que resultaba imposible adivinar de qué marca y modelo había sido originalmente. Puede que Jude quisiese una nueva camioneta de lujo algún día, pero esa siempre ocuparía un lugar especial en su corazón.

—No, por mucho que me encantaría romper todas las normas de tráfico y límites de velocidad que existen en el país para presentarte a chocolate intenso en vivo, vas a tener que esperar hasta el jueves.

Necesitaba otro trago de agua.

—¿Sabes qué dicen? Que la clave de la felicidad consiste en tener algo por lo que contar los días —dije, y di otro largo trago por si acaso.

—Te enseñaré algo por lo que contar los días. —Jude dominaba el arte de la inflexión; y esas palabras no fueron una excepción.

Que le dieran al vaso. Iba a tener que empaparme con agua si seguía hablando así.

—Más todavía por lo que contar.

—Voy a colgar, Luce, y te llamo enseguida —dijo—. ¿Vale?

—Hummm, ¿vale?

La línea se cortó y, antes de que pudiera preguntarme qué estaba tramando, mi teléfono estaba sonando de nuevo. En lugar de la foto de Jude que normalmente aparecía en la pantalla siempre que me llamaba, el teléfono me mostraba en tiempo real, solicitando una llamada de Face Time.

Acepté la petición de Face Time y me vi en la pantalla unos segundos más antes de desaparecer y que apareciera alguien a quien me gustaba mucho más mirar. Coloqué el teléfono de modo que solo tuviera una visión de mí de cuello para arriba.

Esbozó aquella perversa sonrisa inmediatamente.

—Hey, Luce.

—Hey, Jude —repuse, alzando una ceja.

Verle hizo que mi corazón se alegrara y me doliera al mismo tiempo. Quería ser capaz de alcanzarle a través de ese teléfono y tocarle y tener sus manos en mi cuerpo. Parecía que hubiera pasado una eternidad desde la última vez que habíamos estado juntos. El día que los fabricantes de móviles descubrieran una forma de programar el teletransporte o la opción de la realidad virtual en los denominados «teléfonos inteligentes» sería el día que yo los llamaría «inteligentes».

—Bonita camiseta —le dije, admirándole.

Su piel se había oscurecido al sol del sur de California, y el pelo, que normalmente llevaba corto, le había crecido un poco y era ligeramente más claro. Sus ojos grises eran metálicos esa noche, en algún punto entre plateados y color peltre. Un velo de sudor le cubría el rostro, tenía manchas de suciedad en el cuello, y las hombreras le hacían parecer de tamaño aún más sobrehumano de lo normal.

—Bonita cara —replicó él, y su sonrisa se hizo más pronunciada.

—Como sé cuánto te gusta —contesté—, quería que tuvieras un primer plano.

—Cariño, esa cara es tan bonita que un hombre moriría feliz mirándola, pero no puedes hacerme esto cuando sé lo que tienes expuesto más abajo. —La piel del entrecejo se le arrugó cuando entornó los ojos. El gesto atormentado de Jude resultaba casi tan sexy como esa sonrisa suya.

—¿Te refieres a esto? —dije, e incliné el teléfono de modo que recorriera mi cuerpo. Lentamente. Vi como el gesto de Jude pasaba de atormentado a expectante, a excitado y terminaba en voraz.

Guardó silencio, no se oía nada salvo su respiración entrecortada, que se intercambiaba con la mía.

—Maldita sea —jadeó cuando deshice el recorrido, y acabé en mi cara de nuevo.

Le sonreí con timidez. No sé por qué lo hice: Jude me había visto desnuda más de lo que me había visto yo misma, pero había algo en el hecho de compartirlo por teléfono, cuando no había forma de que me tocara, que hacía la experiencia como diez veces más íntima.

—Eres un capullo con suerte —citó su frase favorita.

—Como si no lo supiera. —Se humedeció los labios con la lengua—. ¿Tienes algo en lo que apoyar el teléfono? —me preguntó, moviendo el suyo para hacer lo mismo, supuse.

—Puede...

—Luce —dijo, exasperado.

—Vale —me rendí, y deslicé la botella de champán por la mesa. Apoyé el móvil en ella y ajusté su posición para que Jude pudiera verlo todo—. He improvisado con la botella de champán con la que se suponía que íbamos a celebrarlo esta noche como dispositivo manos libres. ¿Estás contento?

—Siempre estoy contento —respondió mientras se revolvió en el asiento de su camioneta—. Porque vas a necesitar tener las manos libres para lo que estamos a punto de hacer.

Me atraganté con el agua. Otra pieza del puzzle encajó en su sitio.

—¿De qué demonios estás hablando, Ryder? —dije tras aclararme la garganta—. ¿Y por qué demonios te mueves tanto? —Su cara desapareció de la pantalla cuando se levantó. Deslizó las manos a los costados, tirando de la costura de las mallas de fútbol.

—Quitarme los pantalones —contestó como si tal cosa. Sin el menor asomo de vergüenza.

Su torso descendió justo antes de que captara la versión X de su vídeo.

—¿Por qué? —le pregunté, y se me quebró la voz.

Entreabrió los labios, revelando una sonrisa que hizo que se me tensaran los muslos.

—Porque estoy a punto de desafiar a la vainilla francesa.

Mierda. Estaba loco. Loco de remate.

—A mí me gusta la vainilla francesa —repose, y me temblaba tanto la voz que habría pasado por una virgen la noche del baile de promoción.

—Si te gusta la vainilla francesa, Luce, te garantizo que esto te va a encantar.

Mierda, mierda, mierda.

—¿Me va a encantar el qué? —Me maldije a mí misma. ¿Por qué hacía preguntas cuya respuesta ya conocía?

—Tocarte para mí —replicó con la voz tan grave que resultaba oscura.

Mierda otra vez hasta el infinito.

—No pienso hacerlo —repose con firmeza. Las guarras practicaban sexo telefónico. Yo seguro que no. Haría cualquier cosa por Jude, con la excepción de eso quizá.

—Sí, vas a hacerlo —repuso, y su seguridad era justo lo contrario de lo que yo sentía—. Solo finge que es mi mano.

—No tendría que fingir si estuvieses aquí, como se suponía —solté alzando las cejas.

—Esta noche estás de muy mal humor, Luce —dijo—. Un orgasmo lo arreglará. —Me interrumpió antes de que pudiera replicar—. Sabes que lo hará. Vamos, cariño. ¿Por mí?

Y entonces me dirigió la mirada, la mirada. Aquella en la cual sus ojos se dulcificaban. En la batalla hombre contra mujer, esa mirada no debería estar permitida.

Me hacía ceder cada puñetera vez. Esa también.

—Vale. —Suspiré—. Por ti.

Su sonrisa estalló por un momento, justo antes de dar paso al deseo.

—¿Quién es un capullo con suerte? —preguntó retóricamente señalándose con un dedo—. Eso es. Este tío.

Me reí, relajándome una vez que había aceptado el giro que estaba tomando la noche. De hecho, no solo me estaba relajando, me estaba excitando de verdad.

Necesitaba otro trago de agua, pero me había acabado el vaso antes de empezar a hablar de sexo por teléfono. Me mordí el labio y sentí que el rostro se me encendía. ¿Cómo comportarse en esa situación? No tenía ningún manual. Si me hubiese tomado una copa de champán, me habría sentido más desinhibida. A juzgar por la dilatación de las pupilas de Jude, supuse que no había tiempo para eso.

—Bueno... —comencé—, ¿cuándo empezamos?

Habría sido la peor profesional del sexo telefónico de la historia, cosa de la que mis padres habrían estado orgullosos.

Jude elevó una comisura de la boca.

—Yo ya lo he hecho, Luce.

Maldita sea, saber que Jude se estaba tocando en ese momento me hizo perder el control de mi cuerpo de una forma familiar. No haría falta mucho «tocar» para el resto.

—Supongo que debería haberlo sabido por esa sonrisa de tonto —dije, y deslicé mi mano hacia su sitio.

—Esa es mi chica —dijo con voz ronca.

Al principio cerré los ojos, cuando mi cuerpo empezó a acelerarse a causa del contacto.

—¿Qué demonios estamos haciendo? —pregunté, y mi propia voz resultó áspera.

—Lo mejor que podemos con lo que tenemos esta noche, Luce —fue su respuesta inmediata.

—Y desafiar a la vainilla francesa—añadí, acariciándome el estómago con la otra mano antes de tirar de la corbata de forma sugerente.

—Mierda. —Jude exhaló; los músculos de sus hombros cogían velocidad.

Dejé caer la cabeza hacia atrás, y empecé a acariciarme el pecho, pellizcándome el pezón.

—Maldita sea. —Los ojos de Jude no podían abrirse más—. Estamos poniendo la vainilla francesa en su sitio, cariño.

Si no hubiese sido por su seguridad, combinada con el modo en que yo misma había puesto ese tren en marcha, habría estado intentando autoconvencerme de parar todo aquello. Pero ya había ido demasiado lejos como para poner el freno.

—¿Qué estás imaginando ahora mismo? —le pregunté mirándole a los ojos, fingiendo que eran sus manos las que me tocaban.

—¿Con la vista que tengo ahora mismo? —dijo, y me guiñó un ojo—. ¿Quién necesita imaginación? Esto de aquí, una mujer preciosa tocándose como tú lo estás haciendo, es el sueño americano, Luce.

Sus palabras volvieron a hacer vibrar mi cuerpo de placer.

—Solo pongamos que hubieras venido esta noche... —comencé—. Y acabarías de entrar en el apartamento. ¿Qué habrías hecho?

—¿Quieres que te diga cosas sucias, Luce? —preguntó con una sonrisa de suficiencia—. Porque lo único que tienes que hacer es pronunciar una palabra y me alegraré de decirte cosas muy, muy sucias.

—Una palabra —bromeé.

—Si no estuviese a punto de correrme, te echaría un sermón acerca de tu falta de progresos como cómica.

—Espérame —dije, y me clavé los dientes en el labio inferior. Eso siempre lo volvía loco.

—Siempre, Luce. Siempre.

—Vale, entonces acabo de entrar por la puerta —empezó bajando los hombros—. Y ahí estás tú, desnuda salvo por esa chula corbata en torno a tu cuello, tocándote y rogándome con la mirada que te folle.

Uno de los numerosos dones de su ADN seductor era su voz. Era lo bastante grave para hacer vibrar a una mujer hasta sus entrañas, y aun así lo bastante clara para atravesarla con ella. Sin embargo, siempre que compartíamos un momento de intimidad, esa voz se volvía todo lo profunda que podía, y vibraba en todos los lugares correctos.

—Cruzaría esa habitación en apenas dos segundos, y te tomaría contra la pared más cercana dos segundos después

—continuó, y se le marcaron los músculos del cuello. Se estaba conteniendo.

No tendría que hacerlo mucho más tiempo.

—Te quitaría esa corbata del cuello, te sujetaría las manos a la espalda y te las ataría con tanta fuerza que podría hacer contigo lo que quisiera como quisiera.

—Oh, Dios. —Suspiré mientras levantaba la pierna para apoyarla en la mesa y tener mejor acceso.

—Entonces, en el tiempo que tardarías en rodearme con las piernas, me habría bajado la cremallera y habría puesto mi boca sobre la tuya. Y entonces, cariño —prosiguió echando él también la cabeza hacia atrás—, no te lo daría hasta que tú me lo pidieses.

A ese ritmo, con ese tipo de palabras, no iba a aguantar mucho más.

—Entonces, con las muñecas a la espalda, y las piernas alrededor de ti, resbalaría por tu cintura, tentándote hasta que te hiciese buscarlo. —¿Esas palabras acababan de salir de mi boca? En ese punto al borde del éxtasis, no podía estar segura.

—Y tú estarías tan lista para mí que penetraría tan profundamente en tu interior que podría correrme inmediatamente —continuó, gimiendo hasta el final—. Pero entonces tú empezarías a moverte, meneando las caderas con ese movimiento que sabes que me vuelve loco, y entonces...

—No porque tú fueses precoz —le interrumpí, sintiendo que llegaba al clímax—, sino porque yo soy una diosa del sexo, te susurraría palabras sucias al oído al tiempo que te apretaría contra mí, y te correrías con tal fuerza que me volverías loca.

—Oh, Dios —gimió, arrugando el rostro—. No puedo esperar, Luce. Voy a correrme —dijo con los ojos fijos en mí—. Y voy a imaginar que estoy dentro de ti cuando lo haga.

Eso era lo único que necesitaba. El empujón final antes de seguirle.

Mi cuerpo se tensó todo lo que podía antes de ceder, y entonces me eché a temblar a causa de la intensidad del orgasmo.

—Jude... —jadeé una y otra vez mientras él hacía lo mismo con mi nombre, seguido de un par de vulgaridades. Cuando las últimas olas de placer recorrían mi cuerpo, descansé mi pierna de nuevo en el suelo. Me temblaba la parte inferior del cuerpo, y respiraba de forma irregular.

—Puede que me haya equivocado, Luce —dijo Jude después de que los dos comenzáramos a respirar con normalidad de nuevo.

Me acomodé en la silla y le ofrecí una sonrisa posorgasmo.

—¿Equivocado en qué?

—En que verte bailar era lo más bonito que había visto en mi vida.

Mi sonrisa se ensanchó un poco más.

—Ah, ¿sí?

—Ah, sí —repetió—. Porque lo que acabo de tener el placer de ver durante los últimos cinco minutos ha sido en otro campo de juego completamente distinto.

Me reí. La expresión de su rostro era seria.

—Y yo quiero felicitarte por improvisar y conseguir convertir una noche asquerosa en algo... no tan asqueroso.

Se inclinó hacia delante.

—Felicidades a ti, Luce —contestó con un guiño.

Me sonrojé más de lo que ya lo estaba. Me sentía físicamente destrozada. Destrozada en el buen sentido de la palabra. La parte interna de mis muslos seguía temblando, mi pezón izquierdo estaba irritado a causa del dolor que le había infligido, y me dolía el cuello de moverlo de un lado al otro.

—Bueno —dije—, entonces ¿mañana a la misma hora? —Estaba bromeando, pero solo en parte.

Jude alzó una ceja.

—¿Quién dice que tenemos que esperar hasta mañana por la noche para repetir? —repuso, y se recostó de nuevo contra el asiento de la camioneta—. Tengo toda la noche, Luce.

Cogí el teléfono y me encaminé hacia la habitación. Iba a ponerme cómoda para esa ronda.

—Yo también.

Me había quedado dormida. Lo supe porque me desperté con sensación de pánico, en busca del teléfono para ver la hora. Sin embargo, en lugar de mostrarme el reloj, la imagen que aparecía en mi teléfono era la de la habitación de Jude. El contador de Face Time seguía en funcionamiento, y alcanzaba los seis dígitos.

Dejé caer la cabeza de nuevo en la almohada y exhalé. Por primera vez desde septiembre, al parecer, no pasaba nada por que me durmiese. No tenía ninguna clase temprano, ni ningún ensayo al que salir corriendo antes del desayuno. Aparte del curso de verano, mi horario estaba abierto para llenarlo como quisiera.

Me puse de costado y miré su habitación. Debía de haberse dejado el teléfono para que pudiera despertarme con esa imagen. Un pequeño y gran gesto al mismo tiempo.

El equipo le había buscado un hotel para los entrenamientos de pretemporada hasta que encontrase algo permanente, de modo que yo había supuesto que algunos jugadores se quejarían por la falta de espacio. Por lo que parecía, la habitación de hotel de Jude era casi tan grande como nuestro apartamento. Además, era como cinco veces más bonito y la décima parte de viejo.

Después del segundo asalto de la noche anterior, Jude había sugerido que mantuviéramos Face Time conectado para poder dormirnos juntos. Bueno, fue más bien una exigencia, pero una a la que estaba más que dispuesta a acceder. Para cuando él había vuelto a su habitación, yo ya casi me había quedado dormida, cansada tras pasarme el día corriendo, los dos orgasmos y tras discutir con él acerca de lo cara que sería su factura de teléfono si hacíamos eso de Face Time toda la noche, todas las noches, como él quería.

Él dijo que le importaba un bledo la factura o el dinero; le importaba verme dormirme cada noche. Sí, me derretí y cedí en ese preciso instante.

Me hice un ovillo con la almohada y miré su habitación vacía. Las sábanas estaban revueltas, las mantas a los pies de la cama, y las almohadas apiladas en una torre inclinada. Jude nunca había dormido bien, nunca lo hacía más de dos horas seguidas, aunque yo sabía por qué se despertaba de golpe, ahogando un grito, con el cuerpo cubierto de sudor. Jude tenía pesadillas. Del mismo tipo que yo, solo que en las suyas el punto de vista era diferente. Él estaba a un lado del arma y el hombre que había matado a mi hermano, y yo estaba en el otro.

Los fines de semana, cuando compartíamos cama, decía que había dormido mejor, pero, sabiendo las veces que se despertaba sobresaltado en medio de la noche cuando yo estaba con él, no quería ni imaginarme cómo serían sus noches cuando yo no estaba a su lado.

Esa mañana Jude tenía entrenamiento temprano. Y tarde. Como todos los días. De hecho, cuando no se encontraba en el campo, solo podía estar en tres sitios: en el restaurante del hotel, sentado en aquel sillón gigantesco mientras hablaba por teléfono conmigo o intentando, sin éxito, dormir en la cama que yo estaba mirando. Tenía una vida ajetreada, las horas ocupadas con lugares a los que ir y gente con la que interactuar.

Mi vida daba la sensación de ser justo lo contrario.

Con Jude fuera, tenía la danza, las clases nocturnas y a un puñado de amigos que, la mayor parte del tiempo, estaban demasiado ocupados con sus propias vidas para pasar el rato conmigo. Hacía meses que no veía a Holly, la amiga más antigua de Jude; tener un trabajo a jornada completa, vivir al otro lado del país y tener un niño de casi cuatro años eran motivos suficientes para mantener ocupada a una chica. Cuando Indie, mi antigua compañera de habitación, no estaba enrollándose con algún corredor de bolsa en uno de los clubes de la ciudad que frecuentaba, estaba en Miami bailando hasta el anochecer, enrollándose con algún latino, por los que tenía debilidad. Thomas, mi pareja de baile, trabajaba como camarero por las noches en la ciudad y tenía problemas de chicas con la bailarina con la que llevaba un año saliendo. Lo que él denominada «problemas de chicas» para el resto de nosotros eran cuernos. A Thomas le gustaba pensar lo mejor de todo el mundo, Dios lo bendiga, y esa cualidad le honraba... siempre que no salieras con una chica que diera por sentado que acostarse con un montón de tíos a espaldas de su novio era aceptable.

Después de coger mi móvil de su soporte, tardé unos segundos en ser capaz de pulsar «finalizar». Tenía una ventana a la habitación de Jude y no quería cerrarla. Pero la vida debía continuar; y no podía quedarme todo el día metida bajo las sábanas mirando una cama deshecha al otro lado del país. Tenía que levantarme, llevar a cabo una rutina y esforzarme por fingir que mi corazón no había volado a San Diego con él. No era un concepto extraño para mí: finge hasta que lo consigas; tras el asesinato de mi hermano, me había pasado cinco años haciéndolo.

Sabía que esto era diferente, Jude no había sido asesinado a sangre fría; lo sabía. Pero me sentía como si mis pulmones fuesen a colapsarse con cada respiración, y el lugar en el que solía latir mi corazón era como un hueco vacío.

Tampoco es que necesitase más pruebas, pero maldita fuera si no quería a ese hombre más de lo que era bueno para mi salud.

Escribí un mensaje rápido, pulsé enviar y luego me obligué a salir de la cama. ¿Ducha o café primero? Después de considerarlo durante un minuto largo, me di cuenta de que al parecer era incapaz de tomar hasta las decisiones más intrascendentes.

Tras un par de minutos de indecisión, opté por el café primero. Tenía un puñado de solicitudes que rellenar, por no mencionar el desastre que debía limpiar en la cocina y el comedor. Luego me ducharía, y me dirigiría al estudio de danza, y después...

Oh, Dios. Estaba viviendo mi vida como si se tratase de un programa de instrucciones paso a paso. Todo menos genial. Para demostrarme a mí misma que no era de las que seguían las instrucciones al pie de la letra, pasé a la acción. Me duché primero, y luego me puse a trabajar en las solicitudes de trabajo mientras esperaba a que se hiciese el café.

Me había bebido media cafetera para cuando acabé con el octavo y último formulario. Sacudí la muñeca, convencida de que estaba experimentando la primera fase de túnel carpiano a causa de aquella maratón de llenar espacios en blanco, metí una muda en mi bolsa de danza y me apresuré a salir del apartamento. Habían pasado dos semanas, y todavía no me había acostumbrado a estar sola en él.

No estaba segura de que fuese a lograrlo alguna vez.

Dos horas más tarde, había entregado las ocho solicitudes. En la mitad de los sitios me dijeron que los puestos ya habían sido ocupados; en la otra mitad me dijeron que echarían un vistazo y me llamarían si querían entrevistarme. Cuando les decía que les llamaría la semana siguiente, enseguida me respondían con alguna variación del «No nos llames, ya te llamaremos nosotros».

Las perspectivas en el departamento de trabajo de verano no eran halagüeñas.

Sin Jude una semana más. Sin trabajo quién sabía cuánto tiempo. Sin amigos a menos de media hora de viaje.

Para cuando llegué al estudio, estaba nadando en la autocompasión. Solo había una forma de detener ese tren de autocompasión inmediatamente.

Me había puesto las puntas y estaba lista en tiempo récord. Me moví sin el acompañamiento de la música; cada movimiento era una extensión de lo que sentía. Para cuando empecé a sudar, mi fiesta de la autocompasión había acabado. Y para cuando comencé a sentir un hormigueo en los dedos de los pies, había liberado suficientes endorfinas como para recordarme a mí misma que la vida me iba bastante bien.

Me tomé un descanso para beber agua y miré mi teléfono. Lo hice para comprobar si tenía alguna llamada perdida o mensajes, pero me llamó la atención la hora. Casi se me salen los ojos. Debería haber dejado de sorprenderme cómo podía perder el tiempo cuando bailaba como lo había hecho ese día, pero perder cuatro horas en lo que parecían un par de bailes era algo a lo que no me acostumbraría nunca.

El estudio estaba tranquilo los fines de semana por la noche y, aparte de una empleada adolescente obsesionada con su móvil, yo era la última persona en el local. Tras volver a ponerme los zapatos, me apresuré hasta mi coche y corrí a un apartamento vacío. Encendí todas las luces, incluso la televisión, para tener un poco de ruido de fondo. Acabé de limpiar el desastre de la cena cancelada la noche anterior, me serví un bol de muesli y me hice un ovillo en el sofá, con el teléfono en equilibrio en mi regazo. Intenté no mirar la pantalla cada cinco segundos.

Una hora más tarde, la autocompasión empezaba a filtrarse de nuevo por mis venas. Jude debía de haber tenido un día de entrenamiento de locos; normalmente podía enviarme uno o dos mensajes rápidos a lo largo del día. Pero no ese día. Estaba decidida a no convertirme en una de esas chicas inseguras que tenían que contactar con su chico cada hora, aunque aquella noche me veía peligrosamente cerca de subirme a ese carro.

Tras varios minutos dando golpecitos en la pantalla de mi móvil, estancada, convenciéndome a mí misma de no llamarle, solo para convencerme a mí misma de llamarle al segundo siguiente, sonó el teléfono.

Estaba tan nerviosa que casi se me cae. Tenía tanta prisa que no miré la pantalla para ver quién llamaba.

—Te he echado tanto de menos... —saludé a Jude, y esboqué una sonrisa.

Hubo un segundo de silencio al otro lado.

—¿Yo también te he echado mucho de menos? —fue la respuesta insegura. La respuesta de una voz femenina.

—¿Holly?

—La mayoría de los días —respondió ella.

—Ah —dije, tratando de no parecer decepcionada—. Lo siento. Creí que eras Jude.

—Lamento decepcionarte, Lucy —dijo mientras el pequeño Jude desataba una tormenta de fondo.

—No. Me alegro de que seas tú —repuse, una verdad a medias.

—Mentirosa. —Hizo una pausa, chistó al pequeño Jude y le dijo que fuese a jugar con sus bloques—. ¿Qué? ¿Habéis quedado Jude y tú para alguna sesión de sexo telefónico?

Puse los ojos en blanco. Si Holly supiera...

—¿Cuántas veces tengo que decirte que nuestra vida sexual no es asunto tuyo?

—Puedes decírmelo las veces que quieras. No pienso dejar de meter las narices en tu extraña historia con Jude jamás —declaró—. Soy madre soltera, Lucy. Tengo más probabilidades de morir en un accidente de avión que de volver a acostarme con alguien, así que deja de portarte como una mojigata y déjame seguir viviendo a través de vosotros.

Volví a poner los ojos en blanco, pero solo porque estábamos al teléfono. Holly no toleraba que lo hicieran en su presencia, especialmente si iba dirigido a ella.

—Búscate a otra pareja para hacerlo. Jude y yo estamos oficialmente fuera del mercado.

—Repito: soy madre soltera. Lo único menos probable que me acueste con alguien es que entable amistad con otra pareja y viva a través de ella. —El pequeño Jude arrancó de nuevo como una sirena. Esa vez le dejó—. Y ahora soy oficialmente una madre soltera desempleada —añadió con un suspiro.

—¿Qué? —repliqué, incorporándome en el sofá—. ¿Te han echado de la peluquería? Llevas años allí. ¿Qué ha pasado?

Se aclaró la garganta.

—Puede que me confundiera de tinte «accidentalmente». Puede que aplicara un verde vivo a una clienta que dio la casualidad de que era la ex novia de mi hermano y que se convirtió en ex después de liarse con la mitad de la población masculina del condado a sus espaldas. —Percibí la sonrisa pilla de Holly en su voz—. Pura casualidad.

—Por supuesto —contesté como si nada.

—De todas formas, mi jefa me dijo que, casualidad o no, el hecho de que una estilista confundiera el rubio platino con el verde vivo era motivo de despido.

—Por favor, como si todas las estilistas no tuvieran una historia similar —dije—. Al menos tu «casualidad» venía con una patada ligera en el culo cortesía del karma a tu clienta infiel.

Holly rió entre dientes.

—Por eso te he llamado, Lucy. Ya sé que lo tuyo no es animar exactamente, pero siempre consigues levantarme el ánimo cuando lo necesito.

—Dejando los ánimos a un lado —dije—, me alegro de haberte ayudado.

Holly respondió algo, pero quedó amortiguado cuando el pequeño Jude comenzó a aporrear algo que sonaba a batería. O platillos. O algo creado para que me pitaran los oídos.

—Bueno, ¿y ahora qué vas a hacer? —pregunté una vez que hubo terminado la explosión musical de fondo. Otro suspiro de Holly.

—El otro «salón» de este pueblo, y uso la palabra generosamente, es Supercuts —explicó. Podía verla encogerse—. Y puesto que no puedo permitirme el menor orgullo cuando tengo que abastecer al hombrecito de leche y zapatos, ya me he pasado por allí para ver si iban a contratar a alguien. Un montón de nada de nada. Esa vez suspiré con ella.

—Vaya mierda, Holly. Con todo lo que has trabajado para ser independiente y mantener al pequeño Jude.

—Mi madre siempre ha tenido razón. Desde que era pequeña me ha dicho que estaba destinada para cosas no muy grandes. Predijo que estaría preñada y reuniendo cupones de comida antes de cumplir los diecinueve. —Hizo una pausa, su voz era más baja de lo normal—. Preñada antes de los diecinueve y reuniendo cupones de comida unos años más tarde. Me siento genial sabiendo que he cumplido con las expectativas de mi madre.

—Oh, Hol... —comencé, y me sentí inútil desde el otro extremo del país. Quería darle un fuerte abrazo, prepararle una taza de té y buscar una solución con ella. Si Holly estuviese aquí, podría hacer algo más que ofrecerle palabras vacías.

Y fue entonces cuando se me ocurrió una respuesta con tintes geniales.

—Vente a vivir conmigo. —Las palabras salieron de mi boca casi al mismo tiempo que la idea se me pasara por la cabeza.

Holly se quedó callada al otro lado. Tan callada que tuve que comprobar que no se hubiera cortado la llamada.

—¿Qué? —fue su respuesta.

—Ya me has oído —dije a toda prisa. Me estaba emocionando cada vez más con la idea—. Coge tus cosas y vuela hasta aquí. Puedes vivir conmigo sin tener que pagar alquiler, y cerca de aquí hay un montón de salones en los que estoy segura de que podrías trabajar.

Silencio de nuevo.

—¿Y el pequeño Jude?

Tardé unos instantes en darme cuenta de qué me estaba preguntando.

—No hay nada que el pequeño Jude pueda hacer que logre dejar este sitio en peores condiciones de lo que está. —Me sorprendía, y hería un poco, que pensara que tenía que preguntar por el pequeño Jude. Eran un pack. No invitaría a uno sin el otro.

—¿Harías eso? —preguntó, y a continuación se sorbió la nariz ruidosamente. Si no la conociera, habría pensado que la impenetrable Holly Reed estaba al borde de las lágrimas—. ¿De verdad dejarías que un troglodita tarado y destructivo y yo nos fuésemos a vivir contigo?

—Hol —dije—, he estado compartiendo este piso todos los fines de semana con un troglodita tarado y destructivo durante tres años, hasta que ha conseguido que le seleccionaran y se ha mudado a la otra punta del país. Tengo una vacante para un troglodita que necesita ser cubierta cuanto antes.

El pequeño troglodita escogió ese momento para gritar:

—¡Mamá, tengo caca!

—Ya sabes ir al baño solito —replicó Holly.

—¡No puedo bajarme los pantalones solo! —fue la respuesta del pequeño Jude—. ¡Necesito que me ayudes!

—¡Voy en un minuto!

—¿Ves? —dije entre risas—. Es perfecto para ocupar el puesto de Jude.

—Te quiero tanto, Lucy... —contestó ella—. No sé qué haría sin ti y sin Jude.

—Por favor. Eres la chica más dura que conozco. Eres una luchadora, Holly. Estarías perfectamente.

—Madre mía, sí que os tengo engañados... —respondió bajito. Como Jude. Grandes intervalos de dureza, interrumpidos por atisbos de vulnerabilidad.

—¿Sabes?, si necesitas dinero para... —comencé, y me aclaré la garganta—. Tu mejor amigo acaba de conseguir un trabajo bastante decente, y yo tengo algo de dinero ahorrado también. Lo único que tienes que hacer es pedirlo, Holly.

Guardó un momento de silencio. Luego se sorbió de nuevo.

—Te. Quiero. Tanto —repitió—. Y eso es lo más bonito que nadie me ha ofrecido nunca, pero no puedo aceptar vuestro dinero, Lucy. Simplemente no puedo. ¿Vale?

No necesité una explicación. Lo entendía.

—Vale —dije, y me di cuenta de que Holly se parecía a mí tanto como a Jude.

—¡Mamá!

—Uau, los gritos del troglodita son espeluznantes —dije, y anoté mentalmente que debía empezar a hornear pasteles para mis vecinos para tenerlos contentos cuando el muchachito se mudase.

—Tengo que irme. Tengo treinta segundos antes de que se cague en los pantalones —explicó, y sonó como si corriese por la habitación—. ¿Te llamo mañana para ultimar los detalles?

—Lláname esta noche cuando hayas acostado al troglodita y así podéis venir mañana —dije, y me levanté del sofá de un salto. Necesitaba empezar a prepararlo todo para mis nuevos compañeros de piso.

Holly se rió por lo bajo.

—¿Alguien sufre un ataque de soledad?

Resoplé.

—Uno muy grave.

—No te preocupes. Pronto habrás acabado de estudiar, estarás casada con uno de los jugadores de fútbol mejor pagados del país y vivirás en una casa del tamaño de esta caca de pueblo.

Aquella afirmación, salvo por la parte de estar casada con Jude, hizo que se me revolviera el estómago.

7

Aunque parecía que el miércoles por la noche no iba a llegar nunca, por fin lo hizo. Tras una extenuante sesión de tarde en el estudio de danza, había vuelto al apartamento y había disfrutado de un salteado de tofu para uno. Me sentía sola. Morbosamente sola. Nunca se me había ocurrido que sería una de esas chicas que no soportaban la soledad, pero era la primera vez que vivía así. Completamente sola.

Era una de esas chicas.

Sin embargo, esa noche era la última que tendría que pasar en soledad, porque a partir de la siguiente estaría con Jude para pasar el fin de semana, y Holly y el pequeño Jude llegaban en avión el lunes por la tarde.

En el transcurso de cuatro días, Holly había conseguido comprar unos billetes de avión a buen precio, encontrar a un comprador para la caravana, hacer las maletas, pedir trabajo en todos y cada uno de los salones de estética de White Plains y empezar a buscar una guardería para el pequeño Jude.

Me entretuve fregando los platos mientras decidía qué hacer durante las dos horas siguientes. Era demasiado pronto para irme a la cama, había frotado y desinfectado todas las superficies del apartamento tres veces esa semana, y en la tele no salíamos de las reposiciones de verano.

Me dirigía al baño para darme un largo baño de burbujas cuando llamaron a la puerta. Di un respingo; hacía tiempo que no tenía visitas.

—¡Voy! —exclamé mientras me encaminaba hacia la puerta. No estaba esperando a nadie, y ninguno de los amigos de Jude o de los míos vivía lo bastante cerca como para conducir hasta allí solo para saludar.

—¡Venga! ¡Ponte una bata y mueve el culo hasta la puerta! —gritó una voz familiar al otro lado—. Me están saliendo patas de gallo aquí fuera.

Sonreía cuando abrí la puerta.

—Eh, India.

—Eh, chica —me saludó, apoyando una mano en la cadera—. ¿Por qué has tardado tanto? —Eché un vistazo por encima de mi hombro.

—No está —le aclaré—. Pero si estuviese habrías estado esperando mucho más. Mucho más.

Mantuve el mismo gesto serio que India, a la espera de que una de las dos se rajara. Ella fue la primera.

Se le curvó la comisura de la boca.

—Esa es mi chica. Ahora arrastra ese culo esmirriado hasta aquí y dame cariño.

Me reí y la rodeé con los brazos. Llevaba plataformas, así que resultaba extrañamente alta, tanto que apoyó la barbilla en mi cabeza.

—Menuda sorpresa —le dije, y le hice un gesto para que entrara.

India entró con paso tranquilo y se asomó al dormitorio como si no se creyera que Jude no estaba en casa.

—¿Una sorpresa buena o mala?

—Cuando se trata de ti —contesté pasando a la cocina—, la mejor clase de sorpresa.

Me guiñó un ojo.

—Sí, soy bastante guay, ¿verdad?

—Como si tú y la mitad de la población masculina de la Costa Este no lo supieseis ya... —bromeé al tiempo que llenaba la tetera de agua—. ¿Quieres un té?

—Solo si tienes del que me gusta. —Dejó caer el bolso en la mesa del comedor y se sentó.

Puse los ojos en blanco mientras rebuscaba entre mis reservas de té.

—¿Este servirá, Majestad? —le pregunté agitando el paquete en el aire.

India lo inspeccionó antes de asentir.

—Perfecto.

Encendí uno de los fuegos y puse la tetera encima.

—Mira que eres predecible —la reprendí.

—Vamos, Lucy. Ya conoces mi regla. El té me gusta como los hombres.

—Oscuro y fuerte —murmuré lanzándole una mirada.

—Sí, bueno, al menos no tomo el té verde y simple como tú —me espetó como respuesta—. ¿Qué dice eso de Jude?

—Cuánto te he echado de menos, Indie —dije.

—Pues claro —respondió mirando su teléfono—. ¿Cómo no ibas a echarme de menos?

Indie y yo podíamos seguir tranquilamente con otros cinco asaltos, pero tenía que irme a dormir en algún momento y, a juzgar por cómo iba vestida, ella tenía planes para pasar la noche bailando en algún club.

—No quiero sonar maleducada, porque sabes que me encanta mi dosis de India de vez en cuando, pero ¿qué estás haciendo aquí? —le pregunté al tiempo que depositaba las bolsitas de té en un par de tazas. India era una chica de la gran ciudad. Evitaba los suburbios como si provocaran la ruina social.

Alzó un hombro mientras enviaba un mensaje.

—Mi hermano está aquí por trabajo, y uno de sus antiguos compañeros de equipo de lacrosse que trabaja para él está bueno. Y soltero. Y es puertorriqueño. —Movié las cejas y le brillaron los ojos.

—Por supuesto que el cebo para atraerte hasta los suburbios era un hombre... No tu buena amiga y compañera de habitación durante dos años. —Di unos golpecitos en la encimera con el dedo; sabía que era inútil tratar de hacer que India se sintiera culpable. No formaba parte de su ADN.

—Cariño, no hay hombre ni amiga que puedan hacerme venir hasta los suburbios por sí solos, pero un tío buenísimo y una buena y sarcástica amiga juntos sí que lo harían.

Al menos yo era la mitad de la causa de que estuviera allí.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en la ciudad? —le pregunté, suponiendo que cogería el vuelo de madrugada a Miami.

—Unas semanas o así. Anton está dirigiendo una nueva filial de atención al cliente aquí en la ciudad, y como humilde segunda hija, mi trabajo consiste en quitarme de en medio y fingir que estoy ocupada. —Trazó unos círculos alegres en el aire con el dedo.

—Si vas a entrar en el negocio familiar, ¿por qué estás estudiando música? —La tetera empezó a silbar, así que apagué el fuego y busqué un salvamanteles.

—Estoy estudiando música porque eso es lo que me gusta. Voy a entrar en el negocio familiar porque en realidad quiero ganar dinero —añadió resoplando—. Calculo que si cumplo condena este verano y un año o dos después de que me gradúe, mi padre y mi madre mirarán para otro lado mientras vivo de la música y mi fondo fiduciario durante un par de décadas.

Vertí el agua caliente en las tazas.

—¿Y tu primera tarea en ese nuevo trabajo consiste en pasarte la noche de fiesta con un guapo puertorriqueño? —dije tratando de ocultar mi sonrisa.

—¿Qué puedo decir? Estoy viviendo El Sueño.

Su teléfono volvió a emitir un pitido metálico. Era el sonido que identificaba a India. Siempre había alguien escribiéndole, a cualquier hora del día.

Cogí las tazas y las llevé a la mesa.

—Eh, ¿te apetece venir con nosotros esta noche? —me preguntó levantando la vista del móvil—. Solo seremos Anton, Ricky, tú y yo. Al parecer, vamos a ir al mejor club de la ciudad, lo cual no es decir mucho. Me sorprendería que tuvieran una botella de Cristal para nosotros siquiera.

—Un horror —repuse impávida, y dejé su taza delante de ella—. Como la señora ha pedido. Oscuro y lo bastante fuerte como para que se le caigan las bragas.

India entornó los ojos y se llevó la taza a los labios.

—En ese caso, me tomaré otro.

—Gracias por la invitación, una noche en la ciudad es exactamente lo que necesito, pero tengo que coger un avión al amanecer para ir a ver a Jude —le expliqué, y di un sorbo a mi té verde.

—¿Dónde está Jude?

—En San Diego. Tuvo que marcharse para el entrenamiento de pretemporada hace un par de semanas.

Alzó las cejas.

—Entonces, si Jude está en San Diego, ¿qué demonios estás haciendo tú aquí, en este agujero infestado de ratas?

Le saqué la lengua, lo que hizo que ella pusiese los ojos en blanco.

—Estoy haciendo un curso de verano.

—¿Curso de verano? Por favor... —replicó haciendo ruido con los labios—. Tienes tantos créditos extra que si quisieras podrías graduarte un semestre antes.

Anoté mentalmente que no debía ser tan abierta con India en lo que se refería a todos y cada uno de los aspectos de mi vida. Había nacido con un detector de trolas incorporado.

—También busco trabajo —añadí centrándome en mi taza.

—Por favor... —repuso, e hizo el mismo sonido con la boca—. ¿Para qué necesitas un trabajo asqueroso con el salario mínimo cuando tu chico es el miembro más reciente del club de los millonarios?

Suspiré. Bueno, fue más bien un gemido.

—No empieces tú también, India. —Ya había tenido que elaborar una explicación digna de un grupo de debate para Jude; no me apetecía tener que repetir la actuación.

India dejó la taza encima de la mesa y estudió mi rostro por un momento.

—Ah —dijo al fin—, ya lo entiendo.

—¿Qué entiendes? —repliqué, aunque lo cierto es que, mientras no tuviese que dar explicaciones sobre lo que ni yo misma acababa de comprender, no me importaba demasiado.

Sonriendo de oreja a oreja, alzó las manos al aire.

—«Todas las mujeres que son independientes...» —canturreó la letra de Destiny's Child balanceándose al ritmo de una música imaginaria.

Me reí por lo bajo y me uní a ella.

—«Que levanten la mano hacia mí» —añadí yo, cantando, lo que me recordó por qué había centrado mis estudios en la danza y no en la música. No sabía seguir una melodía aunque mi vida dependiera de ello.

—¿Tiene alguna relación con eso? —preguntó con tono suave.

—En parte.

—¿Y cuál es la otra parte? —dijo al tiempo que me cogía la mano.

—Todavía estoy intentando averiguarlo —reconocí. Al contrario de lo que había pensado, me sentó bien decirle a alguien que no tenía ni idea de por qué necesitaba abrirme mi propio camino económicamente, que solo sabía que tenía que hacerlo.

—Entonces ¿en qué agradable curro vas a pasar el verano como una esclava por el salario mínimo? —preguntó antes de dar otro sorbo.

Me encogí de hombros.

—No he encontrado ninguno. Todavía. —Aunque estaba convencida de que lo haría; si algo había aprendido en la vida, era que la cabezonería de Lucy Larson con frecuencia conseguía lo que quería.

India arrugó la cara antes de llevarse el teléfono al oído.

—Eso está a punto de cambiar —dijo.

—¿Quiero saberlo?

Alzó un dedo para acallarme cuando oí que alguien contestaba al otro lado.

—Estoy en camino —vociferó India.

Bonito saludo.

—Bueno, Ricky va a tener que esperar un poco más —espetó antes de que la voz del otro lado añadiera alguna palabra más—. Y tú también vas a tener que esperar, hermano mayor.

—Hola, Anton —dije lo bastante alto para que pudiera oírme por encima de la voz de India.

—Sí, esa es Lucy —replicó—. Sí, Lucy Larson, mi antigua compañera de habitación.

—La única e incomparable —apostillé mientras me dirigía a la cocina para coger la tetera. India también se tomaba el té como a los hombres: con rapidez y voracidad.

—Lucy vive aquí —siguió explicando India—. No, evidentemente no todo el año, idiota. Este apartamento es el nidito de amor donde hace cosas muy, muy malas con su novio.

—India —susurré al tiempo que vertía más agua en su taza—, contrólate.

—No, él no está —dijo India, y me dio una palmada en el trasero cuando regresé de la cocina—. Tiene una historia en plan campamentito de instrucción para futbolistas o algo parecido.

—¿Campamentito? —intervine.

Hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Ya se lo he preguntado. Coge un vuelo por la mañana temprano, así que esta noche pasa.

—¡La próxima vez! —grité para que Anton pudiera oírme.

Nunca había visto al hermano mayor de India, pero había participado en suficientes conversaciones a tres bandas como aquella como para sentir que le conocía. En muchos sentidos, me recordaba a mi hermano. Era protector con India, la llamaba casi a diario, tenía un sentido del humor brutal y nunca parecía quedarse sin nada que decir.

Resumiendo, Anton tenía carisma.

—¿Quieres cerrar la boca dos segundos para que te explique por qué te he llamado? —interrumpió India al cabo de unos instantes.

Volví a tomar asiento y oí la respuesta de Anton.

—Ya cierro la boca.

—Gracias. —India se acomodó en su silla—. ¿Sigues buscando ayudante administrativo?

India esperó la respuesta de su hermano.

—¿A cuánto tenías pensado pagar la hora?

El rostro de India se encogió cuando Anton respondió.

—Te diré qué. Súbelo a dieciocho dólares la hora y tengo para ti a la mejor ayudante administrativa con la que podrías soñar.

—¿Te gustaría entrevistarla primero? —Se encogió de hombros—. Vale. Entrevístala. —Alzó el teléfono hacia mí y pulsó la tecla del altavoz.

—Hola de nuevo, Anton —dije fulminando a India con la mirada por ponerme en ese aprieto—. Perdona a mi amiga, es una lunática.

—¿Lucy? —replicó. Parecía como si le hubiese pillado tan desprevenido como a mí—. No te preocupes. Siento que mi hermana sea una maníaca avasalladora.

—No hay problema. Después de tres años, ya estoy acostumbrada —repuse, y sonreí a su hermana con expresión inocente.

Ella me hizo un gesto obsceno con el dedo.

Anton se rió. Su voz era tan grave que cuando lo hizo, sonó más como un retumbo que como una carcajada.

—Entonces ¿de verdad estás buscando trabajo o India ha estado comiendo demasiados pasteles «especiales» otra vez?

India miró el teléfono amenazadoramente.

—Estoy buscando trabajo de verdad —contesté. Sentí que debía liberarle del compromiso y decir que no estaba interesada en ser su ayudante para que no se sintiera obligado a darme el trabajo, pero necesitaba un empleo, y trabajar para el hermano de India durante el verano era mejor que cerca del 99 por ciento de los trabajos que podía encontrar.

—¿Tienes alguna experiencia administrativa?

—No —reconocí—, pero aprendo rápido.

India alzó el pulgar en mi dirección.

—¿Cuántas palabras por minuto tecleas? —preguntó Anton a continuación, y sonó al perfecto hombre de negocios profesional en que se había convertido desde que había terminado la carrera unos años atrás.

Le hice un gesto a India en busca de ayuda. Movié los labios: «No sé».

—Esto... algunas —respondí con una mueca.

Anton guardó silencio un minuto. Probablemente estaba intentando encontrar un modo de rechazarme educadamente.

—¿Qué nivel tienes de Microsoft Office Suite?

—Bueno... —Traté de mantener la voz firme. Quizá también podía divertirme un poco con esa entrevista improvisada—. He sido la bailarina principal en *El Cascanueces* tres veces.

India se dio una palmada en la pierna al tiempo que se doblaba con una carcajada silenciosa. Yo le di un golpe, a punto de estallar en una carcajada no tan silenciosa cuando el sonido de Anton al ahogarse con sus propias risas se abrió paso a través del teléfono.

—Vale, Señor Hacha, nunca he trabajado en una oficina —admití—, y no sé cuántas palabras puedo teclear por minuto o cuál es mi nivel de Microsoft Office Suite —hice el gesto de las comillas—, pero soy muy trabajadora. Llegaré a mi hora, y no me marcharé hasta que haya tecleado todas las palabras que necesites que teclee. ¿Vale?

—¿Algo más? —preguntó Anton, recuperando en parte la compostura.

—Sí, una cosa más. Si estás buscando a una de esas Barbies que sonríen y te sirven el café con la mirada perdida, no soy tu chica. —Era sin duda la peor entrevista de la historia de las entrevistas. Lucy derribada. De vuelta a los anuncios de trabajo.

—Como no me van las Barbies —dijo Anton tras unos segundos—, y de verdad odio el café y las sonrisas, diría que acabas de conseguir un trabajo.

¿Que diría qué?

Miré el teléfono boquiabierto, convencida de que no había oído lo que creía que había oído.

India levantó un puño al aire mientras yo permanecía callada.

—¿Puedes empezar mañana a primera hora? —Anton volvía a ponerse en plan profesional.

Sacudí la cabeza rápidamente.

—Mañana por la mañana me voy, pero puedo estar allí el lunes al amanecer.

—¿No llevas ni un día en el puesto y ya estás pidiendo vacaciones? —se burló Anton—. ¿A qué tipo de empleada acabo de contratar?

Empezaba a asimilar la realidad. Tenía trabajo. Un trabajo bien pagado con el hermano de una de mis mejores amigas.

—El tipo de empleada por la que das gracias al cielo —le espeté como respuesta, lista para saltar de mi silla y ponerme a bailar.

—Lucy Larson, ayudante administrativa —anunció Anton—. Me gusta como suena. Te veo el lunes por la mañana.

—A primera hora —dije—. Gracias, Anton. Te aseguro que no te arrepentirás.

—No, Lucy —contestó él—, estoy seguro de que no lo haré.

¿Sabes la clásica persona que es la primera en levantarse de su asiento en el instante en el que el avión se detiene? Sí, esa era yo.

Fui la primera persona en levantarse y la primera en bajar del avión ese jueves en San Diego. Mientras salía propulsada hacia la zona de recogida de equipajes, tuve que recordarme a mí misma que debía caminar, no correr. Lo olvidé más de una vez.

Vi a Jude antes de que él me viera a mí. Estaba caminando en círculo, y sus ojos se posaron en mí tras una última vuelta. Se le relajaron los hombros al sonreír.

—¡Eh, Lu-cy! —gritó en plan Rocky por encima del ruido del aeropuerto, y echó a correr en mi dirección.

Me dio igual que estuviésemos llamando la atención de todo el mundo, y tampoco me importaba el espectáculo que pronto estaríamos ofreciéndoles. Lo único que me importaba era el tío que corría a toda velocidad con los brazos abiertos.

Yo también había dejado de caminar. El equipaje me golpeaba en los costados mientras me abría paso entre la gente, y me ardían las comisuras de los ojos con las lágrimas que se me formaban. Por el modo en que nos lanzamos el uno hacia el otro, cualquiera diría que Jude había pasado el último año destinado en Oriente Medio.

Cuando me alcanzó, me levantó en volandas y empezó a darme vueltas. Me aferré a él como si la vida me fuera en ello, preguntándome qué otra persona iba a hacerme sentir plena después de aquello. Cuando Jude por fin me devolvió al suelo, dejé caer mi bolso y mi equipaje de mano. Él me envolvió de nuevo entre sus brazos y me estreché tanto como podían encajar dos personas. Dios, qué bien sentaba.

—Maldita sea. —Inhaló entre mi pelo—. No puedo volver a esperar tanto. —Me acarició la nuca con una mano y con el otro brazo me apretó la parte baja de la espalda.

Mis brazos también rodeaban su cintura en un abrazo mortal.

—Yo tampoco.

Mientras la gente cogía su equipaje de la cinta transportadora o hacía cola para pedir café, Jude y yo nos quedamos ahí de pie, congelados en el tiempo. Cinco minutos, diez minutos, ¿pasaban los minutos? No lo sabía. Y no me importaba.

Jude olía como siempre, a jabón y hombre, y su piel se había oscurecido un poco más al sol de California.

—Prométeme ahora mismo que no volveremos a tardar tanto en vernos —me pidió acariciándome el cuello con la nariz.

Su aliento en mi piel hizo que se me pusiera la carne de gallina.

—Solo te haré una promesa que pueda garantizar que podré cumplir —dije, y recordé por qué la sinceridad era un arma de doble filo al ver que su rostro se entristecía un poco.

Me acarició por debajo del cuello de la camiseta con el pulgar.

—Prométeme que te casarás conmigo.

Exhalé. Esa era fácil.

—Lo prometo.

En un lapso de dos palabras, su rostro se iluminó de nuevo.

—Prométeme que te casarás conmigo... ¡en los próximos seis meses!

De vuelta a la zona de peligro.

Respondí alzando una ceja.

Él se rió por lo bajo.

—Ya, ya. Eres tan difícil, Luce... —Me mantuvo bajo su brazo mientras se volvía hacia la cinta del equipaje. No quedaba más que una maleta dando vueltas en ella.

Jude cogió mi bolsa y fingió sentirse abrumado por su tamaño. O su peso. O ambos.

—Dios, Luce —exclamó mirando primero la bolsa y después a mí—. Si no lo supiera, pensaría que planeas quedarte una temporada.

La teatralidad continuada de Jude con mi bolsa llamó la atención de varias de las personas que esperaban en la cinta de al lado; la de un niño pequeño en particular.

—Tres noches es una temporada para una chica —dije incapaz de apartar los ojos del niño, que miraba boquiabierto a Jude. Fuéramos adonde fuéramos, Jude atraía un montón de miradas boquiabiertas. Los niños que se quedaban mirándole eran divertidos; pero solo toleraba a las mujeres pestañeantes porque no podía eliminar a la población femenina mundial sin ayuda—. Además, llevo un regalo para ti que ocupa al menos la mitad de la maleta.

—¿Un regalo? —Le brillaron los ojos—. ¿Uno «porque sí»?

—¿No son los mejores? —repliqué, y le cogí de la mano y le arrastré hasta la tienda del aeropuerto. Tenía una idea.

—Yo también tengo un regalo para ti —dijo él con orgullo mientras yo echaba un vistazo por la tienda.

—¿Un regalo «porque sí»? —le pregunté cuando encontré lo que buscaba. Tiré de su mano y avancé en línea recta.

—¿No son los mejores? —dijo él.

—Sí, lo son —contesté mientras cogía el balón de fútbol americano turquesa y amarillo y me encaminaba a la caja.

—Luce, yo puedo conseguirte uno de esos gratis. —Sonaba confundido—. Uno oficial con las firmas de todo el equipo si quieres.

La cajera me llamó y, antes de que pudiera pagarle en efectivo, Jude le deslizó una reluciente tarjeta negra en la mano.

—Ya pago yo —dijo.

«No pasa nada. No hay problema —tuve que decirme a mí misma—. Solo está pagando por un balón de fútbol.»

Le di las gracias a la cajera y luego rebusqué en mi bolso hasta que encontré un bolígrafo. Se lo di a Jude y le sostuve el balón.

—Solo quiero un autógrafo.

Esbozó aquella media sonrisa de suficiencia, que era con diferencia la expresión más sexy del mundo, antes de firmar a la derecha de las costuras.

—Me da la sensación de que mi fan número uno debería recibir algo mejor que un balón de aeropuerto. —Me siguió mientras desandaba el camino hacia la cinta transportadora.

—Oh, créeme —le respondí—, tu fan número uno va a pedir que le des algo mejor esta noche.

Jude se rió entre dientes, con aquel timbre grave suyo.

—Vivo para servir.

Aparté los pensamientos que estaban haciendo que me hormigueara todo el cuerpo, y caminé hacia aquel niño que seguía mirando boquiabierto a Jude. Ni siquiera pestañeaba.

Me arrodillé junto a él y le tendí el balón.

—Pareces fan de Jude Ryder —le dije, y sonreí cuando el chico abrió los ojos un poco más al ver la firma.

—Su mayor fan —aseguró el chico con voz aguda y nerviosa.

—Tú y yo, chaval —contesté haciéndole un gesto hacia la pelota al ver que se quedaba paralizado.

Cuando finalmente cogió el balón, su rostro se iluminó como solo el de un niño podía hacerlo. Resultaba asombroso cómo una firma del tío al que yo quería podía alegrarle el día a alguien. Era algo muy fuerte, y aún no estaba segura de hallarme preparada para procesarlo. Jude ya había sido un verdadero fenómeno en Siracusa, por supuesto, pero jugar en la liga nacional iba a suponer alcanzar nuevas cotas de fama.

Le guiñé un ojo al niño antes de ponerme de pie.

—¡Gracias! —gritó mientras yo regresaba a donde me esperaba Jude con mis maletas.

Me despedí del niño con la mano y él se apresuró a plantarles el balón en la cara a sus padres.

—Sé que no quieres que se entere todo el mundo, pero lo más probable es que seas la persona más dulce de por aquí —dijo Jude, y su tono y sus ojos parecían haberse ablandado.

Hice una mueca exagerada ante la palabra «dulce».

—Creo que acabas de alegrarle el año a ese niño —añadió, peleándose con un brazo con mi bolso de lona y cogiéndome de la mano con el otro—. Una guapa desconocida le elige entre la multitud. En diez años estará contándoselo a sus colegas.

—Ese chico solo tenía ojos para ti y ese balón de fútbol —bromeé cuando nos encaminamos hacia el aparcamiento.

—Me habría acercado a saludar, pero el crío ya parecía a punto de hiperventilar.

—Sí, creo que has hecho bien en quedarte atrás. —Me reí—. Estoy segura de que su corazón no lo habría soportado si le hubieses dicho algo.

Jude pescó las llaves de su bolsillo y se detuvo de forma abrupta delante de una alta camioneta negra.

—Y yo estoy seguro de que mi corazón no lo soportará si no te beso —dijo al tiempo que apoyaba una mano en mi cadera—. Aquí. Y ahora. —Se acercó un poco más, hasta que pude sentir su cuerpo contra el mío—. Y, Luce, quiero que me beses hasta que me tiemblen las rodillas.

Aquella sensación de que me derretía siempre que me miraba como lo estaba haciendo en ese momento comenzó a extenderse por mi estómago. Entrelacé los dedos tras su nuca y me puse de puntillas.

—Vivo para servir —susurré, repitiendo sus palabras antes de apretar mis labios contra los suyos. No fue un beso suave. Tampoco fue dulce ni tímido. Era el tipo de beso que dabas cuando sabías que la muerte estaba cerca. Era el tipo de beso que sentías en todo tu cuerpo, y el tipo de beso que estaba peligrosamente cerca de hacerme arder por combustión espontánea ahí mismo, en el aparcamiento del aeropuerto. Con ropa y todo. Moví las manos de su cuello al dobladillo de su camiseta. Introduje los dedos en la cintura de sus pantalones y jugueteé con su piel. Nuestras lenguas se enredaron mientras mis dedos le rozaban más abajo. Jude gimió en mi boca y hundió sus manos en mi trasero, empujándome contra él.

Vale, sí. Si seguía presionando y moviéndose contra mí de esa forma, estaba a dos segundos de arrancarnos la ropa a los dos.

Me levantó, y yo le rodeé con las piernas. Me apoyó la espalda contra la camioneta, y me hizo arquear el cuello sobre el capó para tener mejor acceso. Su boca se movía de la mía a mi cuello, besando y succionando la piel hasta que no pude respirar.

El alguna parte de mi mente obsesionada por el sexo, registré que el propietario de la camioneta probablemente no estaría de acuerdo con que Jude y yo fuéramos a practicar sexo en el capó, pero yo ya estaba más allá de las palabras... y de que me importase.

Así que cuando los chasquidos y clics de las cámaras empezaron a cobrar volumen, no les presté atención. Lo único que sentía era la boca y el cuerpo de Jude moviéndose encima de mí. Resultaba evidente que eso era lo único que le importaba también a él, porque no fue hasta cuando la gente y las cámaras se encontraron a unos coches de distancia cuando nos dimos cuenta.

—¡Jude! ¡Jude! —gritaban—. ¡Lucy! ¡Lucy! —Más gritos y chasquidos, tantos que nos arrancaron a los dos de nuestro aturdimiento.

Los músculos de Jude se tensaron sobre mí, y, cuando su rostro se alzó por encima del mío, vi una expresión familiar que no había visto en mucho tiempo. Doctor Jekyll, le presento a Mister Hyde.

—Jude —le supliqué—. Tranquilízate —traté de persuadirle mientras me dejaba en el suelo.

Los fotógrafos seguían gritándonos cosas. Algunos comentarios eran demasiado vulgares para repetirlos. Sus cámaras no dejaron de hacer fotos en ningún momento.

Jude se colocó delante de mí y se tensó más todavía.

Mierda. Aquello no acabaría bien para ninguna de las partes implicadas como no lograra convencer a King Kong de que bajase del Empire State.

—Jude —insistí, cogiéndole del brazo e intentando que se volviera. No se inmutó—. No pasa nada. Son solo fotos. Dios, los músculos de su brazo parecían a punto de reventar su camiseta.

—Son fotos nuestras, Luce —replicó, furioso, mientras las cámaras continuaban enfocándonos—. Fotos de nosotros haciendo algo que no quiero que vea todo el mundo.

¿Por qué se había quedado ahí de pie, dejando que sacaran más fotos de su vida privada?

—No es la primera vez que estamos bajo la mirada pública —dije—. Y no será la última. Y estoy completamente segura de que no voy a impedirme que me beses así cuando y dondequiera que nos apetezca, así que ya podemos empezar a acostumbrarnos a esto ahora. —No sé de dónde sacaba el juicio para mostrarme tan razonable.

—¿Cómo es ella en la cama, Jude? —voceó uno de los fotógrafos, sin el menor instinto de supervivencia.

—¿Qué acabas de decir, capullo? —Jude avanzó unos pasos. Yo no le solté, de modo que tuvo que arrastrarme consigo.

—Jude, para. ¡Piensa! —le grité, y me di cuenta de que se había vuelto todavía más fuerte en las semanas de entrenamiento de verano—. ¡Para y piensa!

Mi cuerpo no podía detenerle, pero mis palabras sí. Jude se detuvo de forma abrupta y me miró. Fue la más breve de las miradas, pero todo su rostro se transformó con aquel intercambio silencioso. Cerró los ojos y respiró hondo varias veces antes de volver a mirar a los fotógrafos.

Sacudió los hombros para deshacerse de la ira y se sacó el móvil del bolsillo. Lo sostuvo en alto y tomó una foto.

—Ya está. Ahora tengo vuestras caras en mi cámara —anunció con voz controlada. Por poco—. Si veo u oigo que se imprime alguna de esas fotos, os seguiré uno por uno. —Jude señaló con el dedo al fotógrafo que había sido lo bastante estúpido como para preguntar por mis habilidades amorosas—. Empezando por ti.

Después de recoger sus mandíbulas del suelo, los fotógrafos empezaron a dispersarse. Uno estuvo a punto de sacar una foto más, pero se lo pensó dos veces al ver el asesinato reflejado en el rostro de Jude. Solo cuando el último quedó fuera de la vista se le relajaron los hombros. Se volvió y tuvo la delicadeza de al menos mostrarse avergonzado.

—¿Lo siento? —Se frotó la nuca.

Le di un codazo, orgullosa de su control.

—Si me hubieran dado un cuarto de dólar cada vez que he dicho, mejor dicho, que he gritado «¡Jude!» y «¡Para!», ahora sería rica.

Recogió mis maletas y me rodeó con un brazo.

—Ya eres rica —dijo, lo que hizo que me diera un vuelco el corazón.

Yo no era rica. Él era rico.

—Y si me hubieran dado un cuarto de dólar por escucharte siempre que has gritado las palabras «¡Jude!» y «¡Para!»

—me sonrió—, ahora sería de clase media.

—¿Qué crees que diría el dueño si supiera lo que acabamos de hacer en el capó de su camioneta nueva? —dije mientras rodeaba el vehículo del brazo de Jude.

—Probablemente pediría un bis.

Me reí.

—Probablemente. Solo los pervertidos muy salidos conducen camionetas como esta.

Jude tiró de la manija y abrió la puerta.

—Estoy de acuerdo con lo de salido, pero ¿podíamos omitir lo de pervertido? La verdad es que no quiero que mi prometida piense que soy un pervertido.

Me quedé con la boca abierta cuando Jude colocó mis maletas en el asiento de atrás.

—¿Es tuya? ¿Cuándo la has comprado? ¿Dónde está tu vieja camioneta? —No podía parar el interrogatorio.

Jude me tendió la mano y me ayudó a subir a la camioneta. Tuve que saltar para entrar.

—Es mía. La compré hace un par de días. Y mi vieja camioneta irá al desguace en cuanto sea posible. —Cerró mi puerta, corrió por la parte delantera y se subió al asiento del conductor. Incluso Jude, con las proporciones de El Hombre de Acero, tuvo que saltar para entrar.

Cuando giró la llave, el motor cobró vida. El ruido era tan fuerte que la cabina vibraba.

—Bueno, en esta camioneta sí que podríamos montárnoslo —dijo, mirando la segunda fila de asientos con el rabillo del ojo, donde había más que espacio suficiente para «montárnoslo».

—No teníamos ningún problema en tu vieja camioneta —murmuré mientras me ponía el cinturón.

Jude se detuvo en medio de la maniobra para sacar la camioneta de su plaza, echó una ojeada al asiento vacío del medio y luego me miró a mí, al otro lado del asiento.

—Odiabas esa vieja chatarra oxidada —dijo, visiblemente herido por que no fuese sentada junto a él como hacía normalmente.

Me desabroché el cinturón y me deslicé hasta que me apreté contra él. El cuerpo de Jude pegado contra el mío era lo único familiar que había en esa camioneta.

—Era una relación de amor odio —repose con tono defensivo—. Que era más de amor que de odio.

Claramente aplacado, me pasó el brazo por los hombros y volvió a centrarse en salir de la plaza de aparcamiento.

—Bueno, todavía tengo ese cacharro, así que puedes despedirte antes de que se vaya al cielo de las camionetas.

—No estoy lista para que se vaya al cielo de las camionetas. —Hice un mohín sin poder evitar preguntarme por qué estaba tan disgustada. Jude tenía razón: yo no era la mayor admiradora de su vieja camioneta. Pero en ese momento, el hecho de ver que había sido sustituida —por algo nuevo y resplandeciente— me puso los pelos de punta por razones que no quería reconocer.

—Te he traído un regalito —dijo Jude—. Está en la guantera.

Una vez fuera del aparcamiento, aceleró. Por el modo en que despegó, cualquiera diría que aquella camioneta tenía el motor de un coche de Fórmula 1.

—¿Mi regalo porque sí?

—Porque sí, porque te quiero —contestó, ansioso por que lo abriera.

Yo estaba nerviosa, más aún después de ver la camioneta nueva, cuyo coste no podía ni imaginar.

Cuando abrí la guantera, cayó una caja de color azul con un lazo blanco. La recogí, al borde de la hiperventilación.

Nunca me habían regalado nada en la archifamosa caja azul. Todas las chicas sabían de qué tienda procedía y lo que contenía. Identificar ese tono particular de azul con Tiffany constituía un rito femenino de iniciación.

La deposité en mi regazo y me quedé mirándola.

—Ábrela —me animó—. Llevo muriéndome de ganas por dártelo desde que lo elegí la semana pasada.

Sonreí. Era imposible no hacerlo con aquella expresión aniñada de su cara.

—Es una caja bastante lujosa, señor Ryder —dije al tiempo que desataba el lazo.

—En el Walmart envuelven bien los regalos, ¿verdad?

Le di un codazo.

—Buen intento. —Dudaba de que fuera a recibir otro regalo del Walmart suyo. La idea me entristeció.

—Ábrela —insistió—. Nada es demasiado bueno para mi chica. Me gusta poder permitirme al fin las cosas que mereces.

—Jude...

Antes de que pudiera decir lo que fuera que tenía pensado decirle a continuación, su boca estaba sobre la mía, rápida y con fuerza. Y con la misma velocidad se fue. Podría haber pensado que me lo había imaginado todo si no fuese porque todavía podía sentir su sabor en mis labios.

—Ábrela —repitió con gesto petulante.

Sabía exactamente lo que se hacía, y lo aprovechaba. Podría haber estado pidiéndome que saltara de un precipicio, y estaba tan aturdida que lo habría hecho.

Tomé aire y retiré la tapa.

En el interior había un brazalete de plata. Sencillo y elegante. Algo que yo misma habría escogido, si me hubiese permitido a mí misma escoger algo tan bonito.

—Uau —exclamé al tiempo que lo sacaba. Resultaba pesado y frío al tacto.

—¿Te gusta? —Alternaba la vista entre la carretera y yo.

—Bueno, esto es un brazalete de verdad —dije, y no tuve que fingir mi emoción.

—Dale la vuelta —me indicó—. Hay algo más.

Le lancé una mirada de curiosidad y giré la pulsera. Había algo grabado en la parte interior, y las palabras me hicieron flaquear en todos los sitios en los que una chica podía flaquear.

—«Para mi Luce» —leí. Dos brillantes rodeaban mi nombre. A mi padre le encantaría la referencia a «Lucy in the Sky with Diamonds»—. «Que es mi primera vez en todo lo que importa.»

—Uau —repetí. No tenía palabras.

—¿Qué te parece? —preguntó mirando el brazalete con orgullo.

—Jude —comencé—, es... es... —No conseguía más que balbucear. Me puse el brazalete en la muñeca izquierda y busqué las palabras apropiadas para expresar mi agradecimiento.

Nada.

Tenía la lengua totalmente trabada. Yo era bailarina, no escritora; mi cuerpo expresaba cómo me sentía cien veces mejor de lo que lo harían mis palabras.

Y entonces se me ocurrió.

Me incliné hacia él y le besé en la cicatriz. Una, dos veces, y entonces una tercera antes de pasar a su boca. Le había pillado por sorpresa. Resultó evidente por el modo en que se tensaron sus músculos. Pillar a Jude Ryder por sorpresa era raro, y pensaba disfrutarlo. Le besé suavemente por toda su boca y saboreé el momento. El resto de nuestros besos eran tan firmes y apasionados que me sentía como si me consumieran, pero me aferré a este. Disfruté del aroma salado de su piel. Del tacto de su labio carnoso en mi boca. Del sabor de su lengua contra la mía.

Le di un último beso en medio de la boca.

—Gracias —dije—. Me encanta mi brazalete. —Está bien, un último, un último beso—. Y te quiero.

—Maldita sea, mujer —repuso él, y silbó entre dientes—. Ten piedad. Si esa es tu forma de darme las gracias, pienso comprarte joyas cada día de mi vida.

Apoyé la cabeza en su hombro y admiré la pulsera. Jude se había hecho con un dedo, y ahora con una muñeca. Y se había hecho con mi corazón. Jude Ryder se estaba apoderando de mí lentamente, una parte de mi cuerpo cada vez.

—Y de nada.

Guardamos silencio varios minutos. Deslicé mis dedos arriba y abajo por los suyos mientras él trazaba círculos en mi brazo. Estábamos tranquilos, y aunque esos momentos de calma se habían ido incrementando con el tiempo, la paz no era algo habitual en nuestra relación. Esperaba que eso cambiara algún día.

—Eh, necesito que te pongas una cosa —soltó, y se sacó algo del bolsillo.

Entorné los ojos al ver lo que colgaba de su índice.

—¿Una venda para los ojos? —pregunté sorprendida—. ¿Una venda de satén negro? ¿Qué te estaba diciendo acerca de que eres un perverso salido?

Jude negó con la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver con estar salido... ser un degenerado... un perverso —repuso, y parecía más incómodo con cada palabra.

Contuve la risa.

—Maldita sea —bromeé—, eso sí que es una forma de arruinarle el día a una chica.

—Tan difícil... —añadió para sus adentros—. Tú solo pónlela. Tengo otra sorpresa para ti.

Cogí la venda y me la puse.

—¿Esta sorpresa tiene algo que ver con algún juego salido, degenerado o pervertido?

—No. —Se rió entre dientes.

—Maldita sea dos veces.

Más risas.

—Luce, hoy me estás poniendo...

—Eso es porque me van ese tipo de cosas. ¿Sabes? El rollo salido, degenerado, pervertido. —Si iba a tener los ojos vendados para que él pudiera llevarme hasta alguna otra sorpresa, pensaba liberar mi lado mordaz.

La camioneta no tardó mucho en detenerse.

—Ya hemos llegado —anunció, emocionado de nuevo como un niño.

—¿Adónde?

Me tomó de las manos y me ayudó a bajar de la cabina. Por suerte, me cogió en brazos, porque no quería saltar a ciegas sin saber dónde demonios aterrizaría.

—Aquí —respondió, y me guió por los hombros. Avanzábamos por una superficie dura. ¿Hormigón? ¿Asfalto?

¿Piedra, quizá? Aparte del sonido de agua fluyendo, fuentes probablemente, el lugar estaba tranquilo. No podía llevarme a una tienda; no estábamos en la playa, ¿dónde demonios estábamos?

De repente me levantó en volandas y subió corriendo lo que me parecieron unas escaleras, después oí que se abría una puerta. Jude giró a un lado y entró antes de dejarme en el suelo. Tenía el corazón en un puño antes de que él me retirase la venda.

Lo primero que vi fueron sus ojos. Quería seguir mirándolos, no apartar la vista jamás, porque ya sabía lo que iba a ver cuando lo hiciera. Me daba miedo desviar la mirada.

—No he podido encontrar un lazo lo bastante grande para ponérselo alrededor —dijo, haciendo que me girara—.

Espero que no te importe.

Por suerte, Jude me había envuelto con sus brazos, de modo que cuando flaqueé, me mantuvo derecha. Estábamos de pie en una habitación enorme, un espacio en el que podía entrar una casa de tamaño decente, y no habíamos salido del vestíbulo. Una habitación por la que la gente pasaba para llegar a otras que eran del tamaño del bungalow de mis padres. Había dos escaleras que ascendían al primer piso. ¿Una para subir y una para bajar? No tenía ni idea, pero no era lo único exagerado de aquel sitio. La araña que colgaba en el centro de la habitación era del tamaño de un Volkswagen, los muebles eran tan recargados que resultaban ofensivos, y los suelos de mármol estaban tan brillantes que casi parecían una pista de patinaje sobre hielo.

—¿Qué es esto? —susurré, esperando que la respuesta a la que había llegado yo fuese incorrecta.

—La que pronto será la residencia del señor y la señora Ryder —contestó al tiempo que apoyaba la barbilla sobre mi hombro.

Estaba sonriendo como un loco, hasta que vio la cara.

—¿Luce? —La emoción se había desvanecido de su voz—. ¿Qué pasa?

Cerré los ojos. No pude evitar mirar alrededor. Cada nueva cosa que veía me ponía cada vez más al borde de sufrir un ataque de pánico en toda regla.

—¿Qué es esto, Jude?

—Nuestra casa —contestó él lentamente.

—No. Nuestra casa está en Nueva York.

Se le arrugó la frente.

—No, ese sitio es un apartamento en ruinas que tenemos alquilado. Ese sitio es como una vacuna del tétanos —añadió, y parecía a la defensiva—. Estás en nuestra casa. El lugar que será del todo nuestro en un año.

—A mí me gusta nuestro apartamento —susurré, liberándome de su abrazo. Las cosas estaban cambiando demasiado rápido. La liga nacional, la mudanza al otro lado del país, el dinero, la casa... todo se estaba yendo a un ritmo vertiginoso y yo ni siquiera me estaba enterando. El mes anterior estábamos buscando monedas entre los cojines del sofá para pagar la factura de la luz, y ese mes estábamos en el vestíbulo de una casa del tamaño de un país pequeño.

—Tú odias ese sitio. —Su voz iba ganando volumen, y volvía a mirarme de esa forma. Como si no me reconociera. Odiaba esa mirada.

—Es una relación de amor odio que es más...

—¿Qué demonios, Luce? —me interrumpió—. ¿Qué nueva clase de locura te ha entrado?

Ese mal genio mío, como el suyo, acababa de salir a la superficie. Sin embargo, como Jude, yo había ido aprendiendo a controlarlo. Comprendía que en la mente de Jude él había escogido aquel lugar pensando que me encantaría. Yo sabía que detrás de cada decisión que Jude tomaba, mi felicidad era su mayor prioridad, y eso me encantaba de él. Yo sabía que lo había hecho de todo corazón cuando había decidido convertirnos en los Jones de la noche a la

mañana, pero me molestaba el modo en que lo había hecho. ¿Cómo podía tomar esa decisión por su cuenta sin consultármelo primero siquiera? Éramos un equipo. Debíamos estar tomando decisiones como uno solo.

Me mordí la lengua e inhalé lentamente antes de atreverme a responder.

—Te devuelvo la pregunta: ¿qué clase de locura te ha entrado a ti? —dije sin ninguna hostilidad, porque no era mi intención. De verdad me preguntaba qué clase de locura le había entrado a Jude para ir y escoger un lugar como ese. Jude movió el cuello a un lado y al otro y se tomó su tiempo en responder. Ambos estábamos esforzándonos para mantener a nuestros monos iracundos en sus jaulas.

—Lo he alquilado hasta que reciba mi primer sueldo, y entonces el propietario ha accedido a vendérmelo completamente amueblado. —Se detuvo y volvió a inspirar profundamente—. Deberías ver la laguna y la pista de tenis en la parte de atrás. Este sitio está regalado.

—¿Laguna? ¿Pista de tenis? —Se me estaba revolviendo el estómago cada vez más. Me recordé de nuevo que Jude había hecho aquello porque me quería. No porque quisiera cabrearme. Me tragué lo que quería decir—. Jude, tenemos veintiún años.

—Tenemos veintiún años y somos millonarios —me corrigió, y se encogió de hombros—. Y ahora que tengo los medios para dártelo todo, voy a hacerlo. Quiero hacerte feliz, Luce. Eso es lo único que me importa —añadió señalándome—. Feliz. Para. Siempre.

—¿Feliz? —repetí al tiempo que me cruzaba de brazos—. ¿Crees que esto es lo que va a hacerme feliz? ¿Qué has hecho? ¿Ir a la biblioteca local y consultar la *Guía para idiotas sobre cómo hacer feliz a una mujer florero*?

Intenté morderme la lengua de nuevo. Dios, lo intenté con ahínco, pero al parecer había alcanzado ya mi límite de mordeduras de lengua ese día.

—Porque si yo fuera una cazadora de fortunas, entonces imagino que esto me haría muy feliz —continué abarcando la habitación con los brazos—. Pero no lo soy. A pesar de que quieres que sea esa chica que quiere tu dinero, ¡no lo soy!

¿Qué estaba diciendo? ¿Por qué estaba tan enfadada?

El rostro de Jude pasó de estupefacto a triste y enfadado en apenas dos segundos.

—No, tú no eres de esa clase de chicas, Luce. Últimamente parece que no puedo hacer nada que te haga feliz. Quizá simplemente no quieres ser feliz.

Esas palabras fueron como una bofetada. Me dije de nuevo a mí misma que aquella casa era su forma de demostrarme su amor, pero mi mal genio se había desatado y no podía frenarlo.

—Un consejo: si quieres hacer feliz a alguien, tal vez deberías pensar qué quiere esa persona, no qué quieres tú que quiera.

Jude se llevó las manos detrás de la cabeza y se apartó de mí.

—Y un consejo para ti: tienes que estar dispuesta a dejar entrar la felicidad cuando aparece en tu camino.

Sus palabras me hirieron.

—¿Se supone que el hecho de que compres una casa en el sur de California para nosotros sin preguntarme primero equivale a felicidad? Yo vivo en Nueva York, Jude. Nueva. York.

—Vives en Nueva York hasta el año que viene —dijo, y se quedó mirando la pared más cercana como si quisiera darle un cabezazo—. Cuando termines la universidad, puedes mudarte aquí conmigo.

Aquello no fue una bofetada. Fue un puñetazo en la boca del estómago. Un golpe bajo.

—¿Que puedo mudarme aquí? ¿A California? ¿A una mansión tamaño Playboy? —¿Cómo habíamos podido estar tan desincronizados? ¿De dónde había sacado Jude que podía organizarme la vida sin consultarme primero?—. ¿Quién ha dicho que quiera coger mis cosas y trasladarme a la otra punta del país para vivir contigo en la tierra de las tetas falsas y las sonrisas de mentira?

Por su expresión, cualquiera diría que acababa de golpearle en el estómago.

—Cuando aceptaste a casarte conmigo. Cuando dejaste que te pusiera ese anillo. —Sus palabras eran lentas y controladas. Tanto que daban miedo.

—Entonces ¿lo que entendiste cuando dije que me casaría contigo es que estaría dispuesta, no, feliz de abandonar mis sueños, planes futuros, etcétera, etcétera, para que tú pudieras vivir los tuyos? —grité—. Porque supongo que no leí la letra pequeña.

Jude cerró los ojos.

—¿Qué quieres, Lucy? —Me estremecí por dentro. Solo me llamaba Lucy cuando estaba realmente cabreado o dolido—. Porque al parecer no tengo ni puñetera idea. Así que dímelo. ¿Qué demonios quieres? —repitió marcando las palabras.

—Quiero acabar de estudiar. Estoy estudiando danza, así que, aunque te pueda parecer una locura, después de graduarme la verdad es que me gustaría dedicarme a la danza. —Apenas podía mirarle en ese momento. No por lo que estaba diciendo él, sino por lo que estaba diciendo yo. No pretendía herirle; de hecho, quería lo contrario. Así que me odié a mí misma por hacerle daño.

—Vale, quieres bailar. —Alzó los brazos a los costados—. Buenas noticias, Luce. Puedes bailar aquí en San Diego. Problema resuelto.

Resoplé.

—Problema no resuelto. Si quisiera bailar en la interpretación de *El lago de los cisnes* de algún teatro comunitario de mala muerte una vez al año, sí que puedo bailar aquí. No me he dejado la piel bailando durante los últimos quince años de mi vida para actuar a medio gas delante de unos viejos que pagan diez dólares la entrada para roncar.

A Jude se le arrugó la frente. Bueno, se le arrugó un poco más.

—Vale, ¿qué estás diciendo? ¿Quieres quedarte en Nueva York cuando acabes de estudiar?

¿Cómo no habíamos aclarado esto antes? Quizá porque habíamos estado tan ocupados viviendo el presente, o dejando tambaleantes nuestros pasados, que se nos había olvidado mirar hacia delante. Nos habíamos perdido la parte futura de nuestra relación.

—Nueva York. París. Londres —respondí encogiéndome de hombros—. Esas son las ciudades a las que quieren ir las bailarinas.

Podía ver la batalla interna de Jude. La misma, qué demonios, que estaba experimentando yo en ese momento. ¿Por qué habíamos tardado tanto en descubrir que lo que yo quería y lo que quería él podía no coincidir?

—Mierda, Luce. No he entrado en los Jets. O los Giants. O alguna liga europea. —Negaba con la cabeza—. He entrado en los Chargers. Voy a pasar una temporada en San Diego.

Asentí.

—Lo sé.

—¿Qué sabes?

—Sé que tú estás en San Diego. Sé que yo estoy en Nueva York.

Quería —deseaba— un respiro en esa conversación. Unas horas para asimilar lo que estaba ocurriendo, lo que se había dicho y hacia dónde ir a partir de ahí. Sabía cuáles eran mis prioridades, y Jude se encontraba justo por encima de la danza, pero ¿Jude me colocaba a mí justo por debajo del fútbol en su cabeza?

Creía que no. Me había demostrado que yo iba primero una y otra vez, pero aquello —la casa, la camioneta, las expectativas, las suposiciones—, todo aquello estaba empezando a preocuparme. Necesitaba procesar ciertas cosas importantes y no podía hacerlo con él mirándome como lo estaba haciendo en ese momento. Y sin duda no podía hacerlo dentro de esa mansión hasta arriba de esteroides.

—Entonces ¿dónde nos deja eso, Luce? —preguntó con voz tranquila y gesto cansado. Parecía necesitar tiempo para procesar las cosas tanto como yo.

¿Dónde nos dejaba eso? ¿En San Diego? ¿Nueva York? ¿En algún lugar en medio?

—En una encrucijada —dije al tiempo que me encogía de hombros de nuevo.

—¿Una encrucijada? —repitió acercándose a mí—. Después de todo lo que hemos pasado, ¿me estás diciendo que estamos en una encrucijada cuando te he puesto un anillo en el dedo y todos nuestros sueños por fin se están haciendo realidad?

Respiré hondo antes de contestar.

—No. Todos tus sueños se están haciendo realidad. Yo todavía estoy trabajando en los míos, así que sí, estamos en una encrucijada.

Las venas de su cuello afloraban a la superficie. Estaba cabreado, y yo solo lo estaba empeorando.

—No estamos en ninguna encrucijada —me susurró entre dientes.

—¡Oh, sí, estamos en una puñetera encrucijada! —le chillé como respuesta.

Se puso un poco rojo.

—No. No. Lo. Estamos.

—¡Sí! Sí. Lo. Estamos. —Dios, ¿de verdad estábamos haciendo aquello? ¿Pelear repitiendo las palabras del otro, como un par de críos de secundaria?

—¡Maldita sea, Lucy Larson! —gritó—. ¡No lo estamos! Y ya está, así que deja de hablar de encrucijadas. En realidad, mejor deja de hablar y punto, ¡porque todo lo que sale de tu boca es una pura locura!

Sentí que las lágrimas brotaban a la superficie, y no iba a dejar que salieran.

—A veces eres un completo idiota, ¿lo sabías? —le espeté antes de correr por el enorme vestíbulo hacia la parte posterior de la casa. Necesitaba alejarme de Jude, un poco de aire fresco, y aclarar de nuevo mis ideas. Estaba hecha un lío y solo iba a complicarlo todavía más si me quedaba otro minuto en la misma habitación que él.

Oí a Jude maldecir con toda la fuerza de sus pulmones antes de que sus pasos sonaran detrás de mí.

—Espera, Luce —dijo, pero yo no podía hacerlo. No esa vez.

Corrí por el pasillo y doblé la esquina hasta otra habitación gigantesca. La atravesé a toda prisa y me dirigí hacia las puertas dobles que calculé que darían al exterior.

Aire fresco. Un minuto para pensar.

Empujé la puerta y pasé, supuestamente, al jardín de atrás. Pero aquel jardín no tenía nada que ver con ningún otro. Al igual que la casa, era espacioso y recargado. Tenía delante la «laguna» de la que había oído hablar. Del centro sobresalía una roca natural, de la cual partían unos toboganes que descendían hasta la piscina. Me recordó a la piscina del hotel en el que nos habíamos alojado en las Bahamas cuando tenía diez años. A mi hermano y a mí no consiguieron apartarnos de aquel chisme en toda la semana.

Detrás de la piscina, había otra vivienda, esta más del tamaño de una casa normal. Supuse que era la casa de la piscina. Oí que Jude se acercaba, pero no estaba preparada para enfrentarme a él. A él le gustaba hablar las cosas primero y pensar después. Yo era justo lo contrario, y sabía, dado lo acalorado del asunto, que si lo retomábamos donde lo habíamos dejado antes de que tuviese un par de horas para tranquilizarme, seguiría otro concurso de gritos.

Puede que yo no hubiese madurado lo suficiente como para no gritar, pero era lo bastante sabia como para tratar de evitarlo si podía.

Avancé a grandes zancadas por el patio, esperando que tras la siguiente curva encontrase algún tipo de refugio o escondite temporal. En el instante en que me volví, supe que la paz y la tranquilidad no estarían en la agenda de esa noche.

Varias docenas de cuerpos pululaban por un patio extenso. Tomando algo, hablando unos con otros. Al principio no me vieron.

Y entonces Jude llegó corriendo por la esquina, gritando todavía mi nombre.

Entonces me vieron.

—¿Qué...?

—Co... —Jude acabó la frase por mí.

8

—Buf, se nos da fatal organizar fiestas sorpresa. —Un tío que parecía capaz de levantar un tráiler se adelantó con un par de copas de champán en las manos.

Yo todavía estaba intentando decidir si había aterrizado en Oz cuando el gigante, cuyos hombros y pavoneo le delataban como defensa, me tendió una copa. La cogí automáticamente, intentando ignorar a todos los que me observaban como si fuese un experimento que había salido mal.

—Puede que nos hayamos cargado la parte de la sorpresa, pero está claro que no vamos a cargarnos la parte de la «fiesta». —El gigante le tendió la otra copa a Jude, luego se sacó una petaca del bolsillo de la chaqueta. Desenroscó el tapón y la alzó para brindar—. Por el señor y la señora de este castillo de California. Que las fiestas sean salvajes, y el sexo, más salvaje todavía. —Nos guiñó un ojo y gritó—: ¡Salud!

Estalló un coro de «¡Salud!», pero yo no entendía nada. Ni siquiera los monosílabos. No estaba segura de en qué parte de la dimensión desconocida me encontraba, pero quería salir de allí.

Ya.

—Terrell —dijo Jude, que me alcanzó desde atrás. Estaba tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo, y deseé con tanta fuerza que esos brazos me sostuvieran que me aparté un par de pasos. Estaba preparada para que me rodeara con sus brazos y no lo estaba—. ¿Qué demonios es esto? —Jude no parecía enfadado, pero tampoco contento.

—Un intento de fiesta sorpresa —repuso Terrell—. El equipo quería bautizar tu nueva choza como corresponde. Y qué mejor forma de bautizo que treinta de tus ruidosos compañeros de equipo, sus sexis mujeres, novias, amantes, citas y... —movió las cejas de forma sugerente— alcohol.

Jude suspiró detrás de mí. Parecía tan cansado como me sentía yo.

—Además, queríamos conocer a la famosa Lucy —continuó Terrell, sonriéndome—. Hola, yo soy el tío que impide que le pateen el culo a tu chico, Lucy —añadió, y me tendió la mano. Era tan grande que se tragó la mía por completo—. Nuestro quarterback dar por sentado que son sus jugadas, y no las mías, las que van a evitar que caiga, pero voy a contarte un secreto. —Terrell se inclinó hacia mí—. Se equivoca.

Un coro de risas se extendió entre la multitud.

—Jude da por hecho un montón de cosas —dije, y le lancé una mirada.

Terrell nos miró primero a uno y luego al otro antes de coger la copa de la mano de Jude y conducirla hacia una mesa con más botellas de alcohol que personas había en la fiesta.

—Me imagino que necesitas algo más fuerte que esto. —Jude se giró hacia mí, pero se quedó con Terrell. El Jude al que yo conocía no habría dejado que nadie le separase de mí. Especialmente si estaba enfadada e incómoda.

—¡Señoritas! —gritó Terrell—. Acoged a Lucy en vuestro grupo.

Me quedé ahí de pie unos instantes más, sintiéndome como si fuera la última persona a la que escogían para jugar, cuando una de las chicas se apartó del jugador con el que estaba y se me acercó. No iba vestida como las demás, que seguían la política de cuanto menos es más en lo que a la elección de vestimenta se refería. Ella llevaba un vestido fino y holgado y sandalias doradas y, a diferencia del resto de los rostros femeninos, que me miraban como si fuese un chicle en la suela de su zapato, esbozaba una sonrisa. Una sonrisa de verdad.

—Así que tú eres la famosa Lucy de la que Jude no puede parar de hablar —dijo, y, en lugar de estrecharme la mano, me dio un abrazo.

Como su sonrisa, su rostro era real.

—Resulta agradable conocer a la chica de la que tanto habla un tío. Me recuerda a cómo era mi marido conmigo antes de que tuviéramos cuatro niños y se convirtiese en el romántico más vago del mundo. —Hizo un gesto hacia el grupo de tíos hasta los cuales habían acompañado a Jude.

Un tío de aproximadamente la misma estatura y peso que Jude inclinó su cerveza en nuestra dirección.

—Soy Sybill, y ese de allí es mi marido, Deon.

—¡Eh, Lucy! —Deonladeó su cerveza hacia nosotras de nuevo—. Yo soy el que se gana su sueldo. A estos pretenciosos solo les gusta cobrarlo.

Deon recibió una ronda de empujones de los tipos que tenía alrededor.

—¡Es verdad, cariño! —dijo Sybill antes de devolverme su atención—. Bueno, ¿qué tal lo llevas?

Por norma general, no solía contarles mis penas a desconocidos, pero la sonrisa amable de Sybill se abrió paso inmediatamente a través de mis reglas y restricciones en torno a contar penas.

—Cuesta de asimilar —comencé—. Hace unas semanas, Jude era estudiante, y ahora, en un par de meses, estará jugando en millones de televisores.

—Vaya si cuesta asimilarlo —dijo ella—. Cuando Deon fue seleccionado, estábamos acabando la carrera. Yo recogí mis cosas y me mudé al otro extremo del país y, no es broma, descubrí que estaba embarazada una semana antes de su primer partido. —Se rió mirando a su marido de un modo que me resultaba familiar. Así era como yo miraba a Jude—. Yo tenía tanto miedo de desequilibrarlo que no se lo dije hasta que acabó el partido. Un mes después estábamos casados y decidimos que uno era tan divertido que podríamos tener tres más.

—Sí que suena como endiabladamente difícil de asimilar de golpe —repuse, y cogí una botella de agua de una mesa—. Pero miraos ahora a los dos. —Hice un gesto hacia ellos, porque la conexión que tenían era tan evidente que sobraban las palabras.

—Una pareja que tiene que programar los polvos para asegurarse de que seguimos sacando tiempo para ello. —Me guiñó un ojo—. Pero es una buena vida. Y tengo a un buen hombre que me ha dado cuatro hijos a los que quiero tanto que a veces se me va un poco la cabeza.

Vale. Pensaba agarrarme a Sybill en esos eventos y no soltarla. Jamás. Podríamos sacudirnos los vaqueros y camisetas juntas mientras el resto de las chicas andaban haciendo aspavientos vestidas de satén y lentejuelas.

—Hablando de mis cuatro enanos... —Sybill rebuscó en su bolso, sacó un teléfono y contestó—. ¿Qué pasa, Jess? Arrugó el entrecejo e hizo un gesto a su marido.

—Vale, dale a Riley un poco de Sprite y galletas saladas. Estaremos en casa en media hora.

—¿Tienes al enano enfermo? —supuse.

—Al enano vomitando espaguetis y albóndigas —me explicó—. ¡Eh, Deon! Riley se ha puesto malo. ¿Coges tú el coche y te espero en la entrada?

Deon le hizo un gesto con la mano y corrió adentro.

—Siento que tu hombrecito esté enfermo —dijo—. Espero que se encuentre mejor pronto.

—Conociendo a Riley, estará curado y jugando a la Wii para cuando lleguemos a casa. —Saludó con la mano a algunos de los invitados antes de darme unas palmaditas en el antebrazo—. No dejes que las otras chicas te intimiden, Lucy —dijo en voz baja—. No tienen mucho aquí dentro —se dio unos golpecitos en la cabeza— o aquí —se llevó la mano a la altura del corazón—, pero se las controla con facilidad. Son tan superficiales que lo único que tienes que hacer es decirles que te gusta su bolso nuevo o su vestido nuevo o sus tetas nuevas, y serás una de las suyas. Dales coba y estarás dentro.

Eché la vista atrás hacia donde estaba el resto de la gente, y luego miré a Sybill, que se dirigía al interior de la casa.

—No creo que quiera estar dentro.

Me lanzó una sonrisa.

—Sí, yo tampoco. Es evidente que nunca he sido ni seré una chica a la moda —dijo, y se encogió de hombros—. Me gustas, Lucy Larson. Seamos amigas.

Era una forma muy infantil de decirlo, pero muy sincera. Algo bueno había salido de ese día: tenía una nueva amiga.

—Tú también me gustas. Amiga.

Se despidió con la mano antes de volver a mirar a Jude.

—¡Bonita choza, quarterback! Siento que salgamos pitando, pero la vida nos llama.

Jude nos miró a Sybill y a mí, y no se le dio tan bien como a mí fingir que no habíamos estado discutiendo por ver quién gritaba más alto hacía unos minutos.

—Gracias, Sybill —respondió—. Me alegro de que por fin hayas conocido a Lucy.

Cuando Sybill se hubo ido, y Jude empezaba a abrirse camino hacia mí, ese grupo de chicas a mi derecha me pareció una buena distracción. Ignoré el hecho de que sus vestidos eran tan brillantes que juntos formaban una bola de discoteca colectiva. También ignoré que sería la chica con las tetas más pequeñas del grupo. Por mayoría abrumadora.

Lo único que sabía era que todavía no estaba preparada para hablar con Jude, no estaba preparada para olvidar las cosas horribles que nos habíamos dicho el uno al otro, y sin duda no quería una repetición de aquella pelea. Lo olvidaría, siempre lo hacía, pero no todavía.

Cuando Jude se acercó, me planté delante de las chicas. Debería haberme recordado a mí misma que «plantarse» no era precisamente una manera casual de abrirse camino en un grupo. Todas las cabezas de pelo rubio y planchado se volvieron hacia mí. ¿Cuántas veces tenía que ser el centro de atención con solo veintiún años de vida? ¿En serio? Sin embargo, mi movimiento no demasiado sigiloso había funcionado. Jude ya no avanzaba con paso firme en mi dirección. Chico listo.

De la sartén al fuego.

«Di algo, Lucy», me ordené a mí misma mientras todas esperaban, mirándome como si no pintase nada allí.

Entonces me acordé de las sabias palabras de Sybill. Me aferré a lo primero que me llamó la atención.

—Me encanta tu anillo —dije, asintiendo a la chica de mi lado, que tenía en la mano una copa de champán.

Se produjo otro momento de silencio antes de que un coro de «Oooh» se extendiera por el grupo.

—Eres muy amable —contestó la Chica del Anillo, al tiempo que se llevaba la otra mano al pecho. Uau. Había visto tetas grandes en mi vida, pero aquellas cosas podrían haber tenido código postal propio—. Me lo regaló Chad por nuestro aniversario.

Más «Oooh». El sonido era como si arañaran una pizarra. Yo no dije «Oooh».

—¿Cuántos años lleváis casados? —pregunté, sintiendo que tenía controlado aquello de la charla intrascendente.

—No fue por nuestro aniversario de boda, tonta —contestó ella, riéndose como si yo fuese demasiado mona—. No estamos casados, solo salimos juntos.

—Ah —dije—. ¿Cuántos años lleváis juntos?

—Hoy hace dos meses —respondió con orgullo.

—Lleváis dos meses saliendo juntos, ¿y te ha comprado esto? —Fuera quien fuese el tal Chad, era un loco declarado. O fuera quien fuese la chica del anillo era bastante dotada en lo que hacía.

—No, acaban de regalarle eso porque llevan dos meses de mamadas —me explicó la chica de mi izquierda por lo bajo antes de reírse disimuladamente—. Es evidente que es muy buena con la boca.

Todas las chicas se unieron a sus risitas, incluso la que al parecer hacía las mejores mamadas en toda la manzana.

—Uau —exclamé—. Felicidades. —No se me ocurría nada más.

Sybill tenía razón: ahí arriba no había nada.

—¿Y qué hay de ti? —intervino una chica de pelo oscuro al otro lado—. Veamos tu anillo.

Extendí mi mano y no pude evitar esbozar una sonrisa. La que siempre esbozaba cuando miraba mi anillo de compromiso. Conseguía recordarme mi pasado con Jude, además de la promesa de un futuro juntos. Ese anillo tenía algo poderoso.

—¿Cuántos quilates tiene eso? —preguntó.

Seguí admirándolo y le dije:

—Un tercio.

Varias risitas muy claras, seguidas de un chist. Cuando alcé la vista, la chica de pelo oscuro se estaba esforzando por contener una sonrisa de superioridad.

—Oh —dijo, y exhibió su anillo, que era diez, si no veinte, veces más grande que el mío—. No sabía que hicieran diamantes tan pequeños.

Otra ronda de risitas. Y ya volvía a estar cabreada. Al menos no era con Jude. Él se había dejado la piel trabajando para comprar mi anillo de compromiso, ¿y esas brujas engreídas que probablemente no habían trabajado un solo día en toda su vida iban a reírse de su trabajo duro?

Sí, pero no conmigo delante.

—Los hay de todas las formas y tamaños —repliqué, y la fulminé con la mirada—. Como con los cerebros. —Alcé una ceja, me giré sobre mis talones y me largué no todo lo rápido que hubiese querido.

Al parecer, ese año no iba a tener más que una amiga entre esa gente. Una amiga de verdad valía más que cincuenta amigas enemigas que se reían de mi anillo de compromiso. Brujas.

Después de alejarme de forma no demasiado casual del cubil de aquellas leonas, deambulé por el jardín de atrás. Puesto que era más como un parque que un jardín, debería haber sido fácil encontrar un sitio tranquilo.

Todavía podía oír el estruendo de la fiesta cuando me sonó el teléfono en el bolso. Imaginé que era Jude, y estaba a punto de pulsar para ignorar la llamada, cuando un número diferente pero conocido apareció en pantalla. Aunque no estaba de humor para hablar, la persona que llamaba tampoco era dada a las conversaciones largas.

—Eh, papá —contesté mientras continuaba abriéndome paso por aquel jardín de diseño. Estaba casi segura de que había otra fuente horrible y recargada esperándome al final del camino, así que cambié de dirección.

—Hola, mi Lucy In The Sky —me saludó, y sonaba como el padre de mi niñez. El padre que no se había convertido en un recluso físico y emocional durante toda mi adolescencia—. Solo llamo para saludarte y ver qué tal estás.

Esbocé la sonrisa más grande de que era capaz en ese momento. Mi padre me llamaba cada semana, el mismo día, a la misma hora. Podías poner un reloj en hora por las llamadas de mi padre.

—Hola, gracias por llamar. Estoy en San Diego, he venido a ver a Jude.

No le dije nada más. Si le contaba a mi padre lo de la discusión con Jude sobre la McMansión, no habría forma de que colgase en varios minutos.

—¿Cómo está Jude? —me preguntó ilusionado. Yo no era la única fan incondicional de Jude Ryder en la familia Larson. Mi padre me seguía de cerca.

—Jude... —Busqué la palabra apropiada: probablemente era mejor que me guardase frases como «Ha perdido la cabeza» y «Ha dejado que California le sorba el cerebro» para mí—. Ha estado muy ocupado, papá. Creo que tanto sol, todas esas horas en el campo y los símbolos del dólar le están volviendo un poco loco.

Mi padre se rió para sus adentros.

—Más loco de lo normal —aclaré.

—¿Alguna novedad en el frente nupcial? —me preguntó mi padre cambiando de tema sin demasiada delicadeza. Gruñí.

—Tú también no —gimoteé—. Si no eres tú, es mamá. Si no es mamá, es Jude. Si no es Jude, es alguien más. ¿Por qué todo el mundo quiere conocer todos los detalles acerca de nuestra próxima o no tan próxima boda? —No quería ser tan cortante con mi padre. Solo era una pregunta equivocada en el momento equivocado.

—Lucy In The Sky —dijo mi padre, como la personificación de la calma—, no es que quiera conocer todos los detalles de tu boda, próxima o no, y ya está. Quiero conocer todos los detalles de tu vida entera. —Podía percibir aquella sonrisa paternal en su voz—. Pero, dado que ya no eres una niña, ¿qué tal si me conformo con saber si eres feliz? Exhalé. Mi padre siempre conseguía tranquilizarme solo con su voz.

—Me parece bien.

—Hablo en serio, cariño. Tu felicidad es lo único que me importa —añadió—. Si a ti te hace feliz seguir prometida el resto de tu vida, a mí me parece bien. —Me reí con ganas. Mi padre quizá estuviese de acuerdo con eso, pero yo sabía de otro hombre al que no le gustaría demasiado—. Si lo que te hace feliz es una boda exprés en las Vegas, que así sea.

—Gracias, papá.

—Decidáis lo que decidáis Jude y tú, a tu madre y a mí nos parecerá bien —dijo—. ¿Vale?

Aquello me quitaba un peso de encima, pero el problema era que no sabía qué quería en ese momento. Necesitaba algo de tiempo y una taza de té para ayudarme en mi mar de indecisión.

—Vale, papá. Gracias, significa mucho para mí —contesté.

—Bueno, tú significas mucho para mí, Lucy in the Sky.

Cuando salí de la ducha, miré por la ventana del baño. Los últimos rezagados de la fiesta se habían ido. Ese día había sido horrible, y sabía que el siguiente también lo sería. Así que esa noche quería olvidar todo lo que me rondaba por la cabeza y dormir un poco. Necesitaba cerrar la puerta a ese día y abrir una nueva por la mañana.

Había dejado todas las luces de la casa de la piscina apagadas con la esperanza de que Jude estuviese demasiado borracho o demasiado cansado para venir a buscarme. Por supuesto, sabía que eso era hacerme ilusiones. Sabía que vendría. Solo esperaba que, cuando lo hiciera, me dejara el espacio que le diría que necesitaba. Dada nuestra experiencia pasada, a Jude no le entusiasmaba el «espacio».

Estaba sacando un vaso del armario de la cocina cuando llamaron a la puerta.

—¿Luce? ¿Estás ahí? —Su voz era aguda.

Antes de que pudiera responder, se abrió la puerta y entró.

Su gesto delataba la misma preocupación que su voz.

—He estado buscándote por todas partes —dijo mientras daba unos pasos más—. ¿Qué estás haciendo aquí?

«Esconderme de ti. Tratar de aclarar mis ideas.»

—Estaba a punto de acostarme —respondí, y dejé el vaso. El agua sonaba bien hasta que Jude había llegado. En ese momento lo único que sonaba bien era él. Especialmente por el modo en que me miraba.

—Te estás escondiendo de mí —afirmó, metiéndose las manos en los bolsillos.

—No —repuse mientras me ceñía el cinturón de la bata un poco más—. Me estoy escondiendo de este sitio.

La mandíbula de Jude se tensó.

—Este sitio es nuestra casa, Luce. Tuya y mía.

—No, Jude. Este sitio os pertenece a ti y a la persona que quieres que sea. No la persona que realmente soy.

Jude dio unos golpecitos en la pared con los nudillos y avanzó hacia mí.

—Vale. No es el sitio que tú quieres, nos desharemos de él. —Me miraba como si yo fuese todo su mundo. Sabía que yo me derretía bajo esa mirada. Hacía días, semanas, y se estaba aprovechando de mi escaso autocontrol.

Cerré los ojos e inhalé lentamente para tranquilizarme. Podía sentir como la sangre se me agolpaba en ciertas partes del cuerpo por encontrarme a solas y a esa distancia de él. No podía, no pensaba acostarme con él hasta que hubiese aclarado mis ideas.

—Dime qué quieres, Luce —dijo, y se detuvo a unos centímetros de mí. Podía olerle; casi podía saborearle en mis labios. Casi podía sentirle...

Negué con la cabeza, con los ojos aún cerrados.

—No lo sé —reconocí, y noté que se acercaba un poco más.

—Dime qué quieres —me pidió, y entonces su cuerpo se apretó contra el mío.

Maldita sea. Mi frágil determinación estaba oficialmente a punto de convertirse en una causa perdida.

Entonces su boca se movió junto a mi oído, y el calor de su aliento se abrió paso por mi cuello.

—¿Qué es —susurró— lo que —sus dientes se hundieron en el lóbulo de mi oreja— quieres? —Empujó las caderas hacia mí, y cuando le sentí contra mí, los últimos restos de autocontrol a los que me había estado aferrando se me escurrieron entre los dedos.

Abrí los ojos. Ya había saltado, así que pensaba disfrutar de la caída.

Esperé hasta que me miró a los ojos.

—Te quiero a ti —contesté, y mis dedos buscaron su cremallera. Los preliminares habían quedado atrás—. Aquí. Y ahora. —Le bajé la cremallera y apoyé mi boca contra su oído—. Desesperadamente.

Jude tomó aire con brusquedad, pero ese fue el único gesto de sorpresa que se permitió. Sus manos me desataron la bata rápidamente. Me cogió por las caderas, me levantó y cargó conmigo hasta la mesa. Su boca encontró la mía y me besó como nunca me había besado. Fue desesperado, y hambriento, y casi doloroso.

Pero me gustaba la sensación que me producía el dolor. Necesitaba sentirlo.

Tras desabrocharle el botón de los pantalones, tiré de ellos hacia abajo. Le cogí con mi mano y me recosté en la mesa. El rostro de Jude reflejaba una mezcla de emociones. Por primera vez desde esa tarde, tenía las cosas claras. Y era feliz.

Cuando le guiaba hacia mí, Jude se detuvo.

—¿Estás segura de que estás preparada? —dijo, con la respiración entrecortada.

—Ven y averígualo —repuse mientras le rodeaba la cintura con las piernas para atraerle hacia mí.

Su rostro se contrajo mientras mi mano se movía arriba y abajo, pero él se refrenó.

—Jude —le susurré—. Por favor. —Alcé las caderas hasta que le sentí justo donde debía estar.

Se movió para introducirse apenas y gimió. Yo gemí más alto. La tortura era demencial, y si Jude pensaba jugar de forma lenta y delicada, tendría que hacerle cambiar de opinión. La suavidad y la delicadeza no estaban en la agenda de esa noche.

Le estreché con fuerza entre mis piernas y subí las caderas un poco más, con lo que conseguí acoger el resto de él en mi interior.

—Dios. —Suspiré, sintiendo que podía alcanzar el orgasmo. Cuando movió las caderas, estuve a punto de hacerlo.

—Mierda, Luce —dijo; respiraba pesadamente a mi oído—. Sí que estabas preparada.

Hice ese movimiento de contoneo con las caderas que le hacía subirse por las paredes y retiré su mano de mi cadera para que me cubriera el pecho.

—Entonces ¿a qué estás esperando?

Sus manos me apretaban tanto la cadera como el pecho, y entonces empezó a moverse con más fuerza. Yo tenía lo que había pedido.

Cada vez que me embestía estaba segura de que iba a alcanzar el clímax, pero no lo hacía. Esa vez fui yo quien le esperó a él. La mesa empezó a bambolearse debajo de mí cuando aceleró el ritmo. Le clavé los dedos en la espalda; lo único que podía hacer era aguantar y disfrutar de cómo me estaba haciendo sentir.

Oí cada gruñido grave cuando se introducía en mi interior, y cada gemido atormentado cuando salía.

—Vamos, cariño —jadeó, moviéndose más deprisa—. Quiero sentir cómo te corres.

Su mano se deslizó hacia abajo, hasta que su pulgar trazó círculos en mi clítoris.

Sabía que estaba cerca, pero alcancé el orgasmo al instante. El cuerpo de Jude tocándome por dentro y por fuera me hizo alcanzar un orgasmo tan poderoso que sentí como si me arrancaran las entrañas. Grité su nombre, sintiendo que mis músculos se contraían a su alrededor cuando arremetía contra mí por última vez. Él susurró mi nombre tantas veces que perdí la cuenta, antes de derrumbarse sobre mí.

9

Todavía percibía el olor de Jude en mi almohada, pero su cabeza ya no la compartía con la mía como durante toda la noche. Bueno, toda la noche a partir de nuestra escena de sexo de reconciliación encima de la mesa.

Pero estaba cerca. Su canturreo desafinado de la canción que sonaba en la radio era una señal reveladora. Me volví en la cama con una sonrisa en el rostro.

Cuando mis ojos se posaron en un trasero, un trasero desnudo, que estaba trajinando con la máquina del café, mi sonrisa se ensanchó.

—¿He mencionado últimamente que tienes un culo precioso? —dije al tiempo que me incorporaba sobre los codos, porque si el trasero desnudo de Jude estaba expuesto para alegrarme la vista, pensaba disfrutar de ello.

Me sonrió mientras vertía el café en una taza.

—Anoche sin ir más lejos, cuando lo agarrabas al tiempo que gritabas mi nombre.

—Vaya. Alguien se ha levantado con vena chulesca esta mañana. —Sentí la tentación de mirar la hora en mi teléfono, pero eso habría significado apartar la vista. La hora podía esperar; un Jude desnudo haciendo café no.

—Yo me levanto en ese lado de la cama todos los días, Luce —dijo volviéndose.

Como la mala chica que era, mis ojos se centraron en determinado punto de su cuerpo.

—Sí, sin duda lo haces. —Si sonreía más me dolería.

—Buenos días. —Me ofreció la taza mientras yo seguía mirándolo impertérrita.

—Sí que lo son —contesté al tiempo que me sentaba.

—Vale, Luce, tienes que dejar de mirarme así o voy a llegar tarde al entrenamiento. —Esperó hasta que desvié la vista a sus ojos antes de darme el café. Probablemente fue lo mejor. Las mujeres boquiabiertas y las tazas humeantes no eran una buena combinación.

—Si no querías que te mirase así, deberías haberte puesto algo de ropa. —Alcé una ceja y di un sorbo—. Gracias por el café. Muy servicial por tu parte.

Jude recogió sus calzoncillos, que habían acabado en el suelo la noche anterior, y se los puso antes de sentarse junto a mí.

—Me gusta tenerte satisfecha —dijo, y recorrió mi cuerpo con la mirada—. En todos los sentidos.

Suspiré delante de mi taza.

—Una sugerencia: si no quieres llegar tarde al entrenamiento, tú tampoco deberías decir ese tipo de cosas.

Sus ojos se despejaron y regresaron a los míos casi inmediatamente. No sabía cómo era capaz de pasar de destilar sexo un momento a transformarse en alguien tan responsable el siguiente, pero era algo que dudaba de que yo fuera capaz de dominar jamás.

—Anoche no me diste la oportunidad de decírtelo precisamente, puesto que estabas ocupada haciendo estragos encima de esa mesa, que se ha convertido oficialmente en mi mueble favorito —una sonrisa se formó en su rostro mientras observaba la mesa—, pero siento todo lo que pasó ayer, Luce. Quería que todo fuese perfecto y no podría haber ido peor.

No, no podría. Bueno, al menos hasta la noche.

Le cogí la mano y se la estreché.

—Yo también lo siento —contesté, tan acostumbrada a aquellas palabras que para entonces podía haber sido una experta titulada. En la historia de nuestra relación «Lo siento», «Perdóname» y «He metido la pata» surgían casi con la misma frecuencia que «Te quiero».

—Si no te gusta la casa, no pasa nada. Encontraremos otra —añadió, rodeándome los hombros con los brazos—. Quiero que seas feliz, Luce, y nunca habría cogido este sitio si hubiese pensado que iba a molestarte.

Suspiré aliviada. El día anterior habíamos luchado contra aquella conversación. Ese día podíamos hablar de ello de forma tranquila y constructiva. Quizá era así como debíamos enfrentarnos a esa especie de minas antipersona en el futuro: desnudos y en la cama.

—Lo sé, Jude. Es solo que me pilló desprevenida. Todo está ocurriendo muy rápido, y a veces siento que no tengo oportunidad de tomarme un respiro. —Hice una pausa para dar otro trago—. ¿Lo entiendes?

—Créeme, lo entiendo —respondió, asintiendo—. No tienes que explicármelo, Luce. Lo comprendo, y siento haberte hecho todo esto aún más duro. Llamaré al agente inmobiliario esta tarde y le diré que empiece a buscar un sitio distinto. ¿Vale? —Me atrajo hacia él y apoyó la barbilla en mi cabeza.

—¿Ese agente inmobiliario estará buscando casas de tres dormitorios y dos baños? —Empecé a decirme a mí misma que debía calmarme, así si aquello tomaba un giro acalorado, podría manejarlo mejor.

Jude gruñó, pero no de forma tajante, como si también estuviera intentando contenerse antes de que nuestro mal humor se intensificara.

—Te das cuenta de cuánto dinero estoy ganando este año, ¿verdad, Luce? Y de cuánto voy a ganar a partir de...

—Lo sé, lo sé —le interrumpí, y me mordí la lengua para guardarme mis siguientes comentarios—. Pero ¿cómo cambia eso quien eres? ¿Y quién soy yo? ¿Y lo que queremos? —Esas eran en el fondo las preguntas para las que necesitaba respuestas.

—No me cambia a mí, ni a ti ni lo que queremos en absoluto, Luce —dijo con tono tranquilo—. Lo único que cambia es nuestro estilo de vida. Y cuántos cochazos tenemos en nuestro garaje de cinco plazas.

Dejé el café en la mesilla. Jude no lo estaba entendiendo, o yo no estaba siendo clara. Yo no quería más coches que dedos en la mano. No quería más garajes que pelos en la cabeza. Quería a Jude. Y un techo sobre nuestras cabezas, y un coche de fiar y la nevera llena también estarían bien.

—Yo no quiero cambiar nuestro estilo de vida —repliqué—. Creía que nuestro estilo de vida estaba bastante bien.

—Está bastante bien, Luce. Mierda, claro que está bien —dijo sin aflojar su abrazo. Así es como debía mantenerse una conversación, apretada contra él—. Pero podría estar mucho mejor. Todas esas veces que he querido ir a la joyería y comprarte lo más grande y brillante que pudiera, todas esas veces que he querido llevarte a algún restaurante elegante y pedir lo más caro de la carta solo porque quería que tuvieses lo mejor. Todos esos inviernos que he querido comprarte un todoterreno que se reiría de conducir en invierno. —Hizo una pausa y apoyó la cabeza en el cabecero—. Estoy harto de no poder darte las cosas que mereces.

Lo que decía me tocaba la fibra sensible, pero no aliviaba para nada la tensión que sentía siempre que empezaba a hablar de dinero.

—Sé que lo estás, cariño. Sé que lo estás —contesté—. Pero lo que pasa es que todos estos años en los que crees que has estado dándome lo segundo mejor...

—Más bien lo cuarto mejor —murmuró.

—Bueno, entonces debo de ser el tipo de chica de lo cuarto mejor, porque nunca me he sentido desatendida o estafada.

Permanecimos un momento callados, aunque el volumen de nuestros pensamientos no permitía que reinase el silencio exactamente.

—¿Luce? ¿Por qué te incomoda tanto el dinero?

Mierda. Con lo desnuda y vulnerable que me hizo sentir su pregunta, bien podría haber vuelto a tumbarme en esa mesa. Jude tenía una capacidad sorprendente para saltarse las chorradas y ver lo que había en el fondo de lo que yo estaba tratando de esconder. Algunos días adoraba ese don. Otros días lo odiaba.

Aún no estaba segura de qué tipo de día era ese.

Inhalé y exhalé, descartando las medias verdades que ocultaba, intentando llegar a lo que realmente me preocupaba. Estaba preparada para decir lo que parecía cerca del fondo del asunto.

—Yo vengo de saber lo que es tener tanto dinero en el banco que ni siquiera te dabas cuenta de que podrías preocuparte por algo como el dinero —comencé, y me retorcí entre sus brazos para ovillarme más cerca de él—. Y vengo de saber lo que es tener tan poco en el banco que no estás seguro de si tendrás una casa que llamar hogar al mes siguiente. Conozco los altibajos. El dinero no puede hacerte feliz. No quiero fingir que lo hace, o lo hará.

—Luce, lo sé —me interrumpió—. Sé que no puede hacerte feliz si no lo eras ya. Pero tú y yo hemos creado algo tan bueno antes de todo esto que un poco de pasta en el banco solo puede mejorarlo.

—No —contesté de forma abrupta—. ¿Lo ves? Eso es. No quiero que mi satisfacción en la vida esté ligada a algo como el dinero. De ninguna forma. Quiero que estén separados. —Levanté una mano y la extendí a la derecha—.

Aquí están Lucy y la montaña rusa de sus emociones. —Jude era lo bastante listo como para evitar sonreír—. Y aquí está el dinero —añadí, alzando la otra mano y extendiéndola a la izquierda—. No quiero que estén conectados nunca. Nunca.

—¿Nunca? ¿O nunca jamás? —Ahora sonreía—. Porque hay una diferencia.

Le propiné un codazo antes de contestar.

—Nunca, nunca, jamás.

Consideró aquello por un momento antes de asentir.

—Vale. Creo que puedo con eso. —Sonaba tan sincero como parecía.

—¿Sí?

Cogió mis manos, que seguían extendidas, y me las besó.

—Sí.

¿Quién habría dicho que una sesión de sexo salvaje encima de la mesa y una noche de sueño podrían allanar el camino para una conversación productiva sobre algo por lo que el día anterior nos habíamos estado gritando el uno al otro?

Oh, sí. Lo descubrieron los hombres. En la época del hombre de las cavernas, cuando las mesas no eran más que pedruscos planos. Era hora de que yo, como mujer, lo averiguara y empezase a usarlo en beneficio propio.

—¿Necesitas algo más? —Me besó en la frente antes de rodar para bajarse de la cama—. Si no me marchó en los próximos treinta segundos, voy a llegar tarde al entrenamiento.

—Necesito... algo —respondí, arrojando la sábana a un lado—, pero para eso tienes que estar aquí.

Jude no apartó la vista de mi rostro, pero supe que hacerlo le estaba matando.

—Eres cruel, Luce. ¿Lo sabes?

—Hummm. —Me puse de costado para ofrecerle una mejor vista. Sonreí cuando su mirada se desvió por un brevísimo instante.

Se dio unas palmaditas en las mejillas, se volvió y cogió sus vaqueros.

—¿Por qué no te vas de compras o algo mientras entreno? —preguntó al tiempo que sacaba su cartera—. Hay una burrada de tiendas por aquí en las que estarían ansiosos de atender a la futura esposa de un quarterback de la liga nacional. —Sacó aquella tarjeta negra y brillante, y me la tendió.

Volví a cubrirme con la sábana.

Jude arrugó el entrecejo.

—¿Estabas aquí durante la conversación que acabamos de mantener? —le pregunté fulminando la tarjeta negra con la mirada.

Su entrecejo se contrajo un poco más antes de alisarse.

—Sí. —Volví a meter la tarjeta en su cartera y se quedó de pie, con aire desamparado.

Yo no quería que se sintiese así. Sabía que Jude quería cuidar de mí; era lo que tenía en mente en todo lo que hacía.

Era solo que yo no necesitaba ni quería que una reluciente tarjeta negra cuidase de mí.

—¿Crees que podrías prestarme tu camioneta? —le pregunté con la esperanza de que eso calmase sus ansias por hacer algo por mí—. Estaba pensando en ir a la playa y vegetar todo el día.

—Claro —respondió, y volvió a hurgar en su bolsillo. Como imaginaba, parecía aliviado por poder hacer por mí algo que estuviera dispuesta a aceptar—. Tiene el depósito lleno, así que llévala a dar una vuelta. —Me tendió las llaves de su nueva camioneta. También estaban relucientes.

Todo estaba asquerosamente reluciente. Nunca pensé que me resistiría tanto al brillo.

—Vamos, no podría ver por encima del volante de esa cosa —dije, y le guiñé un ojo para mitigar el golpe—. Eso si fuese capaz de subirme a ella sin tu ayuda. Necesitaría un taburete o una escalera.

—¿Quieres que llame un taxi? —me preguntó, y entonces se le iluminó la cara—. ¿O por qué no vas a comprarte ese coche deportivo que llevo tiempo queriendo regalarte? Así puedes elegir tú misma el color.

Alcé la mano y me mordí la lengua.

—Gracias. Por todas esas ofertas —repuse—, pero estaba pensando en coger tu viejo trasto.

A Jude se le arrugó la frente.

—Así, si me paso todo el día dando cabezaditas en la playa, no tendré que preocuparme porque algún crío enfadado con el mundo destroe tu flamante camioneta. —Esa era una de las razones por las que quería coger su vieja camioneta, pero sin duda no la principal.

Su rostro reflejó molestia, pero fue solo un instante.

—Las llaves están puestas —dijo mientras se ponía los vaqueros—. Y acabo de cambiar el aceite y la he puesto a punto, así que no deberías tener ningún problema con la vieja tartana.

Fulminé con la mirada la camiseta que iba a coger. Sabía que la ropa era necesaria, pero debería haber hecho una excepción en el caso de Jude Ryder.

—¿Cambio de aceite? ¿Puesta a punto? —inquirí cuando introdujo la cabeza por la camiseta—. ¿Es la misma camioneta que ayer afirmabas que ibas a mandar al desguace?

Puso los ojos en blanco y se calzó sus Converse. Al menos esas seguían siendo las mismas zapatillas viejas y raídas a las que estaba acostumbrada.

—Me estás rompiendo las pelotas, mujer.

—Pronto seré tu esposa —repuse—. Ese es uno de los requisitos del trabajo.

Se quedó paralizado, y sus dedos dejaron de volar en torno a los cordones.

—¿Pronto? —repitió, y sus ojos brillaron.

Oh, oh. No tan «pronto» como el día o la semana siguiente.

—Tan pronto como sea capaz —dije, y el corazón me palpitó un poco por el modo en que me miraba. Con una sola mirada, Jude era capaz de derretir todos y cada uno de mis músculos justo antes de que se tensaran de anticipación. Jude sonrió satisfecho.

—Me conformaré con eso —contestó, y entonces, en lugar de acabar de subirse la cremallera de su bragueta, movió su mano en la dirección opuesta.

Ya se me estaba acelerando el pulso.

—¿Qué estás haciendo?

Jude cruzó la habitación y saltó a la cama.

—Voy a llegar tarde —afirmó antes de que su boca y su cuerpo cubrieran los míos.

¿Una cosa a la que podría acostumbrarme en el sur de California? Las playas y el sol. Habían pasado ocho horas largas, y no había hecho más esfuerzo físico que el que suponía dar vuelta y vuelta. Eso y desenroscar el tapón de mi botella de agua.

Me veía ahí.

Si el sur de California fuese conocido como uno de los centros neurálgicos de la danza mundial, ya estaría lista. El sol estaba empezando a descender en el cielo, pero me quedaba al menos una hora larga para empaparme de rayos UVA y no quería perdérmelo solo por un caso grave de retortijones causados por el hambre.

Para decantar el voto entre quedarme y marcharme, el estómago me rugió de nuevo.

—Vale —refunfuñé, y anoté mentalmente que la próxima vez que fuera a la playa tendría que llevar algo más que una barrita de muesli.

Antes de que pudiera empezar a recoger mis básicos de playa, me sonó el teléfono. Lo cogí y leí el mensaje. TODOS LOS TÍOS ME HAN PREGUNTADO POR QUÉ LLEVO TODO EL DÍA CON ESTA ESTÚPIDA SONRISA EN LA CARA. Seguido de una carita sonriente. TE HE ECHADO LA CULPA A TI.

ME ENCANTARÁ CARGAR CON LA CULPA DE ESA ESTÚPIDA SONRISA, escribí, esbozando mi propia estúpida sonrisa cuando me vinieron varios recuerdos a la cabeza. ESPERO QUE NO TE IMPORTE SEGUIR TENIÉNDOLA MAÑANA.

Seguido de una carita que guiñaba un ojo.

Su respuesta fue instantánea. MIERDA, CLARO QUE NO.

Me reí y, antes de que pudiera escribir una respuesta, mi teléfono volvió a emitir un pitido. ¿DÓNDE ESTÁS? NUNCA ES DEMASIADO PRONTO PARA EMPEZAR A TRABAJAR EN ESA SONRISA DE NUEVO.

Nunca había oído nada más cierto. Escribí: SIGO EN LA PLAYA. Y YA ESTOY SONRIENDO SOLO DE PENSAR EN HACERTE SONREÍR A TI.

Me incorporé y metí el protector en mi bolso cuando llegó su respuesta. TE VEO ALLÍ Y COJO LA CENA POR EL CAMINO. Su mensaje terminaba con puntos suspensivos, y entonces el teléfono sonó con otro mensaje.

Y YO ESTOY SONRIENDO AL IMAGINARTE SONRIENDO POR PENSAR EN HACERME SONREÍR.

Me reí al imaginarlo con la sonrisa en el rostro, pisando el acelerador y colocándose bien los pantalones. BASTA DE SONRISAS, ESCRIBÍ. DATE PRISA, PORQUE QUIERO QUE ME HAGAS GEMIR.

Como si corriera peligro de que me pillaran pasando notas en clase, miré a un lado y al otro.

Cuando llegó su respuesta, casi di un salto. PIENSO HACERLO, LUCE.

Me revolví, sintiendo el calor que se extendía por todos los lugares adecuados.

Oí unos silbidos delante de mí. Alcé la vista cuando un par de tíos que llevaban tablas de surf pasaron tranquilamente, mirando boquiabiertos cierto punto que a Jude no le habría gustado que mirasen.

—¡Sí! —les dije, lanzándoles una mirada que venía a decir «¿En serio?»—, ¡son tetas!

Uno de ellos tuvo la decencia de apartar la vista. El otro se limitó a sonreír aún más. Era el Jude de los dos.

—No, guapa —respondió el engreído—, eso son pezones.

Bajé la vista. «Mierda.» Sí, eso que sobresalía para que lo viera toda la playa de La Jolla eran sin duda mis pezones. Maldito Jude y todos sus mensajes de contenido sexual por encenderme de esa manera.

No se me ocurrió ninguna respuesta cortante, pero no podía permitir que el surfero tuviera la última palabra. Me cubrí el pecho con el brazo y le hice un gesto de rechazo con la otra mano.

Inclinó la barbilla por respuesta, me guiñó un ojo y siguió caminando.

Los hombres eran criaturas irritantes. En todos los órdenes de la vida. Incluso cuando escogías estar sola, descansando en la playa.

No hace falta decir que pasé la media hora siguiente boca abajo.

Al menos hasta que atisbé una forma familiar que se contoneaba hacia mí. Me puse en pie de un salto y corrí hacia él como si no le hubiese visto en meses. Llevaba una bolsa de papel y una sudadera bajo el brazo, y parecía recién duchado. Sin embargo, el modo en que me miraba era todo menos limpio.

—¿Dónde está esa estúpida sonrisa de la que me estabas hablando? —le pregunté al acercarme.

—Se ha tomado el día libre cuando ha visto lo que llevabas puesto —respondió con severidad—. O lo que no llevas puesto. —Me recorrió el cuerpo con la mirada, y no parecía decidir si le gustaba o no.

Yo sabía cómo hacer que se decidiera.

Le rodeé el cuello con los brazos, me puse de puntillas y le planté un beso en la boca que empezó con suavidad pero no acabó del mismo modo.

—Toma —dijo Jude, interrumpiendo nuestro beso—, ponte esto. —Me tendió su vieja sudadera del Siracusa y esperó.

—¿Por qué? —pregunté, haciéndome la tonta. En cualquier otra ocasión, me habría puesto la enorme sudadera del Siracusa de Jude, pero no cuando se me ordenaba hacerlo.

—Porque me has puesto cachondo a cien metros. —Señaló mi traje de baño—. No me gusta la idea de que un puñado de tíos se la casquen mirando a mi chica. —Sacudió la sudadera delante de mí.

No. No tenía ninguna intención de hacerlo.

—¿A quién le importa? —Bajé el brazo que tenía extendido y le sonreí—. La única que se viene a la cama conmigo es la tuya.

Jude resopló y se cruzó de brazos.

—Diles eso a los cerdos que se acordarán de ti esta noche entre sus sábanas.

El numerito en plan controlador ya lo tenía muy visto. Me crucé de brazos y me mantuve firme.

—No sé qué te ha puesto de tan mala leche. Ni siquiera es mi bikini más atrevido. —No lo era. En lo que a bikinis se refería, ese era relativamente soso.

Arrugó el entrecejo al examinar mi traje de baño de nuevo.

—Lo único que veo es unos triángulos diminutos y un montón de hilo, Luce —replicó, y parecía atormentado de nuevo—. ¿Estás tratando de decirme que eso no es atrevido?

Respondí encogiéndome los hombros de forma evasiva.

—Solo hay un modo de resolver esta discusión. —Los ojos de Jude barrieron el paseo marítimo, entornándose varias veces al hacerlo—. Yo gano —dijo al final—. Todos y cada uno de los capullos al alcance de la vista te están mirando, Luce.

Eché un vistazo alrededor.

—Tendremos que estar de acuerdo en no estar de acuerdo —repuse—. Porque estoy segura de que no a es a mí a quien están mirando, sino a ti.

Hizo una mueca.

Él había llegado a una conclusión distinta.

—No, no por esa razón —le dije al tiempo que le daba un suave empujón—. ¿No crees que quizá, solo quizá, te están mirando a ti porque resulta que eres ni más ni menos que el flamante quarterback de los Chargers?

—Como si fuese el mismísimo Peyton Manning —repuso Jude, y apretó los labios—. Contigo corriendo por ahí con bikini de hilo dental —me abarcó con un gesto de las manos—, no habría ojos que me mirasen a mí.

Traté de contenerla, pero no pude evitar la carcajada que se me escapó. Resultaba casi gracioso cuando Jude estaba ligeramente enfadado. Aunque no era tan gracioso cuando estaba cabreado de verdad.

Los ojos de Jude se detuvieron en algo detrás de mí.

—¡Eh, gilipollas! —gritó entornando los ojos—. ¡Si no quieres leer tu número mensual de *Playboy* en braille el resto de tu vida, más te vale dejar de mirar ahora mismo!

Le apoyé la mano en un costado y le acaricié trazando círculos con el pulgar. Círculos lentos y relajantes.

—¿Se puede ser más territorial? —me burlé.

—¿Has oído hablar alguna vez de Oriente Medio, Luce? —dijo con una sonrisa de suficiencia—. Cubiertas de capas y capas de tela de los pies a la cabeza. —Me hizo cosquillas en los costados. Lo peor había pasado.

—¿Has oído hablar de Europa? —le espeté en respuesta en pleno ataque de risa—. ¿De que toman el sol en topless? Creí que habías dicho que te encantaba.

—Rompepelotas... —murmuró, antes de volver a tenderme la sudadera—. Vamos. ¿Te la pones? —me preguntó. Preguntó. No ordenó ni mandó ni exigió. Me lo preguntó. Bueno, casi lo suplicó.

—Vale —contesté, porque no podía negarme. Le cogí la sudadera y me la puse. Era cálida, confortable, y olía a él. Estaba empezando a considerar la idea de llevármela al día siguiente cuando volviera a Nueva York.

—¿Vale? —Me miraba como si esperara un chiste para rematar.

Me puse la capucha por si acaso.

—Vale.

—Justo cuando creo que te tengo calada, Lucy Larson —me pasó el brazo por el cuello y me atrajo hacia sí—, vas y haces algo completamente inesperado. Como escucharme.

Introduce la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros mientras nos dirigíamos a mi pequeño terreno en primera línea.

—Eso también está en la letra pequeña, debajo de romper las pelotas —dije, empujándole con la cadera—, las futuras esposas deben mantener a los futuros maridos en ascuas.

—Ah, voy a tener que leer esa letra pequeña.

—Si no puedes hacerlo, estoy segura de que por el camino lograré ofrecerte una demostración en la vida real de todos y cada uno de los puntos —dije, ya al lado de mi toalla—. ¿Qué hay de cena? Y, por favor, no saques una lata de caviar y una botella de champán de esa bolsa o pido una intervención.

Sostuvo la bolsa en alto.

—Como sabía que... —arqueé las cejas— no te alegraría ni te entristecería, porque el dinero no tiene ningún efecto en tu medidor de la felicidad —alzó las cejas, evidentemente pagado de sí mismo—, he comprado unos tacos de pescado en un puesto ambulante y cerveza barata en una gasolinera.

Sonrió con malicia y agitó la bolsa. Yo la cogí y la dejé caer en la toalla antes de rasgarla.

—¿Tacos de pescado y cerveza PBR? —dije, debatiéndome entre asaltar los tacos o la cerveza primero. Mi estómago tomó la decisión por mí—. Esto, amor mío, me hace muy, muy feliz. —Saqué un taco envuelto en papel y se lo lancé al regazo cuando se hubo sentado.

—Por supuesto que una cena que me ha costado diez pavos iba a hacerte feliz —contestó mientras rompía el papel—. ¿Puedes ser más exasperante?

Esa era la pregunta del millón de dólares.

Cogí una cerveza de la bolsa, la abrí y se la ofrecí.

—Uau. Sí que has pasado por alto la letra pequeña si no conoces la respuesta a eso, cariño.

Se llevó medio taco de un mordisco y puso los ojos en blanco.

—Cómete la cena —me espetó con la boca llena—. Oigo cómo te suenan las tripas desde aquí.

Rasgué el papel del mío y probé el suyo antes de dar un bocado.

Maldita sea. Vale, conquie California se salía con el sol, la playa y los tacos de pescado.

—¿Bueno? —preguntó mientras yo continuaba con aquel romance en mi boca.

Recordé mis modales y esperé hasta que hube tragado antes de contestar.

—«Bueno» es un insulto a la grandeza de este taco de pescado.

Di otro mordisco mientras Jude sacaba otra cerveza de la bolsa. La abrió y me la ofreció.

—Acábalo con un trago de esto y la vida como la conoces se redefinirá, Luce.

Ni siquiera esperé a acabar de masticar antes de beber. Bendito orgasmo de las papilas gustativas.

—Sí, ese es el rollo —dijo haciendo chocar su botella contra la mía antes de dar un trago.

—Te. Quiero. —Di otro bocado—. Tanto. Tanto.

Jude se metió la otra mitad del taco en la boca y me miró de aquel modo al que me había acostumbrado. Como si yo fuera lo único que quisiese y lo único que querría nunca. No sé cómo sus ojos eran capaces de expresarlo, pero lo hacían. Se acabó el enorme bocado y me apoyó la mano en la mejilla.

—Te quiero. Tanto... Tanto, Luce...

Me incliné hacia su cálida mano y choqué mi botella contra la suya.

—Salud.

Dos tacos de pescado, dos cervezas y dos horas más tarde, seguía sin estar preparada para marcharme. Ni de lejos.

—¿Quieres el último? —me preguntó Jude, tendiéndome un taco.

—Todo tuyo —contesté. Le pasé las manos por detrás de él y las subí por debajo de su camiseta—. ¿Quieres un masaje? —No era tanto una pregunta como una formalidad. En cuatro años, nunca había visto a Jude rechazar un masaje.

—Pues claro —dijo con la boca llena.

Ejercí presión con los pulgares en los músculos de su columna. Él suspiró y se recostó.

—¿Te gusta así?

—Claro que sí. —Dejó caer el taco y echó la cabeza hacia delante.

Le presioné los músculos del cuello con los pulgares.

—¿Y así? —Nunca estaba segura de la presión que quería que ejerciese. Algunos días era apenas nada, como si solo quisiese sentir mis manos sobre él. Otros, no parecía capaz de maltratar los músculos lo suficiente—. ¿Todavía está bien? —pregunté, pellizcándole los músculos desde el cuello hasta los hombros.

Gimió.

—Claro que sí.

—Parece que es la noche del «claro que sí».

Bajó el cuello un poco más para facilitarme el acceso.

—Claro que sí.

Hacía rato que había oscurecido, pero habíamos visto ponerse el sol un poco antes y jamás olvidaría aquella imagen. Estaba empezando a comprender lo que los diez millones de personas que vivían allí veían en aquel lugar.

—¿Te imaginas hacer esto cada noche? —dije, concentrándome en un feo nudo en el omóplato—. ¿Tacos y cerveza barata en la playa?

—Parece una vida genial, Luce —respondió—. Yo lo aceptaría con gusto.

—He visto una casita en alquiler delante de la playa no muy lejos de aquí. Deberíamos alquilarla unos días durante las vacaciones de Navidad y así podríamos ver ponerse el sol todas las noches. —Tras deshacerme con éxito de un nudo, pasé al siguiente.

—Vendida —contestó—. Tú, yo, Navidad, la playa, la puesta de sol. ¿Dónde firmo?

Me incliné sobre su hombro mientras seguía masajeándole la espalda.

—Justo aquí.

Sus labios rozaron los míos.

—No sé si todo esto son nudos —dije, volviendo a su espalda— o si son músculos demencialmente duros, pero está claro que tienes algo que hay que arreglar.

Se rió para sus adentros cuando me concentré en un nudo igual de grande que mi puño.

—¿Qué?

—Luce —me cogió una mano y se la pasó alrededor de la cintura—, yo siempre tengo algo que necesita un arreglo.

—Mi mano le rozó los pantalones hasta que él la apoyó sobre algo tan duro como los músculos que estaba tratando de descontracturar.

—El trabajo de una chica no termina nunca —dije, cogiéndolo.

Él volvió el rostro y buscó su boca con la mía, pero yo tenía otros planes. Me levanté y me quité la sudadera.

—¿Qué crees que estás haciendo? —me preguntó, y sus ojos se oscurecieron a medida que recorrían mi cuerpo.

Me llevé las manos a la espalda y tiré del cordón.

—Voy a arreglar algo aquí mismo, en la playa.

—¿Aquí? —Su voz subió una octava—. No. No, no vas a hacerlo. —Sus palabras pueden que se opusieran, pero sus ojos no—. Además, el sexo en la playa está muy sobrevalorado.

Le fulminé con la mirada.

—Según tengo entendido —añadió, dirigiéndome una sonrisa inclinada—, la arena se mete en todo tipo de sitios.

Me llevé las manos al cuello y tiré del nudo siguiente.

—No tengo pensado practicar sexo en la arena —le dije, y dejé que la parte de arriba de mi bikini cayera a la arena. Jude tragó saliva—. A mí me va más el agua.

Sin una palabra más, me encaminé hacia el estruendo de las olas.

—¡Hay tiburones y mierdas de esas, Luce! —gritó detrás de mí.

Le sonreí mientras seguía avanzando felizmente. ¿Hasta dónde me dejaría llegar antes de que no soportara permanecer alejado? —Introduje los dedos en la braguita de mi bikini y la deslicé hacia abajo.

Una vez tirada en la arena, me volví hacia él.

Tragó saliva de nuevo y se puso en pie. Ya se había quitado las Converse.

—¡Entonces será mejor que vengas a salvarme! —le grité en respuesta—. De los tiburones y mierdas de esas. —Le hice un gesto con el brazo, me giré y me dirigí dando saltitos al agua.

Jude maldijo detrás de mí y, al mirar por encima del hombro, vi que se estaba quitando la ropa todo lo rápido que alguien podía quitarse la ropa. El agua me llegaba a las rodillas antes de que mi cerebro registrara su temperatura. Decir «fría» era quedarse muy corto. Nota mental número un millón y uno: el océano resulta más placentero desde la playa que desde el agua.

—¡Ah! ¡Mierda! ¡Está helada! —Jude se lanzó al agua corriendo hacia mí. Sus brazos me rodearon tras otra sarta de maldiciones. Me apretó la espalda contra su pecho y me volvió de forma que le diera la cara.

—Supongo que no me lo he pensado bien —chillé entre carcajadas. Maldita sea, el agua estaba de verdad demasiado fría como para pensar siquiera en encendernos.

Jude frenó y volvió a depositarme en el suelo, pero sus brazos no aflojaron. Me estrecharon aún más. Me atrajo hacia sí con más fuerza, y sentí el calor de su cuerpo contra mi espalda y más abajo. Empujó sus caderas contra mi trasero. Exhalé.

—Lo retiro —dije al tiempo que le rodeaba el cuello con los brazos—. Esto ha sido completamente premeditado. Noté su sonrisa en mi cuello antes de que su lengua la sustituyera. Las manos de Jude ascendieron por mi estómago hasta mis pechos.

—Bonitas marcas de bikini —admiró contra mi cuello sin aliento.

—Llevo todo el día trabajando en ellas —repuse, y dejé caer la cabeza contra él.

A medida que su boca y sus manos se desplazaban por mi cuerpo, dejé de notar el frío del agua. Solo sentía calor. Un calor que me llegaba tan adentro que lo percibía en cada nervio.

Una de sus manos se retiró de mi pecho y descendió por mi estómago. Cuando se detuvo por debajo de mi ombligo, sus dedos se movieron sobre mi piel. El aire me llegaba a los pulmones con dificultad.

—Yo tengo intención de trabajar en ti toda la noche.

11

Estaba tan harta de las despedidas en aeropuertos... Si Jude me hubiese pedido que me quedase con él, habría perdido mi avión encantada.

Dos días y dos noches habían pasado en un suspiro. Sabía que las siguientes tres semanas antes de que Jude tuviera programado viajar a Nueva York transcurrirían como si cada día fuese un año.

—¿Luce? —Jude volvió a meter la cabeza en la camioneta después de coger mi maleta de la plataforma—. No es que me importe, pero si no nos damos prisa, vas a perder el avión.

Contuve el aliento y me armé de valor. Me deslicé por el asiento y di una palmadita al volante.

—Esta chatarra oxidada me trae un montón de buenos recuerdos —dije—. No vayas a desguazarla mientras estoy fuera.

Jude negó con la cabeza al tiempo que me cogía de la mano y cerraba la puerta.

—¿Qué le ves a este trasto? —preguntó, y propinó una patada al neumático de atrás cuando cruzábamos el aparcamiento.

Sonreí para mis adentros antes de contestar.

—Me gustan las cosas en bruto. Además, lo importante está en el interior.

—Lo importante está en el interior —repitió—. ¿Quién lo dijo?

—Un tío al que conozco. —Metí el hombro bajo su brazo y le rodeé con el mío.

—Parece un tío increíble —repuso sonriéndome.

Hice una mueca y moví la mano como diciendo «así, así».

Él se rió por lo bajo mientras miraba a ambos lados de la carretera antes de cruzar hacia la terminal.

—Anoche no decías eso —dijo.

Le pellizqué en el costado.

—No decía mucho, que yo recuerde.

—No, no decías mucho. Aunque hubo un montón de gemidos.

Eso hizo que se ganara unos cuantos pellizcos más fuertes.

—«¡Jude!» —gritó, imitándome la noche anterior—. «¡Sí, sí, sí! ¡Eres increíble!» —Ni siquiera pude fingir irritación.

Me reía tanto que se me saltaban las lágrimas—. «¡Jude... increíble... Ryder! ¡Sí, sí! ¡Sííííí!»

Estaba montando una escena y nos acercábamos al mostrador de facturación, pero me estaba riendo demasiado para que me importase. Mi gigantesco prometido saltaba, se estremecía y gritaba, sin preocuparse por lo que nadie pensase.

—Contrólate —le ordené entre carcajadas al tiempo que le daba un golpe en el brazo—. Y si tengo que tomar tu actuación como un indicador de cómo me comporto cuando practicamos sexo, debo de parecer una hipopótamo a punto de parir.

Jude abandonó el Show Orgásmico de Lucy Larson y se rió conmigo.

—Qué va. —Soltó una última carcajada antes de que su expresión cambiara—. Es lo más sexy que he presenciado en mi puñetera vida, Luce.

Afortunadamente, sus palabras no fueron más que un susurro, pero cuando nos acercamos al mostrador de billetes, estaba segura de que el calor que me subía al rostro, acompañado de la sonrisa ladeada de Jude, delataban lo esencial de lo que acababa de susurrarme al oído.

Por la sonrisa pícaro del empleado, este había captado más de lo esencial.

Mientras esperaba mi billete, Jude dejó mi maleta y le dio al tío una propina considerable. Solo un mes antes, esa propina habría costado una cita de teatro y cine.

El empleado del mostrador me entregó el billete, aunque solo tenía ojos para Jude. Conocía esa mirada, pero resultaba extraño compartirla con hombres de mediana edad.

—Tú eres Jude Ryder —dijo, y parecía, sonaba y actuaba como deslumbrado—, ¿verdad?

Jude se metió las manos en los bolsillos y me guiñó un ojo.

—El Increíble Jude Ryder —contestó con gesto serio. Yo no habría sido capaz.

Se me acercó por detrás y me rodeó con los brazos.

—¿Qué tiene tanta gracia? —flirteó.

Al pobre tipo, que nos tendía un bolígrafo y un periódico, parecía a punto de reventársele un vaso sanguíneo.

Resultaba muy raro el modo en que la gente trataba ahora a Jude, como si lo idolatrasen.

—¿Me podrías firmar un autógrafo? —Le temblaba la voz.

—Está hecho —respondió Jude al tiempo que quitaba el capuchón al boli y el empleado desdoblaba la primera plana del periódico local.

En ella aparecía una foto enorme de un hombre y una mujer de noche. En el océano. Con el culo al aire.

—Mierda —murmuré, y me retorcí en los brazos de Jude, con la esperanza de que no lo hubiese visto todavía.

Que Jude viese aquello no podía traer nada bueno.

Mantuvo los ojos clavados en la imagen, como si no estuviese seguro de lo que veía. La confusión dio paso a la ira y el enrojecimiento en lo que tardé en plantarle las manos a cada lado del rostro.

—Jude —dije, tratando de parecer tranquila. Tratando de estar tranquila por él, aunque me sentía de todo menos eso. Resultaba imposible cuando una foto mía de cuerpo entero y desnuda ocupaba la primera plana de quién sabía cuántos miles de periódicos—. No pasa nada. Cálmate —continué, e intenté que centrara sus ojos en mí.

Pero él no los apartaba de la imagen bajo el titular: «Ryder tiene juego tanto dentro como fuera del campo». El fotógrafo debía de haber sacado la foto justo cuando Jude se había reunido conmigo en el agua y me había dado la vuelta. Aparte de su rostro y sus brazos, eso era lo único que aquel estúpido paparazzi había captado de él. En mi caso, sin embargo, habían tenido que utilizar la herramienta para borrar en un par de sitios.

Jude le arrancó el periódico de la mano al hombre y le miró con el entrecejo arrugado.

—¿Qué demonios es esto? —Jude enrolló el periódico, se lo metió en el bolsillo trasero de los pantalones y esperó. Una vez que el empleado se hubo dado cuenta de que Jude no pensaba moverse hasta obtener una respuesta, se encogió de hombros.

—Un periódico. —Tuvo la decencia de aparentar vergüenza.

—Eso no es un periódico —replicó, furioso. Los músculos de su mandíbula empujaban mis manos—. Es una foto de mi prometida desnuda.

Maldita sea. Su cara acababa de pasar del rojo al morado. Pronto alcanzaría el punto en el que nada de lo que yo hiciera le apaciguara.

—¿Tienes alguno más ahí detrás? —Corrió tras el mostrador e inspeccionó la zona.

Yo le seguí.

—Jude —intervine—, para.

—No, no —contestó el empleado alzando las manos. Estaba claro que el hombre no había pretendido faltarnos al respeto cuando le había pedido a Jude que firmara una foto nuestra desnudos, pero también sabía que jamás volvería a intentar hacer algo así.

—¿Quién más tiene uno de estos? —inquirió Jude tras comprobar que no había más periódicos guardados detrás del mostrador.

El hombre miró a Jude y luego a mí, con las cejas juntas, y en su rostro se leía un «¿En serio?».

—¿Todo el que esté suscrito o haya comprado el periódico del domingo? —sugirió, y se apartó con sigilo de Jude. Chico listo.

Justo entonces, la mirada de Jude vagó hacia el interior de la terminal, donde un hombre de traje estaba introduciendo unas monedas en...

Mierda.

Jude se volvió y echó a correr antes de que yo pudiera dedicar una sonrisa de disculpa al empleado de los billetes.

—¡Jude! —grité al entrar en la terminal. Además de las despedidas, estaba harta de montar escenas.

Jude no miró atrás —ni siquiera redujo la velocidad—, siguió disparado hacia el hombre, que apenas empezaba a abrir la puerta de la máquina expendedora para coger su periódico de la mañana. Antes de que tuviera oportunidad de desdoblarlo, Jude estaba encima de él.

Mierda, mierda.

Yo también había echado a correr, pero todavía estaba a cincuenta metros de distancia.

Jude le arrancó el periódico de las manos y lo miró como si aquel hombre fuera culpable de que yo hubiera acabado en primera plana como Dios me trajo al mundo.

—¡Jude! —Esta vez grité más alto, en un intento por atraer su atención.

Funcionó. Desvió la vista hacia mí por un brevísimo instante, pero fue suficiente. Sus hombros habían empezado a relajarse y la ira que reflejaba su rostro se había atenuado cuando lo alcancé.

Resollando a causa de aquella carrera de doscientos metros lisos, le rodeé el antebrazo con mis manos.

—Inspira hondo —le indiqué—. Espira. Piensa. —Contuve mi propio aliento, mientras observaba cómo subía y bajaba su pecho—. Piensa.

Cuando estuve segura de que Jude no iba a aplastar al tipo contra el suelo, le aflojé el brazo.

—Lo siento —dije, dirigiéndome al hombre, que miraba boquiabierto a Jude, como si fuese un tigre que se hubiera escapado del zoo.

Sin embargo, no parecía asustado, solo intrigado. Ese tío no tenía ningún instinto de supervivencia en absoluto.

—Joven, ¿podría sugerirle que controlara esa ira con algo de yoga y meditación? —dijo el hombre con una voz increíblemente tranquila. Como si no acabase de verse asaltado por una masa de ciento veinte kilos de músculo y furia.

Arqueó una ceja e inspeccionó a Jude un momento más antes de volverse y proseguir su camino, feliz y carente de todo instinto de supervivencia.

—Maldita sea, Jude —le susurré, al tiempo que le quitaba el periódico de las manos—. ¿Podrías comportarte de un modo menos desequilibrado?

No tuvo que contestarme. Los dos conocíamos la respuesta a eso.

Jude observó al hombre del traje alejarse entre la gente e inhaló.

—¿Puedes creerlo?

—¿El qué? ¿Lo del yoga y la meditación? —repuse con la esperanza de relajar los ánimos—. Parece que podría hacer maravillas con ese genio tuyo.

Cuando Jude se volvió hacia mí, con los ojos aún más entornados, me di cuenta de que relajar los ánimos no estaba en la agenda del día.

—No la mierda del yoga. —Me puso el periódico robado delante de la cara—. Esta mierda.

Hice una mueca de dolor al ver la foto de nuevo. Ese fotógrafo no podría haber estado mejor situado. Si mi pelo hubiese sido un par de tonos más claro y mis tetas tres tallas más grandes, podría haber pasado por una chica Playboy.

—Ah... —dije, y esperé que mis padres nunca vieran esa pose. Quiero decir... foto—. Esa mierda. Es un fastidio.

—¿«Un fastidio»? —Jude no podría haber parecido más atónito ante mi actitud indiferente.

A decir verdad, claro que estaba todo lo enfadada que se podía estar, pero ¿qué podía hacer? Estaba ahí fuera, en Dios sabía cuántos porches y maletines. Perder los nervios no iba a ayudar a Jude a evitar lo poco que le quedaba a él para hacerlo. Necesitaba dominarme por él, porque resultaba evidente que él no podía hacerlo por sí mismo.

—¿«Un fastidio»? —repetió, dando un golpe a la foto con la mano—. ¿No lo ves? Todo el puñetero mundo puede verte desnuda, Luce. Esta noche mi prometida va a ser la fantasía de todos los pajilleros del país. ¿Y no se te ocurre nada más que decir que es «un fastidio»?

Conté hasta cinco antes de contestar, porque la respuesta que tenía en la punta de la lengua no iba a ayudar a calmarle. Habría tenido el efecto contrario. «Calma, calma, calma», me recordé a mí misma antes de responder.

—¿Te gustaría que utilizase alguna otra palabra para describirlo? —le dije, y me esforcé por mantener el tono apagado—. ¿Te gustaría que actuase de un modo determinado ahora mismo? —«Buen trabajo, Lucy. Mantén el genio en su jaula»—. Si «un fastidio» no te suena bien, ¿cómo lo describirías tú?

—Esto es una jodida guerra —soltó, los ojos como el ónice.

Mierda. Su cabreo era monumental.

Se sacó el teléfono del bolsillo y tecleó un número al tiempo que arremetía contra la máquina expendedora. Podría haber estado a punto de darle una paliza, del mismo modo que podía haber estado a punto de prenderle fuego.

Cuando Jude se encontraba en la zona de ira, nunca sabía qué hacer. Lo único que sabía era que el resultado final jamás era bueno.

Sin embargo, lo que hizo a continuación ni siquiera se hallaba en mi lista de las diez reacciones más probables.

Introdujo unas monedas en la máquina, abrió la puerta y, en lugar de romper la máquina en pedazos, cogió la pila entera de periódicos.

Vale, estaba en la zona de ira que se inclinaba más hacia la locura que el enfado.

Lo cual era igual de malo, si no peor.

—Jude —le susurré mientras miraba a varias personas que se detenían para ver el espectáculo—, ¿qué demonios estás haciendo?

—Me llevo todos los puñeteros periódicos de esta máquina —respondió, y depositó la montaña en la papelera más cercana—, y luego voy a buscar todos los otros expendedores del aeropuerto y voy a hacer lo mismo. Y luego voy a ir a todas las malditas máquinas de la ciudad y voy a destruir todos y cada uno de esos malditos periódicos hasta que la única copia que quede sea la mía.

Yo tenía la boca abierta. La había abierto en algún momento durante su breve discurso, pero no estaba segura de cuándo.

—Hammon —Jude echaba humo al teléfono. Sentí pena por quienquiera que se hallase al otro lado—, ¿has visto el periódico de la mañana?

El rostro de Jude se ensombreció.

—Si no haces trizas esa primera plana ahora mismo, para la hora de comer ya no serás mi agente.

Guardó silencio unos segundos mientras Hammon decía o hacía quién sabe qué. No dudé que estuviese haciendo trizas el diario literalmente. Teniendo en cuenta el salario anual y el contrato plurianual de Jude, Hammon podría retirarse feliz en cinco años si jugaba bien sus cartas y no cabreaba a Jude Ryder.

—¿Has terminado? —preguntó Jude, y se cruzó de brazos.

Maldita sea, se había quedado esperando a que Hammon rompiera mi foto de tintes porno de verdad.

—En cuanto cuelgue, quiero que llames al periódico y averigües el nombre, dirección y número de teléfono del editor, el propietario, el capullo del periodista que ha escrito esto y el fotógrafo, que está a punto de ser hombre muerto.

Justo cuando creía que había superado el ataque de ira extrema, recordé que la furia de Jude era intensa. Era como un volcán: durmiente la mayor parte del tiempo, pero cuando entraba en erupción... lo hacía de verdad. El pasado de Jude hacía de la ira una parte de su presente y su futuro; esa era la realidad. Sin embargo, podía elegir si dejaba que esa ira dominara su vida. Hasta entonces, había conseguido contenerla. Bueno, como mínimo controlarla. Pero en ese momento estaba perdiendo los papeles de un modo que daba miedo.

—¿Por qué? —inquirió Jude, e hizo crujir su cuello—. ¿Estás seguro de que quieres hacerme esa pregunta?

Hammon tardó un segundo en contestar.

—Ese es mi chico —repuso Jude—. Ya va siendo hora de que te ganes tu comisión. —Colgó, se guardó el teléfono en el bolsillo y se quedó mirando el suelo.

Su ira se había desatado. Había perdido todo control y actuaba únicamente por impulso. Pero ¿qué podía decir o hacer yo para convencerle de que cambiara de actitud? Sabía que llegados a ese punto haría falta un milagro para hacerlo.

Así que, con todo un mundo de palabras y respuestas para elegir, ¿con qué abrí fuego?

Quizá con la peor.

—Gibones.

Jude no habría parecido más sorprendido si me hubiese quitado la ropa y hubiese echado a correr en bolas por la terminal.

—Gibones —repetí, porque ya que había tomado aquel camino disparatado, bien podía seguir adentrándome en él. Además, sus ojos ya se habían aclarado hasta un gris acero.

—¿Luce? —Jude se me acercó y me puso el dorso de la mano en la frente.

Me palpó el cuerpo como si estuviese a un pelo de entrar en una habitación acolchada. Habría resultado irritante de no ser porque estaba tan visiblemente preocupado.

—Estoy bien —le aseguré—. De verdad.

Me atrajo hacia sí y continuó examinándose.

—Entonces ¿sobre qué estás divagando?

Puse los ojos en blanco.

—Gibones.

Otro atisbo de preocupación en sus ojos.

—¿Gibones? —repitió lentamente.

Asentí.

—Luce, ¿qué demonios es un gibón?

Hasta ahí, por muy disparatado que fuera, mi plan para engañar al monstruo de Jude y devolverlo a su jaula estaba funcionando.

—Es como un mono —le expliqué al tiempo que le rodeaba con mis brazos. Tenía todos los músculos en tensión—. Solía verlos en el zoo cuando era pequeña.

Sostuvo la mano en alto.

—Ya sabes que me encanta conocer cualquier pequeño detalle que estés dispuesta a compartir conmigo, Luce, pero ¿qué demonios tiene que ver un gibón con tus tetas en la primera página de un periódico?

Fingí que no estaba hablando con un hombre que se hallaba a un paso de perder la cabeza para siempre.

—Si te estuvieras un minuto callado para que pudiera pronunciar más de tres palabras seguidas, entonces descubrirías qué tiene en común un gibón con mis tetas. —Hice una pausa y me obligué a sonreír.

Él permaneció en silencio. Jude había aprendido un montón en los años que llevábamos juntos.

—Recuerdo que aprendí que los gibones son en su mayoría monógamos. Escogen a un compañero y pasan el resto de su vida con él. Lo cuidan, lo protegen, lo limpian, le dan de comer... lo que se te ocurra, ellos lo hacen. Tanto el macho como la hembra. No hay distinción entre sexos. —Jude juntó las cejas—. Esos gibones viven en un pequeño mundo propio. No permiten que nada, ni ningún otro gibón, se interponga en el vínculo que han establecido. Viven en su burbuja al margen del resto del mundo, y no dejan que nada de lo que ocurre fuera de su burbuja entre en ella.

¿Qué demonios estaba diciendo? Estaba a punto de sufrir una crisis nerviosa total e irreversible.

Y entonces todas y cada una de las arrugas del rostro de Jude se alisaron. Me miró a los ojos, y vi como los suyos pasaban del acero al plata. Cuando me acarició la mejilla con la mano, supe que mi demencia había apelado a la suya y, de algún modo, había conseguido neutralizarla.

—Luce —dijo, y se le curvó la comisura de la boca—, ¿estás diciendo que somos gibones?

Esbocé una sonrisa. Había recuperado a mi Jude.

—Bueno, tú podrías ser uno de ellos. El peludo.

Unas cuantas risas después, su boca descendió hasta la mía.

—Ven aquí, mi preciosa, lista y sexy gibona.

—Y tranquila —añadí entre besos—. Soy una gibona tranquila. —No conseguí pronunciar nada más, porque su boca me impidió hablar.

Mientras me besaba, noté cómo la tensión le abandonaba. Cada vez que nuestras lenguas se tocaban, cada roce de nuestros labios, cada contacto atenuaba su ira.

—Al menos la nueva y mejorada tranquila Lucy Larson aún puede besarme como nadie —dijo, tras depositar un último beso en mi frente—. ¿Te importaría decirme cómo has sido capaz de evitar que estallase?

Por encima del hombro de Jude, sonreí a un hombre que había esperado coger un periódico de la mañana. No ese día, no en esa máquina.

—Yoga y meditación —repuse, desviando mi sonrisa hacia Jude.

Puso los ojos en blanco.

—Bueno, independientemente de lo que hagas para conseguir calmar mi locura, estoy orgulloso de ti, Luce —contestó antes de recorrerme el cuerpo con los ojos. Se le arrugó la frente—. Pero orgullo aparte, no entiendo cómo puedes estar tan tranquila con todo esto, Luce.

Estaba teniendo lugar un montón de «todo esto» en ese momento. Más de lo normal.

—¿Todo el qué?

—Una foto de ti desnuda en primera página —contestó, manteniendo el tono controlado, pese a que se le notaban los tendones del cuello—. Tus tetas expuestas ante todo el mundo. Quiero decir, mierda, esas son mis tetas. No están para que las disfrute todo el mundo.

La ira había dado paso al dolor y, en el caso de Jude, eso significaba que nada a nuestro alrededor corría el peligro de resultar destruido. Me permití exhalar. Fue como si hubiese estado conteniendo el aliento durante diez minutos seguidos.

Hablando de tiempo, si no acabábamos pronto con aquello, iba a perder el avión.

—No, cariño —dije, mirándolas—, son «mis» tetas. Solo te permito un acceso ilimitado a ellas. —El rostro de Jude se debatía entre arrugar el entrecejo y sonreír con suficiencia cuando continué—: Y la única razón por la que soy capaz de mantener la calma es porque sé que estas cosas no van a parar, Jude. Ahora estás en el ojo público a lo grande. No van a faltar los escándalos o fotos o rumores o lo que quiera que conlleve el hecho de ser un quarterback de primera. —Le cogí de la mano y entrelacé mis dedos con los suyos—. Antes de la liga nacional, tampoco faltaban este tipo de historias en nuestras vidas.

Hice una pausa para dejar que asimilara mis palabras. Nunca habíamos tenido el camino allanado, y aunque a menudo deseaba que fuera así, en el futuro probablemente tampoco lo estaría. Yo lo había comprendido el primer año en la universidad, había escogido aceptarlo y había continuado con mi vida... con Jude.

Había cosas peores que los baches en el camino.

Además, tenía a un hombre como Jude, que me quería como si no existiese el mañana. Los baches en el camino eran un sacrificio insignificante a cambio de esa clase de amor.

—Vale. Dos cosas —dijo Jude, frotándose la nuca como le gustaba hacer cuando reflexionaba—. Una: yo creo que cuando has accedido a convertirte en mi mujer, se impone esa cláusula de «lo que es mío es tuyo», así que tus tetas son, en vista de eso, mías. —Me crucé de brazos mientras él seguía caminando sobre arenas movedizas—. Igual que mi cuerpo te pertenece a ti, Luce —añadió con un guiño—. Y dos: ¿estás diciendo que te parece bien que vivamos en nuestra propia pequeña burbuja de gibones?

Las palabras «gibón» y «burbuja» en boca de Jude Ryder sonaban del todo graciosas. Pero hablaba en serio. De verdad.

—Si puedo vivir en esa burbuja con cierto tío al que quiero —le acaricié la cicatriz de la cara con el pulgar—, entonces sí, quiero vivir en una burbuja. —Era la única opción, en realidad. A menos que quisiera estar tragando drogas duras de venta libre antes de cumplir los veintidós, Jude y yo tendríamos que buscar la forma de separar nuestras vidas del ojo público y del escrutinio que sin duda vendría—. ¿Y tú? ¿Qué tal suena vivir en una burbuja desde tu punto de vista?

—Contigo, Luce —dijo, cogiéndome la mano cuando la retiré de su rostro. Se la llevó a la boca y me besó la palma con dulzura. Ese beso, depositado en la piel de mi palma, conectó en línea directa con todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo—. Aceptaré vivir de la forma que sea mientras lo haga contigo a mi lado.

—A tu lado. Contigo. Junto a ti...

Levantó la mano.

—¿Estás diciendo que estás conmigo, Luce, venga lo que venga?

—Estoy diciendo que siempre he estado contigo, Ryder. —Le besé en una de las comisuras de la boca, luego en la otra—. Y siempre lo estaré.

Su sonrisa era tan ancha que la cicatriz desapareció en su mejilla. Era mi sonrisa favorita. No porque hiciera desaparecer su cicatriz, sino porque la mitigaba unos momentos.

Su sonrisa de suficiencia era la segunda que más me gustaba.

—Tú. —Me señaló antes de volver el dedo hacia sí—. Yo. Burbuja. —Su dedo trazó un círculo a nuestro alrededor antes de hacer un movimiento rápido—. El mundo.

—Suena perfecto —respondí, y desvié la vista hacia el puesto de control. Si no me marchaba ya, perdería mi vuelo. Cuando volví a mirarle y vi ese brillo familiar de nostalgia y deseo en sus ojos grises, se me hizo un nudo en el estómago.

Vale, treinta segundos.

—Tres semanas —dijo, seguido de un gemido.

Yo gemí en respuesta.

Me atrajo hacia sí y bajó los labios a mi oído.

—Mejor que sea uno bueno.

E hice que fuese el mejor de todos.

El lunes me encontraba en un aprieto.

No solo porque el día y medio transcurrido desde la última vez que había visto a Jude había pasado a un ritmo tan desesperantemente lento que no parecía justo, y aún faltaban diecinueve días más, sino porque no conocía el código de vestimenta de mi nuevo trabajo.

Tenía media hora antes de las ocho, y sabía que lo único peor que aparecer poco o demasiado arreglada el primer día era llegar tarde. Le mandé un mensaje rápido a India, rezando por que ella tuviera alguna idea de si mi puesto en Xavier Industries requería falda y camisa o era más el tipo de sitio en el que llevar pantalón y camiseta.

Mientras aguardaba su respuesta, esperé que fuese más el tipo de lugar de trabajo en el que se permitían el algodón y las arrugas.

Cuando me estaba poniendo el sujetador, sonó un mensaje.

Arrugué el entrecejo al leer su respuesta. ANTON ES UN PETARDO DE LA VIEJA ESCUELA, ESTILO MAD MEN. COMO AMIGA TUYA, TENGO QUE ACONSEJARTE QUE TE ARREGLES. PERO, COMO SU HERMANA, ME ENCANTARÍA QUE APARECIESES EN VAQUEROS CORTADOS Y SANDALIAS SOLO PARA FASTIDIARLE.

Suspiré y saqué mi falda negra de tubo de la percha. Cuando me la estaba poniendo, me llegó otro mensaje. SUERTE. ENSEÑALES LO QUE ES BUENO.

Tecleé HECHO y pulsé «Enviar» antes de sacar del armario mi camisa blanca con botones, junto con los zapatos negros de tacón. Una vez que me hube cambiado, salí a toda prisa del apartamento. Aunque debido a lo ceñido de la falda, ir a cualquier parte «a toda prisa» era un decir. Con aquello solo podía arrastrar los pies.

Una vez en el Mazda, no tardé más de diez minutos en llegar a la oficina. Al pasar por delante de un edificio que conocía, me di cuenta de que mi nuevo trabajo tenía otra ventaja: la escuela de danza quedaba cerca. Ese verano tendría poco tiempo, y si quería que la danza siguiese siendo una prioridad, tendría que planificar el día de forma creativa. Quizá podía encontrar un hueco algunas mañanas antes del trabajo, o a la hora de comer, o siempre que pudiera arañar una o dos horas después de trabajar. Por suerte, el curso de verano era de estudio libre, así que mientras le dedicara cuatro horas a la semana, aprobaría.

Tras comprobar la dirección en el exterior del edificio con la dirección y número de despacho que tenía en el teléfono, encontré una plaza de aparcamiento y me encaminé hacia mi primer día de trabajo.

Siempre me ponía nerviosa el primer día de cualquier cosa, pero esa mañana estaba especialmente agitada. Habría dicho que estaría más tranquila, puesto que conocía a Anton, pero eso me produjo el efecto contrario. Quizá porque se trataba del hermano de India, y no quería colocarlos a ninguno de los dos en una posición incómoda si la cosa no funcionaba, o quizá estaba nerviosa porque «ayudante administrativa» sonaba bastante profesional para una estudiante.

Cuando me dirigía a la puerta giratoria, sonó mi teléfono. Lo saqué de mi bolso. Me detuve en medio del vestíbulo para admirar la imagen. Jude, vestido con el equipo de entreno, estaba en el vestuario y sostenía un ramo de rosas. Rosas rojas. El texto decía: SIENTO NO PODER ESTAR AHÍ PARA ENTREGÁRTELAS EN PERSONA.

Y así de sencillo, los nervios desaparecieron. Una sola foto y unas cuantas palabras de Jude, y ya estaba tan tranquila. Antes de dirigirme al ascensor, ya le estaba escribiendo una en respuesta: SOY UNA ZORRA CON SUERTE.

Tenía suerte por multitud de razones. Todas esas razones empezaban y terminaban con Jude.

Una vez dentro del ascensor, no pude resistirme a mirar la foto de nuevo. Cuando levanté la vista, varias de las personas que me rodeaban me miraban como si no imaginaran por qué sonreía un lunes por la mañana.

Si ellos supieran...

Las puertas se abrieron con un zumbido en la quinta planta y salí al pasillo, todavía sonriente y atolondrada. Cuando llegué a la puerta en la que se leía XAVIER INDUSTRIES, me pasé las manos por la falda, eché los hombros hacia atrás y, solo cuando estuve segura de que tenía el aspecto que me parecía que debía tener una ayudante administrativa, abrí la puerta.

La oficina no era enorme, y tampoco lo que se dice acogedora, pero era como imaginaba que sería una de esas oficinas de cubículos de la ciudad. Olía a fotocopidora, e incluso había un ficus detrás del dispensador de agua. Al parecer, era la primera en llegar, porque no vi una sola coronilla en el laberinto de cubículos, y tampoco se oía el zumbido de ningún ordenador.

Aunque las luces estaban encendidas, y alguien tenía que haber abierto la puerta, así que no podía estar sola en Xavier Industries. Me adentré unos pasos más y vi la que supuse que sería mi mesa, situada junto a un gran despacho cerrado.

No lo supe por la placa que decía LUCY LARSON; y tampoco tuvo nada que ver con la placa de la puerta que había detrás de esa mesa, en la que se leía ANTON XAVIER. Supe que era mi sitio porque había una docena de jarrones encima de la mesa, rebosantes de rosas rojas.

Volví a esbozar aquella sonrisa, que estaba empezando a hacer que me dolieran los músculos de la cara, al coger el sobre blanco que había en uno de los ramos. «Bueno, quizá podría estar ahí, más o menos.» La nota aparecía firmada con un BESOS, Señor Increíble.

Eso sí que era una buena forma de empezar el primer día en un trabajo nuevo.

Además, mis padres me habían dejado un mensaje de voz de camino allí, deseándome suerte y un gran primer día.

—Me gustaría poder decir que la idea ha sido mía —dijo una voz detrás de mí.

Me volví y me quedé boquiabierta. Tenía delante a la versión masculina de India, aunque unos centímetros más alto, y quizá un poco más moreno. Habría dicho que Anton e India eran gemelos si no hubiera sabido que Anton era unos años mayor.

—¿Qué idea? —contesté, pues imaginé que si él no pensaba empezar con un saludo de rigor, yo tampoco tenía por qué hacerlo.

—Las flores —respondió Anton señalando hacia mi mesa—. Es tu primer día y a tu jefe no se le ha ocurrido encargarse de flores para darte la bienvenida. Me alegro de que alguien lo haya hecho.

Decidí no mencionar que si Anton hubiese pensado en regalarme flores y Jude se enteraba alguna vez, Anton se pasaría el resto de su vida hablando una octava más alto.

—No estaba segura de cuál era el código de vestimenta, así que espero haberlo hecho bien —dije, y bajé la vista a mi indumentaria.

En contraste, Anton llevaba un elegante traje azul marino y una corbata estrecha y marrón. Si esa era la norma, no cabía duda de que no iba lo bastante arreglada.

—No podrías ir mejor si te hubiese vestido yo mismo —contestó con una sonrisa.

—Oh. —Desvié mi atención de él. Me estaba mirando sin pestañear, no con connotaciones sexuales, sino con una minuciosidad que me incomodaba. No quería que me examinaran. Quería fichar para entrar, ganarme mi dinero y fichar para salir—. Eso está bien.

Anton se me acercó y me tendió la mano.

—Me alegro de conocerte por fin en persona, Lucy Larson —dijo, con una sonrisa tan blanca y perfecta que no parecía real—. De haber sabido que eras incluso más guapa en persona que en una foto, nunca te habría contratado. Puse los ojos en blanco. Le gustaba flirtear. Los dos hermanos eran como gotas de agua.

—Y eso, ¿por qué? —le espeté como respuesta, y me di cuenta de que mi yo listillo iba a encajar perfectamente allí—, ¿retirarías tu candidatura al más guapo de la oficina?

Anton inclinó la cabeza hacia atrás al reírse. Su risa, como su voz, era clara y casi musical.

—India me advirtió de que tenías carácter. Por una vez, me alegro de que tuviese razón en algo. —Sus hombros seguían agitándose—. Pero no, esa no es la razón. Al menos no la principal. Mi padre tiene una regla, y solo una, en los negocios. Dice que puedes reajustar todas las normas por el camino si es necesario, salvo una. —Hizo una pausa, observándome de nuevo. Miré sus pupilas, y no bajaron de mi rostro una sola vez.

—¿Cuál? —pregunté, puesto que era evidente que no iba a decir nada más si no lo hacía.

—La regla del cincuenta/cincuenta a la hora de contratar a una administrativa —contestó, y se encogió de hombros, como si fuese de conocimiento público.

—Eso tiene que ser bueno.

Anton se metió una mano en el bolsillo del pantalón.

—Asegúrate de que tiene más de cincuenta años y usa una talla cincuenta.

—No me había dado cuenta de que iba a trabajar para un machista —repliqué, y solté un suspiro exagerado—. ¿Por qué es esa la regla número uno?

Él imitó mi suspiro. Nos acabábamos de conocer, pero tenía la sensación de que había dado con la horma de mi zapato.

—Para eliminar cualquier tentación —respondió.

Le planté la mano delante y esperé a que se fijara en el anillo que llevaba en cierto dedo importante.

—En caso de que India olvidara decírtelo, estoy prometida. Así que no habrá ninguna tentación en absoluto.

Anton observó el anillo por un momento antes de sonreír de oreja a oreja.

—El fruto prohibido. Desear lo que no se puede tener. Creo que no funcionó demasiado bien con Adán y todo el rollo de la caída del hombre. —Su sonrisa se ensanchó aún más mientras esperaba mi respuesta. Estaba disfrutando de la broma.

Como era mi primer día de trabajo, decidí tragarme lo que quería contestarle.

—Cuando estés listo para decirme qué he venido a hacer en realidad... —dije, haciendo un gesto hacia mi mesa y el ordenador—. No me he arreglado para nada.

—No. —Anton rió entre dientes mientras rodeaba mi mesa—. Desde luego que no. —Pasó de largo, abrió la puerta de su despacho y entró con paso tranquilo. Cuando se sentó a su mesa, volvió a mirarme; yo me quedé junto a la puerta—. Cuando quieras decirme qué has venido a hacer en realidad... —Hizo un gesto hacia la silla que había delante de su escritorio y esperó.

—No me había dado cuenta de que estábamos jugando al pilla pilla —mascullé, justo lo bastante alto para que me oyera.

Me sonrió y encendió su portátil.

El despacho de Anton era elegante, si te iba el rollo de los sesenta en plan moderno. Como me había dicho India, era un decorado de *Mad Men*, hasta en las sofisticadas botellas de cristal que había expuestas en un estante detrás de su mesa. Al igual que su hermana pequeña, Anton tenía gustos caros.

Me senté en la silla frente a él y esperé.

—¿Sabes algo acerca de lo que hacemos en esta oficina? —me preguntó, con los ojos clavados en su portátil, muy profesional él. Podía cambiar de humor con la misma facilidad que yo.

¿Tenía que haberme documentado? Ya era demasiado tarde.

—No. —«Vale, genial. Eso ha sonado realmente inteligente, Lucy.»

—Me encantan las mujeres sinceras —dijo, levantando la vista hacia mí—. Y que no se avergüenzan de ello. De profesional a bromista en dos segundos. Anton pensaba tenerme en ascuas.

—Y a mí me encantan los hombres que van directos al grano —repuse— en algún momento del día.

Volvió a centrarse en su portátil y comenzó a teclear.

—Te haré un resumen acerca de la filial de Xavier Industries en White Plains —dijo, tecleando con furia. Sus dedos resultaban casi borrosos por encima del teclado—. Aquí llevamos el servicio de atención al cliente. Tenemos a veinte trabajadores y recibimos cerca de ochocientas llamadas al día.

—¿Un centro de atención al cliente? —Estaba un poco confundida—. Xavier Industries es una empresa dedicada al desarrollo de juegos de mesa, ¿no? —Habría jurado que eso era lo que Indie me había contado.

—Eso es, pero desarrollar, distribuir y vender los juegos de mesa es solo la mitad de la batalla. La otra mitad consiste en mantener a los clientes y minoristas contentos. —Su guerra con el teclado llegó a su fin. Pulsó una última tecla y se recostó en su sillón de cuero y respaldo alto.

Gracias al cielo que no estaba estudiando administración de empresas, porque aquello no tenía ningún sentido para mí.

—¿Contentos? ¿No es esa la razón por la que compran los juegos? ¿Para estar... contentos?

—Sí, la felicidad es sin duda uno de los efectos adicionales deseados. Sin embargo, los humanos como especie tenemos la necesidad de informar o analizar o ventilar o compartir nuestra opinión con alguien a quien le importe.

—Agitó las manos antes de apoyarlas en su mesa—. Para eso estamos aquí.

—¿Para que nos importe?

Anton me miró como si mi turbación resultase adorable.

—Para fingir que nos importa.

—Ah, vale —dije, revolviéndome en mi asiento. Comprendí por qué tantos políticos procedían del mundo de los negocios. Se habían abierto camino hasta la cima mintiendo durante décadas—. ¿Y mi trabajo consiste en fingir que me importa?

—No, tú no vas a atender las llamadas de los clientes. Tú trabajas para mí. —Se inclinó hacia delante—. Así que tu trabajo es que te importe de manera entusiasta.

Cuanto más hablaba, más perdida estaba yo.

—¿Puedes definir «importar» en lo referente a responsabilidades laborales básicas? —le pregunté—. ¿Como sacar punta a los lápices, hacer fotocopias, ese tipo de cosas?

Anton abrió un cajón de su escritorio y dejó caer una gruesa carpeta delante de mí.

—Para empezar, me gustaría que revisases estos informes de llamadas y anotases cuánto ha durado cada una, además de cuántos minutos ha tenido que permanecer en espera el cliente antes de ser atendido.

Miré boquiabierta la carpeta: era más grande que ningún libro de texto universitario que hubiera visto.

—¿Se supone que esto va a llevarme todo el verano?

Anton volvió a esbozar una breve sonrisa.

—Tienes hasta la comida.

Me estaba ganando mi sueldo en XI.

Había estado convencida de que yo era la que salía beneficiada de un buen trato, pero para la hora de comer me había dado cuenta de que era Anton quien salía beneficiado.

No sabía cómo lo había hecho, o quién había ralentizado el tiempo para que pudiera acabarlo, pero iba por la última página de aquella carpeta del grosor de un diccionario cuando la puerta de Anton se abrió con un silbido.

—Hora de comer —anunció mientras se ponía la chaqueta, que tenía el brillo justo para que supiera que había costado una pequeña fortuna.

Eché un vistazo a la hora en mi ordenador y sentí que se me salían los ojos. Era casi la una.

—Ay, Dios. Lo siento, Anton. Estaba tan ensimismada en este proyecto que ni siquiera me he dado cuenta de la hora que es —dije al tiempo que me volvía en mi silla para tenerlo de cara—. ¿Qué sueles comer? Salgo corriendo y lo compro ahora mismo.

Frunció el entrecejo como si se sintiera insultado.

—Si India descubriese que te he reducido, en cualquier sentido, forma o manera, a una buscadora de cafés glorificada, me arrancaría la piel y me dejaría en el bosque para los osos.

Le puse el capuchón a mi bolígrafo y lo devolví al portalápices.

—Y si vuelves a darme un proyecto como este y esperas que lo acabe antes de final de año, puede que yo haga lo mismo contigo. —Sonreí con dulzura.

—¿Has hablado así a todos tus jefes? —preguntó, inclinándose sobre mi mesa.

Alcé una ceja.

—Solo a los que se lo merecían.

Anton hizo un gesto hacia la puerta, negando con la cabeza.

—Vamos, es hora de comer.

—¿Eh? —Otra perla brillante salida de la boca de Lucy Larson.

—Comida. Alimento. Tú. Yo. —Volvió a señalar la puerta—. Ahora.

Había dos cosas que me impedían aceptar la invitación de Anton en ese momento. La primera era Jude. Y la segunda era Jude. Él era más o menos igual de territorial que yo, y yo sabía que no me habría parecido bien que otra mujer le invitara a comer en un arrebato.

—Creo que voy a quedarme a terminar esto —mentí—. Me he traído algo para picar.

—Ya basta de protestas. Has presentado una buena pelea, pero es inútil, porque yo siempre consigo lo que quiero.

—Le brillaban los ojos, y yo noté que mi genio suplicaba por liberarse—. Además, es una tradición de la empresa que heredé de mi padre. Regla número uno en el mundo de los negocios: siempre invitas a comer fuera a un trabajador su primer día. Solo son negocios.

Me había sentido como una idiota un montón de veces en mi vida. Y esa era una de ellas. Esperé que Anton no pensara que me comportaba como una tarada, volví a calzarme los zapatos de tacón y me puse en pie.

—Dios me libre de interponerme en el camino de las antiguas tradiciones y los buenos negocios —accedí al tiempo que cogía mi bolso y rodeaba la mesa.

Anton me esperaba sosteniendo la puerta. Prácticamente toda la gente de los cubículos había vuelto de comer, e igual que por la mañana, cuando alzaba la vista de mi montaña de papeleos, me estaban mirando.

Me estaban mirando *fijamente* sería más apropiado decir.

—Llevo el móvil si alguien me necesita —anunció Anton antes de cerrar la puerta tras nosotros—. No te preocupes. Se acostumbrarán a ti en unos días.

Le seguí hacia el ascensor.

—¿A qué se acostumbrarán? —No se me había ocurrido que fuera algo o alguien a quien hubiera que acostumbrarse.

—Están un poco deslumbrados. No todos los días vas a tu trabajo en un servicio de atención al cliente y te encuentras con una chica que está con uno de los quarterbacks de la liga nacional de los que más se habla, y que acaba de ser fotografiada des...

Se interrumpió cuando se me salieron los ojos de las órbitas antes de entornarlos para mirarle. Mierda, mierda, mierda, mierda.

Mierda pinchada en un palo.

¿Toda la oficina había visto esa foto? ¿Anton había visto esa foto?

Algunas de aquellas miradas masculinas cobraron algo de sentido. Me estaban mirando como si me vieran desnuda porque, de hecho, me habían visto desnuda.

Mierda.

—¿Tú la has visto? —No era realmente una pregunta, pero necesitaba confirmación.

Anton tuvo la decencia de parecer ligeramente avergonzado.

Las puertas del ascensor se abrieron justo entonces.

Salvado por el ascensor.

—¿Quieres hablar de ello? —me preguntó, intentando, inútilmente, evitar sonreír.

—No —susurré, y me crucé de brazos. Supongo que no se me había ocurrido que esa foto daría vueltas por todo el país. Debería haberlo sabido.

—No te preocupes. Yo no miré —dijo en voz baja—. No pude evitar que los demás la vieran, pero yo no lo hice.

Siento que ocurriera. —Su expresión destilaba sinceridad. La primera vez que la veía en Anton.

Mi ira pasó de largo.

—Sí, yo también lo siento —contesté cuando las puertas se abrieron en la planta baja.

Anton se dio cuenta de que yo no quería hablar más de ello, o él mismo había terminado de hablar de ello, y saludó a alguien que pasaba con la mano.

—Hay un sitio buenísimo justo al doblar la esquina. Lo preparan todo al día. La sopa, el pan, los bocadillos, ese tipo de cosas. —Esperó a que pasase yo primero por la puerta giratoria—. ¿Te parece bien? —me preguntó al reunirse conmigo en la acera.

—Me parece bien.

Resultó que el café se encontraba a no más de una manzana de distancia de la oficina. Aunque ya había pasado la hora punta de mediodía, el sitio todavía estaba a reventar. El aroma a pan recién hecho y albahaca me alcanzó de lleno en cuanto entramos por la puerta.

Anton avanzó serpenteando hasta la única mesa que había libre y saludó con la mano a algunas de las camareras que se hallaban detrás de la barra, las cuales se sonrojaron casi de inmediato. Como sospechaba, a Anton le gustaba flirtear. Era un mujeriego en toda regla.

Apenas nos habíamos sentado cuando una de las camareras de ojos extasiados depositó dos vasos de agua delante de nosotros.

—Hola, Anton —saludó al tiempo que se ponía un mechón detrás de la oreja.

Yo la saludé con la mano, pero era invisible para ella.

—Hola, cielo —respondió él. Cuando la miró, por el gesto soñador de la chica, se diría que esta acababa de morir y subir al cielo.

Se fue tan rápido como había llegado. Resultaba evidente que Anton dejaba sin palabras a la mayoría de las chicas.

Me alegré de no ser la mayoría de las chicas.

—¿«Cielo»? —dije, poco impresionada—. ¿Eso es lo mejor que se te ocurre?

Anton dio un sorbo a su vaso, y adoptó aquella expresión divertida.

—¿Estás cuestionando mi juego? —replicó él—. Porque tengo tanto juego que no sé qué hacer con él.

—Eso lo dices tú y cualquier otro hombre de la historia —le espeté en respuesta—. Pero para uno que afirma tener mucho juego, eso ha estado flojo. Creo que mi novio de sexto curso me encandiló con un «Hola, cielo».

—Bueno, Señorita Sabelotodo —Anton se inclinó hacia delante—, resulta que Cielo es su nombre. —Alzó una ceja y esperó.

Me quedé sin palabras. No sabía nada. Evidentemente.

—Entonces... —dije, y bebí un trago de agua—, ¿qué hay del tiempo?

Anton se rió, sin duda más divertido que insultado por el último síntoma de mi sabelotoditis.

—¿Por qué India, tú y yo no nos hemos juntado nunca para pasar la noche discutiendo? —preguntó—. Tendremos que poner remedio a eso.

—Parece que ya lo estamos haciendo —contesté, y esbocé una sonrisa de disculpa.

—Hola, Anton. —Mismo saludo y mismos ojos embelesados, distinta camarera.

—Hola, Dulce. —Me miró con el rabillo del ojo—. Porque así es como te llamas, Dulce. ¿Te importaría tomarnos nota?

Dulce no se quedó tan pasmada como Cielo cuando Anton la miró con sus bonitos ojos castaños.

—A su servicio —repuso, y se mordió el labio de forma sugerente, cualquier cosa menos inocente.

—Lucy —Anton me hizo un gesto—, ¿ya sabes qué quieres?

—Yo tomaré ensalada caprese, por favor —dije.

Dulce ni me miró ni apartó la vista de Anton un solo momento mientras garabateaba lo que le había pedido. Estaba claro que el personal del restaurante había estado bebiendo los vientos por Anton y tenía sed de más.

—Anton —dijo, pestañeando—, ¿qué vas a tomar tú?

Cogí mi vaso y le di otro trago de agua. Esa tía quería rollo. Dudo que hubiese puesto alguna objeción si Anton le hubiese dicho que le esperase en el lavabo de hombres en cinco minutos.

—¿Cuál es la sopa del día? —preguntó, devolviendo aquella mirada coqueta.

—Crema de tomate.

No tenía ni idea de que «crema» pudiera sonar tan lascivo.

—Ah, tomaré una —contestó él—. Hoy estoy atrevido.

—Un hombre lanzado —agregué al tiempo que le tendía la carta a Dulce—. Ten cuidado.

—Bueno, Lucy —dijo él—, como mi hermana no para de hablar de ti, tengo la sensación de que ya te conozco.

Podía imaginarme lo que le había contado India. De hecho, no quería ni imaginarlo.

—Vale, voy a quitarme el sombrero de «jefe» y voy a ponerme el de «amigo» y preguntarte acerca de algo que probablemente no debería. —Se aclaró la garganta y se inclinó de nuevo hacia mí—. Háblame de tu novio...

—Prometido —le corregí—. ¿India te lo ha contado todo acerca de mí y no te ha dicho nada acerca de Jude? —Esa chica adoraba a Jude. Bueno, todas las chicas adoraban a Jude, pero India lo adoraba de un modo platónico, no en plan «hazme gemir».

—Esto es lo que sé de Jude por India (y son sus palabras, no las mías) —añadió, revolviéndose en su asiento—: está bien, tiene un buen culo y puede hacer que te sonrojes después de cuatro años juntos.

—India... —Suspiré—. Todo eso es verdad, pero hay mucho más en Jude.

Anton asintió.

—Eso esperaba —contestó—. ¿Qué te hizo enamorarte de él?

Esa no era la conversación que esperaba mantener con mi jefe el primer día, pero las expectativas, en mi opinión, eran una pérdida de tiempo. Toda expectativa llevaba a la decepción.

—No fue tanto lo que hizo que me enamorara de él —comencé, mientras miraba por la ventana—. Fue más bien que no pude evitar no enamorarme de él.

—¿En plan «los astros se alinearon y el destino lo quiso así»? —aventuró, y su sonrisa revelaba que creía haberlo entendido. Pero se equivocaba.

—No. Más bien hicimos que los astros se alinearan y el destino no tuvo nada que ver con ello.

Antes de que pudiera contestar, me sonó el teléfono.

—Lo siento —dije, a punto de ignorar la llamada, pero Anton asintió.

—Cógelo —respondió—. Estás fuera del horario de trabajo, y todavía llevo el sombrero de «amigo» puesto.

—Vale. —Me giré en mi silla—. ¿Es el Señor Increíble?

La risita de Jude se abrió paso a través del móvil.

—Más te vale creerlo, Luce —dijo—. ¿Qué tal tu primer día?

—Está yendo como diez veces mejor, gracias a un tío que me ha mandado como un millón de rosas.

—Un millón de rosas rojas —puntualizó él.

—Gracias. La verdad es que eres bastante increíble tanto dentro como fuera del... —carraspeé y pronuncié la palabra que estaba buscando— dormitorio.

—Joder, Luce, estoy tan orgulloso de ti... —aseguró por encima de algunos gritos y gruñidos de fondo. Debía de haberme llamado durante el entrenamiento—. Has encontrado un trabajo brutal.

—Espera. ¿Ahora estás orgulloso? —Asentí en agradecimiento a Cielo cuando depositó la ensalada delante de mí. Anton le dio las gracias con un guiño, lo cual hizo que ella se sonrojara—. ¿Desde cuándo?

—Desde que decidí dejar de ser un capullo egoísta —respondió Jude—. ¿Que si preferiría que estuvieses aquí conmigo para poder arrastrarme a la cama contigo todas las noches? Pues claro. Pero, si esto es lo que necesitas hacer, no tengo que entenderlo para apoyarte en todo momento.

Me temblaron un poco las rodillas. Me alegré de estar sentada.

—Vamos madurando, ¿eh? —repuse, y miré a Anton. No había probado su sopa, y estaba claro que iba a esperarme antes de meter la cuchara.

Le hice un gesto para que lo hiciera. Muy considerado por su parte, pero no tenía sentido que se le enfriase la sopa mientras yo concluía mi conversación con Jude.

—Bueno, y ahora, ¿qué estás haciendo? —dijo Jude—. No irás a meterte en ningún lío si el jefe te pillas al teléfono, ¿verdad?

—El jefe ya me ha pillado al teléfono —respondí, y sonreí a Anton—. Pero creo que no le importa, ya que está comiendo conmigo al otro lado de la mesa.

Jude guardó silencio al otro lado, durante tanto tiempo que tuve que comprobar si se había cortado la llamada.

—¿Jude?

—¿Estás comiendo con él? —preguntó en voz baja, controlada.

Eso no era bueno.

—¿Sí?

—¿A solas? —Su voz seguía siendo baja, pero tembló ligeramente.

—¿Sí?

Nada bueno.

Jude exhaló bruscamente.

—¿Sabe que vas a casarte?

Su tono me estaba haciendo removerme en mi asiento. Como si hubiese hecho algo malo.

—Sí.

Respiró hondo varias veces antes de contestar.

—Deja que hable con él.

—¿Por qué? —le pregunté; sabía que era una idea terrible.

—Porque quizá necesita un recordatorio de que vas a casarte conmigo —soltó—. Y que por lo tanto estás fuera de su alcance.

Eché un vistazo a Anton. Seguía esperando pacientemente, ignorando que el tío al otro lado del teléfono estaría encantado de alargar el brazo a través del altavoz y estrangularle si era posible. Empujé mi silla hacia atrás y bajé la voz, con la esperanza de que Anton lo pillara y se excusara para ir al lavabo o algo.

—Jude —susurré—, tanto si lo sabe, lo acepta y le importa que esté prometida como si no, yo lo sé —remarqué con firmeza—. Yo sé que estoy prometida, y eso es lo único que tiene que preocuparte. —Lancé otra mirada a Anton. Era evidente que fingía no estar intrigado por mi conversación.

—¿Sabes que estás prometida? —repuso Jude, y resopló—. Entonces ¿qué haces quedando para comer a solas con tu jefe?

Se estaba encendiendo. Y yo también. La diferencia era que yo escogía mantener mi fuego sin llamas.

Nunca me habría considerado una de esas personas tranquilas y serenas, pero estaba empezando a sorprenderme a mí misma.

Aflojé los puños antes de contestar.

—Tenía hambre. Y me lo ha pedido. Y es una tradición de la empresa llevar a los nuevos trabajadores a comer. Y no hay nada remotamente íntimo entre nosotros. Y estaba segura de que me apoyabas y confiabas lo suficiente en mí como para tomar mis propias decisiones. Y —sin duda había como cien razones más— tenía hambre.

Anton se aclaró la garganta.

—Lucy —dijo haciendo ademán de levantarse—, ¿quieres que me vaya?

Negué con la cabeza.

—Sí —soltó Jude, que le había oído—. Será mejor que se largue.

—Jude —le advertí.

—Que se ponga al teléfono, Luce —replicó él—. Tengo que hablar con él.

Anton se levantó para marcharse, y yo volví a negar con la cabeza y le señalé su asiento. No pensaba dejar que aquella discusión entre Jude y yo se acabase por omisión. Jude tenía que confiar en mi discreción, mis elecciones y mis decisiones. Tenía que confiar en mí.

Anton volvió a sentarse con gesto vacilante; no podía parecer más incómodo.

—No.

—Luce —insistió él.

—Jude —le contesté—, no.

Emitió algo entre un suspiro y un gruñido, y volvió a guardar silencio. Estaba lo bastante acostumbrada a su frustración como para saber que en ese momento se estaba frotando la nuca y tenía el rostro contraído.

—Estoy en la otra punta del país, Luce. Completamente impotente mientras tú comes con tu jefe, que probablemente es algún guaperas con traje que cree que porque todas las chicas antes que tú se han rendido ante sus encantos, tú también lo harás. —Me alegré de que no estuviera allí para verme, porque mi boca esbozó una leve sonrisa. Jude lo había clavado; Anton era un guaperas con traje—. ¿Qué esperas que haga, Luce?

La respuesta era fácil. Y casi imposible de pronunciar.

—Confía en mí.

Me llegó algo breve y en voz baja del lado de Jude, pero no lo entendí. Unos instantes más de nada. Lo juro, la mitad de esa conversación habían sido silencios en los que uno de los dos procesaba lo que el otro estaba pensando.

Supongo que podía decirse que por fin nos habíamos graduado en la Academia de Piensa Antes de Hablar.

—Maldita sea —dijo para sus adentros.

Esa respuesta la entendí a la perfección.

—¿Ves por qué era tan difícil para mí?

—Sí, ahora estoy empezando a entender por qué te volviste loca hace tiempo —dijo, subestimando en qué me había transformado «hacia tiempo». Una lunática psicótica y rabiosa, que expulsaba llamas por la boca, habría sido una descripción más ajustada—. Vale, confiaré en ti. Pero no confiaré en él o en ningún otro hombre que crea que no pasa nada por invitar a una mujer prometida a comer a solas. Eso no se hace.

Mi sonrisa había dejado de ser comedida. Tenía la confianza de Jude, incluso en una situación en la que él no quería brindarla.

—¿Me he perdido alguna regla entre hombres?

—Regla número dos —dijo con tono solemne—: No hagas el tonto con la mujer de otro hombre. Jamás.

—¿Y cuál es la número uno?

—No hagas el tonto conmigo. —Solo por su tono, supe que esa media sonrisa chulesca suya se había ampliado por completo.

—Consignas por las que vivir —contesté—. Aunque creo que yo ya he hecho bastante el tonto contigo. —En más de un sentido.

—Tú, y únicamente tú, eres la excepción que confirma esa regla, Luce.

—Bueno, toda regla tiene una excepción. —Me di cuenta de que había sido muy maleducada al pasar tanto rato al teléfono—. Ha sido agradable charlar contigo, pero tengo que volver a mi...

—Cita.

—Comida —corregí—. Te quiero. Gracias por llamar, por las flores y por la confianza. Esta noche te doy un toque cuando Holly y el pequeño Jude se hayan instalado.

—Dale a Hol un abrazo de mi parte. Tienes el balón para el pequeño Jude, ¿verdad?

—Lo haré, y sí —respondí.

—Una cosa más —añadió.

—Lo que sea.

—Dile que se ponga al teléfono —dijo, solo medio en broma.

Gruñí.

—Puedes hablar con él en persona cuando vengas, así podré vigilar lo que dices.

—Rompepelotas —murmuró.

—Te quiero.

—Te quiero, Luce.

Colgué y sonreí a Anton con gesto avergonzado.

—Lo siento.

Él alzó la mano e hizo un gesto para restarle importancia.

—No, de verdad. Lo siento. —Mi primer día de trabajo, y acababa de pelearme con mi novio por teléfono durante casi diez minutos en medio de la comida. No iba a garantizarme una placa de empleada del mes en breve precisamente.

—Ha sido entretenido —dijo él—. Creo que no había visto tanto drama desde que India me obligó a ver la última temporada de su *reality* favorito en secundaria.

No estaba segura de si eso pretendía ser una puñalada o una broma, pero me dolió. Aunque no era asunto de Anton, tenía que dejar las cosas claras.

—Jude es dramático. Yo soy dramática. Juntos somos todo un espectáculo. —Pinché en mi ensalada caprese con el tenedor y di un bocado. Comida por fin.

Anton al fin introdujo su cuchara en la sopa. Un caballero. No era exactamente lo que esperaba del hermano de India.

—Eso suena a enfermizo.

Junté las cejas. No iba a dejar que un tío que creía que pedir una crema de tomate era vivir en el lado salvaje me dijera lo que era o no era enfermizo.

—Quizá para ti, pero no para mí.

Ahí estaba. Una forma de resumir cerca de una tarde entera de explicaciones en una frase.

—Perdona por decir lo que opino, pero soy un Xavier —contestó—. ¿Cómo puede ser que te controlen bueno para nadie?

—Jude no es controlador —dije, y tomé aire—. Es protector.

—¿Hay alguna diferencia? —preguntó, y tomó una cucharada. Para entonces probablemente se había quedado fría.

—Sí, hay una diferencia enorme. Controlador es completamente distinto de protector. —Sentí la tentación de sacar mi teléfono y enseñarle el diccionario—. Jude es protector conmigo porque sabe exactamente qué tipo de basura hay por el mundo y no quiere que lo experimente nunca. Y si lo hiciera, está tan dispuesto como preparado para protegerme. —Traté de evitar parecer que estaba a la defensiva. Me gustaba Anton, pero sus preguntas estaban empezando a fastidiarme—. Sin embargo, aunque le gustaría que le dejase hacerlo a él, me deja tomar mis propias decisiones. La única persona que me controla soy yo.

Anton apretó los labios.

—Controlador, protector, posesivo. Yo metería todos esos adjetivos en la misma categoría—; enfermizo.

Ese tío no sabía cuándo retirarse. Y yo tampoco.

—¿Qué estudiaste en la universidad? —le pregunté, esperando que si probaba con otro modo de explicarlo podría ganar la batalla dialéctica.

—Estudí ciencias políticas y económicas —contestó sin inmutarse por el brusco giro de la conversación. Se me encendió una bombilla.

—Vale, pues en términos de ciencias políticas... —cavilé, pasando los dedos por la mesa—. Jude no es un tirano. No me gobierna o espera que obedezca todo lo que dice. Es más como un consejero —le expliqué—. Un consejero que no solo ofrece buenos consejos, sino que sabe como dar una paliza si es necesario.

Anton tomó un par de cucharadas más de sopa, sin contestar inmediatamente.

—Entonces tenéis drama, él es... —se aclaró la garganta— «protector», y tú no puedes decirme exactamente por qué le quieres, solo que no puedes evitar quererle. Lucy, no me mates, pero pareces enganchada. O ciega. No enamorada.

Dios, esa tarde no iba a conseguir tener un respiro. Primero Jude y luego Anton, esos dos iban a hacerme perder los nervios. Inspiré y conté hasta cinco. No importaba lo que pensara Anton, como tampoco importaba lo que pensase nadie más. No iba a permitir que volvieran a asaltarme las dudas. Yo quería a Jude. Él me quería a mí. Él lo había demostrado una y otra vez a lo largo de cuatro años. Había dejado las dudas atrás.

—Tendremos que estar de acuerdo en no estar de acuerdo —respondí, y dejé el tenedor en el plato, ya había tenido suficiente comida y suficiente conversación por ese día—. Creo que deberíamos volver.

—Lucy, no pretendía ofenderte. Digo lo que pienso, y la mayor parte del tiempo no debería hacerlo.

—Eres el hermano de India, y mi jefe, y un tío bastante majo, así que creo que deberíamos pactar no volver a hablar de mi relación. —Le miré directamente—. Porque no voy a permitir, ni por un segundo, que intentes echar por tierra lo que Jude y yo tenemos. No nos comprendes. No pasa nada. No eres el primero, y sin duda tampoco serás el último. Pero no puedo ser tu amiga si sigues diciendo esas cosas.

—¿No puedes oír nada que no quieras oír?

—No, no se trata de eso. Jude y yo hemos pasado por más cosas que la mayoría de las parejas pasarían en cuatro vidas juntos. Sé que no tenemos los números a nuestro favor. Y tampoco me importa. —Uau, estaba lanzada. Era hora de que me bajase de mi podio antes de que resbalara y me rompiera el cuello—. Estoy harta de oír a la gente decirnos lo poco que nos convenimos el uno al otro. Solo porque tú no lo veas, no significa que no podamos estar juntos.

Anton alzó las manos en gesto de rendición. Buena jugada.

—Me parece bien. Creo que podré hacerlo.

—Ya veremos —repuse. Tenía dudas acerca de cómo Anton iba a «poder hacerlo».

13

Mi apartamento parecía como si hubiesen soltado una manada de rinocerontes dentro.

El hombrecito haría sentirse orgulloso a su tocayo, gritando y gruñendo como un troglodita. Yo había tenido un largo día en el trabajo, los pies me estaban matando y estaba agotada, pero no tenía prisa por llegar a mi apartamento. Parecía que hiciese una eternidad desde la última vez que había tenido a alguien a quien desear ver al llegar a casa. Un montón de tiempo desde que otras voces aparte de la mía y las procedentes del televisor había llenado el apartamento.

Me detuve delante de la puerta y llamé. Me resultaba un tanto extraño llamar a mi propia puerta, hasta que oí el cloc, cloc, cloc de los piecitos del troglodita atronando hacia la puerta.

—¡Ha llegado la tía Luce! ¡Ha llegado la tía Luce! —Aunque Luce sonaba más como «Bus».

La puerta se abrió con tanta fuerza que rebotó contra la pared.

—¡Tía Luce!

Me apoyé una mano en la cadera.

—¿Ha visto a un niño pequeño, señor? Se llama Jude, y es más o menos así de alto. —Sostuve la mano a la altura de su hombro—. Su tío Jude y yo tenemos un regalo para él.

—¡Soy yo, tía Luce!

—¿Qué? Imposible. Tú eres demasiado grande para ser el pequeño Jude.

El niño puso los ojos en blanco. No tenía ni cuatro años y ya sabía poner los ojos en blanco como es debido. Estaba claro que había adquirido ese gesto de su madre. Sin embargo, era la viva imagen de Sawyer, su padre. Tanto que, cuando se le iluminó el rostro con su sonrisa, olvidé dónde estaba y a quién tenía delante.

—Mamá dice que estoy creciendo como la mala hierba, y ya no soy el pequeño Jude. Soy LJ —declaró, y se irguió un poco más.

—LJ, ¿eh? —contesté—. ¿Y eso quién lo dice?

—Lo dice Thomas. —Señaló hacia el interior del apartamento.

Se oyó un estrépito, seguido de Holly soltando una retahíla de improperios. Parecía que me necesitaban.

—¿LJ ya es demasiado grande para dar un abrazo de los suyos?

LJ consideró la pregunta un momento antes de sacudir sus greñas cobrizas.

—No.

Abrí los brazos y se abalanzó hacia mí.

—Bien, porque me moría por un buen abrazo. —Le di un beso en la mejilla y entré dentro—. ¿Ya habéis organizado un torneo de demolición en mi casa? —le grité a Holly, que estaba recogiendo con gesto furioso los viejos trofeos de fútbol de Jude, que se habían caído de la estantería.

—Tengo un niño pequeño que la mitad del tiempo cree que es un *Tiranosaurus rex* —contestó al tiempo que devolvía el último trofeo a su sitio—. La pregunta no es si este lugar será demolido, sino cuándo. —Holly cruzó la habitación. Parecía más agotada de lo que la había visto nunca. Supongo que cruzar el país con un niño pequeño podía causar estragos en una chica—. ¿Estás segura de que no quieres pensártelo mejor, Lucy? No es demasiado tarde, ¿sabes? No hemos acabado de desempaquetar todos nuestros trastos.

—Si se te pasa por la cabeza marcharos, os ataré y os retendré como prisioneros, literalmente —dije, estrechando a LJ con más fuerza.

Holly me abrazó por un lado y por el otro le alborotó el pelo a LJ.

—Bueno, es tu seguridad y tu cordura.

Al parecer, dos mujeres como su madre eran su tope. LJ hizo una mueca y se retorció para liberarse de mis brazos.

—¿Qué tal el vuelo?

—Ha sido mucho mejor de lo que podría haber sido, gracias a mi amigo Benadryl infantil —dijo Holly mientras veía a LJ ir directo a la cocina—. Eh, deja a Thomas en paz dos minutos.

—¡Eh, Thomas! ¿No tenías nada mejor que hacer esta noche? —grité hacia la cocina. No me había dado cuenta al entrar de que se había quedado después de recoger a Holly y a Jude del aeropuerto, pero a Holly y LJ se les daba bien llamar la atención de las personas.

Thomas agitó una cuchara en el aire y sonrió.

—Le he dicho a Holly que me quedaría con LJ mientras ella se instalaba —dijo, justo antes de que LJ le hiciera un placaje en las piernas.

—¡Jude Michael Reed! —gritó Holly. Maldita sea, tenía el tono de madre tan bien pillado que me estremecí—. Si no te tranquilizas y empiezas a comportarte como el niño dulce y bueno que sé que puedes ser, el pobre Thomas no volverá a venir a visitarnos jamás.

Thomas desvió sus ojos castaño oscuro hacia Holly, y habría jurado que le brillaban. Holly ya le había impresionado. Agitó la cuchara de nuevo.

—Tengo tres hermanos pequeños, así que te garantizo que no va a hacer nada que no haya visto antes.

Thomas apagó el fuego, cogió a LJ y se lo echó al hombro antes de empezar a galopar en círculos por la habitación. Pobres vecinos de abajo.

—Así que ¿este tío es tu pareja de baile? —dijo Holly mientras los miraba a los dos corriendo y chillando por el salón.

—El mismo.

—Ahora entiendo por qué Jude se puso como una mona cuando le encontró quitándote la ropa —dijo mientras se dirigía hacia su maleta.

—Eso tampoco es una revelación exactamente, Holly. Jude se pone, se ponía y se pondrá como una mona por cualquier cosa que se parezca remotamente a un hombre que intenta ayudarme a quitarme la ropa. —La seguí y me dejé caer en el sofá.

—Sí, pero Thomas es mono... —dijo, mirándole con el rabillo del ojo.

Fruncí el entrecejo. Thomas era guapo en el sentido estricto de la palabra. Cabello largo y oscuro, ojos casi igual de oscuros, y una piel de alabastro sin ningún defecto. Entraba por los ojos y había llamado la atención de la mayoría de las bailarinas de la Marymount Manhattan, pero no daba la impresión de que su punto mono y el de Holly fueran a encontrarse. A Holly le gustaba el mismo prototipo de chicos que a mí: tipos duros, fuertes, atractivos y muy masculinos.

—¿Thomas te parece mono?

—¿A ti no?

Me encogí de hombros mientras contemplaba a Thomas y a LJ luchar en el suelo.

—Sí, pero...

—Ya, ya, ya lo sé —me interrumpió Holly—. Juega en otra liga. Es evidente. Mira lo considerado que es, lo bien que viste, y sus ojos no se desvían en ningún momento por debajo de mi cuello.

Estaba a punto de esclarecer la orientación sexual de Thomas cuando LJ saltó como una alarma de incendios. Anoté mentalmente comprar paracetamol la próxima vez que fuese a la tienda.

—Tía Luce, ¿es para mí? —preguntó. Mejor dicho, gritó.

—LJ, ¿has estado hurgando en las cosas de tía Luce? —dijo Holly cuando el niño corrió hacia nosotras con un regalo. Jude incluso había hecho que lo envolvieran con papel amarillo y verde azulado.

—Estaba en su habitación —contestó, dando vueltas al regalo en sus manos.

—¿Qué estabas haciendo tú en su habitación? Te he dicho que el cuarto de Luce es zona prohibida.

—Se me olvidó decírtelo —dije, al tiempo que cogía a LJ y me lo ponía en el regazo—. Vosotros os vais a quedar mi habitación, yo estaré aquí fuera.

—¿Qué? —replicó Holly—. No. De ninguna manera, Lucy Larson. Hemos venido con la condición de que seríamos una molestia, no de que te desplazaríamos directamente.

Thomas se desplomó a mi lado. Su pelo parecía que hubiera sido agitado en una licuadora.

—¿Te importaría escucharme por una vez, cabezota? JL y tú vais a quedaros con mi habitación. Él necesita un sitio tranquilo donde dormir, y vosotros sois dos. Ya he pedido un colchón individual y un par de separadores para colocarlos aquí para mí, así que ya está. —Arqueé una ceja y esperé. A Holly le gustaba discutir conmigo casi tanto como a Jude.

Sin embargo, lo que hizo a continuación no me lo esperaba. Me había mentalizado para otros cinco asaltos de tira y afloja. En lugar de eso, se dejó caer a mi lado y me abrazó con tanta fuerza que casi me corta la respiración.

—No sé qué haría sin ti y sin Jude. —Se sorbió junto a mi pelo. Nunca la había visto llorar. De hecho, había llegado a la conclusión de que era incapaz de hacerlo.

—Estarías perfectamente, Holly —le aseguré, como Jude y yo hacíamos cuando trataba de atribuirnos más mérito del que debía. Holly había cruzado el proverbial Nilo ella sola. Jude y yo solo habíamos estado ahí para ayudar un poco por el camino. Le di unas palmaditas en la espalda y le guiñé un ojo a LJ—. Bueno, ¿vas a quedarte mirando esa cosa toda la noche o piensas abrirlo?

Su rostro se iluminó justo antes de que se desatara un huracán de papel de regalo.

—¡Un balón de fútbol! —exclamó saltando—. Uno de verdad. No para niños pequeños. —Eché el brazo hacia atrás y lo lanzó directo al estómago de Thomas.

Thomas gruñó, cogiendo el balón con torpeza, como si no supiera si tirarlo o hacer una pirueta con él.

—Jolines —exclamó Holly, examinando el balón en las manos de Thomas—. ¿Eso de ahí son firmas?

—Jolines, sí —respondí al darme cuenta de que tendría que tener cuidado con lo que decía ahora que había un par de oídos inocentes cerca. Eso, más que cualquier otra cosa, me pareció lo más difícil de aquella situación.

—¿No serán las firmas de un tal Jude Ryder y el resto de sus compañeros de equipo? —Holly había pasado a mirar el balón con la boca abierta.

Le dirigí una sonrisita de suficiencia.

—No. Las de Jude Ryder y el resto de los miembros del Club de los Chicos Malos.

—En ese caso —dijo ella con una breve sonrisa—, ¿dónde están los números de teléfono?

Thomas le entregó a LJ el balón antes de levantarse de un salto del sofá. Se fue directo hacia la puerta, y se volvió.

—Será mejor que me vaya —dijo—. Tengo una hora de camino por delante.

Holly y yo nos miramos. Hasta ese momento, Thomas parecía dispuesto a pasar la noche en el sofá, y ahora solo quería marcharse.

Me puse en pie y le seguí.

—Gracias otra vez, Thomas —le dije mientras le abría la puerta—. Te debo una.

Se detuvo en el umbral y volvió a mirar hacia donde LJ le tiraba el balón a Holly.

—No, no me debes nada. No me lo pasaba tan bien desde la noche del karaoke, cuando cantaste una versión borracha de «Hey Jude» antes de caerte del escenario.

Torcí el gesto. No me gustaba recordar esa noche. Jude había estado en la ciudad ese fin de semana, y al camarero se le había ido un poco la mano con mis bebidas esa noche. El resultado no fue agradable.

Thomas seguía sin poder apartar los ojos de Holly, así que empecé a trazar un plan.

—Entonces ¿por qué no me dejas que te prepare la cena el viernes por la noche? ¿Como forma de expresarte mi eterna gratitud?

Esperé mientras él calculaba algo mentalmente.

—Venga. Puedes pasar la noche aquí, así no tendrás que preocuparte de conducir tarde por la noche.

Abrió mucho los ojos.

—¿Estás segura?

—Hol —llamé por encima del hombro—, ¿estamos seguras de que queremos que Thomas venga a cenar el viernes por la noche?

Tras lanzar el balón a los brazos de LJ, nos miró. Juro que oí como el corazón de Thomas se saltaba un latido.

—A las siete en punto —contestó ella—. No llegues tarde.

Sonreí a Thomas con gesto victorioso y esperé.

—Es una cita —dijo antes de ponerse rojo—. Quiero decir que es una cena. Una cita para cenar. —Un poco más rojo—. Quiero decir que quedamos el viernes, y vamos a cenar juntos... —Hizo una mueca de dolor y se dio la vuelta—. Y ahora es cuando me quiero morir.

—¡Gracias por todo! —gritó Holly cuando ya caminaba por el pasillo—. Ha sido un placer conocerte, Thomas.

Thomas volvió a meter la cabeza en el apartamento.

—El placer ha sido mío.

Ella le lanzó una sonrisa que hizo que el pobre chico se pusiera más rojo todavía. Thomas me saludó con la mano, y se apresuró por el pasillo. No había llegado dos puertas más adelante cuando se tropezó con... sus propios pies.

—¿Estás bien, Grace? —le pregunté cuando parecía que recuperaba el equilibrio antes de caer.

—Me siento un poco raro esta noche —respondió mirándose los pies con furia, como si le hubiesen traicionado.

—Me pregunto por qué. —Esbocé una sonrisa irónica.

Thomas sacudió la cabeza.

—Buenas noches, Lucy.

—Buenas noches, Grace.

Me enseñó el pulgar en señal de que estaba bien antes de recorrer el resto del pasillo de una pieza. Nunca había visto a Thomas tropezar de esa forma, ni una sola vez en los tres años que llevábamos bailando juntos.

—¿Qué le has hecho a ese chico? —pregunté nada más cerrar la puerta.

—Le he hecho que se piense dos veces lo de tener hijos —contestó Holly mientras se concentraba de nuevo en deshacer la maleta.

—No, creo que está tan enganchado a ti que...

—¡Jude! —gritó Holly, y echó a correr hacia JL, que se encontraba delante de la maceta de mi helecho. Tenía los pantalones bajados hasta los tobillos—. Por favor, por favor, por favor, no me digas que acabas de hacer pis en la planta de tía Lucy.

JL se subió los pantalones y se encogió de hombros.

—Parecía seca.

Solté una carcajada, que interrumpí en cuanto Holly desvió su mirada iracunda hacia mí.

Me dirigió una expresión que venía a decir «Ríete otra vez si te atreves», y se dirigió con paso firme a LJ.

—¿Dónde se supone que tienes que ir a hacer tus cositas?

—Al baño —dijo LJ, como si fuese obvio.

—Sé más específico.

—Al váter. —Suspiró.

—Entonces ¿por qué acabas de hacer pis en la planta de la tía Lucy?

—Te lo he dicho. Estaba seca.

Aquello requería la intervención de su tía. Cogí la regadera de la encimera y me acerqué hacia donde se encontraban ellos.

—Tienes razón; estaba seca. Pero resulta que sé que mi pequeño helecho es alérgico al pis de los niños —le di un codazo a Holly y ella me lo devolvió—, así que la próxima vez que tenga sed, puedes usar esto para darle algo de agua. —Le tendí la regadera a LJ—. Ese será tu trabajo aquí. Mantener la planta feliz y sana. ¿Crees que podrás hacerlo?

LJ inspeccionó la regadera, dándole varias vueltas antes de asentir.

—Sí. Yo cuidaré de la planta, tía Luce —dijo con toda la solemnidad que podía mostrar un niño de casi cuatro años.

Entonces sus ojos se desviaron hacia la tele y se le iluminaron—. ¿Mamá? ¿Puedo ver *Yo Gabba Gabba!*?

Holly miró la hora en el reloj de la cocina.

—Venga.

Tras colocar la regadera junto a la planta cuidadosamente, LJ se fue dando saltitos hasta el televisor y cogió el mando.

—¿Necesita ayuda? —pregunté.

—¿Estás de coña? Sabe a qué hora y en qué canal ponen *Yo Gabba Gabba!* desde los dos años —me contestó mirando primero la planta y luego a mí—. Lo siento. Como te dije, un pequeño troglodita.

—No te preocupes —la tranquilicé—, y si te hace sentirte mejor, estoy bastante segura de que no es la primera vez que alguien se mea en ella. Estoy casi convencida de que tuvo ese honor después de que nos tomáramos un par de botellas de champán y el baño estuviera demasiado lejos cuando tenía que ir.

—Hombres. —Holly arrugó la nariz ante la planta—. Buscan cualquier excusa para sacarse esa cosa. La edad no es un factor. Evidentemente. —Sus ojos se posaron en LJ, que estaba embelesado con un programa que parecía haber sido concebido durante un viaje de ácido.

—Vamos. Movamos tus cosas a la habitación para que podáis dormir un poco —dije cogiendo otra de sus maletas—. Seguro que estáis molidos.

—Como un saco de boxeo —respondió, cogió otra maleta y me siguió—. Tía Lucy y yo vamos a acabar de deshacer las maletas. Avísame si necesitas algo, LJ.

—¿Todavía no están hechos los bizcochos? —preguntó LJ con los ojos fijos en el televisor.

Holly echó un vistazo al reloj del microondas.

—Veinte minutos más.

—Vale. —Sonó como si veinte minutos fueran una eternidad—. Te quiero, mamá.

Todas las líneas de estrés del rostro de Holly se alisaron.

—Te quiero, Jude.

—Es LJ —corrigió, y apartó la vista lo justo para encontrarse con la mirada de su madre.

—Lo siento, se me ha olvidado. Te quiero, LJ.

Maldita sea. Ese crío podía mear en todas y cada una de las superficies de mi apartamento si seguía diciendo cosas como esa. El apartamento volvía a parecer lleno. Y yo volvía a sentirme plena.

O casi.

Sabía que independientemente del número de cuerpos que metiera en ese piso, nunca serían suficientes para llenar el hueco que Jude había dejado. Nadie salvo él podía llenar ese vacío.

Subí la maleta a la cama, abrí la cremallera y me puse manos a la obra. Ya había cambiado las sábanas y vaciado el armario y los cajones para hacer espacio para Holly y LJ.

—Lucy, sigo sin sentirme bien por quedarnos con tu habitación —dijo Holly mientras dejaba su maleta sobre la cama también—. Me refiero a que es tu casa, tú deberías quedarte con la habitación.

—¿Quieres parar de una vez? —repliqué, y abrí el cajón de arriba para guardar los pantalones de LJ—. Ya está. La decisión está tomada. Se acabó el asunto.

—Me encanta cuando me hablas en ese tono —repuso Holly mientras cogía unas perchas del armario—. Me excita muchísimo.

Me reí y le tiré el abrigo de LJ para que lo colgara.

—¿Cómo va la búsqueda de trabajo? ¿Ha habido suerte?

Me encantaba tener como amiga a una mujer que creía que podía forjarse su propio destino.

—Empiezo mañana por la tarde —contestó con orgullo al tiempo que colgaba un vestido ajustadísimo de una percha.

—Increíble. Eres capaz de encontrar un trabajo en la ciudad desde el otro extremo del país en un fin de semana. Yo tardé dos semanas, e incluso así, el hermano de una amiga tuvo que hacerme un favor.

Holly se encogió de hombros.

—Yo también he necesitado la ayuda de una amiga. —Me sonrió antes de volver a meter varias perchas en el armario.

—¿En qué salón te han cogido?

—Les Cheveux Chic —respondió—. Y está a solo un kilómetro y medio, más o menos, así que puedo ir andando al trabajo.

—Uau. Es uno de los mejores salones de estética de la ciudad, Holly —dije, impresionada—. ¡Bien hecho!

—Sí, bueno, supongo que necesitaban a alguien desesperadamente, con todos los nuevos clientes que han estado ganando, así que cuando la propietaria oyó que llevaba cinco años cortando y tiñendo cabezas, prácticamente me contrató por teléfono al instante. —Holly sacó un montón de bragas y sujetadores de su maleta. Creo que estaban representados todos los colores del arcoíris, además de todos los tejidos y estampados. No era una mala colección para una chica que aseguraba ir sin ropa interior la mitad del tiempo—. Sin embargo, mi horario es un asco. Tengo que trabajar por las noches y los fines de semana, y tengo un estupendo total de un día libre. —Tiró del cajón del armario que había sido de Jude y dejó caer sus atrevidos innombrables dentro.

—¿Qué horas por la noche?

—De seis a diez de lunes a jueves —respondió—. Al parecer, el salón está intentando mostrarse atento con las mujeres trabajadoras.

—Y yo que tenía la impresión de que las mujeres trabajadoras trabajaban de noche... —bromeé, tirando del siguiente cajón.

—¿Quién se ha chivado de mí? —soltó Holly, y me lanzó un tanga a la cara como si fuese un tirachinas.

Lo atrapé antes de que me diera.

—Apuesto a que si haces ese turno cuando llegan todas las profesionales, sacarás un montón de propinas.

—Probablemente —dijo, y se encogió de hombros—, pero me está costando una barbaridad encontrar guardería para Jude. Al parecer, todos los centros de día cierran a las seis, y si no encuentro guardería, no puedo coger el trabajo.

Sonreí. Resultaba agradable poder ayudar.

—Resulta que sé de la guardería de una tía que tiene una vacante y está disponible las veinticuatro horas.

Holly se quedó inmóvil, justo antes de contraer la cara.

—De ninguna manera, Lucy. No, no, no —dijo—. Ya has hecho diez veces más de lo que debías. No pienso tenerte de niñera cuatro noches a la semana con mi hombrecito y todo el fin de semana. De ninguna manera.

Puse los ojos en blanco. Holly no entendía que yo no lo hacía por pura bondad. Quería a alguien que llenara mi tiempo para no andar por ahí desanimada pensando en Jude. No me imaginaba a nadie más capacitado para la labor de distraerme que LJ.

—De alguna manera —repuse, y cerré el cajón.

—No se te ocurra discutir conmigo por esto, Lucy Larson —me advirtió Holly, agitando un dedo hacia mí—. Porque ganaré yo.

No estaba pensando en discutir. Estaba pensando en salir victoriosa.

—Holly, LJ y tú sois como de la familia. Os quiero a los dos. Déjame hacer esto.

Mis súplicas estaban funcionando. Un poco.

—Vamos. Esto resuelve nuestros dos problemas. Tú necesitas a alguien que cuide de LJ, y yo necesito a alguien que me haga compañía. —Sostuve en alto una camiseta en la que se leía CONQUISTADOR, y continué—: Todos salimos ganando.

Holly se había quedado con la boca abierta en medio de mi última perorata. Negó con la cabeza y me miró como si estuviese para que me ingresasen.

—¿Hablas en serio, Lucy? —me soltó—. Te das cuenta de que lo que acabas de ver no es un simple subidón de azúcar, ¿verdad? Así es todo el día, todos los días. Hace falta una supervisión constante y con todos los sentidos alerta.

Me crucé de brazos.

—¿Has acabado? —pregunté.

—¿Has acabado? —me imitó.

—No, no he acabado. Puedo seguir toda la noche, cariño —le dije—. No voy a parar hasta que me salga con la mía, así que ¿por qué no nos ahorras tiempo y esfuerzo y cedes de una vez?

Pasaron unos instantes en silencio. Lo único que se oyó en el apartamento era el sonido de aquella música de flipados antes de que se le humedecieran los ojos.

—Ven aquí, dulce testaruda —dijo abriendo los brazos.

Dejó que Holly me abrazara hasta que volví a notar que estaba a punto de desmayarme.

Un par de horas más tarde, el apartamento estaba a oscuras y, salvo por los ronquidos de hombrecito de LJ, en silencio. En dos horas habíamos conseguido deshacer las maletas, confeccionar un horario semanal que detallaba cuándo cuidaría yo de LJ, además de una lista de tareas y otra para la compra, bañar a LJ (lo cual fue más como lo que imaginaba que sería luchar con un resbaladizo león marino), y limpiar no una, sino dos tazas de leche derramada.

Ni LJ ni yo lloramos en el proceso, pero Holly estuvo a punto cuando la taza número dos acabó encima de mi abrigo. La mandé a la cama y le prometí que mandaría a LJ cuando hubiese acabado su tercer intento con una taza de leche. Añadí «taza a prueba de derrames» a la lista de la compra antes de meterlo en la cama junto a Holly, que ya estaba tan profundamente dormida que ni siquiera se movió cuando LJ gateó junto a ella.

Hasta que llegase mi cama, acamparía en el sofá, que resultaba bastante cómodo cuando le añadías un par de mantas calentitas y almohadas. Prácticamente en cuanto toqué la almohada con la cabeza, sentí que se apoderaba de mí el sueño. El día había sido agotador para mí también.

Entonces sonó el teléfono.

Me desperté de golpe. No podía creer que casi me hubiera olvidado de Jude y mi llamada nocturna. Parpadeé para aclararme la vista y acepté la petición de Face Time.

—Eh, guapo —dije, y soné tan cansada como me sentía.

—Mierda. ¿Te he despertado, Lucy? —Arrugó la frente, pero conservó la sonrisa.

—Si hubieses tardado treinta segundos más, lo habrías hecho —dije, incorporándome sobre los codos—. Ha sido un día de locos.

—¿Un día de locos bueno o malo?

—Bastante bueno, en realidad. Solo ocupado. Y agotador —añadí—. Pero mejor ahora, que puedo acabarlo contigo.

—Le miré y me empapé todo lo que pude de su imagen a través del teléfono. Era todo lo que tendría en otras veinticuatro horas.

Jude estaba de vuelta en el hotel tras recapacitar y darse cuenta de que no necesitábamos una casa de tres mil metros cuadrados para empezar. Se hallaba sentado en la cama y no llevaba camiseta.

¿De verdad estaba cansada hacía un minuto? Por el modo en que la sangre bombeaba por mis venas en ese momento, parecía imposible.

—Bueno... —comenzó, frunciendo los labios—, pareces bastante cansada, pero quería ver si te apetecía tener dulces sueños esta noche.

Se me tensó la parte interna de los muslos.

—Ya no estoy precisamente sola —susurré, y eché un vistazo al dormitorio—. No puedo practicar sexo telefónico de manera regular contigo cuando hay un niño de tres años bajo el mismo techo.

—No hagas ruido y ya está —sugirió.

Me reí en voz alta antes de darme cuenta.

—¿Cuándo fue la última vez que fui capaz de no hacer ruido durante... eso?

Arqueó una ceja.

—Nunca. Pero hay una primera vez para todo, Luce. —Jude hablaba con tanta seguridad que casi quise decirle que no, solo por principio. Pero sabía que no lo haría. Mi cuerpo ya había entrado en esa espiral con solo oír sus palabras.

—Sabes que si tengo que hacer esto en silencio no voy a poder decirte cosas malas, ¿verdad? —dije, descendiendo por mi estómago con los dedos. Mi piel estaba hipersensible por la anticipación.

Jude se movió en la cama antes de sostener sus calzoncillos delante de la cámara.

—Es un sacrificio que estoy dispuesto a hacer. —Y entonces los arrojó a un lado, lo que me proporcionó una vista completa.

Tragué saliva, y entonces me deslicé la mano dentro de los leggings.

—¿Tía Luce?

Dejé caer el teléfono del susto.

—¡¿LJ?! ¿Qué haces despierto? —Mi voz era dos octavas más alta.

—He oído voces y quería asegurarme de que estabas bien —contestó, rodeando el sofá vestido con su pijama de los Vengadores.

El teléfono había resbalado tras los cojines del sofá, pero oí la risa grave de Jude a través de ellos.

—Estoy bien —dije al tiempo que recogía el teléfono—. Solo le estaba dando las «buenas noches» a tío Jude. — Comprobé que la imagen de la pantalla hubiera cambiado y se lo enseñé a LJ.

—¡Tío Jude! —Su rostro se iluminó como si Jude le gustase más que el chicle.

—Hola, hombrecito. ¿Qué tal?

—Bien, pero no hables muy alto, ¿vale? —dijo llevándose un dedo a los labios—. Mamá no sabe que he salido a escondidas de la cama.

—¿Y te has levantado para ver si la tía Luce estaba bien?

LJ asintió.

—Buen trabajo —le felicitó Jude—. Ahora eres el hombre de la casa, así que confío en que cuides de tu mamá y de tía Luce.

—Jude, tiene tres años —intervine, volviendo la pantalla hacia mí.

Se había puesto una camiseta más rápido de lo que podía quitármela a mí.

—Tengo casi cuatro —me corrigió LJ con orgullo.

—Sí, Luce. Tiene casi cuatro.

—Vale, hombre de la casa —dije, volviendo la pantalla hacia LJ—. Di buenas noches. Deberías estar durmiendo desde hace rato.

—¿Un minuto más? —me suplicó LJ.

—Sí, ¿un minuto más? —se le unió la voz de Jude.

Suspiré.

—Vale.

LJ lo celebró con un pequeño baile.

—Enséñame esos cinco —le dijo Jude, y LJ le correspondió.

—Gracias por el balón, tío Jude. ¿Me enseñarás a lanzarlo a mil yardas? —Estaba oscuro, pero a LJ le brillaban los ojos.

—Te enseñaré a lanzarlo a diez mil yardas.

—Uau —exclamó LJ, embobado.

—Te llevaré al parque cuando vaya a veros en un par de semanas. Mientras tanto practica echando el brazo hacia atrás y siguiendo el balón al lanzarlo.

LJ entrecerró los ojos mientras almacenaba aquellas instrucciones.

—Estarás lanzando como un profesional antes de que te des cuenta.

—Y... tiempo —les interrumpí, pues me daba cuenta de que si iba a cuidar de ese niño seis días a la semana, tendría que acostumbrarme a ser una adulta responsable.

LJ gruñó y dejó caer los hombros.

—Haz caso a tu tía Luce, hombrecito —dijo Jude—. De tío a tío, un pequeño consejo: vas a tener que descubrir qué batallas merece la pena luchar. Y esta no la ganarás.

LJ consideró aquella perla de sabiduría por un segundo antes de asentir con la cabeza.

—Vale. Buenas noches, tío Jude. Buenas noches, tía Luce. —Dijo adiós con la mano y se encaminó hacia el dormitorio—. Os quiero.

Giré el teléfono para que Jude pudiera verle marcharse.

—Te quiero, hombrecito.

Cuando oí que la puerta de la habitación se cerraba, volví el teléfono.

—Acabamos de evitar una crisis a gran escala —bromeé, y su sonrisa se ensanchó al verme.

—Luce, acabamos de posponer una crisis a gran escala —insinuó, y dejó que sus palabras surtieran efecto.

Jude Ryder... un optimista sin remedio.

—No, Jude —repliqué mientras apoyaba el teléfono en una pila de posavasos que había encima de la mesa de centro—. Eso ha sido una crisis suspendida por mal tiempo.

—Ni de coña, Luce. —Gruñó—. ¿Me pones como una moto y ahora cortas la emisión?

Me puse de costado, intentando no reírme.

—No, me voy a dormir —contesté, y le lancé un beso—. Buenas noches. Te quiero, Jude.

Un minuto largo después de que hubiera cerrado los ojos, suspiró. No sabía que un solo suspiro pudiera contener tantas emociones.

—Buenas noches. Te quiero, Luce.

Esa noche, en sueños, retomé lo que Jude y yo habíamos dejado a medias. El éxtasis.

Me había quedado dormida el lunes por la noche y era viernes cuando me desperté.

Era sorprendente lo rápido que podía pasar el tiempo cuando tu vida estaba ocupada con un trabajo de oficina de nueve a cinco, cenas de macarrones con queso, citas con *Yo Gabba Gabba!*, horas preciosas arañadas en la escuela de danza y llamadas nocturnas del amor de tu vida.

Hasta el momento, a Holly le encantaba su trabajo, y yo estaba deseando llegar a casa cada tarde para pasar el rato con un niño de tres años, casi cuatro. Resultaba imposible experimentar cualquier grado de autocompasión cuando estabas en presencia de un crío tan feliz y activo como LJ. Además, tras perseguirle durante cuatro horas, era capaz de dormirme en cuanto tocaba la almohada con la cabeza.

Para gran consternación de Jude.

Sonreía para mis adentros mientras me regodeaba con las numerosas súplicas y caras tristes con las que Jude me había estado viniendo esa semana cuando Anton salió de repente de su despacho.

—¿Corbata a cuadros o corbata a rayas? —me preguntó, plantándome dos corbatas delante.

Al parecer, el de consejera personal de vestuario era uno de los numerosos papeles que tenía en Xavier Industries. El trabajo me estaba yendo bien. Había ido pillándole el truco, y estaba tan ocupada que los días pasaban volando.

Había tecleado tanto y creado tantas hojas de cálculo que estaba segura de que podría hacer mi trabajo con los ojos cerrados.

—¿Qué se celebra? —le pregunté al tiempo que apagaba el ordenador. Eran las cinco pasadas de un viernes por la tarde.

—Cena con una cita a ciegas —contestó mientras inspeccionaba las corbatas con ojo crítico—. Una compañera de escuela de un amigo. Es diseñadora gráfica, le gusta el glam rock y corre maratones. Es todo lo que sé de ella, de ahí que me haya quedado atascado en el proceso de selección de corbata.

Si Anton pensaba que elegir la corbata correcta resultaba decisivo en lo que se refería a conseguir una segunda cita, entendía por qué seguía soltero.

—La de cuadros —dije dándole un golpecito con la punta de mi bolígrafo.

Frunció el ceño.

—Qué segura. Qué convencida —contestó con la corbata de cuadros en alto—. ¿Cómo lo has decidido?

«He utilizado el teorema de Pitágoras y he elevado al cuadrado el conjunto vacío.» Era una listilla insufrible.

—Es la que me gusta a mí —respondí, y me encogí de hombros.

El rostro de Anton se relajó. Asintió y contempló la corbata con nuevos ojos.

—Entonces la de cuadros —concluyó, y se encaminó de vuelta a su despacho—. Gracias, Lucy. Buen fin de semana.

—¿Necesitas algo más? —le pregunté, ya con el bolso colgado. Tenía que preparar nuestra primera cena del viernes para cinco esa noche y, pese a que Anton había cumplido su palabra y esa semana no había vuelto a sacar a relucir mi relación, me sentía incómoda a solas con él.

Y eso me cabreaba. Aparte de algún flirteo inofensivo, Anton se había comportado como un verdadero caballero, hasta el punto de acompañarme al coche cada noche para asegurarse de que llegaba bien. No me sentía incómoda a solas con ningún otro hombre, y el hecho de que lo hiciera me hacía sentirme aún más incómoda.

—No, es hora de acabar —dijo desde su despacho—. Yo también me marchó, así que te acompaño. —Reapareció con la corbata de cuadros puesta y un chaleco de tweed en lugar de la chaqueta del traje, me sostuvo la puerta de la oficina y esperó a que saliese.

Apagué las luces y crucé la puerta todo lo rápido que pude. Se había puesto una colonia que olía dulce y picante, y el hecho de que me hubiera dado cuenta me sacó de quicio.

Caminamos sin pronunciar palabra hasta el ascensor, y nuestro silencio se prolongó mientras lo esperábamos.

—¿Te hago sentir incómoda? —me preguntó Anton.

—Cuando me haces ese tipo de preguntas, sí, me haces sentir incómoda —contesté, y casi salté al ascensor en cuanto se abrieron las puertas.

Anton entró con un paso de gigante y se detuvo delante de mí.

—¿Por qué?

Me costaba creer que le hiciese falta preguntarme por qué.

—Por el modo en que me estás mirando ahora mismo. Y por las cosas que dices. —Retrocedí un par de pasos hasta que me topé con la pared del ascensor—. Eres mi jefe. Eres el hermano de mi amiga. No puedes mirarme así, ni decirme las cosas que me dices.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo, inclinando la cabeza.

Sus respuestas cortas y tranquilas estaban empezando a cabrearme.

—Porque sí —respondió el genio que guardaba en mi interior.

—He mantenido relaciones con mujeres que trabajaban conmigo, Lucy —dijo, y me miró con atención—. Y he mantenido relaciones con amigas de mi hermana. Créeme, eso no es lo que me impide ir detrás de ti.

Mierda. Esa mirada, combinada con el tono de su voz, hizo que deseara poder poner un metro y medio más de distancia entre nosotros. Por suerte, el ascensor se detuvo y se abrieron las puertas. Salí de allí más rápido de lo que creí que podía moverme.

—Así que sí, ahí va —dijo Anton, que enseguida se puso a mi lado. Para entender aquello iba a necesitar el comodín de la llamada—. Me siento atraído por ti, Lucy. Quiero ir detrás de ti, y quiero que quieras que lo haga.

Si no contestaba, ¿podría despertarme al día siguiente y fingir que nada de aquello había pasado? Empujé la puerta giratoria y me dirigí a toda velocidad hacia el Mazda.

—Pero no me dejaré llevar por esa atracción por respeto a...

Me volví hacia él. Aquello se pasaba de la raya, y el día había sido demasiado largo.

—¿Por respeto a un tío que te mataría en el acto si llegase a enterarse de lo que acabas de decir?

Negó con la cabeza.

—No. Por respeto a ti.

Me reí con aspereza.

—Menuda forma de demostrarme respeto —le espeté, buscando mis llaves.

—Te respeto lo suficiente para decirte la verdad —repuso, y dio un paso a un lado cuando abrió la puerta con fuerza—. Quiero que sepas que tienes otras opciones.

Me mordí la parte interna de la mejilla para evitar soltarle cosas que más tarde lamentaría.

—No quiero otras opciones.

—Claro que las quieres —dijo—. Todas las chicas las quieren. —Y aquellas palabras, junto con su expresión, que era demasiado condescendiente para mi gusto, sacaron a la superficie las palabras que había estado intentando guardarme.

—Que te jodan, Anton —solté antes de dar un portazo y salir pitando del aparcamiento, sin mirar el retrovisor una sola vez.

Estaba temblando. Me sentía agitada por las emociones que brotaban de mi interior. Era como si toda emoción posible estuviera presente y justificada, aunque las más ruidosas eran la ira y la confusión. Ira por razones evidentes. Anton no tenía ningún derecho a decirme esas cosas, a una mujer prometida. Por no mencionar que también era su empleada. Ningún derecho en absoluto.

Y confusión porque no entendía por qué Anton me había dicho aquello para empezar. Era inteligente y decidido hasta la exageración. No hacía las cosas por un arrebato, así que podía suponer que había planeado toda aquella escena en el ascensor. Y eso me confundía y me cabreaba todavía más.

Mi vida ya era bastante complicada. No necesitaba que un tío al que había conocido en persona tan solo cinco días antes me confesara su atracción por mí. O a Anton le faltaba un tornillo o era demasiado arrogante. Y ninguna de las dos cosas era la receta para una «opción», como él había dicho, aceptable.

Lo cual no significaba que yo quisiera ninguna opción para empezar.

Maldita sea. Ahora estaba pensando en opciones, mi querido jefe me había estropeado la noche del viernes.

Quería llamar a Jude. Quería contarle todo lo que había ocurrido y todo lo que estaba sintiendo. Quería hablar de ello con mi mejor amigo. Por desgracia, en ese caso mi mejor amigo también resultaba ser el tío del que estaba enamorada, y el tío del que estaba enamorada perdería los estribos, y cruzaría el país sin pensárselo dos veces, si se enterara de que otro hombre, en especial Anton, me había dicho ese tipo de cosas.

Así que no le llamé. En lugar de eso, miré la carretera echando chispas por los ojos y le di unos cuantos puñetazos al volante. Para cuando llegué a casa, ya me sentía mejor. Y peor. Mejor porque me recordé a mí misma que independientemente de lo que cualquier tío hiciera o dijera, nunca querría a nadie más que a Jude. Resultó agradable recordarlo. Y peor porque para el lunes por la mañana volvería a estar sin trabajo. No podía, no, no pensaba trabajar para un hombre que me había confesado que sentía algo por mí. Aquello era todo un nuevo drama que no necesitaba en mi vida en ese momento. Por no mencionar que acababa de decirle a mi jefe que le jodieran. Puede que no tuviera una gran experiencia laboral, pero sabía que iba a conseguir que me despidieran en el acto.

Mientras subía hacia mi apartamento, me obligué a aparcar el asunto de Anton hasta el domingo por la noche, cuando le llamaría para decirle que pusiera un anuncio en el periódico para buscar una nueva administrativa. Iba a disfrutar de esa noche. No tenía la oportunidad de reunir a algunos de mis mejores amigos en el mismo sitio con frecuencia, y no pensaba arruinar aquello por un bajón.

Conque Anton se sentía atraído hacia mí. ¿Y a mí qué? Era un país libre, y podía sentirse atraído por quien le diera la gana. En ese momento, me quitó su atracción de la cabeza.

Desde el pasillo ya podía oler la cena y oír las risas procedentes del apartamento. Para cuando abrí la puerta estaba sonriendo.

—¡Tía Lucy! —me recibió LJ en cuanto entré por la puerta, como si hubiese estado haciendo guardia.

—¡LJ! —le devolví el saludo olisqueando en el aire. Enchiladas de pollo, uno de mis favoritos.

—Por aquí —me indicó con solemnidad, antes de cogerme de la mano y tirar de mí hasta el baño.

—¿Qué estás tramando, loco? —Me reí mientras me arrastraba. Era fuerte para ser un niño de casi cuatro años.

—He cogido un pijama y unas pantuflas para ti —dijo al tiempo que las señalaba en equilibrio al borde del lavamanos—. Cuando te hayas puesto cómoda, podemos cenar y hasta te traeré tu plato. —Tenía el rostro tan iluminado de emoción que se me contagió.

—Gracias, amable caballero —contesté, y me incliné con formalidad—. Pero ¿a qué debo el honor de este trato tan especial?

—Mamá dice que has estado trabajando mucho toda la semana y que eres nuestro ángel y que mereces que te agarraemos —recitó mientras salía de espaldas del baño.

—¿Quieres decir «agasajemos»?

Puso los ojos en blanco.

—No. Agarraemos.

Me tapé la boca para no reírme.

—Bueno, estoy deseando que me agarrajéis esta noche.

Sonrió de oreja a oreja antes de cerrar la puerta. El siguiente sonido que oí fue el golpeteo de sus pasos al entrar en la cocina para gritar:

—¡Se está poniendo cómoda! ¡Se está poniendo cómoda! ¡Quiero ponerle un vaso de zumo de manzana!

Me moría por quitarme la falda y la blusa. Esa semana me había puesto la misma falda negra dos veces, debido a mi falta de vestuario, a lo cual había pensado poner remedio en algún momento del fin de semana. Quizá ahora, en lugar de comprarme nuevos modelitos, podría comprarle a LJ un bañador para que pudiéramos ir a nadar a la piscina pública.

Estaba claro que LJ había escogido mi pijama para esa noche sin ninguna ayuda de Holly. Con la parte de arriba sí que había acertado. Siempre me ponía alguna clase de camiseta de tirantes para irme a la cama. Sin embargo, la había combinado con unos bóxers de Jude con un estampado de tréboles de cuatro hojas en el que se leía QUE TENGAS SUERTE, y luego, para rematarlo, LJ me había prestado sus pantuflas, en las que aparecía el personaje más terrorífico de *Yo Gabba Gabba!*: el tío rojo y verrugoso con un solo ojo.

Una vez que me hube puesto la camiseta y los bóxers de Jude, apretujé los pies en las pantuflas. No pude resistirlo, eché un buen vistazo en el espejo y me eché a reír. Aquel modelito era demasiado como para no compartirlo. Me saqué una foto con el móvil y escribí rápidamente: APUESTO A QUE TE GUSTARÍA ESTAR AQUÍ PARA DISFRUTAR DE TODA ESTA SENSUALIDAD, antes de enviársela a Jude.

Abrí la puerta, enderecé los hombros y convertí aquel pasillo en una pasarela.

India fue la primera en verme desfilas, y el sorbo de cerveza que acababa de dar le salió disparado por la nariz.

Escupiendo y riéndose a la vez, le dio un codazo a Holly, que estaba cortando una lechuga.

—¡Vamos, nena! —exclamó India al tiempo que chasqueaba los dedos—. ¡Saca tu lado malo!

A continuación fueron Holly y luego Thomas quienes estallaron en carcajadas, y silbaron y aullaron como colofón.

Me detuve en la cocina e hice una pose. Más risas. A India incluso se le escapó un bufido, lo cual, por supuesto, solo hizo que todos se rieran más fuerte.

Mientras estaba ocupada manteniendo mi pose, una manita cogió la mía.

—Estás muy guapa, tía Luce —dijo LJ, y su tono y su expresión eran de admiración.

—Todo gracias a ti —contesté, e hice chocar las pantuflas como Dorothy antes de acercarme al fregadero—. ¿En qué puedo ayudaros, chicos?

—Tú solo quítate de en medio —susurró Thomas, y me dio un codazo al tiempo que volcaba una bolsa de patatas fritas en un bol—. India casi me mata cuando se ha caído el cilantro al suelo.

—Te he oído, Campanilla —soltó India, y lanzó una mirada asesina en su dirección.

—Claro, recurre al insulto fácil. Sí, sí, soy bailarín y estudio ballet —replicó, y le tiró una patata frita—. Solo estás celosa porque a mi culo le quedan mejor los vaqueros que al tuyo.

—Parad ya los dos —ordenó Holly mientras servía un bol de guacamole—. Llevo toda la tarde de árbitro y estoy harta.

—Se ha metido con mi culo. —India se llevó una mano a la cadera.

—No me he metido con él —respondió Thomas—. Solo he constatado que el mío resulta más agradable a la vista. Cuando me di cuenta de que llevaba lavándome las manos desde que India y Thomas habían empezado a meterse el uno con el otro, cerré el grifo.

Holly gruñó y golpeó el bol contra la encimera.

—Vale. India, date la vuelta —ordenó, trazando un círculo en el aire con el dedo. India no discutió; incluso ladeó la cadera para inclinar el voto del culo a su favor—. Muy bonito. Le doy un nueve sobre diez.

Solo India podía sentirse insultada por que su culo acabase de recibir un nueve sobre diez.

—Vale, Thomas, te toca —dijo Holly, y se quedó esperando, pero Thomas no se movía. Se había quedado paralizado. Familiarizada con aquel gesto de pasmo, le eché un cable. Le cogí por los hombros y le hice girarse. Incluso le metí la camiseta en los pantalones e hice un gesto de presentación con las manos, al estilo de las azafatas de televisión.

Holly inclinó la cabeza, a un lado y luego al otro, mientras inspeccionaba a Thomas antes de que sus ojos adquirieran un aire soñador. Salió de detrás de Thomas, le palmeó las mejillas con las manos y se las pellizcó.

Él se sacudió de la sorpresa, pero no opuso ninguna resistencia.

—Gana Thomas —anunció Holly, y le dio una palmadita cariñosa en el trasero antes de recuperar su bol de guacamole.

—Lo que tú digas. —Enfurrugada, India llevó una bandeja de enchiladas a la mesa—. Lo que tengo aquí detrás es un perfecto diez, cariño.

—Prueba esto. —Holly me puso un dedo con una pizca de guacamole delante de la boca.

—Uh, ni de coña. No me gustan los aguacates. —Arrugué la nariz y me aparté antes de que me metiera el dedo en la boca.

—Thomas, entonces Pruébalo tú. —Le estaba acercando el dedo a la boca cuando se detuvo. Ya fuera por el modo en que Thomas la miraba, o por el modo en que ella lo miraba a él, estaba claro que estaban muy pendientes el uno del otro.

Se llevó la otra mano al codo justo cuando él abrió la boca. Holly introdujo el dedo y, justo cuando los labios de Thomas se cerraban en torno a él, LJ entró corriendo en la cocina.

—No se me ha caído ni un poquito —anunció, orgulloso, al tiempo que dejaba la jarra en la encimera.

Aquello los sacó a ambos de su estupor. Holly se aclaró la garganta y retiró el dedo.

—¿Qué te parece? ¿Demasiado picante?

Thomas tenía pinta de necesitar un trompazo en la cabeza para despejarse. Estaba a punto de ir a buscar algo con lo que darle cuando negó con la cabeza.

—No.

Supuse que un miserable monosílabo era mejor que nada.

—¿Algo soso quizá? —sugirió Holly, mirando a todas partes menos a Thomas. Sus ojos de repente se habían vuelto alérgicos a él—. Está claro que falta algo.

Thomas puso cara de concentración.

—En mi opinión —dijo—, está perfecto.

Estaba empezando a sentir que sobraba, así que eché a andar hacia la mesa cuando llamaron a la puerta.

—¡Sí! Aquí está —exclamó India, y corrió a la puerta dando palmaditas—. Alguien que esté de mi parte.

No sabía que India iba a invitar a su último juguete esa noche, aunque tampoco le habría importado si me parecía bien o no. Estaba pensando escabullirme tras los separadores para cambiarme cuando abrió la puerta de golpe.

—¡Anton! —dijo, y le rodeó el cuello con los brazos.

«Anton.» Fue exactamente mi misma respuesta, solo que sin el entusiasmo de India. En realidad, nada de entusiasmo.

Todavía llevaba la corbata de cuadros y el chaleco cuando India le arrastró dentro. Anton tuvo la decencia de hacer un gesto de disculpa al mirar hacia mí. Hasta que de verdad me vio. O vio lo que llevaba puesto. Estaba sonriendo para cuando llegó a las pantuflas, pero aquella sonrisa se desvaneció en cuanto vio la mirada con la que le fulminaba.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté, tan maleducada como pude—. Creí que esta noche tenías alguna clase de cita a ciegas.

—Esa bruja la ha anulado en el último minuto —respondió India por él—, y cuando mi hermano mayor me ha escrito que, por primera vez en su vida, le han dejado plantado, no podía no invitarle a nuestra primera cena de viernes por la noche para que se lamiera sus heridas. Además, tenemos Corona en el congelador, y he preparado unos chupitos de gelatina para la fiesta de después de que el hombrecito se vaya a la cama —añadió, y asintió hacia JL, que estaba demasiado ocupado tirando su balón al aire para prestarnos atención.

»No te importa, ¿verdad, Lucy? —me preguntó India cuando al fin me miró dos veces.

En lugar de darle una bofetada en toda la cara a Anton como quería, esboqué una falsa sonrisa.

—No, ¿por qué iba a importarme? —contesté, y me dirigí a la cocina para coger otro cubierto—. ¿Por qué no iba a querer que mi jefe y el hermano de mi amiga cenara con nosotros?

Estaba a punto de explotar. Resultaba evidente por el modo en que Holly y Thomas me observaban, como si tuviese un cortocircuito en el cerebro o algo parecido.

—Percibo el sarcasmo —dijo India cuando regresé a la mesa con paso firme y dejé el plato con fuerza.

—¿Quieres decir que no he sido sutil?

—No exactamente —respondió mientras dirigía parte de mi frustración a la servilleta que estaba doblando—. ¿Mal día en el trabajo? —aventuré.

—Eso es quedarse corto —murmuré antes de alzar la vista y pillar a Anton mirándome el escote. Adiós al san Anton inmune a lo que se hallase por debajo del cuello de una mujer.

—Mejor me voy —dijo Anton, al tiempo que levantaba las manos y retrocedía hacia la puerta.

—La mejor idea que has tenido en todo el día —solté, y me crucé de brazos.

—Vosotros dos, esperad —intervino India, que cogió a su hermano del brazo y tiró de él—. ¿Qué demonios está pasando?

Thomas y Holly se habían acercado lentamente a la mesa y miraban toda la escena como si fuesen los restos de un viejo tren de los que no podían apartar la vista.

—Puedo responder a eso con cuatro palabras —contesté cruzando los brazos con más fuerza—. Anton es un gili... —Eché un vistazo a JL, que no se enteraba de nada. Para él solo existía su balón de fútbol americano. Añoré esa clase de simplicidad.

El rostro de India se contrajo mientras Anton se quedaba boquiabierto.

—Tienes razón. He sido un... —miró a JL— gili. Un completo e insensible gili. Y lo siento. —Dio unos pasos en mi dirección, pero se detuvo al ver que me ponía tensa—. ¿Podrás perdonarme?

—¿Podrás prometer tú que dejarás de comportarte como un completo e insensible gili?

—No puedo garantizarlo —reconoció—. Pero puedo prometerte que lo intentaré. —Se acercó un par de pasos más, hasta que alcancé a oler su maldita colonia—. ¿Entonces? ¿Perdonado?

—¿Perdonado? No sé —contesté sinceramente—. Pero puedes quedarte.

Con el fin de poner distancia entre nosotros, regresé a la cocina. Me tentó la idea de despedazar la otra mitad de la lechuga solo para liberar parte de la frustración que sentía, pero me contuve.

En lugar de eso, hice crujir el cuello y los nudillos y cogí una Corona sin molestarme siquiera en ponerle un trozo de lima.

—Lucy, chica, no sé cómo narices has conseguido recibir la primera disculpa que le oigo a mi hermano, pero está claro que eso debería cualificarte para obtener tu propia fiesta nacional —dijo India, y se sentó a la mesa—. «El día en que Lucy Larson pone en su sitio a los gilis.»

—Indie, ese día significaría fiesta todos los días de mi vida —respondí. Escogí el sitio más alejado posible de Anton. Holly levantó su cerveza y la hizo chocar con la mía.

—Amén, hermana.

—¿Puedo sentarme a tu lado, tía Luce? —preguntó LJ, haciéndose un hueco.

—A mí me parece bien si a tu madre le parece bien.

—¿Mamá? ¿Te parece bien?

—Haz lo que quieras —dijo ella, y se dispuso a cortar la enchilada de LJ en trocitos.

Thomas sirvió una enchilada a cada uno antes de sentarse delante de Anton.

—Bueno, ¿cuál es la historia de tu vida, Anton? —preguntó—. ¿Aparte de ser un gili?

Anton se rió entre dientes.

—Te ahorraré los detalles, porque mi vida es bastante aburrida.

—Lo dudo —dijo Thomas con la boca llena de enchilada—. Me refiero a que ¿cómo va a ser aburrida la historia de un tío llamado Anton, que es el primer candidato para dirigir una empresa multimillonaria, por no mencionar que es capaz de sacar a Lucy Larson de quicio de verdad? Es imposible.

Me concentré en mi cena, con la esperanza de que si tenía la boca llena no soltaría nada de lo que pudiera arrepentirme.

—Confía en mí, es más o menos igual de excitante que el helado de vainilla francesa.

Me atraganté con la comida. Me atraganté de verdad.

JL se puso de pie en su silla y me propinó varios golpes en la espalda mientras yo bebía un poco de zumo de manzana. Cuando alcé la vista, recuperada ya del incidente, todo el mundo me estaba mirando.

—¿Qué? —dije, y le expresé mi agradecimiento a JL con una sonrisa—. A mí la vainilla francesa siempre me ha parecido bastante excitante. Eso es todo.

—¿Creéis que la unidad de psiquiatría cierra por la noche? —masculló India.

La miré frunciendo el entrecejo mientras consideraba si comerme la cena iba a ser más peligroso que no comérmela. —Puesto que mi hermano está pasando por este excepcional momento de modestia, yo os informaré acerca de Anton Shaft Xavier.

—Espera. —Thomas agitó su tenedor—. ¿Tu segundo nombre es Shaft?

Anton se encogió de hombros.

—Nuestros padres son grandes admiradores de *Shaft*.

Thomas dio unas palmaditas, claramente maravillado.

—Es impensable que la historia de tu vida sea aburrida con un segundo nombre como Shaft.

—La única historia más fascinante que la suya es la mía —aseguró India, y dio un trago a su cerveza—. Vale. Bueno, ASX en pocas palabras. —Sonrió—. Fue capitán del equipo de lacrosse en el instituto. Fue miembro del consejo escolar el último año. A los dieciocho años ya había salido con todas las animadoras. —Anton suspiró, y le cogió la cerveza a India antes de que esta pudiera detenerlo. Dio un largo trago—. Obtuvo una beca para Dartmouth, se licenció con mención honorífica, se presentó a las pruebas para el equipo olímpico de lacrosse; subió al K2 hace tres años, cruzó en solitario el Atlántico hace dos, y hace un año perdió a su prometida.

Anton se atragantó con la cerveza. Esa noche había mucho atragantamiento.

—Joder, India —maldijo, antes de que Holly le fulminara con la mirada—. Quiero decir, jolines, India.

—¿Qué quieres decir con que perdió a su prometida? —preguntó Thomas, que se inclinó hacia delante—. ¿Algo como que se despertó y no la encontró?

Anton levantó una mano.

—Dejemos...

—No. Más bien algo como que se despertó y le comunicaron por teléfono que había muerto en un accidente de coche —explicó India.

—Jo... lines. —Anton suspiró, negando con la cabeza.

Me encontraba un poco mal. Tenía el estómago revuelto y la cabeza me daba vueltas. Anton había estado prometido, y ella había muerto. Recientemente. Nunca habría imaginado que el Señor Demasiado Tranquilo tuviera un pasado tan trágico. Anton parecía más el tipo de tío que coleccionaba amigas con derecho a roce, no de los que ponían un anillo.

—¿Por qué no me has contado nada? —le pregunté a India. Había compartido conmigo prácticamente todos los detalles íntimos de su vida. No entendía cómo se le había pasado por alto mencionar aquello.

—Anton no quería que se lo contara a todo el mundo —respondió.

—Lo que es evidente que ha funcionado fantásticamente —añadió él, sin dejar de fulminarla con la mirada.

—¿Qué? —soltó ella—. Ha pasado un año, Anton. Sé que no es algo de lo que te olvidas, pero me gustaría pensar que es algo que acabarás superando.

—Pese a que esta conversación me parece divertidísima —dijo Anton, sonriendo forzosamente—, ¿creéis que podemos dejarlo y pasar a temas que no incluyan muerte y prometidos?

India resopló, al parecer no estaba lista para dejarlo todavía. Ya fuera por simpatía o empatía, o por alguna combinación de ambas, intervine.

—¿Alguien ha visto alguna peli buena últimamente? —pregunté, tratando de sonar despreocupada—. No he visto ninguna desde hace mil años y no tengo ni idea de qué están poniendo. Estoy pensando en llevar a Jude al cine cuando venga.

—Se acabó lo de no hablar de prometidos...

—Que Dios me ayude, India. —Yo echaba humo—. Pienso llevarte al rincón de pensar y dejarte ahí toda la noche si no te relajas un minuto. O cinco.

—Yo te dejo mi sitio si quieres —intervino LJ, señalando el taburete del rincón en el que había pasado algún que otro mal rato.

—Dame un poco de cariño —le dijo India al tiempo que le tendía su puño a JL—. Eres como mi compinche.

JL le chocó el puño con el suyo, y entonces India volvió a centrarse en su cena; parecía que pensaba permanecer un rato callada.

Claro. Debería haber caído en poner a India al lado del niño de tres años si quería que se comportase.

—He oído hablar muy bien de esa nueva película de espías ambientada en los cuarenta —dijo Thomas para calmar los ánimos.

Fui a la nevera para cogerle otra cerveza como muestra de agradecimiento.

—Ah, sí —contestó Holly, señalando a Thomas con el tenedor—. Los tráilers de esa película eran brutales.

—Deberíais ir el viernes que viene después de la cena, chicos —propuse, y le di la cerveza a Thomas—. Yo podría acostar a JL y vosotros dos podríais ir a tomar algo y ver la última sesión.

Holly me miraba como si tuviese tres cabezas. Thomas, sin embargo, inclinó su cerveza hacia mí.

—Suenan genial. ¿Qué dices, Holly? ¿Te apuntas?

La mirada curiosa de Holly se desplazó hasta Thomas.

—Claro, pero ¿de verdad quieres volver a coger el coche la semana que viene? —añadió al final—. ¿Estás seguro de que quieres ir conmigo? ¿No preferirías ir con alguien...?

—Estoy seguro —la interrumpió Thomas.

Hola, Señor Evidente.

—Vale, pues —accedió Holly—. Es una cita.

Thomas tragó saliva.

—Es... sí.

Sonreí para mis adentros. Esos dos estaban tan colados que me moría porque uno de ellos se derrumbara y lo reconociera de una vez. No sabía quién lo haría primero, pero esperaba que ocurriese pronto.

Después de eso, la cena fue bien. No más momentos incómodos seguidos de silencios todavía más incómodos. Una hora más tarde, de la cena no quedaba más que algunos trocitos de patatas fritas. India y Holly habían pedido misericordia y se habían desabrochado los vaqueros media hora más tarde, pero yo —la que vestía bóxers con banda elástica— estaba preparada.

Anton se encargó de lavar los platos mientras Thomas recogía la mesa. LJ y las chicas apilaron un montón de mantas y cojines en el suelo del salón antes de construir el fuerte más chulo del mundo con todas y cada una de las sábanas que tenía en casa.

—Tengo que sacar una foto —dijo Anton mientras se bajaba las mangas al salir tranquilamente de la cocina.

—¡Nada de fotos! —exclamó JL, que salió a gatas de debajo—. Es alto secreto.

—Tienes razón —contestó Anton al tiempo que volvía a guardarse el teléfono en el bolsillo—. Si esto se hace público, todos los niños van a tener uno.

Tras trastear con los mandos, conseguí que el reproductor de DVD cooperara.

—¿Qué vamos a ver? —preguntó Thomas, que entró reptando al fuerte y se tumbó junto a Holly.

¿Casualidad? No lo creo.

—¡La edad de hielo! —respondió JL, y se dejó caer entre Holly y Thomas.

India ya había reclamado su sitio y llevaba dos chupitos de gelatina cuando me arrastré junto a ella.

Cuando Anton asomó la cabeza, volví a sentirme cohibida. Por supuesto sus ojos se posaron en mí, y al ver que yo también le miraba, esbozó una breve sonrisa.

—¿Hay sitio para uno más?

Estaba a punto de decir que no cuando LJ ordenó silencio.

—Va a empezar la película —dijo—. Nada de hablar si no queréis acabar en el rincón de pensar.

—India —susurré, sacudiéndola. Estaba casi dormida—. Indie, cámbiame el sitio.

No hubo respuesta.

India estaba estrujada entre Thomas y yo, que tenía a JL y a Holly al otro lado, lo que dejaba el espacio que había a mi lado vacío.

Aunque no permaneció vacío mucho tiempo.

—¿Este sitio está libre? —susurró Anton, y gateó junto a mí.

—¿Me creerías si te dijera que no?

—Vale. Ahora solo estás hiriendo mis sentimientos —contestó, y golpeó un par de cojines con el puño para ponerse cómodo.

—No creí que los tuvieras.

Se rió por lo bajo.

—¿Me avisarás cuando estés lista para superar lo de esta tarde? Ya sabes, para no contener la respiración.

Me estaba poniendo de mejor humor, y no estaba segura de qué me parecía eso.

—Tú contén la respiración, y yo diré «si» estoy preparada para perdonarte.

—Si lo hiciera, me temo que estaría muerto antes de que te lo planteases siquiera —susurró.

Al parecer, no se permitía ni susurrar. LJ se incorporó y nos hizo callar.

—Tía Luce —dijo, con ese tono de advertencia que yo había utilizado con él una docena de veces al día.

Moví los labios para responder «Lo siento» antes de cerrar la boca y tirar la llave lejos. Eso pareció complacer a LJ.

—¿De quién es ese teléfono? —preguntó Holly, mirando hacia el otro lado de la hilera de cuerpos.

—Mamá —se quejó JL antes de ponerse en pie de un salto y pulsar el botón de pausa del reproductor.

Aproveché que salió corriendo hacia el baño para buscar el mío en los bolsillos. Espera, no tenía bolsillos. De hecho, no había visto mi teléfono en un par de horas, desde que me había cambiado en el baño. Era tarde, así que eso significaba que era la llamada nocturna de cierta persona.

Una llamada de Face Time...

Maldecí justo antes de que JL llegara, teléfono en mano.

—¡Hola, tío Jude! —le saludó agitando la mano.

Volví a maldecir, cuando lo que debería haber estado haciendo era levantarme de un brinco y alejarme de Anton todo lo que el apartamento me permitiera.

No oí lo que dijo Jude, pero pude adivinarlo por la respuesta de LJ.

—Sí. Está justo aquí. —Girando el teléfono, LJ se acercó a mí y me lo entregó.

El rostro de Jude se ensombreció en lo que tardaron sus ojos en desplazarse de mí al espacio de mi lado.

—Luce —dijo, y ejercitó los músculos de la mandíbula—, ¿quién demonios es ese?

—Jude —contesté, y sentí que empezaba a encenderme—, yo también me alegro de verte.

Holly se levantó e impidió que LJ pulsara play.

—Vamos a ponerte el pijama, LJ —dijo, y se lo llevó por el pasillo. Una cosa que Holly había aprendido de Jude a lo largo de los años: cuando estaba cabreado, no se tomaba el tiempo de sustituir las palabras que no eran aptas para oídos pequeños. Thomas se apresuró a ir tras ellos.

—Yo también me alegraría de verte si no estuvieses en posición horizontal junto a otro tío.

La mirada amenazadora de Jude no se apartó de Anton una sola vez, como si esperara que ardiera por combustión espontánea si le miraba el tiempo suficiente.

—Deja que adivine quién es ese imbécil... El hombre en cuya lápida está a punto de leerse: «Anton Xavier».

Sabía que debería haberme avergonzado que mi prometido se comportase de esa forma. Sabía que debería haberme sentido mortificada. Pero estaba demasiado enfadada para eso.

—Y tú debes de ser el no controlador Jude Ryder —replicó Anton al tiempo que se incorporaba sobre los codos.

Si había algún aspecto positivo en aquel enfrentamiento de testosterona era que los golpes no dejarían marcas.

—Anton —dijo Jude enderezándose en su asiento—, eres más bajo de lo que imaginaba.

Que me aspasen. Que me aspasen en ese preciso momento. ¿Por qué no pulsaba el botón de finalizar la llamada?

¿Por qué no lo había hecho en el instante en que LJ me había pasado el teléfono?

Porque era una idiota, por eso.

Me levanté y me encaminé hacia la cocina, con la esperanza de que Anton se quedase exactamente donde estaba para poder empezar con el control de daños. Por supuesto, Anton se puso en pie de un salto y estaba a tan solo dos pasos de mí cuando me detuve en la cocina.

—Jude —se puso delante de la pantalla—, tu cabeza es más pequeña de lo que pensaba.

—Adorable, realmente adorable. —Las venas del cuello de Jude parecían a punto de estallar—. Espero que tengas suficientes agallas para decirme algo así en persona.

—Tengo suficientes agallas.

Jude sonrió de una forma que, para mi gusto, resultaba inquietante.

—Algo por lo que contar los días.

Estaba empezando a preguntarme si su próxima exhibición de virilidad incluiría sacárselas y comparar tamaños. Le di un codazo a Anton, y esperé que lo pillase. Iba a ser que no.

—¿Tienes pensado ir a la cena del viernes por la noche dentro de dos semanas? —le preguntó Jude.

—Si me invitan.

—No estás invitado —intervine al instante.

—Sí, sí que lo está —me contradijo Jude, y esa sonrisa de loco se acentuó un poco más—. Bueno, si tienes suficientes agallas.

—Estaré aquí. —Anton hizo lo que supuse que era sostener la mirada a Jude vía Face Time.

—No, no estarás. No estás invitado —insistí.

—Lo he invitado yo, Luce.

Me acerqué el teléfono, hasta que mi cara ocupó toda la pantalla.

—Y yo acabo de retirar la invitación.

—Lo siento, Luce. Pero ese apartamento es tan mío como tuyo. Y yo lo he invitado.

Yo estaba perdiendo el control. Mi prometido y mi jefe se peleaban por mí como si fuese algún tipo de trofeo brillante. Aquello fue la gota que colmó el vaso.

—Vale. ¿Quieres invitar a Anton? Pues invita a Anton. —Estaba furiosa, y me empezaron a temblar las manos—.

Divertíos, chicos, porque yo no pienso estar presente. —Jude arrugó la frente, y sus ojos se suavizaron por fin al mirarme—. Ahora, si habéis acabado vuestra pelea de gallos, tú te vas inmediatamente —le ordené a Anton, señalando en dirección a la puerta—. Y a ti te voy a colgar —añadí, y miré a Jude entornando los ojos.

—Luce —comenzó, pero fui fiel a mi palabra. Antes de que Jude lograra pronunciar una palabra más, hice lo que debería haber hecho tres minutos antes.

Pulsé finalizar.

—Lucy, lo siento —dijo Anton.

—Vete. —Señalé hacia la puerta—. Solo vete. He tenido suficiente por hoy.

Anton parecía querer decir algo más, pero por una vez guardó silencio. Tras dejar escapar un largo suspiro, se encaminó hacia la puerta y salió sin mirar atrás.

Las llamadas de Jude empezaron a producirse al cabo de treinta segundos. No las contesté. No estaba preparada. India no había parado de roncar en todo el rato mientras me llamaban a las puertas del infierno, y Holly, Thomas y LJ se habían escondido en la habitación hasta que no hubiera moros en la costa. Cuando llegó ese momento, Thomas regresó a la sala de estar, me envolvió en sus brazos y no me soltó hasta que casi me hube quedado dormida. Me llevó hasta mi cama y me arropó antes de volver a trepar al formidable fuerte y quedarse dormido también. Era pasada la medianoche, y permanecí atrapada en ese punto entre el sueño y la vigilia hasta que me decidí a contestar a las llamadas de Jude. No exagero si digo que había insistido por lo menos cincuenta veces.

—Hola, don Plasta —saludé con voz adormilada.

—Luce —contestó él con un suspiro, y en esa simple palabra pude notar su alivio.

—Esta noche te has pasado de la raya, Ryder —dije, recordándome que debía mantener la calma.

—Ya lo sé —repuso en voz baja y enronquecida, como si llevara varios días sin pronunciar palabra—. Tú también, Luce.

—¿Qué?! —Me incorporé en la cama—. Yo no he amenazado a nadie con matarlo.

—No, no. Pero estabas acurrucada contra él y casi compartáis la almohada.

—Sí. Anton estaba a mi lado. Igual que India. Y que Thomas. Y que Holly. Y también LJ. Todos estábamos tumbados en el suelo, viendo *La edad de hielo* en nuestro fuerte cojonudo. —Después de haber compartido tantas videollamadas con Jude, se me hacía raro oírlo sin verle la cara. No podía captar su expresión, solo podía deducir su estado de ánimo por el tono de voz.

—Ese tío está colado por ti, Luce. Sé que no me crees y que piensas que es solo tu amigo, pero cuando se acerca a ti en lo último que piensa es en la amistad. —Su tono era muy controlado, muy contenido. Me sentía orgullosa de él; estaba enfadada, pero orgullosa.

—A esa distancia ni siquiera nos rozábamos con el codo, Jude.

—Pero eso no quita que él tuviera ganas de meterte mano; y no le habría costado mucho teniéndote tumbada al lado.

Después de todo lo ocurrido esa noche, había apartado de mi mente la bomba que Anton me dejó caer nada más salir del trabajo. Tenía pensado contárselo a Jude, porque no creía que debiera ocultárselo, pero con el humor de perros que gastaba habría sido capaz de coger un avión hasta la otra punta del país solo para encargarse personalmente de mandar a Anton a las chimbambas de una patada en el culo. ¿Qué tenía de malo escondérselo durante una semanita?

Claro que el sentimiento de culpa que palpitaba en mis venas me decía que algo de malo sí que tenía.

—Vamos a ver, Luce; siento haber perdido los nervios esta noche. Es típico de mí —dijo, interrumpiendo mis pensamientos—. Pero necesito que te mantengas apartada de Anton. Sé que tú, de entrada, siempre piensas bien de todo el mundo, pero no todos van con buenas intenciones, Luce.

—¿Y cómo quieres que me mantenga apartada de él? Es mi jefe. Me paso toda la semana de lunes a viernes encargándome de su papeleo, rellenando sus hojas de gastos y preparando presentaciones de PowerPoint para él. —Tras haber dejado pasar unas cuantas horas y con los ánimos más templados, me daba cuenta de que me había precipitado un poco al decir que quería dejar el trabajo. Tenía un buen empleo, me pagaban bien y no me apetecía recoger los bártulos solo porque mi jefe me había confesado que le gustaba. Anton no era el primer jefe que le tiraba los tejos a su secretaria, eso estaba muy claro.

—Vuelve a explicarme por qué es tan importante para ti tener tu propio sueldo.

Suspiré a modo de respuesta.

—Vale, vale. Pero, ya que no puedes estar alejada de él físicamente, por lo menos mantén la distancia emocional. Es lo único que te pido, Luce —dijo, y más que nada se le oía cansado. Yo me sentía igual—. Y no vuelvas a montarte una cama improvisada y a tumbarte a su lado con una camiseta de tirantes y mis bóxers, ¿vale?

—¿Es una sugerencia o una orden?

—¿Me lo estás preguntando en serio, Luce?

—Después de la que has armado esta noche... —dije mientras me esforzaba por apartar esas imágenes de la mente—. Sí, te lo pregunto en serio.

—Es una sugerencia. Yo siempre sugiero las cosas, Luce —aclaró—. Solo que a veces pongo un poco más de énfasis. Noté un amago de sonrisa en su voz, y en mi rostro también empezó a dibujarse una de oreja a oreja.

—¿A veces? Más bien te pasa siempre.

Soltó una de sus carcajadas guturales.

—Tienes razón. Pero eso es porque me preocupo por ti, Luce. Me importas más de lo que me ha importado nunca nadie. Haría, diría y me jugaría lo que fuera con tal de protegerte.

—Pues no creo que sea necesario que pongas a Anton Xavier al principio de la lista de las cosas de las que necesitas protegerme —repuse.

—Sí que es necesario —replicó al instante—. Y si tanto te cuesta entender lo que me ha pasado, ponte en mi pellejo. ¿Qué harías tú si descubrieras que trabajo para una tía buena que está forrada y dispuesta a hacer cualquier cosa para acostarse conmigo, y un buen día me llamas para darme las buenas noches y me encontraras acurrucado a su lado? —Hizo una pausa, seguramente más para darme tiempo a imaginar la escena que para tomar aire—. ¿Tu reacción sería muy diferente de la mía?

Me entraron ganas de plantarle un «Pues claro», o un «Sí, joder», pero no lo hice. Porque sabía que tenía razón. Jude me había hecho comprender su punto de vista, y el logro era tan extraordinario que merecía por ello el Nobel de la paz.

—No, no lo sería —admití a regañadientes—. Sería capaz de arrancarle los ojos por teléfono a la muy bruja.

Ahora Jude reía a mandíbula batiente. Y al oírlo yo también me eché a reír.

—¿Ves como nos hemos entendido, Luce?

—Tú y yo siempre nos entendemos muy bien —dijo, y empecé a bostezar entre risas—. Solo que a veces tardamos un poco.

—¿A veces? —dijo él—. Más bien nos pasa siempre.

Volví a tumbarme y me acomodé en la almohada.

—Gracias por llamar cincuenta veces y disculparte.

—Gracias por contestar a la quincuagésima y aceptar las disculpas.

En el momento en que colgué el teléfono, logré escapar de aquel laberinto entre el sueño y la vigilia y quedarme dormida, hasta que mi despertador particular en forma de chavalín se puso a dar saltos en la cama ofreciéndome tortitas con forma de balón de fútbol.

Otra vez era viernes por la tarde. Las cenas semanales de nuestra familia improvisada se habían convertido en toda una tradición. La semana anterior habíamos cocinado *manicotti* y pan de ajo, y esa noche teníamos previsto preparar el menú favorito de nuestro invitado especial: hamburguesas con queso y patatas fritas.

Jude había cogido el avión más temprano que de costumbre, y aunque hice lo imposible para tomarme el día libre y poder ir a recogerlo al aeropuerto, Anton tuvo una jornada llena de reuniones y conferencias telefónicas y dijo que esos eran precisamente los momentos en que una secretaria le resultaba imprescindible. O sea, que estaba enclaustrada en la oficina cuando Jude aterrizó. Sabía que seguramente habría llegado al piso y me estaría esperando allí.

La tarde había sido todo un ejercicio de paciencia y un verdadero suplicio.

Tenía los ojos pegados a la pantalla, de modo que en cuanto el reloj marcó las cinco en punto salté de la silla y estaba a medio camino de la puerta antes de que nadie más en toda la oficina hubiera apagado el ordenador. Hacía una hora que Anton se había marchado a una reunión fuera de la empresa, o sea, que no tuve que preguntarle si hacía falta terminar algún trabajito de última hora antes de salir.

En cuanto me hube subido al Mazda, me esforcé al máximo para no recorrer la distancia que me separaba del piso como si estuviera compitiendo en la NASCAR. Me obligué a ceñirme a los límites de velocidad e incluso conseguí detenerme en el centro comercial para realizar una compra rápida.

La tarea de cuidar de LJ todas las noches y los fines de semana me estaba resultando más fácil de lo que ninguno de nosotros había imaginado. Me escuchaba con toda la atención con que podía hacerlo un pequeño troglodita y me ayudaba con las tareas de la casa; incluso me atrevía a presentarlo en público sin temer sembrar el caos a nuestro paso.

Con todo, no era recomendable llevar a un niño pequeño a la tienda a la que me dirigía. No tardé mucho en elegir lo que creía que más le gustaría a Jude, ya que no era muy difícil de complacer en cuanto a lencería. Pagué, y en menos de diez minutos estaba montada de nuevo en el Mazda.

En cuanto hube estacionado en la plaza de aparcamiento, comprobé mi aspecto en el retrovisor. Con una simple capa de pintalabios y un toque de maquillaje en polvo rayaría la perfección en cuestión de unos segundos. Llevaba

una falda nueva de color cobalto y una blusa cruzada sin mangas, todo conjuntado con los zapatos rojos de piel auténtica y tacón altísimo que volverían loquito a Jude de todas todas. Eran sus zapatos favoritos de todos mis pares, aunque él prefería vérmelos puestos sin que llevara ninguna otra prenda encima.

Albergaba la esperanza de que mis planes para esa noche coincidieran con los suyos. Tendríamos que echar mano de toda la creatividad posible en cuestiones logísticas, pero ya sabéis lo que dice el refrán: la necesidad agudiza el ingenio.

Subí la escalera tan rápido como me atrevía a hacerlo con aquellos tacones de diez centímetros, y crucé el descansillo sin aminorar la marcha. Como de costumbre, al acercarme al piso oí risas, pero por primera vez en varias semanas la de mi querido Jude se mezclaba con el resto. Noté una punzada en el corazón al oírlo al natural. Su voz, su risa, era digna de disfrutarse sin ningún aparato telefónico de por medio.

Abrí la puerta de golpe y entré flechada en el piso. Ante semejante entrada triunfal, la habitación quedó en silencio. No reparé en nadie más. Ni siquiera podría decir quiénes estaban y dónde se sentaban. Solo lo vi a él.

Y él solo me vio a mí.

Apenas tuve tiempo de soltar las bolsas antes de que cruzara la habitación. Me rodeó con los brazos y me atrajo con fuerza hacia sí.

Me sentía en casa.

—Luce —susurró mientras hundía los dedos en mi pelo.

Entrelacé las manos en su nuca y hundí el rostro en la curva de su hombro. Aspiré su aroma. Lo absorbí a él.

—Yo también te he echado de menos.

—Yo a ti más.

—¿En serio?

Él acercó los labios a mi oído.

—Sí.

—Demuéstramelo —dije, apretando los labios contra su cuello.

Él se echó hacia atrás, me rodeó el rostro con las manos y lo mantuvo inmóvil mientras acercaba sus labios a los míos. Me besó con suavidad, casi con ternura. Fue un beso dulce y delicado, de los que me habría dejado más derretida que una taza de chocolate caliente si él no me hubiera sujetado con tanta fuerza.

Me separó los labios con los suyos antes de introducirme la lengua en la boca. Cuando rozó la mía, deslizándose y explorando con la emoción del primer contacto y la familiaridad de lo que se frecuenta, dejé escapar un gemido. Aparté las manos de su cuello y recorrí el resto de su cuerpo con ellas como si estuvieran impacientes por llegar al siguiente destino. Las de él seguían mi ejemplo; subían y bajaban una y otra vez. Se deslizaban, me estrechaban, rebuscaban. Todo eso era suficiente para hacerme sentir mareada.

Cuando mis dientes aferraron la punta de su lengua, él contuvo el aire en los pulmones antes de empujarme contra la pared. El cuerpo que ejercía presión contra mí estaba tan rígido como el muro que me cerraba el paso por detrás. Estaba rígido en todos los puntos deseados. Todos los focos generadores de calor se concentraron en el centro de mi cuerpo.

—Oíd, esta noche toca cena familiar y cine. —La voz de Holly invadió el universo que Jude y yo creábamos siempre que estábamos juntos—. No es el momento de soltarse el pelo como si estuvierais en el gallinero de un teatro de mala muerte.

Gruñí a modo de protesta cuando Jude separó su boca de la mía, pero las manos no las apartó. Las mantuvo posadas en mis caderas de tal modo que seguía notando cómo aumentaba el deseo entre las piernas.

—¿Qué te ha parecido eso como demostración? —preguntó él mientras el pecho le subía y le bajaba con agitación.

—Más tarde te lo explicaré —dije—. Cuando todos estén acostados en mi habitación y vuelvas a lanzarte al ataque—. Enarqué una ceja de modo insinuante.

Reparé en el movimiento de su nuez.

—¿Te parece demasiado grosero decirles a todos que se pierdan un rato?

Me eché a reír y le así la mano con fuerza.

—Un poquitín. —Lo arrastré detrás de mí y empecé la ronda.

Holly estaba de pie detrás de LJ, tapándole los ojos con las manos.

—¿Habéis terminado, pareja? —preguntó con un guiño.

—No prometo nada —fue la respuesta de Jude.

—Sí —contesté yo, dándole un codazo—. Al menos, de momento.

—No veas los tortolitos —musitó, alzando la mirada en señal de exasperación antes de destaparle los ojos a LJ.

LJ llevaba puesto un jersey de los Chargers que le quedaba dos tallas grande y tenía la lengua azul de lamer el chupa-chups que abultaba más que su cara entera. Tenía la esperanza de que el chiquitín estuviera en la cama y bien dormido antes de medianoche. El tío Jude no debería haberlo cargado con un kilo de azúcar poco antes de acostarse.

—¿Por qué has dicho eso, que tía Luce y tío Jude son tortolitos?

A mí se me salían los ojos de las órbitas y Jude se escondió detrás de mí para amortiguar la risa, pero el recurso no surtió demasiado efecto.

Holly, a medio camino de la cocina, se quedó petrificada.

—Porque les gusta... volar. —Holly sacudió la cabeza. Verla así de muda era tan poco frecuente como presenciar un eclipse de sol—. Porque se arrull...

—Porque son dulces y delicados —la interrumpió Thomas.

LJ frunció las cejas unos instantes antes de continuar lamiendo el chupa-chups.

—Ah, vale. —Se abalanzó sobre su caja de juguetes y empezó a revolverla. Prueba superada.

Holly dio las gracias a Thomas con una sonrisa.

—Buena respuesta, Thomas —dije mientras me dirigía a la nevera a por una cerveza para Jude. La incliné contra la encimera y le di un golpe con la palma de la mano. La chapa saltó y tintineó al caer.

—Mierda —soltó Jude cuando le di la cerveza—. Ya sabes cómo me sube la temperatura cuando haces eso.

—Por Dios. ¿En serio? Menuda pareja —gruñó Holly en un tono que denotaba más celos que enfado. Recogió una cosa del suelo y se nos acercó. Nos miró de arriba abajo mientras sostenía en la mano la pelota de goma con el dibujo de Spiderman que pertenecía a LJ.

—¿Sabéis que antiguamente en los bailes del colegio obligaban a que los chicos y las chicas se mantuvieran separados poniéndoles un globo hinchado en medio?

Le lancé una mirada que venía a expresar: «¿Cómo dices?».

—No irás a plantarme eso delante de las tetas...

—Tienes razón, no voy a hacerlo. —Me dirigió una dulce sonrisa antes de embutir la pelota entre Jude y yo. Un poco por debajo del ombligo—. Así los demás podremos cenar tranquilos sin peligro de que cada dos segundos empecéis a toquetearos.

Jude bajó la mirada a la pelota que nos separaba y se echó a reír.

—Oye, Luce, ¿ya te has vuelto a chivar? —dijo, empujando la pelota con las caderas de modo que consiguió inmovilizarme contra la nevera—. Ya sabes que me gustan las acrobacias, pero esto se pasa de la raya incluso para mí.

—Estoy segura de que no te supondrá un gran impedimento.

—No —reconoció, e inclinó el botellín de cerveza ante mí—. No, no es ningún impedimento.

—¿Mamá?! —gritó LJ, levantando la cabeza del baúl de los juguetes—. ¿Qué significa «acrobacias»?

A Jude se le heló la expresión de la sorpresa. Holly le dio un empujón antes de aclararse la garganta.

—Es lo que hacen los equilibristas en el circo —terció Thomas con un tono la mar de natural.

—Ah —exclamó LJ antes de seguir revolviendo el baúl de los juguetes hasta dejarlo completamente vacío.

—Buena respuesta, amigo —dijo Jude a Thomas, alzando la barbilla en señal de aprobación.

Thomas sacudió la cabeza y siguió colocando las hamburguesas con queso apiladas en una bandeja.

—O sea, que hoy soy tu amigo, pero no hace mucho me llamabas Peter Pan. ¿Qué me ha hecho subir de categoría?

—En primer lugar, te llamaba Peter Pan porque soy un puto celoso y te descubrí desnudando a mi chica —explicó Jude—. Y hoy te considero un amigo porque te has preocupado de cuidar de las tres personas más importantes de mi vida.

Thomas se esforzó por disimular la sonrisa.

—¿Qué sabrás tú? Oye, qué profundo nos has salido para ser deportista.

—Ya, ya —contestó Jude, y dio un sorbo de cerveza—. He oído tantos chistes malos sobre deportistas que tardaría toda la vida en repetirlos.

—Y yo he oído tantos chistes malos sobre Peter Pan que tardaría dos vidas en repetirlos —repuso Thomas, y se dirigió a la mesa con la bandeja tan repleta de hamburguesas que podrían durarnos una semana entera.

Jude tomó otra bebida antes de examinar el botellín.

—¿PBR? —preguntó con aire impresionado—. Luce, tú sí que sabes cuidarme.

Lo rodeé con el brazo porque, después de tres semanas, no quería que estuviéramos separados ni un instante más.

—Mi chico se merece lo mejor.

—Venga. Vamos a cenar —dijo, y me pasó el brazo por la nuca—. Tengo mucho apetito.

—Yo también —dije bajando la voz, pues no deben hacerse ciertas insinuaciones cerca de oídos infantiles—. Y no lo digo por la cena.

Jude se paró en seco y posó sus labios en mi oído.

—Si sigues así, te tumbo encima de la mesa y termino contigo aquí mismo.

Ya había empezado a erizárseme el vello, pero cuando me mordisqueó el lóbulo de la oreja, la carne de gallina fue instantánea.

Estupendo. Así que ese tipo de preliminares a dos también era posible. Tuve que ponerme de puntillas para situar la boca a la altura de su oído.

—Me tienes tan a punto de caramelo que un poco más y mojo las bragas. —Di un paso adelante y succioné el lóbulo de su oreja—. Suerte que no llevo.

A él se le cortó la respiración.

Le dirigí una sonrisa inocente y seguí caminando hasta la mesa. Mientras tomaba asiento, él se situó detrás de mí.

—Gracias a ti y a tu sucia boquita, necesito un momento para ir al baño.

—¿Cómo? —exclamé dándome media vuelta en el asiento—. Estamos a punto de empezar a cenar. Deja las duchas frías para otro momento.

Anoté un punto a favor de Lucy Larson. Había ganado la ronda de estimulación verbal.

—Tengo la polla tan dura que ni siquiera notaría el agua helada. Y no pienso sentarme a cenar con una estaca sobresaliéndome de los tejanos —me dijo al oído—. Tengo que vaciarla. Vuelvo enseguida.

Hablando de bragas mojadas...

—Yo te ayudaré —dije, y salté de la silla.

Él me cogió de la mano y me arrastró tras de sí.

—Muy bien. Tienes las manos más suaves que yo.

Casi habíamos llegado al cuarto de baño, y estábamos tan cerca el uno del otro que ya buscaba con los dedos el botón de los tejanos de Jude, cuando alguien llamó a la puerta una vez.

Y después tres veces más seguidas.

Me entraron ganas de echarme a llorar de pura decepción. Dos segundos más y ya nos habríamos escondido detrás de la puerta del baño, y yo estaría deslizando la mano arriba y abajo...

—Mira por dónde tenemos una fiesta de bienvenida. Qué bien os lo pasáis —exclamó India tras abrir la puerta de par en par.

Con Anton a su lado.

—Mierda.

¿De verdad se me había escapado eso?

—Hola. Me alegro de veros. Qué bien que estéis aquí —dijo India, y entró—. Son algunas de las formas habituales de saludo cuando recibes a alguien en casa. —Me dirigí una sonrisa despectiva y dio un breve abrazo a Jude—. Me alegro mucho de poder volver a abrazarme a tu cuerpazo. ¿Alguien tiene idea de por qué hemos tenido que abrirnos paso entre un ejército de paparazzi acampados en la acera?

—Hola, Indie —saludó Jude con los ojos fijos en Anton—. Espero que os hayáis deshecho de todos esos chupópteros de una buena patada en los huevos.

Di un suspiro. Seguro que estaba demasiado enfrascada y pendiente de llegar al piso y no me había dado cuenta del grupito plantado enfrente con la cámara colgada al cuello. Al parecer, a donde quisiera que fuera Jude Ryder, allá iban los fotógrafos. Daba la impresión de que no podríamos salir del piso en todo el fin de semana, lo que bien pensado... no estaba tan mal.

—Y yo espero que esta noche te folles bien a mi amiga, porque está muy necesitada de amor, dulce amor —soltó India, dándole unas palmaditas en las mejillas, y enfiló el pasillo—. Hace un tiempesito que no veo a la guapa de Lucy bien jodida.

—No te preocupes —contestó Jude sin apartar la vista de Anton, aunque no daba la impresión de que él se sintiera en absoluto amenazado—. Tengo pensado cuidar bien de mi chica. Toda la noche.

Me puse tan roja que noté la afluencia de sangre incluso en el cuello.

—Hola, Anton. Me alegro de verte —dije, y me cogí del brazo de Jude con las dos manos—. La verdad es que es toda una sorpresa que estés aquí, y más conociéndote.

—Lucy —respondió él con una mueca divertida.

Lo obsequié con una sonrisa tensa antes de tirar del brazo a Jude. No era posible que eso estuviera ocurriendo de verdad.

—Si has acabado de hablar de nuestra vida sexual con mi jefe... —Volví a tirarle del brazo, esa vez con más ímpetu.

Nada. Uno de los inconvenientes de salir con un tío capaz de arrastrar un trolebús era que te sentías la mayor enclenque del mundo entero—. Te tengo preparada media docena de hamburguesas con queso.

Jude se cuadró frente a Anton. No se había tragado el anzuelo de las hamburguesas.

—Tú debes de ser Anton.

¿Cómo era posible hacer que cuatro palabras tan inocuas sonaran a amenaza de muerte?

Anton se quedó mirando el brazo con el que Jude me rodeaba.

—Y tú debes de ser Jude.

—En carne y hueso —respondió Jude—. Si vuelves a acostarte junto a mi chica, no habrá teléfono que se interponga para darte tu merecido.

—Jude —advertí, seguramente por millonésima vez.

—Muy bien. ¿Cómo lo hacemos? —preguntó Anton, y se frotó las palmas de las manos en los pantalones—. No me he peleado por una chica desde que iba a quinto. ¿Salimos fuera? ¿Lo solucionamos aquí mismo, en la puerta? ¿O prefieres que quedemos otro día? No domino nada el tema.

De buena gana habría estallado en carcajadas si la situación no hubiera sido tan poco cómica en general. ¿Dónde estaban todos los demás a la hora de ayudarme a separar a esos dos? La respuesta la obtuve con solo volver la cabeza.

Lo que estaban haciendo en la cocina solo tenía un nombre: pasar de todo.

—Vamos a dejar una cosa clara de entrada. Esto no es ninguna pelea por una chica. Luce es mía, y siempre lo será. —A Jude estaban empezando a hinchársele las venas del cuello. De eso al festival de puñetazos solo había un paso—. Por lo que nos peleamos es por tu forma de mirarla. Por cómo sé que piensas en ella. Por lo que sé que te gustaría hacerle. Es por eso por lo que nos peleamos. —Jude irguió los hombros para parecer un poco más alto. Conseguía que diera la impresión de que su estatura era muy superior a la de Anton en lugar de ganarlo por pocos centímetros—. Seamos honestos. Ya que los dos sabemos que no tienes la más remota posibilidad contra mí, ¿por qué no hacemos ver que te he mandado al cuerno de una patada y dejas de meter las narices en la voluntad, los sentimientos o las bragas de Luce? ¿Lo pillas?

—Nunca he sido de los que optan por el camino fácil —replicó Anton con tanta serenidad como si se tratara de una reunión de trabajo—. Y no me gusta que me digan lo que tengo que hacer, así que me temo que eso es un «no», grandullón.

—Anton —susurré, preguntándome si tenía ganas de morir. A juzgar por lo que acababa de decir, imaginaba que sí.

—Así, ¿cómo lo hacemos? —repitió Anton, y dio un paso adelante. Lo había subestimado. Creía que era más bien pacífico, conciliador, pero me equivocaba de medio a medio. Ante una pelea, le costaba tanto retirarse como a Jude. La única diferencia radicaba en que él peleaba vestido de etiqueta.

—Vas a ganarte una buena patada en el culo —advirtió Jude, y también avanzó un paso.

Pues sí. Iban a liarse a puñetazos. Allí mismo, delante de la puerta.

—¡La cena está lista! —gritó Holly—. Más vale que estéis sentados a la mesa antes de que cuente tres si no queréis que la patada en el culo os la dé yo.

Allí estaba Holly la Valiente, a punto para salvarnos en el último momento.

—Entonces lo dejamos para luego —dijo Anton, y se abrió paso apartando a Jude con el hombro.

—No veo la hora de pillarte por banda —contestó Jude, atravesándole la espalda con la mirada.

—Cuánta madurez —le espeté con un codazo.

—Creía que habías dicho que a ese tío le eras indiferente, Luce.

Aún no le había contado a Jude lo que Anton me había dicho aquella tarde en el despacho. Ningún momento me había parecido oportuno para destapar el secretito indecente. Y ahora menos.

—¿A qué viene eso?

—Ese tonto del culo está coladito por ti. Muy coladito.

Le froté el brazo para tratar de tranquilizarlo.

—¿Cómo lo sabes? —dije, fingiendo que no veía claro que tuviera razón.

—Porque cuando te mira me recuerda a cómo te miraba yo cuando nos conocimos.

—¿Y cómo me mirabas?

Jude me aferró la mano y me llevó hasta la mesa. Exhaló un suspiro antes de contestar.

—Como si todo hubiera cambiado para siempre porque la chica que tenía enfrente era con quien quería pasar el resto de mi vida.

—¿Y ahora ya no me miras así? —lo provoqué.

—Sí, pero hay un sentimiento de confianza detrás de esa mirada. La confianza de saber que eres mía. —Jude me ofreció una silla y acercó los labios a mi oído—. Ese tío te mira con la incertidumbre que yo tenía al principio, cuando no sabía si lograría que fueras mía algún día —dijo en voz baja—. Ese tío te quiere para él, es evidente; pero yo me encargaré de dejarle bien claro que no te tendrá nunca.

—Oye, Tarzán —repliqué a la vez que él tomaba asiento a mi lado—. Tranquilízate un pelín. O dos.

Él me obsequió con una sonrisa.

—Ya sabes que no es mi estilo, Luce.

—Pues ¿qué te parece si te metes una hamburguesa en la boca antes de seguir bombardeando a mi jefe con amenazas? —Señalé la bandeja de hamburguesas que Holly sostenía frente a Jude.

—Oye, Lucy... —empezó Anton desde el otro extremo de la mesa. Estaba situado de tal forma que Jude y él podían perfectamente retomar la lucha de miradas donde la habían dejado—. Aún no he tenido la oportunidad de hablarlo contigo, pero me estaba planteando si podrías seguir trabajando después del verano, cuando empiecen las clases. Lo que faltaba.

—Lucy estará muy ocupada...

Alcé una mano para interrumpir a Jude.

—Puedo responder solita, muchas gracias.

Jude levantó la mano en señal de rendición. Saltaba a la vista que le había hecho gracia la salida.

—Estaré muy ocupada. —Lancé una mirada a Jude—. Estudiando. El último curso implica un montón de trabajo, y además iré bastantes veces a San Diego para ver a Jude.

Jude me posó la mano en la rodilla.

—No tantas como yo vendré a verte a ti.

—Podría adaptarme a tus horarios —dijo Anton mientras todo el mundo masticaba la comida en silencio. Incluso LJ sabía que estaba ocurriendo algo—. Solo llevas tres semanas en Xavier Industries y ya has demostrado que eres muy valiosa para la empresa. No puedo dejar que te marches así como así.

Jude me estrechó la rodilla, más por lo molesto que estaba que para tranquilizarme.

—Te duplicaré el sueldo —anunció Anton, antes de dar un gran bocado a la hamburguesa.

Jude abrió la boca, pero yo no pensaba permitir que la cosa fuera a más sin dar mi opinión.

—No es por el dinero —dije.

Anton enarcó una ceja.

—Bueno, no del todo. Es que no tendré tiempo. Quiero dedicar tiempo a las cosas que son más importantes en mi vida que el dinero —añadí a la vez que cogía el bote de ketchup y me echaba un chorro en el plato—. Además, Jude ganará dinero a montones. Seguro que podrá prestarme un poco si me hace falta.

Miré a Jude con detenimiento. El tema me incomodaba, era una cuestión de orgullo, y el hecho de admitir ante una mesa rodeada de mis mejores amigos que estaba dispuesta a depender económicamente de Jude hacía que me sintiera muy... vulnerable. Como si estuviera desnuda y tuviera que preguntar por el árbol más cercano para procurarme una hoja.

Sin embargo, al ver la expresión de Jude me quedé más tranquila. No solo estaba contento; su cara denotaba verdadero alivio. Daba la impresión de que acababa de quitarle un gran peso de encima. No entendía por qué, pero no necesitaba entenderlo para alegrarme de que se sintiera así.

—Creía que preferías ganarte la vida por ti misma, ser independiente. Con novio multimillonario o sin él.

Muy bien. Anton no solo iba a ganarse una paliza de muerte por parte de Jude. También tenía todos los números para la tunda que se estaba rifando por parte de Lucy Larson.

Esa vez fui yo quien posó la mano en la rodilla de Jude y se la estrechó.

—Tienes razón. Preferiría ganarme la vida por mí misma —dije mientras pensaba en empapar una patata frita en ketchup y arrojársele a la cara a Anton—. Pero si alguna vez Jude necesitara mi dinero, podría contar con él. Y creo que él piensa lo mismo con respecto al suyo.

—Ya lo creo, Luce.

Me encantaba el modo en que me miraba en esos momentos, como si nunca hubiera estado más orgulloso de mí. No deseaba otra cosa que montarme a horcajadas sobre su regazo y besarlo hasta que los dos nos quedáramos lívidos.

Pero antes debía meter a alguien en cintura.

—¿Tienes algo más que decir? —pregunté a Anton con una mirada retadora.

—Tengo muchísimo más que decir —repuso, dejando la hamburguesa en el plato—. Tanto que podría pasarme toda la noche hablando. Pero creo que empezaré con algo muy simple que lo resume todo. —Anton meneó un dedo frente a Jude y yo—. No vais bien.

Jude saltó de su asiento. No sabía qué camino iba a tomar para llegar hasta Anton, y no descartaba que se abalanzara directamente sobre la mesa.

—¡Ya está bien! —Holly también se puso en pie de inmediato—. Mi hijo de tres años se porta mejor que todos vosotros juntos. —Miró a LJ, que estaba intentando meterse una patata frita por la nariz—. Y me quedo muy corta. Se volvió hacia Anton.

—Haz el favor de controlarte. —Entonces dirigió la mirada enloquecida a Jude—. Haz el favor de controlarte. —Y luego a mí—. Haz el favor de controlarte. —Tomó asiento y sacó la patata frita de la nariz de LJ—. ¿Qué es lo que mamá siempre te repite que debes pensar antes de decir algo?

LJ se incorporó en su asiento, muy satisfecho de que le permitieran participar en la conversación.

—Si no vas a decir algo agradable, más vale que no digas nada.

Holly le acarició la coronilla.

—¿Alguna pregunta? —dijo, dirigiéndose a los comensales.

Nada.

Jude y Anton se dirigieron unas cuantas miradas asesinas más, pero no volvieron a intercambiar palabra en toda la cena, aunque no fue una velada precisamente plácida. Entre que LJ, India y Holly alzaban cada vez más la voz y

Thomas no paraba de intentar meter baza sin éxito, para cuando Jude empezó la tercera hamburguesa yo ya me había quedado medio sorda.

—¿Dónde metes tanta comida? —pregunté. Yo me sentía llena con media hamburguesa.

Él se encogió de hombros mientras masticaba un bocado del tamaño de una pelota de tenis.

—Tengo la impresión de que voy a necesitar fuerzas para esta noche.

Ah. Ahí estaban otra vez los juegos amorosos que tanto había echado de menos.

—Buena intuición.

Él me sonrió sin dejar de masticar. Todavía no me había acostumbrado a la idea: Jude multimillonario. Apenas sabía comportarse a la mesa, no podía pasar sin sus Levi's y su camiseta blanca Hanes, y creía que los Hamptons eran una banda de rock. Nadie habría imaginado que estaba forrado.

Y lo adoraba por ello.

Esperaba que al cabo de diez años siguiera vistiéndose con los Levi's y la camiseta Hanes.

—¿Qué tal la película que fuisteis a ver el viernes pasado? —preguntó India, señalando a Thomas y Holly con una patata frita.

—No estuvo mal —opinó Thomas.

Holly pareció más que ofendida.

—Pero la compañía era insuperable —apostilló, guiñándole un ojo.

—Ya me parecía a mí —dijo ella.

—¿Y después? ¿Os enrollasteis o hicisteis algo indecente?

Holly se atragantó con la hamburguesa. A Thomas se le subieron los colores y adoptó un curioso tono escarlata a causa de su pálida tez.

—¡India! —le llamé la atención—. ¿No puedes ser un poco más prudente?

—¿Es una pregunta retórica? —soltó mientras Jude aporreaba la espalda de Holly.

—Sí, creo que sí.

India me obsequió con un beso a distancia antes de volverse hacia la Santa Inquisición.

—¿Y bien? Vamos, cantad —dijo, dirigiendo la mirada a Holly y a Thomas de forma alternativa—. Entre vosotros dos hay tal pasión contenida que he estado a punto de desmayarme varias veces por la falta de oxígeno.

—Por Dios, India —exclamé, y le arrojé una patata frita. Ella la esquivó, y fue a parar a la pechera de Anton.

Sonreí. Mejor que mejor.

—No —respondió Holly, tapándole las orejas a LJ—. No nos besamos ni hicimos nada que pueda considerarse picante o guarrillo, ya que tanto te interesa saberlo.

Jude se tapó la boca con la mano, pero no consiguió aguantarse la risa.

—Y para que te quede claro, no nos besaremos nunca —añadió.

Thomas se volvió hacia Holly como un rayo.

—¿Qué? ¿Por qué no?

Por mucho que se hiciera el indiferente, la cosa pasaba de castaño oscuro.

A Holly se le dibujaron unas arruguitas en el entrecejo.

—Porque soy una chica —dijo despacio, como si estuviera desconcertada—. Y a ti te van los tíos.

Tanto Thomas como yo nos quedamos boquiabiertos. A lo mejor debería haber sido más directa con Holly acerca de la atracción que Thomas sentía por ella, pero me parecía obvio. No me había percatado de que seguía considerándolo gay a raíz de nuestra primera cena juntos.

A juzgar por la expresión dolida de Thomas, tuve la impresión de que tras ese jarro de agua fría no volvería a ser el mismo.

—¿Te crees que... que... soy gay? —Mierda. Nada podría haberlo insultado más.

A Holly se le hundieron los hombros y dejó caer las manos de los oídos de LJ.

—¿No lo eres?

—Ya me encargo yo del pequeñuelo —dijo Jude, y se puso en pie y se lo cargó al hombro para gran regocijo del niño.

—¿Quieres que te enseñe cómo se lanza un balón a diez mil yardas?

—¡Sííí! —exclamó LJ con una risita mientras Jude se alejaba con él por el pasillo y entraba en el dormitorio.

Para LJ, el cuento de esa noche iba a ser muy especial.

—Espera un momento. —Holly sacudió la cabeza—. ¿No eres gay? ¿Te gustan las mujeres? —Era obvio que la cosa estaba sacudiendo los cimientos sobre los que se sostenía su visión del mundo.

—¿Eh? ¡No! —Thomas se revolvió en el asiento.

—No, ¿qué? ¿Que no eres gay o que no te gustan las mujeres? —preguntó Holly.

—¡Que no soy gay! —Era la primera vez que oía a Thomas levantar la voz. Supongo que si hay algo capaz de sacar de sus casillas a un tío es que la chica por quien bebe los vientos esté convencida de que es gay.

—Vaya. —Holly sacudió la cabeza otra vez—. Eso sí que es... una revelación.

—No me lo puedo creer. Llevo toda la vida aguantando que la gente me considere gay porque soy bailarín. En el vestuario los tíos me juzgan porque me visto con prendas distintas de las suyas. —Thomas echó la silla hacia atrás, se puso en pie y se dirigió a la puerta—. No creía que tú también fueras así, Holly.

—Thomas —lo llamó ella—. Espera.

—Me parece que no hace falta —dijo él, y siguió su camino, furioso—. Voy a ver si encuentro a algún tío que se deje besar. —El portazo que dio hizo temblar las paredes.

—¿No es gay? —preguntó Holly, más para sí que para nadie—. ¿Lo sabías?

—Ha sido mi pareja de danza durante tres años —respondí mirando hacia la puerta—. Claro que lo sabía.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Porque pensaba que lo habrías deducido por ti misma después de la primera noche, cuando lo conociste —repuse. Detestaba el modo en que Holly me estaba mirando... Como si la hubiera traicionado.

—Era lo que pensaba hasta el viernes, que salimos juntos —dijo—. No paró de hablar de su amigo Samuel, y me contó que por la mañana era él quien se encargaba de preparar el desayuno, y que siempre dejaba las toallas mojadas por el suelo, y...

Holly palideció.

—Dios mío. Samuel es el compañero de habitación de Thomas, ¿verdad?

Chasqueé la lengua.

—Bingo.

—Mierda —exclamó ella, y dio un puñetazo en la mesa.

—¿Te gusta, Hol? —pregunté, aunque tenía la sensación de que ya sabía la respuesta.

Ella se mordió el labio y asintió.

—¿Mucho?

Otro gesto de asentimiento.

—Entonces ¿qué estás haciendo aquí? —dije—. Ve tras él.

—Pero, Lucy, por favor. Aun suponiendo que yo le guste, después de haberle dicho que es gay no volverá a dirigirme la palabra.

—Solo hay una forma de averiguarlo —terció India. Me extrañaba que hubiera tardado tanto en meter baza, solía hacerlo a las primeras de cambio. A su lado, Anton guardaba silencio por una vez en la vida.

—¿Crees que tengo alguna remota posibilidad de seguir gustándole después de lo que acabo de decirle? —Holly no paraba de hacer aspavientos con los brazos, lo cual era una señal inequívoca de que estaba a punto de perder los nervios.

India se puso el puño debajo de la barbilla y se quedó mirando a Holly.

—Mira, chica, me parece que ese tío seguiría coladito por ti aunque le exigieras que te hiciera una reverencia cada vez que te ve. Lo tienes pillado y bien pillado.

—¿Lucy? —Holly apartó los ojos de la puerta y los posó en mí.

—No me cabe duda de que le gustas. Y tampoco de que a ti él también te gusta —dije—. ¿Por qué no vas tras él y os lo decís de una vez?

A Holly le temblaron las comisuras de los labios.

—¿Alguien tiene el brillo de labios a mano?

India se sacó un tubo del bolsillo trasero de los pantalones.

—Eso siempre —repuso, y le lanzó la barra a Holly, que consiguió recogerla a pesar de encontrarse en medio de una de esas situaciones de vida o muerte que tanto le gustaban. Se embadurnó con el brillo de labios y se dirigió a la puerta dispuesta a cumplir su misión.

—Buena suerte —le grité.

Cuando la puerta se cerró de golpe por segunda vez en cuestión de pocos minutos, Jude y LJ salieron del dormitorio con el balón.

—Tío Jude me ha enseñado a correr sin perder el balón, como él —anunció, y se dirigió hacia la mesa dando saltitos.

—¿Todo bien? —preguntó Jude, y tras acercárseme por detrás me masajé los hombros.

—Eso espero —contesté, con la sensación de que las órbitas de mis ojos iban a darse la vuelta dentro de las cuencas por el milagro que los dedos de Jude estaban obrando en mis músculos.

—¡Y ahora una peli! —exclamó LJ, y se puso a revolver los DVD—. ¿Puedo sentarme en medio de tía Luce y tú en el fuerte?

Jude clavó los ojos entornados en Anton.

—Eres el único al que le permito que se siente entre tía Luce y yo.

No estaba mal, visto el numerito que había montado antes.

Holly y LJ se encontraban en su dormitorio y al parecer dormían, puesto que llevaba diez minutos sin oír ni pío. India se había quedado frita en el sofá, y con suerte tan sumida en el sopor etílico que podrían haber sonado las trompetas para anunciar el segundo advenimiento sin que moviera ni un músculo. Al pobre Thomas le había tocado dormir en el suelo, pero le preparé unas cuantas mantas para que estuviera más cómodo y no se levantara con dolor de espalda; por lo menos, no demasiado.

Cuando volvieron al cabo de media hora, Holly y Thomas tenían las manos entrelazadas, el rostro encendido y los labios hinchados, y estaban acurrucados el uno junto al otro dentro del fuerte sin haber pronunciado ni media palabra más. Lo que tuvieran que decir o hacer ya estaba despachado.

Menos mal que Anton había pillado la indirecta de que no era bien recibido en nuestra fiesta nocturna de los viernes y se había retirado con mucha dignidad, arguyendo que a primera hora de la mañana había quedado para jugar al raquetbol.

Podéis imaginaros con qué choteo recibió Jude semejante cuento chino.

Por fin el piso quedó en calma.

Me encerré en el cuarto de baño con mi última adquisición y me lavé los dientes. Dos veces. Luego me apliqué un poco de aceite de mandarina y me cepillé el pelo. Comprobé mi aspecto en el espejo. Sí, un auténtico bombón. Después de tres semanas de abstinencia, a Jude iba a darle algo cuando me viera representar mi numerito. Dios, después de tres semanas de abstinencia estaba a punto de darme algo solo de pensar quién me estaba esperando al otro lado del tabique.

Eché otro vistazo al espejo de cuerpo entero colgado detrás de la puerta del cuarto de baño. Faltaba algo, pero no conseguía caer en qué era. Llevaba un sujetador de un tono rosa pálido, y la tela era tan fina que se me transparentaban los pezones. Las braguitas eran del mismo color pero de blonda, y el conjunto incluía un liguero a juego con unas medias negras muy delicadas que tenían una costura en la parte trasera. Unos tacones negros de charol remataban el atuendo. Si a una cosa así podía llamársele atuendo, claro.

Del escote para abajo todo estaba en su sitio. Lo que echaba en falta correspondía a más arriba y era igual de sensual que el resto de la indumentaria.

Entonces se fue la luz.

Abrí el cajón, que estaba a rebosar de los potingues y los accesorios para el pelo de Holly, y hurgué en él hasta que encontré lo que buscaba. Justo lo estaba cogiendo cuando alguien llamó a la puerta con suavidad.

—¿Luce? —susurró Jude desde fuera. Con solo oír su voz se me tensó todo el cuerpo—. Si tardas un poco más echaré la puerta abajo y te tumbaré encima del lavabo.

La idea resultaba tentadora en muchos aspectos.

—No sería la primera vez —susurré yo—. Tranquilízate un poco. Salgo en medio minuto.

—No aguanto medio minuto —repuso él, justo antes de que oyera sus pasos alejándose por el pasillo.

En menos que canta un gallo, me enrollé el pañuelo de raso negro en el pelo y lo até con un perfecto lazo ladeado.

La colegiala inocente convertida en tigresa.

Sonreí ante mi imagen reflejada en el espejo y me puse el albornoz antes de abrir un poco la puerta y mirar por la rendija. Todo estaba oscuro y silencioso. Tan solo unos pocos metros me separaban de Jude.

No quería hacer ruido, lo cual no era tan sencillo teniendo en cuenta que iba encaramada sobre unos tacones de stripper, así que esos pocos metros se me antojaron kilómetros enteros. Di los últimos pasos de puntillas antes de deslizarme entre las hojas de la mampara.

Jude estaba repantigado en el colchón y solo llevaba puestos los bóxers. Tenía la piel más morena de lo habitual, y sus músculos se habían acentuado desafiando todas las leyes naturales conocidas. Tenía los ojos cerrados, pero los abrió al instante en cuanto entré en lo que podría considerarse nuestro dormitorio.

—Siento haberte hecho esperar —musité.

—Yo también —repuso, y cruzó los brazos detrás de la cabeza—. Tengo las pelotas tan hinchadas que están a punto de ampliar el espectro del color y crear una nueva tonalidad de morado.

Me eché a reír, pero me reprimí de inmediato. Lo último que quería era despertar a alguno de los cuatro durmientes que había en el piso porque no sería capaz de retrasar el placer por más tiempo. Si yo tuviera pelotas, puedo garantizar que a esas alturas estarían más moradas que las de Jude.

—Déjame que lo arregle —dije, y me despojé del albornoz. Antes de que cayera al suelo, Jude había abierto los ojos más de lo que nadie hubiera creído posible.

—Yo sí que te voy a arreglar —contestó, desnudándose con la mirada.

Intenté hacer caso omiso de lo que se estaba levantando por debajo de sus bóxers, pero me fue imposible.

Necesitaba notarlo dentro. Lo deseaba ya.

Me subí a la cama y me puse sobre él para volverlo un poco loquito. Cuando hube situado la cara justo por encima de la suya me detuve y le sonreí, constatando el poder que obviamente tenía sobre él.

—¿Qué tal va por ahí abajo? —dije, y coloqué los labios muy cerca de los suyos, tanto que podía respirar su aliento. Me aferró por las caderas a la vez que elevaba las suyas.

—Irá mucho mejor cuando te penetre hasta el fondo.

No sé muy bien si el gemido que solté lo provocaron sus palabras o la presión ininterrumpida de su pelvis. Diría que ambas cosas estaban en tablas.

Cuando la situación superó mi capacidad de autocontrol me apoyé en él y dejé caer todo el peso. Noté cómo su erección me recorría desde la parte inferior de las braguitas hasta el ombligo. Empecé a subir y bajar sobre él. Sus labios ya no se deslizaban sobre los míos sino que succionaban y mordisqueaban aquí y allá.

Cuando me elevó por tercera vez noté que estaba a punto de correrme. Me faltaba tan poco que ya le había mojado los bóxers, pero no quería que ocurriera antes de que él estuviera dentro de mí. Separé la pelvis de la suya para evitar la tentación de frotarme e intenté contener la respiración.

La cosa se quedó en intento.

—Bonito sujetador, Luce —dijo Jude, que parecía tan ávido como yo. Apartó una mano de mis caderas y me recorrió el vientre con ella antes de posarla sobre un pecho. Me aprisionó el pezón entre el índice y el pulgar y dio un suave tirón—. Me gustaría averiguar cómo saben tus pezones a través de la tela.

Con un movimiento apenas perceptible, situó la boca en el lugar donde antes tenía los dedos. Jugueteó con la lengua en mi pezón antes de succionarlo. Al principio lo hacía con suavidad; pero pronto aumentó la fuerza. Y cuanto más fuerte succionaba él, más a punto estaba yo de correrme.

Me eché hacia atrás para librarme de su boca. No pensaba alcanzar el clímax hasta que lo notara moviéndose dentro de mí, y como era evidente que no podría aguantar así mucho tiempo, cogí el elástico de sus bóxers y se los bajé.

—¿Qué? —musitó Jude, sonriéndome—. ¿Ya se han acabado los preliminares?

¿Cómo era posible? A mí iba a darme un ataque si me veía obligada a esperar un minuto más y él en cambio estaba allí tumbado tan tranquilo, aparentemente dispuesto a emplear la noche entera en succiones y mordisquitos.

—Necesito notarte dentro, Jude —dije, y me aferré a él. Eso provocó una reacción por su parte—. Por favor.

Estaba acariciándolo cuando levantó la pelvis de tal modo que me tumbó de espaldas sobre la cama. Antes de que supiera cómo había llegado hasta allí, lo tenía encima.

—Vuelve a decirlo —susurró, y me recorrió el cuello con los labios.

—¿El qué? —pregunté, resollando.

—Suplícamelo —insistió, justo antes de clavarme los dientes en el cuello. Me estremecí, pero fue más de placer que de dolor.

—Por favor —le pedí, ejerciendo presión con la pelvis contra la suya—. Por favor, Jude.

Detuvo la boca sobre mi cuello y empezó a succionarlo con suavidad. Me recorrió la cintura con las manos, luego las caderas, y por fin las deslizó sobre mis braguitas. Situó el pulgar sobre el clítoris y empezó a trazar círculos alrededor.

—Sí —gemí, removiéndome al ritmo de sus manos—. Por favor, cariño. Hazlo.

Dejó quieto el pulgar justo antes de arrancarme la prenda de blonda.

—Con mucho gusto —contestó, y me penetró de inmediato.

Prácticamente solté un grito de alivio, pero él me tapó la mano con la boca enseguida.

—Chiss —susurró con voz ronca mientras seguía moviéndose más dentro de mí—. Vas a correrte bien, Luce, pero necesito que estés calladita porque si no despertaremos a todo el mundo.

Entonces se separó de mí, y me entraron muchas ganas de gritar.

—¿Podrás dejar de chillar? —preguntó mientras aguardaba.

—¿Cuándo fue la última vez que lo logré? —dije, y quise que volviera a penetrarme. Pero él no me hizo caso. No pensaba hacerlo hasta que no le dijera que sí.

—Estaré calladita —dije con la mayor rapidez con la que había pronunciado algo en mi vida.

—Muy bien —contestó, y se dispuso a penetrarme—. Pero, por si acaso... —Cogió el pañuelo de raso que llevaba en el pelo y me lo pasó por la cabeza hasta taparme la boca con él.

Con eso y una milésima parte de su miembro en mi interior, otra vez estuve a punto de correrme.

Esa vez su boca fue a por mi otro pezón, y en cuanto lo tuvo bien rodeado con los labios, arqueó la pelvis y me penetró hasta el fondo. Estuve a punto de soltar otro grito, pero, como tenía muy fresca la promesa que acababa de hacerle y el pañuelo me tapaba la boca, conseguí reprimirlo. Él fue aumentando el ritmo hasta que empezó a resollar tanto como yo. Estaba orgullosa de haber conseguido retrasar el orgasmo. Sin embargo, cuando apartó la boca de mi pecho para situarla junto a mi oreja y susurrarme palabras, una espiral de placer me arrebató el control.

—Bien, nena, bien —me susurraba, y ahora no solo se movía más deprisa, sino también con más ímpetu—. Quiero notar cómo te corres, Luce.

Mi cuerpo perdió el control, y me sentí incapaz de resistir por más tiempo. Noté que mis músculos se contraían a su alrededor y él entró en mí una vez más y también se liberó. Mis gemidos se filtraban por el pañuelo y se volvieron tan fuertes que Jude tuvo que taparme la boca con la mano.

Su cuerpo tembló encima de mí a la vez que el mío se agitaba con más fuerza. Cuando levantó la cabeza, vi que el sudor le perlaba la cara. Aunque tenía la respiración agitada, logró sonreír. Desató el pañuelo que me cubría la boca y al instante posó los labios en su lugar. El modo en que me besó, con tal lentitud y ternura, no contribuyó a aplacar el temblor de mi cuerpo.

—Cásate conmigo —dijo en el pequeño espacio que separaba nuestras bocas.

A causa del éxtasis en el que todavía estaba sumida, esa vez la pregunta no me puso tan nerviosa como solía ocurrir.

—Muy pronto —respondí.

Él entrelazó los dedos en mi pelo y me besó una vez más.

—Me conformo —dijo—. Esa respuesta es mejor que el habitual «ya veremos».

Yo misma no sabía si «muy pronto» quería decir al día siguiente, al cabo de un mes o de un año, pero...

—Joder, pareja. Menudo meneíto.

Tanto Jude como yo dimos un respingo.

—¿Vosotros pensáis que una puede dormirse como si nada después de una cosa así? —prosiguió India.

Si no fuera porque todavía estaba embargada por el éxtasis, me habría muerto de vergüenza.

—Pues antes te gustaban los sueños románticos —repuse.

Noté la risa de Jude contra mi nuca, y sin que me diera cuenta me había quedado dormida entre sus brazos.

Cerré los ojos y cuando volví a abrirlos había pasado el verano.

Era el primer día de clase de mi último curso. Entre trabajar más de cuarenta horas a la semana además de las extras, cuidar de LJ otras cuarenta, hacer un par de viajes para ver a Jude, organizar las cenas del viernes por la noche y las sesiones de cine y meter con calzador un tiempo precioso para bailar todas las mañanas, me sentía como si estuviera afectada por una mononucleosis de carácter grave.

Tras el espectáculo propiciado por Jude y Anton aquel viernes, Anton solo se dejaba caer por casa cuando Jude estaba en San Diego. Era una jugada inteligente. Por encima de todo, Anton era un buen tío, y si seguía mis directrices y no sacaba a Jude a colación, la mayor parte del tiempo conseguíamos llevarnos bien. Gracias al empleo que me había ofrecido conseguí ahorrar una cifra decente para capear el temporal si era necesario, e incluso conseguimos encontrar la manera de que pudiera pasar unas horas al día en la oficina durante el curso escolar. A Jude no le emocionaba la idea, pero sabía que no debía presionarme en ese aspecto. Anton era mi jefe, el hermano de mi buena amiga y una persona de trato agradable. Nada más que eso.

Tras unos cuantos malabarismos conseguí cuadrar el horario para echarle una mano a Holly con LJ, y Thomas logró dejarse libres los miércoles para sustituirme, puesto que era el día en que yo tenía clase a última hora de la tarde. Thomas y Holly eran el tema del momento (un tema muy candente, por cierto) desde la noche en que se reveló que él era hetero y los dos fueron capaces de admitir que se gustaban. Thomas se pasaba la vida en el piso; le habría propuesto que se trasladara a vivir con nosotros de no ser porque me preocupaban los conflictos que pudieran ocasionarse al tener que compartir un cuarto de baño entre cuatro cuando a todos nos gustaba recrearnos en la ducha.

Ese día terminaba las clases temprano y, como disponía de un poco de tiempo antes de encargarme de LJ, fui al estudio de danza de White Plains. Durante el verano no había podido dedicarle al ballet todas las horas que habría querido. Y dado que últimamente llevaba una vida bastante movidita, tenía la impresión de que en algún momento mis prioridades habían empezado a cambiar. No es que hubiera sustituido ninguna, tan solo había variado el orden. Empezaba a comprender mejor que el mundo no giraba alrededor de Lucy Larson.

Un concepto que mi mente aún se esforzaba por asimilar.

El estudio estaba desierto, y dediqué unos instantes a disfrutar de ese espacio vacío. Desde hacía un tiempo tenía muy pocos momentos de paz y silencio, así que me deleitaba en ellos. Resultaba irónico pensar que hacía unos meses había sufrido tanta soledad y ahora anhelaba disponer de unos minutos a solas.

Me até las zapatillas de puntas y me tomé mi tiempo con los estiramientos. Estaba en mitad de una flexión de cuádriceps cuando noté una náusea. Seguida de un espasmo y un sonoro movimiento de tripas.

Me presioné el estómago con las manos con la esperanza de que se me pasara.

Cuando la náusea, el espasmo y el movimiento de tripas se repitieron, abandoné a toda prisa el entarimado y me dirigí al cuarto de baño de la parte trasera. Hacía años que no vomitaba, pero no creo que nadie pueda olvidar lo mal que se siente en los momentos que preceden al vómito. Es una desagradable serie de sensaciones que me había quedado grabada en la memoria para la eternidad.

En el momento en que me precipitaba hacia el cuarto de baño noté la bilis ascender por mi garganta. No pasó ni un segundo antes de que sintiera otro espasmo y la primera arcada me obligara a inclinarme sobre el váter. Empecé a toser y me quedé allí quieta, por si acaso. Cuando hubo transcurrido un minuto y estaba bastante segura de que la cosa acabaría ahí, tiré de la cadena y me acerqué al lavabo, abrí el grifo, me enjuagué la boca y me mojé la cara con agua fría.

Para cuando la tuve seca ya me sentía mejor, pero no iba a correr riesgos. Si estaba pillando alguna enfermedad, prefería atajarla antes de que fuera a más. Me cambié las zapatillas de puntas por los mocasines, me puse el jersey encima del top y regresé al Mazda. Tenía que cuidar de LJ toda la noche y esperaba poder echarme una breve siesta antes de arrancar a un ritmo de cien por hora hasta el momento de acostarlo.

Cuando subía las escaleras del piso, volví a notar el estómago revuelto. Y al abrir la puerta la sensación se repitió con más intensidad. En la siguiente carrera hasta el cuarto de baño para vomitar por segunda vez en una hora estuve a punto de no llegar a tiempo. Por suerte me había saltado la comida, si no la experiencia habría sido aún más desagradable.

—¿Lucy? —Holly llamó a la puerta con aire preocupado—. ¿Te encuentras bien?

Solté un gruñido al notar que el estómago se me revolvía otra vez. Y esa vez se apiadó de mí.

—Sí, si estarse muriendo es encontrarse bien —dije mientras me preguntaba por qué el lavabo parecía estar tan lejos.

Holly abrió la puerta y entró.

—¿Dónde está LJ? —pregunté. No quería que el pequeño tuviera que presenciar aquello; de otro modo, nunca volvería a ser el mismo.

—Debajo de la mesa, fuera de combate —respondió con apuro—. ¿Estás mareada?

—¿Cómo lo has adivinado? —ironicé, y pensé que era una suerte que justo hubiera limpiado el baño el día anterior, ya que tenía la mejilla apoyada en el asiento del váter.

Holly miró dentro y arrugó la nariz.

—Ostras, lo siento —me disculpé, y tiré de la cadena.

Holly cogió una toalla de tocador y la humedeció. Luego se arrodilló a mi lado y me la aplicó en el cuello. Estaba fría y me sentí mejor de inmediato.

—Debe de haberme sentado mal algo —dije. Mi estómago había pillado un cabreo de aúpa y me lo hacía pagar.

—Anoche cenaste cereales Kashi y hoy has desayunado una manzana como de costumbre —repuso ella mientras me retiraba el pelo de la cara y me hacía una trenza—. No creo que sea por la comida.

—Entonces será algún virus —dije. Empezaba a sentirme mejor. Lo que no sabía era por cuánto tiempo.

—Estamos a principios de septiembre, Lucy. La temporada de gripe todavía no ha empezado. —Me acabó de trenzar el pelo y me ató un pañuelo en el extremo antes de esconderlo debajo del jersey.

—Pues debo de ser una de las pocas afortunadas que pillan esas gripes veraniegas tan raras —repuse. No me apetecía nada comentar por qué estaba enferma, prefería pensar en la manera de mejorarme. Cuanto antes.

Holly dio un suspiro y se situó frente a mí.

—¿Cuándo te vino la regla por última vez?

Al principio su pregunta me sobresaltó. Era tan brusca como absurda. Pero al cabo de un par de segundos comprendí por qué me la hacía.

—¿Crees que podría estar embarazada? —Entonces, además de tener el estómago revuelto, me sentía un poco mareada.

—Bueno, no es que te abstengas de practicar sexo precisamente, Lucy —contestó.

—Tomo la píldora —aclaré, con la sensación de que estaba intentando convencerla a ella a la vez que me convencía a mí misma. Era cierto que me había saltado alguna que otra toma, pero solía ser muy cuidadosa.

—Claro, pero ¿no sabes que la píldora solo previene el noventa y nueve por ciento de los embarazos? —Holly me estaba hablando con más serenidad que nunca. No era su intención hacerme sentir incómoda, pero esa era justo la sensación que yo tenía.

—A veces también utilizamos condón. —Aunque no a menudo.

—O sea, que a veces no lo utilizáis —puntualizó, y me cogió la mano—. No soy médico, pero estoy convencida de que ese «a veces» no garantiza que no acabes con un bombo.

Estaba empezando a invadirme el pánico. Me habían entrado sudores y me temblaban las manos porque sabía que cabía esa posibilidad. Tomaba la píldora y utilizábamos condón las veces que se suponía que estaba en la fase con

mayor riesgo de embarazo, pero Holly tenía razón: practicaba el coito y, por tanto, no podía descartar del todo un embarazo en vista de las molestias que sentía. Aunque me habría encantado hacerlo.

—¿Cuándo fue la última vez que te vino la regla? —repitió Holly.

Era incapaz de pensar. Apenas podía respirar, así que tardé un rato en contestarle.

—Mmm... Hace varios meses. Creo. —Eso no estaba pasando. No podía ser—. Pero no suelo tenerla siempre. No soy regular. —Era frecuente que las bailarinas tuvieran reglas irregulares, o incluso que dejaran de tenerlas. El estilo de vida, acompañado de la poca grasa corporal, interfería en ello.

—Sí, pero la regla sigue viniéndote de vez en cuando, o sea, que podrías estar embarazada. —Holly se acercó al lavabo y abrió uno de los cajones. Hurgó dentro y sacó una cajita de cartón rosa y blanca—. Solo hay una forma de saberlo seguro.

La cosa aún se me antojó más surrealista cuando Holly empezó a sacudir el test de embarazo delante de mí.

Negué con la cabeza.

—Creo que no soy capaz. —Una parte de mí ya había caído en la cuenta de que era probable que Holly tuviera razón, y no estaba preparada para obtener la confirmación. No estaba preparada para saber que mi vida cambiaría de forma radical y permanente.

Holly abrió la caja y sacó un bastoncito blanco de plástico.

—Yo te ayudaré.

No sé cuánto tiempo estuve mirando aquel aparato, pero ya lo creo que Holly tuvo que ayudarme, porque yo era incapaz de moverme. Después de que me explicara lo que tenía que hacer, esperó mientras yo orinaba sobre el bastón. Tenía la impresión de que ese test tenía mi vida entera en la cuerda floja. Todos mis sueños, mis esperanzas y mi futuro dependían de que apareciera una línea rosa o dos.

Le puse el capuchón y Holly lo depositó sobre el lavabo.

—Tenemos que esperar dos minutos.

Dos minutos que me parecieron dos décadas. Tenía tantas ganas de echar un vistazo al resultado como de evitar mirarlo. Holly me mantuvo abrazada todo el tiempo, frotándome la nuca y dándome palmaditas en la espalda. En momentos como ese era cuando más se agradecía poder contar con los amigos, porque no habría sido capaz de enfrentarme a una cosa así sin ella.

—Venga. Ya han pasado los dos minutos —dijo, y me tiró con suavidad de la trenza.

—Dímelo tú —pedí, cerrando los ojos—. Yo no puedo mirar.

—Muy bien, Lucy. —La oí coger el bastoncito del lavabo. Su grito ahogado fue casi imperceptible, pero a mí me pareció ensordecedor—. Lucy... estás...

Abrí los ojos en el último minuto. Dos líneas rosas.

—Embarazada.

Entonces perdí el conocimiento.

Oía las voces a mi alrededor como si procedieran de un túnel. Todas eran ecos. Quería abrir los ojos, pero no podía. Y no porque me pesaran, sino más bien porque parecía que me los hubieran pegado con celo. Quería salir de la oscuridad, pero no podía.

Entonces oí un nombre. Fue lo único que me hizo falta para despertar de golpe.

—Tenemos que avisar a Jude —dijo una conocida voz masculina.

—Sí, sí, vale. Voy a por el móvil.

Fue el empujón definitivo para que abriera los ojos.

—No —dije con un hilo de voz—. No lo aviséis. Estoy bien. —Estaba tumbada en el sofá, con la cabeza levantada gracias a un par de cojines.

Holly y Thomas me miraban desde arriba, de la forma en que observarían a un cadáver.

—¿Cuánto rato llevas aquí, Thomas? —Intenté incorporarme, pero mi cuerpo no respondía.

—Solo unos minutos. Pensaba dar un paseo con Holly hasta el trabajo —dijo, a la vez que se arrodillaba frente a mí—. Es una suerte que haya vuelto temprano a casa y que esté acostumbrado a cogerte en brazos, si no a estas horas estarías tumbada en el suelo del baño, pasando frío. —Sus labios dibujaron una tenue sonrisa que no alcanzó su mirada.

—¿Lo sabes? —susurré. No era capaz de pronunciarlo en voz alta. Ni siquiera de pensarlo, pero notaba que la palabra se abría paso en mi mente. Era todo lo que veía cuando me planteaba mi futuro.

—Sí, Lucy —dijo, dándome la mano—. Lo sé. Holly no me ha dicho nada, pero sería raro no ver el test de embarazo que hay en el lavabo.

Me mordí el labio esperando que me ayudara a contener las lágrimas. Pero el método de autoconvencimiento me estaba fallando.

Holly estaba arrodillada junto a Thomas, con los ojos tan enrojecidos como yo, según intuía. Tenía el teléfono en la mano y en la pantalla aparecía el número de Jude, junto con su imagen.

—Tienes que avisar a Jude. Tiene que saber lo que pasa para poder estar aquí contigo.

—No —me negué, sacudiendo la cabeza—. Ahora no.

—Sí. Ahora sí —repuso Holly, y me tendió el teléfono—. Escucha, Lucy. Sé que estás cagada de miedo, y totalmente confundida, pero Jude te ayudará a superarlo. Necesitas que te ayude a superarlo. Y sé por experiencia que es alguien en quien puede confiarse cuando se tiene un problema así.

—¿Qué problema? —exclamé, contorsionándome para poder mirarla a los ojos—. ¿Un embarazo no deseado? ¿O que solo tengo veintiún años? A lo mejor el problema es que no estoy casada. Eso por no mencionar el de mi futuro arruinado. —Antes de desmayarme me había quedado sin palabras, pero al parecer ahora era capaz de hablar bastante claro.

—¿Mamá? —LJ asomó la cabeza por la puerta de su dormitorio—. ¿Puedo salir?

—¡No! —contestaron Thomas y Holly a la vez.

—Ya me encargo yo del pequeño —se ofreció Thomas, y me estrechó la mano antes de darle un fugaz beso en los labios a Holly—. La verdad es que a vosotras no os hago mucha falta, con mi poca experiencia en estos temas.

—¿Tía Luce? ¿Te encuentras bien? —LJ fruncía su dulce carita con preocupación.

No podía dar la verdadera respuesta a esa pregunta a un niño de tres años, así que mentí.

—Sí, LJ. Estoy bien, muchachito.

—Oh. ¿Sabes qué, Lucy? —Thomas se detuvo en seco y chasqueó los dedos—. Si te interesa saberlo, en mi opinión serás una mamá maravillosa. —En sus labios se dibujó la misma sonrisita, pero esa vez también se reflejó en sus ojos. Antes de que pudiera responder, él ya entraba en el dormitorio de LJ dispuesto a distraer al niño mientras Holly y yo hablábamos de lo que fuera que ella quisiera hablar.

Yo no estaba para conversaciones, la verdad. Necesitaba asimilarlo. Necesitaba pensar. Y a lo mejor después sí que podría hablar.

—¿Qué te pasa por ahí dentro, Lucy Larson? —preguntó Holly, tamborileando los dedos sobre mi cabeza.

—Un montón de cosas y a la vez ninguna —dije, preguntándome si era posible que me durmiera y al despertarme me diera cuenta de que todo había sido solo una pesadilla.

Holly suspiró y se acomodó en el suelo, al lado del sofá.

—¿Qué vas a hacer?

Ahora no podía pensar en eso. No quería tener que hacerlo. Sin embargo, no solo no me quedaba más remedio que afrontar la pregunta, sino que también tendría que meditar la respuesta.

—No lo sé.

—¿Y cuándo piensas decírselo a Jude? —Empezó a acariciarme la cabeza tal como hacía mi madre cuando de pequeña tenía miedo de los monstruos que creía que se escondían debajo de mi cama.

—No lo sé.

Holly dio un resoplido.

—¿Qué tal te encuentras?

—No lo sé. —La frase se estaba convirtiendo en un sonsonete. Había muchas cosas que no sabía. Lo único que tenía claro era que me sentía confusa, asustada y perdida.

—Ya sé que ahora se te hace una montaña, Lucy, y veo que tienes muchísimo miedo. Pero eres fuerte. Eres más fuerte que yo. Y aunque seguramente esto no te tranquiliza, y es posible que sea una imbécil rematada por decírtelo, si yo puedo educar a un niño, tú también puedes. Además, tienes a Jude, y a tu familia y tus amigos, y...

—De todo menos futuro —la interrumpí, viendo cómo se convertían en humo todas las experiencias que en teoría debía depararme la vida. ¿Cómo podría bailar con el barrigón? ¿Cómo podría ir de gira y actuar con un bebé en la cadera? ¿Para qué había meneado tanto el culo si justo un año antes de graduarme en una prestigiosa escuela de danza me quedaba embarazada?

—¿Cómo puedes decir que no tienes futuro? —exclamó Holly con aire indignado—. Tienes por delante el futuro con el que la mayoría de la gente sueña.

—Eso era en otros tiempos.

—Un momento. ¿Me estás diciendo que el hecho de esperar un bebé te ha destrozado la vida?

Tenía la impresión de que era eso lo que estaba diciendo. Pero con semejante empanada mental no podía estar segura.

—Sí, claro, un bebé cambiará las cosas, pero no es el fin del mundo.

No tenía claro que pudiera dar crédito a sus palabras.

—Me encanta que me apoyes y que intentes hacerme sentir mejor, Holly. En serio. Pero necesito un poco de tiempo para estar sola y poner en orden toda esta mierda —aclaré—. ¿De acuerdo?

Dio la impresión de que Holly tenía ganas de contradecirme, pero consiguió refrenarse.

—Le pediré a Thomas que se encargue de LJ esta noche para que puedas tener un poco de paz y tranquilidad —dijo—. Y mañana tú y yo buscaremos un médico y le pediremos visita urgente, porque no sabemos si estás embarazada de cuatro semanas o de cuatro meses.

Estuve a punto de volver a desmayarme al pensar que tal vez estuviera embarazada de cuatro meses. La vida no podía ser tan cruel. Necesitaba el mayor tiempo posible para hacerme a la idea de la bomba de relojería que acababa de caerme encima, y cinco meses y medio no eran precisamente un gran margen.

—Y después pensaremos la manera de decírselo a Jude y...

—Holly. —La aferré por el brazo—. Ya está bien. Para. Necesito respirar.

—Tienes razón —convino, poniendo las manos en alto—. Pero antes deja que te de un superabrazo. —Me envolvió en sus brazos y, efectivamente, el apretujón fue monumental—. Me llevaré a los chicos por ahí un rato.

—Gracias, Holly —dije, y me acurruqué más en el sofá—. Gracias por todo.

—Ya lo sabes, Lucy. Si te interesa saberlo, opino lo mismo que Thomas —dijo mientras enfilaba el pasillo—. Estoy convencida de que serás una mamá genial.

Intenté corresponderle con otra sonrisa, pero no lo conseguí.

Solo podía pensar en mis sueños hechos pedazos. Solo podía imaginarme la cara de asombro de Jude cuando le dijera que estaba embarazada.

Antes de que la puerta se cerrara detrás de Holly, Thomas y LJ, empecé a sollozar en silencio sobre la almohada.

Sobreviví toda una semana a base de galletitas saladas y refrescos de limón. O bien mi estómago era incapaz de retener nada más o no le daba la gana. Esas dos cosas fueron lo primero que pedí cuando subí al avión el domingo por la mañana. La azafata me obsequió con una sonrisa de complicidad y me dijo:

—Tranquila, luego se pasa.

Y se encargó de que no me faltaran galletitas.

Conseguí llegar al final del trayecto habiéndome levantado solo una vez para vomitar en el lavabo, y por suerte el chófer que acudió a buscarme al aeropuerto y me acompañó hasta el estadio Qualcomm llevaba una bolsita de papel para emergencias en el bolsillo del asiento.

Porque tuve una emergencia.

Jude iba a jugar el primer partido de la temporada, y cuando compró el billete para que fuera a verlo había planeado que pasara con él todo el fin de semana. Pero mi escuela había organizado para ese sábado por la noche una representación en la que yo tenía que bailar, y, además, tenía clase el lunes por la mañana, por lo que estaba haciendo el viaje Nueva York-San Diego, ida y vuelta, en un día.

La cuestión es que al final no había bailado. Ni siquiera pude aplaudir a la chica que actuó en mi lugar. Me encontraba en un estado delicado, por llamarlo de alguna manera.

Holly se había encargado de concertar una cita con el ginecólogo el jueves anterior, de acompañarme hasta el consultorio y prácticamente arrastrarme a la sala de espera, todo con tal de asegurarse de que me visitara. Tras unas cuantas palpaciones y una ecografía rápida pudo determinar de cuántos meses estaba embarazada.

Casi cuatro.

Cuando ya creía que no me quedaban más lágrimas, en plena consulta médica comprobé que estaba equivocada. Aún no le había dicho nada a Jude. De hecho, llevaba una semana evitando sus llamadas. Temía que si me entretenía mucho rato al teléfono acabara detectando qué era lo que me ocurría. O sea, que nos enviamos muchos mensajes, y por suerte el momento resultó de lo más oportuno, ya que él andaba ocupadísimo entrenándose para su primer gran partido.

Así fue como convencí a Holly de que mantuviera la boca cerrada cuando el jueves salimos de la consulta del tocólogo. Ella insistía en que Jude tenía que saberlo. Como si quisiera que se lo contara de inmediato. Decía que a él le hacía falta tanto tiempo como a mí para hacerse a la idea de que íbamos a ser padres en menos de seis meses. Por supuesto, eso me arrancó otro mar de lágrimas. Yo culpaba a las hormonas de mi estado emocional, aunque sabía que en realidad jugaban un papel muy pequeño.

Le dije a Holly que no podía contarle a Jude que estaba embarazada a tan solo un par de días de su primer partido como quarterback en la NFL, la liga nacional. Holly comprendió que tenía razón al no querer importunar a un tío ante un partido de fútbol, pero insistió en que debía decírselo enseguida. Si no, lo haría ella misma.

Había ganado un poco de tiempo, pero no mucho. Era cierto que no quería distraer a Jude justo antes del partido, aunque lo que más me preocupaba era que no sabía qué decirle. A los veintiún años no resultaba tan fácil hacerse a la idea de que estabas embarazada. En pocos días había atravesado todas las etapas características de las situaciones en las que hay que afrontar una noticia inesperada: el miedo, la rabia, la tristeza, el desconcierto, y el abanico de estados intermedios. En un momento dado experimenté un arranque de entusiasmo; a fin de cuentas iba a tener un

hijo de Jude. Pero pronto me asaltó la realidad. Llevaba una semana de altibajos emocionales y me sentía agotadísima.

Estaba tan cansada que durante la segunda mitad del trayecto hasta el estadio perdí el mundo de vista. El chófer tuvo que despertarme y recordarme adónde me había llevado. Era evidente que estaba hecha un asco.

Justo cuando cruzaba las puertas del estadio recibí un mensaje de Jude: ¿YA ESTÁS POR AQUÍ?

Mientras seguía al acomodador hasta el habitáculo reservado para las mujeres y las novias de los jugadores, le contesté: ACABO DE LLEGAR. ¿ESTÁS NERVIOSO?

Sonreí al recibir su respuesta: YA NO.

Entré en el ascensor detrás del acomodador y tecleé la mía: ESTOY MUY ORGULLOSA DE TI, CARIÑO. MÉTELES CAÑA.

La contestación fue instantánea: LO HARÉ. NOS VEMOS LUEGO.

TE QUIERO, JUDE.

TE QUIERO, LUCE.

No comprendía que tuviera tiempo de estar escribiendo mensajitos con el partido a punto de empezar. Claro que sabía por experiencia que Jude siempre hacía lo que le daba la gana.

Me sentaba bien sonreír. Con ganas. Seguramente no me habrían dado el premio a la sonrisa del año, pero por lo menos no era forzada. Aunque se desvaneció en cuanto el acomodador me guió hasta una gran sala con ventanas. El campo parecía estar a un kilómetro y medio de distancia.

¿Habría confundido el estadio con un club nocturno?

Allí se encontraban casi todas las tías con las que me había estado codeando a la fuerza durante el verano, además de algunas caras nuevas. Andaban de un lado a otro tomando champán o agua con gas, con sus elegantes vestidos y sus zapatos de tacón. Llevaban joyas vistosas y maquillaje de noche.

Yo iba ataviada con la típica indumentaria de los días de partido: los leggings negros, las botas altas y una camiseta con el nombre y el número de Jude estampados en la espalda. Parecía una auténtica palurda en comparación con las Amazonas del glamour salidas de Rodeo Drive.

Tras las primeras miradas, nadie reparó en mí cuando crucé la sala. Bueno, sí que repararon en mí, pero trataron de ocultar las narices arrugadas y las caras de espanto.

Todo cuanto quería era presenciar el partido, animar a Jude y olvidarme de mi vida durante un par de horas. Quería mezclarme con la multitud.

Pero el resultado estaba cantado de antemano al ir vestida al estilo de las fiestas de pijamas cuando todo el mundo parecía ataviado para asistir a la gala de la Miss del año en la mansión Playboy. Me procuré un botellín de agua del final de la mesa repleta de comida y bebida y fui derechita a la silla del último rincón.

Me esforcé por olvidarme de la sala y sus ocupantes y me centré en el partido. Enseguida reconocí a Jude. Resultaba gracioso que por fin hubiera dejado de desentonar entre los jugadores. En los partidos del instituto parecía un gigantón, y en los de la universidad seguía llevando varios centímetros y kilos de ventaja al resto. Ahora, en cambio, entre la flor y nata del país, las fuerzas estaban equiparadas. Estuve a punto de ponerme en pie y empezar a vitorearlo como una posea, pero me contuve. Allí nadie proclamaba vótores. Ni siquiera atendían al partido.

Seguramente era porque aún no se había producido el saque inicial. Sin embargo, un vistazo a las gradas me reveló que el público estaba gritando y silbando, puesto que eso era lo normal en un partido de fútbol americano, desde el minuto en que se entraba al estadio hasta el momento de abandonarlo.

Sabía que se suponía que allí arriba disponíamos de los mejores asientos, pero tenía celos incluso de los fans alojados en la zona con peligro de hemorragia nasal. Tenía que hablar con Jude y ver si podía conseguirme unas entradas en las gradas. Echaba de menos mi asiento a media altura en la zona central, desde donde gritaba su nombre con la ilusión de que podía oírme. Echaba de menos verle de cerca el trasero embutido en lycra, y sabía que aún echaría más de menos el beso que nos dábamos después de cada touchdown.

Un minuto antes del saque inicial, la puerta se abrió de golpe y dio paso a un rostro familiar.

—¿Qué pasa, pendones? —espetó Sybill, invadiendo la sala con su vozarrón y su energía. Por fin pude exhalar el aire que había estado conteniendo yo qué sé cuánto tiempo. Saludó a unas cuantas chicas de camino a la mesa donde el aperitivo estaba servido, y al verme frenó en seco.

La saludé con la mano.

—¿Qué narices estás haciendo escondida en un rincón, Lucy? —preguntó a la vez que cogía una cola y se disponía a cruzar la sala en dirección a mí. Otra sonrisa, esa vez auténtica, floreció en mi boca al comprobar cómo iba vestida: tejanos, deportivas y camiseta—. ¿Estas tiparracas han desaprobado tu vestimenta? —Me guiñó un ojo y tomó asiento a mi lado—. Venga, va. ¿Cómo se te ocurre acudir a un partido de fútbol sin el vestido de putilla de lujo de los sábados?

¿Era una carcajada o solo imaginaciones mías? ¿La había soltado yo?

No era posible. Llevaba toda la semana sin ánimos para reírme.

—Sí, ya ves. Mea culpa. Creo que la próxima vez me relegarán a las gradas, con el resto del cutrerío. —La salida parecía incluso un poco ocurrente. ¿Acaso la antigua chispa de Lucy Larson amenazaba con volver?

Me entraron ganas de ponerme a bailar.

Pero entonces recordé que tenía que tomarme las cosas con calma. Porque estaba embarazada. Órdenes del médico.

Nunca una sonrisa y la vena chisposa se habían esfumado con tanta rapidez.

Juro que cada vez que pensaba que ahí dentro algo estaba creciendo notaba que el vientre aumentaba de tamaño.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Sybill, dándome un codazo, y abrió el refresco.

—Sí. Nerviosa, alterada, llámalo como quieras —respondí.

—Ya. Somos nosotras quienes nos complicamos la vida. Los tíos viven más frescos que una lechuga —dijo—. Pero no te preocupes. He observado a Jude durante el calentamiento y te aseguro que ese tío está preparadísimo para llevarnos directos a la zona de anotación.

—¿Has podido ver el calentamiento?

—Los niños y yo siempre llegamos una hora antes del partido para ver cómo se preparan los jugadores.

—¿Has traído a los niños? —Me di media vuelta y busqué con la mirada a la cuadrilla de mocosos—. ¿Dónde están?

—Espero que sentaditos en sus sillas, haciendo caso a mi madre —aclaró—. Claro que es más probable que hayan saltado al campo y le estén pidiendo a su padre que les cante «We Are the Champions». —Dio otro sorbo a su refresco—. En lo que llevamos de temporada no ha pasado nunca, pero...

—Espera —la aferré del brazo—. ¿Estás sentada en las gradas?

—En primera fila, cariño —aclaró con orgullo.

—¿Lo has elegido tú?

—Más o menos. Pero me encantaría ver la cara de estas tiparracas si algún día se me ocurre subir aquí con mis cuatro retoños. A lo mejor lo pruebo solo por gusto —dijo mientras observaba a algunas de las mujeres allí reunidas y sacudía la cabeza—. A mí todo esto me recuerda demasiado a la alfombra roja de Hollywood, ¿sabes? Yo soy más bien de tejanos y perrito caliente.

—Sybill, ya sé que puedo parecerte una exagerada, ya que nos hemos visto pocas veces, pero te quiero mucho —confesé—. ¿Te importa si a partir de ahora me siento contigo en los partidos?

—Me encantará disfrutar de la compañía de alguien que no sea mi madre o uno de mis retoños.

—Genial. Le pediré a Jude que me busque entradas a tu lado, porque no creo que pueda soportar a esta pandilla de muñecas Barbie durante el resto de la temporada.

—Seguro que no tendrá problemas para conseguirlas. Deon al principio también me colocó aquí. —Se echó a reír, sumida en sus pensamientos—. Dios sabe que lo adoro, pero es tan protector que a veces se pasa de la raya.

—Me suena.

—Jude me ha dicho que esta semana has estado muy ocupada con el inicio del curso y todo eso. ¿Qué tal te ha ido? Me entraron ganas de echarme a llorar como una magdalena. El hecho de que una pregunta tan inocente me dejara hecha un trapo era una prueba más del desastre emocional y hormonal en que me había convertido.

—Más o menos bien —dije, y aparté la mirada.

—Pero no del todo, ¿no? —preguntó Sybill.

Con un par de preguntas había conseguido que la alegría de verla se transformara en ganas de perderla de vista cuanto antes.

—No del todo, no —reconocí.

—Bueno, y... —Se volvió en el asiento para mirarme de frente y bajó la vista a mi vientre—. ¿De cuánto estás, cielo? No estoy segura de si lo primero que hice fue abrir la boca o llorar.

—No pasa nada, cariño —me tranquilizó, cogiéndome la mano.

—¿Cómo lo has adivinado? —pregunté, mirando a mi alrededor. Nadie nos prestaba atención, y de hecho dudaba de que lo hicieran aunque me pusiera a hacer gimnasia desnuda allí mismo.

—He estado embarazada tantas veces, Lucy, que soy capaz de pronosticar un bombo antes de que lo sepa la misma interesada.

Me miré el vientre. No se me notaba nada. De momento. Pero pronto se notaría. El médico me había dicho que era probable que en cuestión de un mes empezara a tener barriga. O sea, que aunque quisiera ocultarlo no podría.

—¿Y qué? —preguntó al verme tan callada.

—Estoy casi de cuatro meses —confesé, y me sentí aliviada por haberlo compartido con alguien.

—Y me imagino que Jude no sabe nada, porque si no, no habría parado de darse importancia y de hablarle a todo el mundo del bebé tan precioso que vais a tener.

Sacudí la cabeza.

—¿Soy mala persona por no habérselo contado?

—Oh, Lucy, claro que no, cariño. —Sybill me pasó el brazo por los hombros y me hundió la cabeza en su pecho. Debía de tener solo unos diez años más que yo, pero el gesto expresaba tanta ternura y protección que resultaba evidente que tenía bastante experiencia como madre—. Estás asustada. Preocupada. Pero no eres mala persona. Nada de eso.

—Entonces ¿por qué me siento tan mal? —pregunté, y un sollozo me ahogó la voz.

—¿Qué te hace sentir mal? ¿Estar embarazada o no habérselo dicho a Jude? —Continuó abrazándome y no permitió que me apartara de ella, así que dejé de intentarlo.

—Las dos cosas —reconocí.

—¿Me permites que te pregunte por qué aún no le has contado nada a Jude?

—En realidad no lo sé —dije—. Supongo que por miedo. Tengo miedo de su reacción. Tengo miedo de que sus sentimientos cambien. De que no se sienta preparado para ser padre. Tengo miedo de que no quiera estar con una zángana gordinflona siendo... —Con un gesto señalé el terreno de juego, donde tenía lugar el saque inicial—. Siendo quien es.

Sybill exhaló un suspiro mientras yo derramaba cuatro lagrimitas. Deberíamos haber estado saltando y profiriendo vítores y en cambio estábamos abrazadas, apoyándonos la una en la otra.

—Conozco bien ese miedo, Lucy. Bien sabe Dios que lo conozco —dijo; las dos mirábamos al terreno de juego—. Voy a contarte una historia. No es un cuento de hadas, pero tiene un final feliz. Y la conozco bien, ya que es mi historia.

—Hizo una pausa y dio un sorbo a su refresco—. Deon y yo nos conocimos en la universidad. Dios, me enamoré de ese hombre en el instante en que lo vi, pero... él ni siquiera me vio a mí. Por lo menos al principio —dijo, y rió para sí—. Una noche fuimos los dos a una fiesta, y gracias a que mi prima me prestó un vestidito que era la mínima expresión y me enseñó a ponerme rímel, acabamos bailando juntos. Al cabo de unas cuantas canciones, empezamos a besarnos. Y cuando ya parecía que lleváramos así horas, empezamos a quitarnos la ropa y a buscar una habitación vacía. Nos acostamos juntos. Era mi primera vez, y a la mañana siguiente me horroricé al pensar que había acabado liada con un tío al que apenas conocía en una fiesta de borrachuzos.

Sybill tenía razón: no sonaba precisamente a cuento de hadas, pero me encantó. Me entusiasmó su historia, así como la dulzura de su voz mientras la contaba.

—Cuando me desperté, me prometí a mí misma que a partir de ese momento evitaría a Deon por todos los medios. Y me funcionó. Por ese día. —Se echó a reír—. El tío se dedicó a preguntarle a todo aquel con el que se cruzaba si conocía a la chica con la que había estado en la fiesta de la noche anterior. Sus mejores amigos no lo sabían, claro, porque para el grupito de los elegidos yo era una pringada. Esa tarde se topó «por casualidad» con mi prima en la cafetería y ella le dio mi número de teléfono y le dijo en qué residencia estaba, incluso qué día era mi cumpleaños. Joder, menos mi número de la seguridad social, se lo dijo todo. Así que me lo encontré en la puerta con un ramo de flores en la mano y, mirándome con esos ojazos de cachorrito, me suplicó que saliera con él. Esa vez en plan serio. En ese momento empecé a esbozar una sonrisa. Dios, su historia era distinta de la mía con Jude, pero al mismo tiempo se parecía mucho.

—Quedamos un día, y luego otro, y otro más. Empezamos a pasar juntos todos los minutos de nuestro tiempo libre. Yo notaba que era algo especial, que tenía que durar siempre. Al cabo de dos meses, a Deon le ofrecieron la oportunidad de entrar a formar parte del equipo. Los dos nos pusimos a dar saltos de alegría, y ese mismo día se me declaró. Era el sueño de toda mujer, por lo menos el mío; y entonces descubrí que estaba embarazada.

Sí. La historia era muy parecida a la mía con Jude. Tanto que casi tuve que darme un pellizco para asegurarme de que no soñaba.

—Estaba convencida de que Deon me plantaría. ¿Por qué iba a querer atarse a una tipeja embarazada si acababa de firmar un contrato muy succulento con la NFL? Al principio no le dije nada. No quería poner fin al cuento de hadas. No se lo expliqué hasta que empezó a notárseme. Recuerdo que tenía tanto miedo que estuve a punto de desmayarme.

—A mis ojos asomaron unas cuantas lágrimas más—. Se lo dije después de su primer partido. Incluso me había preparado el discursito de despedida. ¿Y sabes qué contestó él en cuanto lo supo? ¿Sabes cuáles fueron sus primeras palabras cuando supo que la chica de diecinueve años con la que había estado saliendo cinco meses estaba embarazada? —En algún momento Sybill debía de haber empezado a llorar también, porque noté que me caía una lágrima en la frente—. Dijo: «Siempre he querido tener una familia numerosa, o sea, que supongo que lo ideal es empezar cuanto antes». —Sacudió la cabeza y se echó a reír—. Luego me dijo que me amaba, y al cabo de un mes nos casamos. El resto, diez años y cuatro hijos después, ya lo conoces —concluyó, y señaló el terreno de juego con un gesto.

—¿Tuviste que dejar los estudios? —pregunté, y en ese momento me di cuenta de que Sybill era la persona más adecuada para pedirle consejo.

—Los dejé porque quería estar con Deon y pasar tiempo con el bebé. Pero pude hacer cursos a distancia y al final me saqué el título.

—¿En algún momento te has arrepentido? —susurré—. ¿Has pensado que era una pena haberte quedado embarazada? ¿Haber dejado los estudios? ¿Haber renunciado a tus sueños?

—No se me ha pasado por la cabeza ni una vez. No me arrepiento de nada de eso. No vivas con remordimientos, Lucy. Son tóxicos. Si me preguntas si echaba de menos ciertas cosas que sabía que me estaba perdiendo, pues claro que sí. Pero si pongo en un lado todo eso y lo comparo con lo que he salido ganando, la pila de lo que podría haber sido y no fue es insignificante al lado de la torre infinita de lo que sí ha sido.

Ya no se trataba de lagrimitas sueltas. Aquello era una llantina de padre y muy señor mío.

—Sí, me he perdido cosas. Pero la vida es así, Lucy. Para mí lo que cuenta es lo que no me he perdido. Cuando miro la cara de mis hijos, sé que aunque tuviera la oportunidad de cambiar algo, no lo haría; por nada del mundo.

—¿O sea, que me aconsejas que tenga al bebé, que se lo diga a Jude y lo criemos juntos? —pregunté entre sollozos. Ya no estaba segura de que las otras mujeres no hubieran reparado en la llorica del rincón, pero a esas alturas me daba igual.

—No, no te estoy diciendo eso. Hay cosas que solo puedes decidir las tú, Lucy. Pero sé que cuando estés preparada, las decisiones que tomes serán las más apropiadas para ti.

No sé qué fuerza divina había hecho que Sybill apareciera en el palco preferencial, pero fuera lo que fuese le daba las gracias. Me sentía un millón de veces mejor y la losa que arrastraba pesaba quinientos kilos menos. Aún no tenía respuestas, pero ya no me aterraban las preguntas.

—Gracias, Sybill —dije, y me enjugué los ojos con el dorso del brazo—. Ya te he dicho antes que te quiero mucho, ¿verdad?

—De nada, preciosa —dijo, y me estrechó los hombros una vez más antes de incorporarse—. Tú también cuentas con todo mi cariño. Tengo que volver con mi madre antes de que a la mujer le dé un ataque de nervios, pero si alguna vez necesitas hablar, llámame, ¿vale?

Asentí.

—Vale.

—¿Estás bien? —preguntó, y echó un vistazo alrededor de la sala. Había empezado el partido y a pesar de eso nadie le prestaba atención. La suerte era que tampoco me la prestaban a mí.

—Sí, estoy bien. —Era la primera vez en toda la semana que respondía a esa pregunta sin mentir.

—Espero verte en las gradas en el próximo partido. ¿Lo pillas? —dijo, y se procuró otro refresco antes de dirigirse a la puerta—. Necesito toda la ayuda posible.

—Allí estaré —aseguré—. La verdad es que tengo bastante mano con las criaturas.

Sybill me dirigió una sonrisa de complicidad.

—Me lo imagino, Lucy Larson. Me lo imagino. —Y me saludó con un breve movimiento de la mano antes de salir.

Todas aquellas mujeres seguían ocupadísimas en unas conversaciones aparentemente tan importantes que no les permitían ver el partido, y apiñadas alrededor de la mesa de la comida a pesar de que ninguna la probaba.

Me hizo un ruido el estómago. Las galletitas saladas y los refrescos no llenaban mucho. Por primera vez en toda la semana, empecé a salivar cuando mi mirada recayó en el frutero. Sabía que tal vez lo lamentaría, pero me apetecía una manzana. Me levanté de inmediato y me abrí paso hasta el apetecible bocado, y volví a mi sitio justo en el momento en que Jude se adueñaba del terreno de juego.

Me olvidé de la manzana. Me olvidé de todo a excepción de que él se estaba situando en su posición. Parecía imposible que tan solo cuatro años atrás hubiera entrado a formar parte del equipo del instituto a regañadientes y ahora estuviera ahí, a punto de lucirse en su primer partido de la gran liga.

Tuve que recordarme a mí misma que necesitaba tomar aire.

El centro hizo el saque. Jude capturó el balón sin esfuerzo y lo retuvo unos segundos para dar tiempo a que sus receptores adoptaran las respectivas posiciones. Echó el brazo hacia atrás y cuando lanzó el pase empecé a gritar. Lo aclamaba como una posesa. El balón estuvo en el aire unos cuantos segundos pero sabía que aterrizaría justo donde Jude había planeado que lo hiciera. Había asistido a suficientes partidos para saber que rara vez o nunca fallaba en su objetivo.

Cuando el balón aterrizó en brazos del receptor en la línea de veinte yardas, empecé a vitorear con más energía. Era la única que lo hacía; de hecho, era la única que gritaba. Pero me daba igual. Jude acababa de hacer su primer pase en la NFL. Poco tiempo antes, su mayor logro había consistido en conseguir que no volvieran a enviarlo a la cárcel y proseguir los estudios secundarios; en cambio, allí estaba, haciendo realidad su sueño de que millones de personas de todo el país lo contemplaran y celebraran su éxito.

Derramé otra lágrima. Mientras él se convertía en un dios del fútbol americano yo me estaba transformando en un saco de emociones.

Cuando dejé de vitorearlo el tiempo suficiente para recobrar el aliento, noté que todos los ojos estaban clavados en mí.

—¿Habéis visto eso? —pregunté, en general, mientras gesticulaba señalando el campo.

No esperé a que me respondieran. El partido estaba en marcha.

No dejé de gritar porque sabía que nunca encajaría en aquel ambiente de alfombra roja y sus estándares, fueran los que fuesen; y, lo más importante: no quería hacerlo.

Estaba sentada al lado del hombre del que esa noche más se hablaba en todo el país. Tras completar cuatro touchdowns sin que interceptaran el pase una sola vez en todo el partido, y llevar a su equipo directo a una victoria que según los expertos era un milagro equiparable a resucitar a un muerto, Jude Ryder había demostrado estar diez veces por encima de lo esperado en su primer partido de la NFL. Se había convertido en un héroe nacional, y sin embargo, de camino al aeropuerto en su tartana, me pasaba el brazo por los hombros como si todavía fuera el viejo gamberro de Southpointe High.

Me sentía agotada, pero había valido la pena darse el tute por verlo, y sabía que para Jude significaba mucho. Sobre todo porque no paraba de repetírmelo.

—¿Te he dicho ya lo orgullosa que me siento de ti? —dije, y pensé que ojalá aquellas luces cercanas no fueran el aeropuerto.

—Hace cinco minutos. —Me abrazó con más fuerza—. Gracias por venir. Los partidos no son lo mismo si tú no estás, Luce.

—Para mí también es importante.

—¿Vendrás dentro de dos semanas? El fin de semana que viene tenemos descanso, pero al siguiente volvemos a jugar en casa.

—Aquí estaré —aseguré, y pensé que sería el momento ideal para contarle a Jude lo del embarazo. No quería decírselo por teléfono, y no me sentía con ánimos de hacerlo todavía. Además, aunque hubiera conseguido hacer de tripas corazón, no nos quedaba tiempo material. Cuando llegamos al aeropuerto dispuse como mucho de diez minutos antes de tener que acudir a la puerta de embarque. No quería decírselo deprisa y corriendo. No quería soltarlo con la sensación de ir contrarreloj. Si nos hacía falta un día entero, quería poder tomármelo, fuera para hablar o para no decirnos nada y simplemente estar juntos mientras asimilábamos el profundo cambio que iban a experimentar nuestras vidas.

—Y te quedarás todo el fin de semana, ¿verdad?

—Sí —respondí a la vez que Jude entraba en el aparcamiento.

—Estoy harto de que tengamos que separarnos, Luce —dijo, y estampó la palma de la mano en el volante—. Estoy harto de acostarme solo por las noches, y de enviarte mensajes en lugar de hablar contigo. Te echo de menos. Me vencía el cansancio. Y el embarazo. Y las emociones.

Sus palabras me provocaron el llanto al instante.

—Yo también estoy harta —dije con la cabeza hundida en su hombro para que no me viera llorar.

—Tengo una solución para eso, ¿sabes? Para evitar el engorro de estar separados —dijo con un tono vacilante.

—¿Cuál? ¿Que me traslade aquí contigo y nos casemos? —pregunté sin hacer grandes esfuerzos para adivinar lo que estaba pensando.

Noté su gesto de asentimiento contra mi mejilla.

—Yo lo haría por ti si pudiera.

Esa vez su voz sonó triste.

—Pero yo no te lo pediría nunca —repuse—. Tú tienes tus compromisos y yo tengo los míos. Lo jodido es que los tengamos cada uno en una punta del país.

Me dio un empujoncito con la cabeza para que me volviera a mirarlo, pero no me sentía capaz. Tenía que poner fin a las lágrimas antes de que lo notara.

—Mi primer compromiso eres tú, Luce.

—Ya lo sé —dije, y me enjuagué las lágrimas con el brazo—. ¿Qué es lo que me estás pidiendo, Jude? Entiendo que soy tu prioridad, pero también soy consciente de que has firmado un contrato nada menos que con un pequeño equipo llamado San Diego Chargers.

—Es verdad, tengo un contrato. De tres años. Si después quieres que lo deje para que podamos pasar los siguientes treinta viajando por los mejores escenarios, lo haré.

Exhalé un lento suspiro.

—¿Harías eso por mí? ¿Renunciarías a tu pasión para que yo me dedique a la mía?

—Amor, el fútbol no es mi pasión —dijo, y me besó cariñosamente la frente—. Tú sí.

Oh, oh... Sollozos en el horizonte.

—No me malinterpretes, me gusta el fútbol. Muchísimo. Pero no puedo compararlo contigo, porque no es comparable. Firmé el contrato porque se me da bien esto y porque en tres años puedo ganar tanto dinero que luego tendremos la vida solucionada y tú podrás dedicarte a bailar todo lo que quieras y donde quieras sin tener que preocuparte por el tema económico.

Sabía que tendría que estar yéndome, pero no podía. Estaba cansada de separarme de él.

—Tres años de fútbol y tres años de baile. Ni más ni menos. ¿Es eso lo que me propones?

—Lo que te propongo son tres años de fútbol y luego el resto del tiempo juntos, dedicándote al baile si es eso lo que quieres —dijo.

—¿Y si en algún momento decidimos formar una familia? —pregunté. Vi la oportunidad de introducir el tema y lo tomé como una señal—. ¿Cómo encaja un bebé en nuestro plan de los tres años aquí y tres años allá?

Noté su cuerpo relajarse contra el mío.

—Me encantará que tengamos hijos, Luce, porque vas a darme los bebés más preciosos del mundo entero; pero aún somos muy jóvenes. —La sonrisa que había empezado a dibujarse en mi rostro se esfumó—. Acabamos de cumplir veintiún años. Tenemos toda una década por delante antes de empezar a pensar en traer algún que otro chavalillo al mundo. Tenemos tiempo, así que vamos a aprovecharlo —dijo, y trató de volverse para mirarme a la cara—. ¿De acuerdo?

Le respondí con un gesto de asentimiento, porque no me fiaba de mí misma si hablaba.

—¿Luce? —dijo, preocupado al captar mi expresión—. ¿Estás bien? —Se volvió hacia mí por completo y me sujetó la cara de modo que no pude apartarla.

—Sí —respondí con un tono apagadísimo, tal como imaginaba que iba a hacerlo—. Es que estoy cansada.

—¿Y por qué parece que estés llorando? —preguntó, enjugándome la mejilla con el pulgar.

—Porque cuando estoy cansada me entran ganas de llorar.

Hizo una mueca.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace poco —dijo. Tenía que bajarme de esa camioneta, y no solo porque fuera a perder el avión, sino también porque sabía que si Jude no se relajaba y seguía en el papel de gran inquisidor, acabaría por ceder y plantarle el notición. Justo cuando acababa de reconocer que no estaba preparado para dar ese paso, y que no se planteaba darlo hasta al cabo de diez años. ¿Cómo le soltaba a un tío que creía que disponía de una década entera para hacerse a la idea de ser padre que lo sería en menos de seis meses?

La respuesta era obvia: de ninguna manera. No podía decírselo, de momento. No mientras tuviera sus palabras tan frescas en la mente.

—¿Qué pasa? —El rostro de Jude se ensombreció mientras me observaba—. Cuéntamelo, Luce.

Bajé la cabeza, incapaz de contemplar la tortura en sus ojos por más tiempo.

—No puedo. Aún no —confesé—. Te lo contaré pronto.

Dio un resoplido.

—Llevo tres años oyéndote decir que pronto harás esto o lo otro, y me parece que para ti esa palabra no significa lo mismo que para mí.

No tenía por delante tres años, ni siquiera tres meses. Mi «pronto» en ese caso coincidía con su «pronto».

—Te lo contaré pronto —repetí—. Te lo prometo.

—O sea, que puedo esperar sentado.

Me mordí el labio.

—Tengo que irme.

—Sí, sí, ya lo sé. Es lo mismo de siempre —dijo, y me escrutó como si quisiera ver mi interior—. Ya sé que estás cansada y que tienes que coger el avión, y que no quieres hablar de lo que sea que tanto te preocupa. Pero cuando hayas descansado una noche entera te sentirás mejor. Cuando creas que estás preparada, llámame, Luce; llámame. Da igual si estoy entrenando, durmiendo o en la ducha. Cogeré el teléfono. Llámame mañana, o pasado, o al día siguiente, en cuanto estés mejor, y hablaremos de esto. Lo solucionaremos igual que hemos hecho siempre.

Hizo una pausa y esperó.

—¿De acuerdo, Luce? Solucionaremos esto. Todo irá bien —aseguró, y me estrechó en sus brazos—. Llámame y lo resolveremos juntos.

Le devolví el abrazo con la impresión de que me era imposible estrecharlo todo lo que habría querido. Pero no hice esa llamada, ni al día siguiente, ni al otro; ni al otro.

Pasó otra semana, ya faltaba una menos para el día D, tal como Holly y yo lo habíamos bautizado. Jude y yo hablábamos a diario, pero no de lo que teníamos que hablar. Yo fingía que todo iba bien y eludía las preguntas comprometidas, aunque sabía que no conseguía engañarlo. Incluso evitaba llamar a mis padres, porque ¿cómo podía contarles cosas de la escuela y de la danza y al mismo tiempo ocultarles que estaba en el segundo trimestre de embarazo?

Así, cuando Anton me preguntó si el sábado podría ir a trabajar, le dije que sí sin pensarlo dos veces. Mientras estaba en clase o trabajando tenía la mente lo bastante ocupada para fingir que mi vida no estaba entrando en una especie de espiral de descontrol. Tras el inicio del curso, Anton contrató a una administrativa a tiempo completo, pero la mayor parte de las semanas seguía trabajando el sábado o el domingo. Siempre hacía falta empezar, acabar o elaborar por completo algún informe. Siempre había que preparar alguna presentación. Y Anton no solo no me ponía problemas con el horario flexible, sino que me animaba a que lo adaptara a mis necesidades. Daba igual si entraba muy temprano o muy tarde, o si trabajaba en sábado o domingo; el tío siempre estaba allí. Hasta el punto que empezaba a preguntarme si vivía en la oficina.

Ese día Thomas estaba libre para cuidar de LJ mientras Holly trabajaba, así que me personé en Xavier Industries a las ocho de la tarde. Cuando al cabo de un rato Anton salió de su despacho, yo no había levantado la cabeza del ordenador ni una sola vez.

—Gracias por echarme una mano hoy también, Lucy —dijo, y me dejó un botellín de agua sobre el escritorio—. Es increíble cuánto trabajo soy capaz de quitarme de encima cuando no tengo que preocuparme de que cada dos segundos alguien asome la cabeza por la puerta del despacho.

—No pasa nada —contesté, y antes de apagar el ordenador guardé el archivo del informe al que había dedicado las últimas horas. Se estaba haciendo tarde, y esa noche me había comprometido a llevar comida preparada para todos.

—¿Qué tal te va todo? —preguntó Anton con expresión seria—. India me ha contado que últimamente te has saltado un montón de clases.

Traidora. Se había quedado sin postre.

—Estoy bien —dije, encogiéndome de hombros—. Aunque atravieso una etapa un poco complicada.

—¿Es por culpa de Jude? —preguntó, y se inclinó sobre mi escritorio.

Noté el arrebató de ira. Hacía tanto tiempo que no experimentaba ninguno que lo agradecí. Era como si me visitara un buen amigo al que había perdido de vista hacía tiempo.

—Permite que te responda a eso por partes —dije, cruzándome de brazos—. Primero: no es asunto tuyo. Segundo: no es asunto tuyo. —Me levanté de golpe, agarré el bolso y fui directa al perchero para recuperar la chaqueta.

Quería salir de allí antes de que a Anton se le hincharan las narices.

—Te hago sentirte incómoda.

Di un resoplido.

—No me parece precisamente la revelación del año.

Anton soltó una risita.

Qué exasperante.

—Bueno, tal vez esto sí que lo sea —dijo mientras se me acercaba—. Sé por qué te hago sentirte incómoda.

—Yo también —repuse, mirándolo de arriba abajo—. Por todo. Solo con pensar en ti me entran sudores.

Fantástico. No solo le había dado a entender que pensaba en él, sino que además, cuando lo hacía, me daban sudores; y al muy retorcido tampoco le había pasado por alto la connotación. Ya lo veía esbozando una sonrisita ladeada.

—Es porque en el fondo te gusto. En el fondo te atraigo, y eso te fastidia. En el fondo sabes que si no fuera por él, tú y yo estaríamos juntos. —Lo dijo sin que le remordiera la conciencia lo más mínimo, ni siquiera demostraba pudor. Me estaba poniendo negra. Más aún. Y no sabía muy bien si el motivo era que estaba muy equivocado o que no lo estaba en absoluto. Todo me resultaba muy confuso.

—Puede —respondí, encogiéndome de hombros con aire perezoso—. Claro que esa es la respuesta universal, la que contesta cualquier pregunta. Puede. Puede que si las cosas fueran distintas y no existiera Jude, tú y yo nos hubiéramos liado; pero las cosas son como son. Jude existe. Y estoy enamorada de él. —Me estaba poniendo frenética, faltaba poco para que empezara a gritarle. Levanté la mano izquierda y le mostré claramente el anillo—. Y vamos a casarnos.

Anton metió las manos en los bolsillos.

—¿Cuándo?

—Pronto. —Hice una mueca al reparar en la palabra que acababa de pronunciar. Él también se dio cuenta.

—¿Cuánto tiempo hace que estáis prometidos? —Seguía siendo la viva imagen de la serenidad.

—Tres años.

Se me acercó un paso; yo retrocedí otro.

—¿A qué estás esperando?

¿Por qué no me habría limitado a repetirle que no era asunto suyo?

—A terminar la universidad.

—No, me parece que no es por eso —dijo con mucha seguridad—. Me parece que estás esperando porque no estás segura. Algo dentro de ti te dice que él no es el hombre apropiado para ti, y no consigues acallar esa voz.

—Uau. Qué bueno —dije, y empecé a aplaudir—. Y el ganador del premio al mayor iluso del año es... —Dejé de aplaudir para señalarlo con un gesto teatral.

Cuanto más me exasperaba yo, más fresco parecía estar él. Daba la impresión de que nada de lo que hiciera o dijera iba a sacarlo de sus casillas.

—Dices que tú y yo nunca estaremos juntos, pero eso es porque no te atreves a planteártelo. —Dio otro paso en mi dirección, y esa vez al retroceder me topé con la pared.

Qué bien.

—No quiero planteármelo —respondí, lanzándole una mirada de advertencia para que no se atreviera a dar un paso más.

Hizo caso omiso.

—Pues entonces tendré que echarle una mano.

Antes de que tuviera tiempo de darme cuenta de sus intenciones pegó sus labios a los míos y a continuación me cogió. Su boca estaba inmóvil, pero sus manos se deslizaron con suavidad hasta mi cintura sin soltarse.

Traté de quitármelo de encima de inmediato. Contra Jude mis fuerzas no tenían nada que hacer, pero a Anton sí que conseguí apartarlo un poco, aunque no lo suficiente. Siguió acosándome con los labios, como si estos fueran un náufrago suplicando ayuda. Pero hacía tiempo que yo había lanzado mi único salvavidas a otra persona; y no le había pedido que me lo devolviera, ni deseaba hacerlo. Sabía que en parte Anton tenía razón. Era muy posible que hubiéramos acabado juntos si no existiera Jude. Pero la realidad era muy distinta. Anton ocupaba un segundo plano con respecto a Jude; quizá fuera el chico que podría haber sido mi pareja, pero Jude era mi pareja real; y lo sería siempre.

—Anton, para —protesté contra sus labios implacables.

O estaba sordo o había decidido no hacerme caso. Fuera como fuese, no me servía como excusa.

Levanté la mano y se la estampé con fuerza en la cara.

—¡Para ya!

La bofetada captó su atención. Menos mal, porque mi siguiente recurso habría sido un rodillazo en la entrepierna.

Cuando Anton dejó de cogerme con tanta fuerza, le propiné otro fuerte empujón y lo aparté casi un metro.

—Eres un cabrón. ¿Qué te parece eso como respuesta a la pregunta de por qué no estamos juntos? —Cuando pasé por su lado le di otro empujón por el mero hecho de que se lo merecía, y me dirigí a la puerta—. Y una cosa más:

¡Me voy!

No aguardé su respuesta. Corrí hasta el ascensor con la esperanza de llegar al coche antes de que mi mente empezara a procesar lo ocurrido en los últimos dos minutos. Tenía la impresión de estar hiperventilando.

Era posible que lo que Anton había dicho fuera verdad, pero no importaba. Estaba con Jude. Quería a Jude. En el mundo no había lugar para Anton y Lucy, ya que cuatro años atrás le había entregado mi corazón a Jude Ryder.

No me cabía duda de que si hubiera introducido en un ordenador el nombre de Anton y el mío y hubiera pedido que realizara una prueba de compatibilidad, el resultado habría sido del cien por cien. Lo sabía, pero eso no cambiaba nada. Y lo último que necesitaba era que me lo restregara por las narices cuando mi novio estaba en la otra punta del país y yo sufría una inestabilidad emocional y hormonal del copón.

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor, crucé a toda prisa el vestíbulo, me lancé hacia la puerta giratoria y seguí corriendo hasta el Mazda. Antes de que me diera cuenta de lo que hacía, había sacado el móvil del bolso. Y, como si mis dedos tuvieran vida propia, mientras entraba en el coche marqué un número de teléfono.

Jude contestó a la primera llamada.

—Hola, Luce.

El simple hecho de oír su voz desató el alud de emociones que había estado intentando contener. Empecé a sollozar. Con unos sollozos tremendos, convulsivos, asfixiantes. De los que solo había experimentado durante los días posteriores al asesinato de mi hermano.

—¿Qué te pasa, Luce? —La voz de Jude estaba tensa por la preocupación—. Mierda. ¿Te encuentras bien? ¿Dónde estás? —Se le notaba frenético, y daba la impresión de que corría.

Tomé aire y conté hasta cinco tratando de serenarme lo bastante para poder tranquilizarlo y explicarle que no me estaba desangrando en un callejón ni nada parecido.

—Te necesito, Jude —dije entre sollozos—. Lo siento. Sé que es tarde y que por la mañana tienes entreno... —Me era casi imposible articular las palabras, y cada vez que conseguía pronunciar una me parecía todo un logro—. Pero te necesito.

Lo oí renegar entre dientes. No sé si mi intento de serenarme había servido para calmarlo o para que le entrara aún más pánico.

—Ya voy, nena, ya voy —dijo, y ahora no me cabía duda de que estaba corriendo porque lo oía cortar el aire a través del teléfono—. Llegaré lo antes posible.

Detestaba sentirme tan débil. Era como si necesitara que otra persona me ofreciera su apoyo para sostenerme en pie, pero traté de apartar esa idea y concentrarme en la suerte que tenía de contar con alguien a quien llamar cuando necesitaba ese tipo de apoyo.

—Gracias —susurré a la vez que trataba de arrancar el motor—. Tenía las manos temblorosas y eso me dificultaba la tarea.

—¿Te han atacado, Luce? —preguntó—. ¿Estás herida?

Sabía que se refería a agresiones y heridas físicas, así que respondí en ese sentido.

—No, no me han atacado, y no, no estoy herida.

—¿Dónde estás? —volvió a preguntar antes de dirigirse a alguien en tono entrecortado; un taxista, tal vez.

—Voy en coche. De camino al apartamento.

—¿Puedes conducir?

Respiré hondo unas cuantas veces más hasta que dejé de temblar.

—Sí, no te preocupes.

—Vale. Espérame en el apartamento. Estoy de camino, cariño.

—Gracias. —No podía decirle nada más.

—Te quiero, Luce. —Aún se le oía preocupado, pero consiguió tranquilizarme.

—Ya lo sé, Jude —contesté—. Ya lo sé.

Esperaba que siguiera sintiendo lo mismo cuando le contara todo lo que había estado ocultándole.

Cuando llegué a casa, tras pasarme todo el trayecto hecha un mar de lágrimas, Holly estaba allí. Thomas se había llevado a LJ.

—¿Has salido temprano del trabajo? —pregunté, y fingí una sonrisa.

—Me ha llamado Jude —explicó, y me atrajo hacia sí—. Estaba asustado y me ha pedido que me quedara contigo hasta que él llegue.

—Siento que hayas tenido que salir antes del trabajo —dije, y me dejé abrazar.

—No es eso lo que más me preocupa —repuso, y me llevó hasta el sofá—. Me preocupas tú. ¿Qué ha pasado? —Me inspeccionó mientras me hacía tomar asiento—. Jude me ha dicho que según tú todo iba bien, pero que no lo veía claro.

—A él le preocupaba que estuviera bien físicamente, y en ese sentido lo estoy —aclaré mientras Holly me quitaba los zapatos de tacón.

—A Jude le preocupa que estés bien en todos los sentidos, Lucy —apostilló, y cogió un cojín y una manta de encima de una silla.

—Ya lo sé. Supongo que la respuesta es a la vez sí y no. Si es que eso es posible. —Permití que Holly me tumbara hasta que hube recostado la cabeza en el cojín.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras me cubría con la manta.

De repente, al tener los pies levantados y la cabeza apoyada en un cojín, me sentí exhausta. Me pesaba lo ocurrido durante el mes, durante el día y durante la última hora. Todo junto era demasiado, y el cuerpo iba a pasarme factura si no me permitía desconectar un rato.

—Te lo explicaré más tarde, Holly —dije, y bostecé a la vez que cerraba los ojos—. ¿Me despertarás cuando llegue Jude?

—Claro que sí, Lucy —respondió—. Que descanses. —Me dio un beso en la frente, y me dormí.

—¿Cuánto tiempo lleva durmiendo? —La voz de Jude se coló en mis sueños, pero no los interrumpió del todo. Esa noche tenían un cariz más bien sombrío, como de pesadilla.

—Prácticamente desde que ha entrado por la puerta —respondió Holly, y sus palabras sonaron lejanas.

—¿Qué es lo que pasa, Hol? —Jude empezó a acariciarme el pelo.

—No me lo ha dicho, pero me parece que sé de qué va.

—¿Y de qué va? —Su voz era tensa debido a la preocupación y diría que a algo más, tal vez el cansancio.

—No me corresponde a mí contártelo; no. Ya te lo contará Lucy cuando se despierte.

Jude posó los labios en mi frente y los dejó quietos una fracción de segundo, como si quisiera empaparse de mí.

—Estaba muy preocupado, Hol. Menuda comedura de coco.

—Todo irá bien, Jude. Seguro que entre los dos podréis resolver el problema de Lucy, sea cual sea.

—Sí —dijo contra mi piel—. Ya lo sé.

No sé si fue el contacto de sus labios o sus palabras, pero una de las dos cosas arrancó por fin el telón que me retenía en el mundo de los sueños.

—¿Luce? —El rostro de Jude apareció borroso mientras mis ojos se acostumbraban a la luz—. ¿Preciosa? ¿Estás bien?

—Gracias a ti —dije, sonriéndole. Solo por tenerlo cerca, ya me sentía diez veces mejor.

—Te dije que te ayudaría.

—Ya lo sé —dije, removiéndome—. ¿Qué hora es?

—Un poco más tarde de medianoche.

—¿Y cómo has llegado tan rápido?

Sus dedos continuaron recorriendo mi pelo, tranquilizándome.

—He cogido un vuelo chárter —respondió—. Ha ido muy rápido.

Por una vez me dio igual lo que hubiera pagado. En menos de ocho horas lo tenía conmigo.

—Gracias —dije, y aunque sabía que la palabra no bastaba, fui incapaz de decirle nada más por el momento.

Jude respondió con una sonrisa. Estaba tan cerca que notaba el aroma de su jabón favorito. El hecho de tenerlo allí, de contar con su presencia, su sonrisa, su aroma... Me hacían sentirme como en casa.

—Sé que lo mejor es darte unos minutos para que te despiertes, pero estoy fatal, Luce. Estoy fatal desde que he recibido tu llamada. —Su voz volvía a ser tensa—. ¿Qué ocurre? ¿Qué te ha pasado?

Era una de las pocas veces que lo había visto asustado. Lo asustaban tanto las preguntas como las respuestas.

—Pasito a pasito. —Holly apareció por detrás de Jude con una copa de zumo de naranja y unas cuantas galletas saladas—. Llevas muchas horas sin probar bocado, Lucy. Toma, come y bebe. Si no, ya verás. —Guiñó un ojo mientras esperaba a que me incorporara.

Me di la vuelta de modo que pudiera mirar de frente a Jude y alcanzar el zumo y las galletas.

—Gracias, Holly. —También a ella le debía mucho, pero esa palabra de gratitud era todo cuanto podía ofrecerle de momento.

Jude aguardó a que diera el primer sorbo y el primer mordisco, pero yo notaba que tanta espera lo estaba matando.

¿Cómo podía explicarle con tacto lo que me había ocurrido esa tarde? Si existía la forma de parar el golpe que supondría para él enterarse de que el tío de cuyo amor por mí estaba tan seguro me había plantado un beso en los labios, yo no sabía cuál era.

Una introducción. Tenía que empezar con una introducción.

—Anton me ha dado un beso.

Estaba claro que en mi diccionario «introducción» no estaba bien definido.

Las líneas que surcaban el rostro de Jude se volvieron más profundas, hasta que cada pliegue se convirtió en un auténtico desfiladero.

—¿Cuándo? —Su tono era tan rudo que me asusté.

—Justo antes de que te llamara. —Di otro sorbo de zumo y esperé.

—¿Dónde? —Tenía la mandíbula apretada y los hombros cada vez más tensos.

—En el despacho.

Ahora las venas le sobresalían del cuello. Estaba a punto de montar en cólera.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Y me da igual —contesté.

—Pues a mí no, y voy a enterarme.

Sacó el móvil del bolsillo y empezó a buscar en su lista de contactos. Sabía a quién llamaría primero para ir en busca de Anton.

—No —dije, y pensé en arrancarle el teléfono de las manos y arrojarlo por la ventana. Pero lo solucionaría yendo a por el mío—. No vas a ir a buscarlo para enseñarle la lección a golpes.

—Eso es justo lo que voy a hacer —replicó al instante, y se detuvo al llegar a los contactos que empezaban por «I».

—No, no lo harás —dije con firmeza, y dejé a un lado el zumo y las galletas. Necesitaba las manos y toda la atención para otra cosa—. No me hace falta que ni tú ni nadie le demuestre a otro tío que soy tuya.

—Te ha besado, Luce —dijo Jude, y entornó los ojos de inmediato—. Parece que sí que te hace falta.

Recorrí con suavidad la cicatriz que tenía grabada en la memoria desde hacía años.

—Da igual cuántos tíos deseen besarme, lo intenten o incluso lleguen a hacerlo antes de que les plante un buen sopapo —dije, y lo obligué a mirarme a los ojos—. Porque yo solo quiero besarte a ti. Y eso es lo único que importa. Y para demostrárselo, incliné la cabeza hasta que nuestras bocas quedaron a un milímetro de distancia. No nos habíamos rozado y ya notábamos la electricidad. Y cuando mis labios cubrieron los suyos, esa electricidad se convirtió en algo mucho más grande. Juguetearon, se acariciaban, succionaban; hasta que noté el anhelo de aire en los pulmones. Jude me cogió por la barbilla con delicadeza, pero en ese contacto había una fuerza subyacente. Terminé recorriendo con la lengua la línea central de sus labios antes de regalarle un delicadísimo beso en la comisura.

—Ya ves a quién me apetece besar y que me bese, y cuánto me apetece hacerlo; hasta el día en que ya no pueda besar —dije mirándolo a los ojos. Su expresión sombría se había esfumado—. Así que no es necesario que le des una paliza a Anton para defender mi honor, porque puedo defenderlo solita. Quédate aquí. Conmigo. —Di unas palmadas en el sofá—. Y si me das otro beso, mejor que mejor.

Se sentó a mi lado y me cogió la mano.

—Ya sabes que puede que me dé algo si no voy y le meto unos cuantos puntapiés a ese imbécil.

Asentí. De hecho, me sorprendía que Jude aún estuviera allí, y que pareciera relativamente tranquilo y volviera a hablar con un tono normal. Ese beso debía de haber obrado un verdadero milagro, porque el Jude al que yo conocía ya habría salido detrás de aquel tipo y le habría roto la nariz.

—Pero quiero verte feliz. No hay nada más importante para mí que eso —dijo con un suspiro—. Así que venceré todos mis impulsos y no lo arrojaré desde la azotea del Empire State. —Otro suspiro. Esa vez más prolongado—. ¿Estás contenta?

—No tienes ni idea —dije, y me pasé los dedos por el pelo. Entre las lágrimas, los mocos y las horas que llevaba tumbada en el sofá, lo tenía hecho una auténtica maraña.

—Tengo una solución rápida para eso —saltó Jude, y me dio una palmadita en la pierna a la vez que se ponía en pie—. Voy a por uno de esos coleteros que vas dejando por todas partes.

—Te aconsejo que empieces a buscar en el cuarto de baño —grité tras él. Sonreí. En menos de un minuto Jude había pasado de ser una mole sin escrúpulos al alma caritativa que iba a buscarme un coletero. Además, lo tenía allí. Daba igual lo que hubiera tenido que pasar para que cruzara el país en un vuelo chárter. La cuestión es que estaba conmigo.

—Impresionante —musitó Holly desde la cocina mientras bebía un té a pequeños sorbos—. Creía que iba a pasarme semanas enteras limpiando los trozos de cristal cuando he visto la especie de cabreo que ha pillado.

Antes de que tuviera opción de responder, oí cerrarse de golpe uno de los cajones del cuarto de baño y Jude salió como una centella.

—¡Joder, Hol! —exclamó. Llevaba algo escondido dentro del puño cerrado—. ¿Te has quedado embarazada otra vez?

Holly puso esa cara de no saber qué está pasando antes de reparar en lo que Jude tenía en la mano. Entonces la cara que puso fue de espanto.

—¿Qué coño es esto? —soltó Jude, y le plantó el test de embarazo en las narices. El mismo test de embarazo que yo había metido en el cajón donde guardaba la pasta de dientes, el cacao de labios y los coleteros. Mierda.

—Jude —dije, pero no me oyó.

—¿Qué coño piensas hacer para criar a dos niños tú solita, Hol? —preguntó. Estaba realmente disgustado.

—Jude —volví a decir, esta vez más alto.

Holly nos miraba a uno y al otro sin pronunciar palabra. No podía mentir, pero tampoco quería ponerme en evidencia.

—Contesta —insistió él blandiendo el bastoncito.

—¡Jude! —Por fin. Grité tanto como era capaz de gritar él.

—¿Qué pasa?! —soltó él, y se dio la vuelta. Su expresión se suavizó un poquito al darse cuenta de que era a mí a quien le había contestado así de mal.

—El test de embarazo no es de Holly —dije, y sin darme cuenta me llevé las manos al vientre—. Es mío.

No asimiló de inmediato lo que le estaba diciendo. Tardó un minuto. Pero cuando vi que su cara enrojecida se volvía pálida, supe que había captado el significado de mis palabras.

—Es mío —repetí, mirando el test.

—Espera... —Sacudió la cabeza mirando el bastoncito, y luego volvió a mirarme a mí—. ¡¿Qué?!

Recé por que no le diera un síncope, porque nunca lo había visto así de pálido y sudoroso, y estaba convencidísima de que esos eran los síntomas de un síncope inminente.

—El test de embarazo es mío.

Su palidez se volvió aún más pálida justo cuando pronuncié la palabra «embarazo».

—No me gastes esas bromas, Luce —dijo. Estaba petrificado.

—No es ninguna broma —proseguí en voz baja—. Estoy embarazada.

Se tambaleó, pero consiguió recuperarse. Oh, Dios. Se tapó la cara con las manos y estuvo así un rato.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Había asimilado que lo del embarazo era cierto. Estábamos progresando, aunque su respuesta no era ni de lejos la que yo esperaba. Sabía que no iba a ponerse a dar saltos de alegría, pero creía que me daría un abrazo y me diría aquello de que lo resolveríamos juntos.

—Desde hace dos semanas.

Dejó caer las manos.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

Esa era la pregunta del millón.

—Por muchos motivos —dije— que ahora ya no importan.

Miró el test que sostenía en la mano.

—A mí sí que me importan.

Vamos. Podía hacerlo.

—Porque tenía miedo.

—¿De qué? —preguntó, incapaz de apartar la vista de las dos líneas rosas.

—De todo —respondí, porque era la verdad.

—¿De mí? —Su voz y su expresión me rompieron el alma. Lo había herido. Había hecho lo que nunca quería hacer pero al parecer no conseguía evitar. Era mi puto talón de Aquiles: herir a Jude.

—Sí. —Tragué saliva para deshacer el nudo que se me estaba formando en la garganta.

Él se estremeció.

—¿De que me convierta en un padre tan cabrón como el mío?

Esa vez fui yo quien se estremeció. Esa idea no se me había pasado por la cabeza ni una sola vez. Me preocupaban muchas cosas, las suficientes como para tener que invertir toda una vida en resolverlas, pero esa no era una de ellas.

—No, Jude —dije, y me entraron ganas de levantarme y acercarme a él, pero no estaba segura de que mis piernas me obedecieran, viendo el giro que había dado la conversación—. Ni se me había pasado por la cabeza una cosa así.

—Entonces ¿por qué me has ocultado durante dos semanas que estás embarazada? ¡Dos putas semanas!

Parecía perdido. Hasta tal punto que daba la impresión de que ya no quería encontrarse.

—Precisamente por esto —dije, señalándolo mientras notaba que mi genio pujaba por dejarse ver—. Porque tenía miedo de tu reacción.

Él hizo crujir el cuello y apartó la mirada.

—Ya; bueno, estabas en tu derecho.

—Pues claro —repuse, y me pregunté si podía rebobinar hasta hacía dos minutos y decirle a Jude que estaba embarazada antes de que encontrara el test.

—¿El hijo es mío?

Ahora era yo quien necesitaba unos minutos para procesar la información. Seguro que lo había oído mal, así que pregunté:

—¿Qué?

—Que si el hijo es mío.

No. No lo había oído mal.

—Jude —siseó Holly desde la cocina, y se dirigió hacia él con intención de ir a pegarle un puñetazo en el estómago.

—¿Qué pasa? —dijo él con la mirada enajenada—. Si está embarazada y no me lo cuenta, a saber qué más me esconde.

Esas palabras, esa insinuación, me hirieron como nada lo había hecho nunca antes. Jude me estaba dando a entender que creía que podía haberle sido infiel, o que lo había sido. Ese tipo de heridas no se cierran jamás.

—Lárgate —susurré con la mirada fija en mi regazo—. Lárgate de aquí.

Cuando vi que no se movía, me levanté como un relámpago y señalé la puerta mientras lo miraba con ojos fulminantes.

—¡Que te largues!

Vi un destello en sus ojos antes de que se diera la vuelta, no sabía si de enfado o de dolor. Yo misma estaba demasiado dolida para descubrirlo.

Jude cruzó el recibidor como una exhalación y cerró con un portazo tan tremendo que creí que se habría cargado las bisagras.

Antes de volver a desplomarme en el sofá, oí una retahíla de maldiciones, seguida de lo que sonó como un puño atravesando la pared de obra.

Las clases, el ballet, la boda, la carrera... Jude. Toda mi vida parecía estar en la cuerda floja. Ya no había ni una sola cosa que me ofreciera garantías. Bueno, de algo sí que estaba segura: seguía amando a Jude. Quería estar con él, casarme con él, vivir y morir a su lado. Cuando la vida te pone en una encrucijada como la mía, te das cuenta de qué es en realidad importante y qué no.

Jude, y ahora también el bebé, ocupaban los primeros puestos en la lista.

Después del sábado en que Jude había salido de casa echando chispas, no había vuelto a saber nada de él. Habían pasado cuatro días y medio sin que supiera qué pensaba o qué le pasaba por la cabeza, ni siquiera si íbamos a reconciliarnos o si aún quería casarse conmigo. La verdad es que si todavía no me había salido una úlcera, le faltaba poco.

Cuando el sábado por la tarde le grité a Anton: «¡Me voy!», hablaba en serio. Él me había mandado un ramo de flores y una nota para disculparse, pero por el momento un beso forzado nos separaba del perdón y del olvido. Tal vez algún día podría perdonar y olvidar, pero aún habían pasado muy pocos días. Anton había cruzado una barrera y había demostrado que no aceptaba un no por respuesta. Era obvio que no podíamos ser solo amigos, así que tomé medidas drásticas y evité toda forma de contacto. Incluso contaba con el apoyo de Indie, que cuando descubrió que Anton me había besado se puso hecha un basilisco.

El martes por la mañana, después de que volviera a saltarme las clases, Holly y Thomas me arrastraron literalmente hasta el estudio de danza. Pero la cosa no duró mucho porque en cuanto me atavié con el maillot observé que una ligera barriguita estiraba la lycra y estuve a punto de sufrir un ataque de ansiedad. No era solo por el bebé, sino por todo lo acumulado durante los últimos días.

Tras ventilarme una caja entera de pañuelos de papel, Thomas me acompañó a ver a la tutora y la informé de mi «delicada» situación mientras yo acababa con la segunda caja de kleenex. Al final del día, habíamos conseguido elaborar un horario alternativo que me permitiera continuar el semestre académico sin tener que seguir al pie de la letra el riguroso ritmo de las clases de danza. No me había preocupado de mirarlo hasta entonces, porque lo único que quería hacer era bailar, pero resultó que había unas cuantas asignaturas teóricas que también me servían para obtener el título.

Estaba previsto que el bebé naciera en febrero, así que no sabía seguro si podría terminar el segundo semestre, pero eso no importaba. No era capaz de proyectarme tan lejos en el tiempo. Ni siquiera acababa de hacerme a la idea de que un niño crecía dentro de mí, ni de que, cuando lo pariera, tal vez tuviera que criarlo sola.

Holly y yo habíamos hablado de las dos «A», tal como ella lo llamaba: el aborto y la adopción. No pretendía juzgar a los demás, pero yo no me planteaba abortar. No podía hacerlo; tan simple como eso. Le dimos vueltas y vueltas a la posibilidad de dar el niño en adopción, hasta que reparé en que eso tampoco era capaz de hacerlo. No había planeado tenerlo, no le había visto la cara, ni siquiera sabía si era niño o niña, pero era mi hijo. Y de Jude. No podía entregarlo a otra persona. Sabía que ese embarazo me ponía la vida patas arriba, tanto la actual como la futura, pero el bebé no tenía la culpa. Así que lo tendría y lo criaría. A ser posible con la ayuda de Jude. Pero si no me quedaba más remedio, lo haría sola.

Así pues, aunque tenía la sensación de que mi vida era un interrogante gigantesco, me dediqué a abordar las pequeñas cosas que tenían punto final. Leí un par de libros sobre el embarazo y el parto. En uno aparecían fotografías de un parto real; fotografías detalladas que no dejaban de obsesionarme. Procuraba dormir las horas suficientes, lo cual no me resultaba difícil teniendo en cuenta que me sentía cansada las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana. Tomaba las vitaminas correspondientes, caminaba y hacía estiramientos, y bebía tanta agua que tenía que ir al lavabo cada media hora. La cosa avanzaba.

Había asimilado todo lo que implicaba que hubiera un bebé creciendo en mi interior. Por fin. Y pensaba hacer cuanto estuviera en mi mano para que naciera sano. Había momentos de la noche en que me despertaba invadida por la emoción. Entonces veía la cama vacía a mi lado y al mirar el teléfono comprobaba que no había llamadas perdidas ni mensajes, y la chispa de felicidad se apagaba.

Daba igual lo que ocurriera, daba igual lo que hiciera o no hiciera Jude, de una cosa estaba segura: iba a ser la mejor mamá del mundo; vaya si iba a serlo. Dudaba de muchas cosas, pero esa era una de las que sabía con certeza. Y no estaría sola. Contaba con Holly, que tenía mucha experiencia y podía ayudarme. También estaban India y Thomas para darme ánimos, abrazarme cuando me hiciera falta llorar o decirme que dejara de quejarme cuando fuera necesario. Y, aunque todavía no sabían nada del bebé, también tenía a mis padres; y estaba segura de que podía

contar con su apoyo. Al principio se quedarían tan descolocados como yo, pero lo superarían del mismo modo, y me ayudarían a orientarme en ese camino que me daba tanto miedo.

Me concentré en las facetas de mi vida que podía controlar y traté de no obsesionarme con las que no lo permitían. Me dediqué a tomarme las cosas con calma y vivir el presente, porque si me planteaba el futuro, aunque solo fuera a un día vista, notaba los primeros síntomas de un ataque de pánico.

Esa tarde iban a hacerme la primera ecografía. Si quería saberlo, me dirían el sexo del bebé. Tenía la sensación de que hacía muy poco que me había topado con la realidad, de que acababa de enterarme de que estaba embarazada, y ya estaba a punto de saber si compraría los peleles rosas o azules. Como tantas veces me había ocurrido en la vida, era todo muy surrealista.

Hasta la noche anterior no había hecho ningún intento de telefonear a Jude después de su marcha forzosa. Ya ni me acordaba de la cantidad de veces que había estado a punto de pulsar la tecla de llamada y había acabado por rajarme. El miedo de que me saltara el buzón de voz o de no volver a tener noticias suyas me imponía demasiado. Sin embargo, fue buena idea comunicarle lo de la ecografía; al menos le ofrecía la oportunidad de personarse allí, porque aunque no quisiera saber nada más de mí tenía la esperanza de que con el bebé fuera distinto. Tendría que haberle dicho que estaba embarazada en cuanto lo supe, de eso ya me había percatado. Me había quedado muy claro por qué estaba tan enfadado. Pero él también tendría que haberme llamado nada más caer en la cuenta de lo imbécil que había sido comportándose como lo había hecho, y sin embargo yo aún seguía esperando a que se percatara. Cuanto más tiempo pasaba, más enfadada estaba. Pero sobre todo estaba triste.

Después de pasarme una hora que si sí que si no, me decidí a escribirle un escueto mensaje. Le envié la dirección del centro donde iban a practicarme la ecografía y la hora de la cita, y, en contra de mi propio sentido común, terminé con un: LO SIENTO. TE QUIERO. Luego pulsé la tecla «Enviar» sin darme tiempo a torturarme durante otra hora entera.

No recibí respuesta, pero incluso mientras rellenaba los documentos en la sala de espera cinco minutos antes de la visita, iba mirando el teléfono sin perder la esperanza. Tanto Holly como India se habían ofrecido acompañarme como muestra de apoyo, pero me inventé un montón de excusas para ir sola.

Había rellenado tantos papeles que empezaba a notar la mano dormida; y entonces llegué al último apartado: «Apoyo del padre». La primera pregunta resultó fácil, y tracé una cruz en la casilla del sí a pesar de las amargas palabras de Jude que resonaban en mis oídos: «¿Sabe quién es el padre?». La segunda y la tercera me costaron más. «¿Se implicará el padre en la crianza del bebé?», y «¿Cuenta con el apoyo del padre?». Cuando ya estaba a punto de responder «sí» a ambas cosas, me dije a mí misma que la respuesta era «no». Seguía allí atascada cuando la ecografista pronunció mi nombre, así que acabé por crear una casilla nueva para las dos preguntas: «No lo sé».

—Hola, Lucy —me saludó la joven ecografista. No parecía mucho mayor que yo—. Me llamo Amy. Es por aquí. La seguí por el vestíbulo, que olía a antiséptico, con la sensación de que todo aquello formaba parte de un sueño. O de una película. Mi vida ya no parecía mi vida, sino que tenía la sensación de ser una espectadora pasiva que veía las cosas desde fuera, incapaz de ejercer ningún control.

—¿Qué tal estás? —preguntó a la vez que abría una puerta. Dentro estaba oscuro.

Iba a responder con el típico «Bien, gracias» que últimamente salvaba todas las situaciones, pero cambié de idea.

—Cagada de miedo —contesté, y le dirigí una sonrisa de disculpa.

Amy se echó a reír.

—Por lo menos eres sincera —dijo, y me acompañó hasta la camilla tapizada de escay—. Me parece que es la mejor respuesta que he oído en toda la semana. —Se sentó en una silla giratoria junto a la camilla y empezó a teclear en su ordenador—. Pasa y ponte cómoda, y enseguida empezamos.

Respiré hondo y, tras tumbarme en la camilla, traté de ponerme cómoda. Sin embargo, aquello de cómodo no tenía nada. En la sala hacía demasiado frío, la almohada era tiesa, el papel con que estaba recubierta la camilla hacía ruido cuando me movía, y había algo que se me antojaba demasiado rotundo en el hecho de estar a punto de saber si el bebé era niño o niña. También era consciente de que, en parte, si no conseguía sentirme cómoda era porque me faltaba Jude.

—Levántate la blusa —dijo a la vez que cogía una especie de lápiz óptico del carrito—. Te alegrará saber que hubo un genio que inventó una forma de calentar este mejunje lubricante, o sea, que no darás un bote cuando te lo ponga en la barriga.

Me levanté la blusa con ganas de sonreír.

—¿Mejunje lubricante? ¿Ese es el nombre oficial?

Amy agitó el tubo y me aplicó una buena cantidad justo por encima del ombligo.

—Es el nombre oficial que yo le doy —respondió, y cogió el lápiz óptico y lo bajó hasta mi vientre—. Voy a echar un vistazo a los pulmones, el corazón y la columna vertebral del bebé, y si quieres luego comprobaremos el sexo.

—Sí que quiero saberlo —dijo mientras ella iba extendiendo el líquido.

Amy pulsó un botón de un mando a distancia y el televisor que tenía enfrente se encendió. No se veía nada más que unas rayas oscuras e indefinidas hasta que de repente apareció una figurita blanca en forma de alubia con brazos y piernas.

Ahí tienes a tu bichito —dijo la ecografista, y movió el instrumento para obtener una imagen distinta.

Ahogué un sollozo espontáneo que no correspondía a ningún pensamiento. Fue instintivo, como toda mi reacción al observar en la pantalla al bebé que crecía en mi interior. Amy me tendió unos cuantos pañuelos de papel justo antes de que empezara a derramar las primeras lágrimas. Tenía mucha experiencia.

Esas lágrimas no tenían nada que ver con las hormonas ni con el tremendo caos emocional en que me había convertido desde hacía prácticamente un mes. Eran lágrimas que procedían de lo más hondo del alma; de las que se derramaban ante la creación de una nueva vida o la pérdida de una ya existente, y no estaba segura de que tuvieran fin.

—Ahí dentro llevas un bebé muy sano, Lucy —dijo Amy al cabo de un rato—. Parece que todo está perfecto.

Más lágrimas.

—¿Estás preparada para saber si es niño o niña? —preguntó, y volvió a cambiar la imagen. Yo me limité a asentir porque me había quedado sin palabras.

Se abrió una rendija de la puerta, y un haz de luz muy blanca llenó la sala cuando alguien se coló por ella.

—¿Llego demasiado tarde? —preguntó Jude, cerrando la puerta.

—No —respondió Amy—. Llegas justo a tiempo.

—¿Luce? —preguntó, acercándose a mí—. ¿Llego demasiado tarde? —repitió; unas palabras cargadas de significado. Me tomé un momento para que mis ojos se acostumbraran a la luz, pero cuando lo hicieron y vi la expresión de su rostro, el corazón estuvo a punto de romperse y de arder en llamas al mismo tiempo. Estaba allí. No me había abandonado. Lo tenía a mi lado cuando más lo necesitaba, con cara de estar sufriendo, nervioso y tan muerto de miedo como yo.

Era la imagen más bella que había visto jamás.

—No, Jude —dije, y le tendí el brazo—. No llegas demasiado tarde.

Me cogió la mano y se arrodilló a mi lado.

—Lo siento mucho, Luce —se disculpó, y con la mano que le quedaba libre cubrió la mía—. Te quiero muchísimo, joder. Y, joder, también quiero mucho a ese pequeño que llevas dentro. —Hizo una pausa y se mordió el interior de la mejilla. Al parecer, le faltaban las palabras, así que inclinó la frente sobre nuestras manos entrelazadas y cerró los ojos—. Hay muchas más cosas que quiero decirte, pero más o menos, para resumirlo todo, te diré que lo siento, y que te quiero... Que os quiero a los dos.

Estaba segura de que durante ese último mes mis conductos lagrimales habían cobrado vida propia y se habían dedicado a vengarse por los ocho años que llevaba sin llorar.

—Yo también lo siento, y también te quiero —respondí. Jude tenía razón. Esas dos frases lo resumían todo.

—Supongo que tú eres el padre —dedujo Amy, esforzándose por ocultar una sonrisa mientras nos contemplaba. Jude abrió los ojos y enderezó los hombros.

—Sí, yo soy el padre.

—Muy bien, papaíto —dijo Amy, y miró la pantalla del ordenador—. ¿Estás a punto para saber si vas a tener un niño o una niña?

Jude miró hacia la pantalla y se quedó pálido. Pálido de tan impresionado como estaba. Estaba tan pendiente del asunto de nuestra reconciliación que no había reparado en la imagen del bebé. Sin embargo, ahora sí que lo veía. Y era incapaz de apartar la mirada.

Apenas podía pestañear.

—Mira eso —dijo Amy sacudiendo la cabeza—. El bebé se está despertando. Seguro que está contenta de oír la voz de su papá.

Volví la cabeza de inmediato.

—¿Contenta?

—Vas a tener una niña —confirmó Amy, y me guiñó un ojo antes de mirar a Jude.

Él seguía paralizado, embelesado por completo ante la imagen de nuestra hija moviendo los bracitos y las piernas. Entonces vi una lágrima temblar en la comisura de su ojo, que enseguida le rodó por la mejilla.

Era la primera vez que veía a Jude derramar una lágrima.

—¿Cómo te has quedado? —pregunté en voz baja.

—Sin palabras —susurró, y examinó la pantalla como si no pudiera ser cierto.

—Es la primera vez que te veo llorar —dije, y le pasé el pulgar por la traza húmeda que la lágrima le había dejado en la mejilla.

—Es que es la primera vez que lloro —respondió él, aclarándose la garganta—. No puedo imaginar un momento mejor para estrenarme que el de saber que voy a tener una niña contigo, Luce.

—Ya —dije—. Yo tampoco.

—Bueno, hemos terminado —dijo Amy—. Pero os imprimiré unas fotos para que las colguéis en la nevera y se las enseñéis a todos vuestros amigos. Venga, decid adiós al bebé, papaitos.

—Adiós, cariño —susurré mirando a la pantalla. El bebé seguía moviéndose; parecía que bailara. Realmente, era hija mía.

—Adiós, pequeña —dijo Jude antes de que la pantalla se apagara.

—Podéis quedaros un momento aquí —informó Amy mientras me limpiaba la barriga con unos cuantos pañuelos de papel, y se puso en pie—. Y aquí tenéis las primeras fotos de vuestra hija. —Me entregó una tira con seis fotografías tomadas desde diferentes ángulos. Todas me arrancaron una sonrisa.

Allí estaba nuestro bebé. Nuestra pequeña. La palabra del día era «surrealista».

—¿Tiene unas tijeras? —preguntó Jude, y se enjugó los ojos con el dorso de la mano—. Es que quiero guardarme una en la cartera.

Amy sonrió y cogió unas tijeras del carrito. Luego cortó la primera foto.

—No me cuesta mucho darme cuenta de si un bebé tendrá amor y estará bien cuidado —dijo, y le entregó la foto a Jude antes de dirigirse hacia la puerta—. Solo con haber pasado unos minutos con vosotros ya sé que vuestra pequeña es muy afortunada. —Sonrió y se dispuso a cerrar la puerta—. Tomaos vuestro tiempo.

Jude dobló cuidadosamente la foto antes de guardársela en la cartera con expresión placentera.

—Siento mucho no habértelo dicho antes, Jude —empecé, y me incorporé en la camilla con las piernas colgando—. No quería...

—Luce, no tienes que disculparte por nada —me atajó él, y bajó la vista a mi vientre antes de mirarme a los ojos—. Yo sí. Me he comportado como un verdadero imbécil. Porque he sido un verdadero imbécil.

Alcé la mano porque no pensaba permitirle que cargara con todas las culpas como siempre.

—Bien sabe Dios lo mucho que te agradezco que digas eso, pero sí que tengo muchas cosas de las que disculparme. Así que déjame que lo haga, ¿vale?

Él tomó asiento a mi lado en la camilla y asintió.

—Tendría que haberte contado que estaba embarazada en cuanto lo supe —empecé, pasándome las manos por los muslos—. Pero estaba asustada. Aterrada. No conseguía hacerme a la idea de que iba a tener un hijo, y me prometí a mí misma que te lo diría en cuanto lo hubiera asimilado. Y creo que he descubierto que es imposible asimilar una cosa así cuando tienes veintiún años, estás soltera y solo piensas en terminar los estudios.

A lo mejor lo que ocurría es que nadie se hacía la idea de una cosa así, tuviera la edad que tuviese y cualquiera que fuera la situación en la que se encontrase, porque era algo que superaba la capacidad de asimilación. Algo muy grande. Crear una nueva vida. Gestarla. Dar a luz. Era un concepto capaz de ofuscar cualquier mente pensante.

—Cuando pasó una semana y me di cuenta de que estaba igual que antes, supe que tenía que decírtelo. Pero no quería que fuera por teléfono, y tampoco quería soltártelo a toda prisa cuando fui a ver tu primer partido. Quería encontrar el momento y el lugar ideales para que pudiéramos pasar el trance juntos. Tendría que haber caído en la cuenta de que soy un desastre total a la hora de encontrar momentos ideales.

Jude me cogió la mano y entrelazó sus dedos con los míos.

—Tendría que habértelo dicho antes. Lo siento. Y también siento que te enteraras como te enteraste. —Le estreché la mano—. Pero estoy muy, muy contenta de que estés aquí conmigo.

—Yo también estoy contento —dijo, y se llevó mi mano a los labios—. ¿Has terminado? De disculparte, quiero decir.

—Me acaricié los nudillos con los labios y me dejó una sensación ardiente—. Lo digo porque yo también tengo que ofrecerte una disculpa. Una disculpa monumental.

—Tiene la palabra, señor Ryder —dijo con tono ceremonioso.

Él me dio un último beso en los nudillos y posó nuestras manos entrelazadas sobre su regazo.

—El sábado por la noche me fui porque yo también tenía miedo, Luce —confesó—. Tenía miedo, primero, de los motivos por los que no me habías contado lo del embarazo. También tenía miedo de que nunca pudieras perdonarme por haberte dejado embarazada. Y de no tener lo que hay que tener para ser padre. Tenía miedo de muchas cosas, pero lo que más me asustaba era perderte. —Su voz era tensa cuando bajó la mirada a mi vientre—. Y perder al bebé.

»Esa noche me fui porque tenía miedo, y el hecho de haberme marchado justo en el momento en que más me necesitabas aún me asustó más. A eso es a lo que he estado dándole vueltas y más vueltas, un día detrás de otro, desde el sábado por la noche. ¿Y sabes a qué conclusión he llegado? —preguntó, apoyando su frente en la mía. Al tenerlo tan cerca, sus ojos ocupaban todo mi campo de visión.

—¿A cuál? —pregunté, casi besándolo de lo cerca que estaban nuestros labios.

—A que da igual el motivo por el que me fui —dijo mirándome sin pestañear—. La cuestión es que he vuelto.

Siempre volveré, Lucy. Da igual cuántas veces nos tiremos los trastos a la cabeza o no nos entendamos. Siempre volveré porque mi sitio está contigo.

—Eso sí que es una revelación, Ryder —dijo—. Últimamente has tenido muchas, ¿verdad?

—No podría haber llegado hasta donde he llegado contigo si la clarividencia no me hubiera hecho darme un buen cabezazo contra la pared alguna que otra vez.

—En fin. ¿Algo más, o nos besamos y hacemos las paces?

Su frente se separó de la mía.

—Una cosa más —dijo, y contrajo la expresión—. ¿Te preocupa que sea tan mal padre como lo fue el mío? —Noté el esfuerzo que hacía por ocultar lo difícil que le resultaba pronunciar esas palabras; no en vano llevaba cuatro años acompañándolo en los momentos buenos y en los malos.

—El sábado dije la verdad, Jude —repuse, intentando alisar con los dedos las arrugas de preocupación que surcaban su rostro—. Nunca me ha preocupado eso. Y nunca me preocupará. Porque ¿sabes a qué conclusión he llegado? —dijo, obsequiándolo con su misma pregunta.

—¿A cuál?

—A que no debo preocuparme por eso; eres muy consciente de ello y lo tienes presente. El miedo de convertirte en alguien como tu padre hará que seas el mejor de los padres —dijo, y observé que algunas de las arrugas desaparecían—. ¿Sabes lo que sí me preocuparía? Que estuvieras demasiado seguro de que nunca serías como él, que confiaras tantísimo en que no te convertirías en alguien así aunque pasaran un millón de años que eso te hiciera bajar la guardia. Y entonces te costaría mucho menos caer en la trampa cuando atravesáramos momentos difíciles.

—Me detuve para cobrar aliento. Había cogido carrerilla; claro que tenía muchas cosas que decir—. Pero eso no va a ocurrir, y por eso no estoy preocupada. Ah, y una cosa más, Jude: no elegiría a otro padre para mi hija ni aunque me dieran a elegir entre todos los hombres del mundo.

Las últimas arrugas desaparecieron.

—Joder, nena —dijo—. Si sigues diciendo esas cosas me pondré a llorar otra vez. —Se inclinó hacia mí y volvió a besarme; y esa vez el beso duró más, pero todavía fue demasiado corto para mi gusto.

—¿Estamos en paz? ¿Hemos descargado el pecho de todo lo que teníamos que descargarlo?

Como era un retorcido, bajó los ojos a mi pecho. Y en su cara se dibujó una amplia sonrisa.

Le di un empujón a modo de respuesta.

—Creo que a mí me queda una cosa más para descargarlo del todo —añadió.

—Tratándose de nosotros, lo raro sería que no quedara algo en el tintero.

—Sí, pero esto me aplacará durante una temporadita si aceptas —dijo, y se frotó la nuca.

—¿Estás nervioso? —pregunté, asombrada. La última vez que recordaba haberlo visto nervioso era en la línea de cincuenta yardas, cuando me pidió...

—Cásate conmigo, Luce —dijo, y dio un resoplido—. Tengo que hacer todo lo posible porque esto salga bien, y la única forma que sé de hacerlo es formando una familia.

—Ya somos una familia, cariño —dijo mientras me preguntaba si acabaría arrancándose la piel de la fuerza con la que se la frotaba.

—Ya lo sé, pero quiero formar una familia de esas que enmarcan el certificado de matrimonio y lo cuelgan encima de la chimenea —insistió—. Quiero que nuestra hija tenga un papá y una mamá comprometidos, casados. Quiero que crezca en un entorno estable y educativo, porque yo no lo tuve. Quiero que seas mi mujer y ser tu marido por nuestra pequeña, Luce. Pero te mentiría si no reconociera que también tengo motivos egoístas para querer llevarte al altar.

—Tienes todo el derecho a ser egoísta —dijo, y le cogí la mano y se la aparté del cuello—. Has tenido mucha paciencia conmigo durante los tres años que te he estado repitiendo que pronto llegaría el momento.

—Sí, me parece que en este caso tu idea de «pronto» no va a funcionar, Luce. No quiero que nuestra hija tenga edad de casarse antes de que nos casemos nosotros. —Arrugó la nariz—. Espera. ¿Qué estoy diciendo? Nuestra hija no se casará nunca, ni siquiera tendrá novio. De hecho, no sabrá nunca lo que es un tío, porque si se le ocurre aparecer por casa con alguien como yo, te aseguro que no respondo.

Me eché a reír. Con esa risa tan genuina que te sacude todo el cuerpo. Hacía bastante tiempo que no me sentía así. Le sonreí.

—A mí me encantaría que apareciera por casa con alguien como tú —dijo—. Sería el orgullo de su mamá.

—Me parece que no. Esa historia de la atracción fatal se termina contigo. Para mi hija quiero lo mejor de lo mejor.

—Vale, vale —dijo, y levanté las manos en señal de rendición porque Jude y yo podíamos pasarnos días enteros dándole vueltas al tema y no habría forma de saber cuál de los dos tenía razón—. Bueno, ¿cuándo nos casamos?

Las cejas de Jude tocaron el techo de la forma en que las enarcó.

—Espera... ¿Me estás diciendo que estás preparada? ¿Hablas de poner fecha y enviar invitaciones?

—Estoy preparada —dijo, y traté de no mondarle ante su expresión.

Se le veía igual de boquiabierto que cuando descubrió lo del embarazo.

—¿Qué te parece? ¿Dentro de unas semanas? ¿De unos meses? —Se retorció las manos de tan emocionado que estaba.

—Estamos en un hospital, ¿verdad? —dije, encogiéndome de hombros—. Seguro que habrá un capellán, o un pastor, o alguien con poderes para casarnos.

¿Recordáis la expresión de asombro de Jude de hacía unos segundos? Pues no era nada en comparación con la que tenía ahora.

Abrió la boca, pero de ella no brotó nada. Sacudió la cabeza con fuerza y lo intentó otra vez.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

Sabía que era una locura, y que la familia y los amigos pondrían el grito en el cielo cuando se enteraran, pero pensaba echarles la culpa a las hormonas y a la forma en que Jude me estaba mirando.

La vida implicaba compromiso. Consistía en dar y recibir, y en el caso de mi relación con Jude hasta entonces yo había recibido más de lo que había dado. Él me lo había dado todo, y volvería a hacerlo si fuera necesario. Me había llegado el turno de subir al puesto de los dadivosos. Tanto si me casaba con él de inmediato como al cabo de diez años, iba a hacerlo sí o sí. Iba a casarme con Jude Ryder. Había llegado el momento de desprenderme de mis dudas y mis miedos infundados y aferrarme a lo que me ofrecía las máximas garantías: Jude.

—Si te refieres a que nos demos el sí esta misma tarde, eso es exactamente lo que estoy diciendo.

Nunca lo había visto tan radiante.

—Justo cuando estaba pensando que no podría amarte más de lo que te amo...

—Voy y te propongo una boda relámpago en la capilla del hospital, preñada y vestida con una camiseta y una falda con cuadros escoceses.

Su sonrisa se intensificó.

—Exacto.

Y antes de que supiera lo que estaba pasando, Jude me había cogido en brazos y había salido flechado por la puerta. Nada más llegar al pasillo, echó a correr. Enfermeras, médicos y pacientes giraban en redondo para mirarnos mientras hacíamos un sprint hasta la capilla partiéndonos de la risa.

—¡Vamos a casarnos! —gritó Jude, desternillándose—. ¡La hostia puta!

Jude no me dejó en el suelo hasta que llegamos a la capilla del hospital, situada en la primera planta. Cuando estuvimos frente a la tienda de regalos, me bajó al suelo y me dio un beso prolongado que hizo que encogiera los dedos de los pies dentro de los mocasines, y luego salimos corriendo a buscar al capellán. O al pastor. O al cura. O al primero con poder para casarnos. Nos daba igual.

Me dirigí al mostrador de la tienda con la esperanza de que tuvieran algo que nos sirviera de alianza provisional hasta que diéramos con una de verdad. Y alguien escuchó mis plegarias.

En la vitrina había varios anillos de titanio peinado. Perfecto. Le pregunté a la mujer que había tras el mostrador si me dejaba verlos, y después de probarme tres para compararlos creí dar con uno que le iría bien a Jude.

Costaba la friolera de treinta dólares y, tras convencer a la dependienta de que no me lo envolviera para regalo porque en menos de diez minutos alguien lo llevaría puesto, corrí hasta la capilla.

Miré a ambos lados del pasillo, pero no vi a Jude, así que crucé la puerta y encontré lo que andaba buscando.

De pie frente al altar. Su sonrisa me hizo pensar en cosas por las que bien podría fulminarme un rayo por haberlas pensado dentro de una capilla. Jude se había remetido la camisa blanca en los pantalones, y con eso estaba todo lo elegante que requería la ocasión. Yo no iba mejor vestida. Ni siquiera me había acercado al servicio para pasarme un peine por el pelo o aplicarme un poco de brillo de labios.

Eso formaba parte de la gracia del día. De la gracia de mi relación con Jude. Nos mostrábamos como éramos, sin pompa ni ostentación, y nos aceptábamos el uno al otro tal cual.

—Hola, bella novia de mejillas sonrosadas —dijo Jude, y volvió la cabeza para hacer un gesto de asentimiento—. He buscado un cura. —Un ancianito con el collarín blanco y una sonrisa se situó detrás de lo que parecía más un podio que un altar—. Y un testigo. —Señaló a un hombre de mediana edad cargado de mopas y escobas sentado en el primer banco—. ¿Has encontrado algún anillo?

Levanté el dedo pulgar, de donde me colgaba la alianza.

—Entonces solo faltan las firmas y los «sí quiero» —concluyó Jude, y ladeó la cabeza para animarme a recorrer el pasillo hasta el altar.

Erguí la espalda y puse una expresión teatral mientras sostenía frente a mí un ramo de flores imaginario, e inicié mi marcha saludando a derecha e izquierda hasta llegar junto al hombre a quien iba a prometer mi amor eterno.

—Taa-taa-ta chán —berreó Jude más que cantar—. Taa-taa-ta-chán.

Incluso a marcha lenta llegué a su lado antes de que terminara de tararear.

—¿No se lo había dicho, padre Joe? —dijo Jude, posándome la mano en la mejilla—. ¿A que es lo más bonito que ha visto en la vida?

La sonrisa del padre Joe se hizo más amplia.

—Me parece que eres un joven muy afortunado.

—Sí, joder, ya lo creo... —Jude dejó la frase inacabada y se volvió hacia el cura con cara avergonzada—. Lo siento.

El padre Joe se rió entre dientes y juntó las manos frente a él.

—¿Empezamos?

—Sí, jod... —Esa vez Jude rectificó a tiempo—. ¿A usted qué le parece?

—Gracias por acceder a casarnos —dijo—. Seguro que en un sitio así no ven muchas bodas.

El padre Joe se inclinó como si quisiera confesarme un secreto.

—Te sorprendería saberlo.

—Es tu última oportunidad de salir a toda leche, Luce —dijo Jude, y extendió las manos frente a mí.

Yo miré hacia la puerta antes de volverme hacia él. Le cogí las manos.

—¿Y qué te parece si cuando terminemos con esto salimos a toda leche los dos juntos?

—Trato hecho —respondió él, e hizo un gesto de asentimiento al padre Joe.

—El señor Ryder me ha dicho que quiere una ceremonia corta —empezó el padre Joe.

Yo me eché a reír.

—Cómo no.

—Si a usted le parece bien, señorita Larson.

—Uau. —Jude abrió los ojos como platos—. ¿Te das cuenta de que es la última vez que te llaman «señorita Larson»?

—Sí, precisamente para eso estoy aquí, me parece —solté, y me eché a reír al pensar que esa boda era tan poco convencional como toda nuestra relación—. Y sí, padre Joe, me parece bien que la ceremonia sea corta.

—Algo me dice que vuestra relación es muy fluida —dijo el padre Joe con un destello en la mirada.

Jude y yo nos miramos y sonreímos.

—No sabe hasta qué punto —respondimos al unísono.

El padre Joe se aclaró la garganta y se volvió hacia Jude.

—Hijo, repite conmigo.

—Ah, no se preocupe, padre —dijo Jude, levantando la mano—. Hace tiempo que memoricé los votos.

—¿Qué?

No tendría que haberme sorprendido.

—No sabía cuándo ibas a dejarte cazar, y tenía que estar preparado por si era en un momento inesperado —confesó.

Me puse de puntillas y le planté un beso en los labios.

—Justo cuando creía que no podía estar más enamorada de ti...

Él me guiñó un ojo y soltó un pequeño resoplido.

—Yo, Jude Ryder Jamieson, te tomo, Luce Roslyn Larson... —Me mordí el labio para evitar sonreír—. Como legítima esposa, para honrarte y respetarte de hoy en adelante, en la fortuna y en la adversidad, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad... hasta que la muerte nos separe. —Soltó otro resoplido, esa vez más largo—. ¿Qué te ha parecido?

—Es lo más romántico que me has dicho en la vida —repuse.

—Muy bien, hijo —alabó el padre Joe antes de volverse hacia mí—. Lucy, ¿quieres repetir conmigo, o tú también te lo sabes de memoria?

—Ya me lo sé, padre —dijo, y estreché las manos de Jude. Sorprendentemente, ni él ni yo estábamos sudorosos. A ninguno nos ponía nervioso hacernos promesas eternas—. Yo, Luce Roslyn Larson... —Ahora era el turno de que Jude tuviera que esforzarse para no sonreír—. Te tomo, Jude Ryder Jamieson, como legítimo esposo, para amarte y respetarte de hoy en adelante, en la fortuna y en la adversidad, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad... hasta que la muerte nos separe.

Al terminar de pronunciar los votos, me pregunté por qué había tardado tanto en llegar hasta ese punto. ¿Qué era lo que tanto me preocupaba? Ahora Jude era tan mío como lo era antes. Unos simples votos no cambiarían nada. Pero mientras permanecía allí plantada frente a él me di cuenta de que al mismo tiempo lo cambiaban todo.

—Imagino que tenéis los anillos...

—Sí —respondió Jude, y se sacó algo del bolsillo. Era una delgada alianza de plata. Un anillo de boda con tres piedras preciosas. Parecía que hubiera estado deseando que llegara ese momento.

Sostuve la mano izquierda sobre la suya y él situó la alianza frente a mi dedo anular.

—Estas piedras somos tú y yo, Luce, y nuestra pequeña —dijo—. La esmeralda es por tu fecha de nacimiento, el rubí por la mía, y la amatista por cuando se supone que nacerá ella. Quería que fuera algo especial, ¿sabes?

Había puesto el alma en ese anillo.

—Lo sé —respondí, y me esforcé por deshacer el nudo que se me había formado en la garganta—. Es muy bonito, Jude.

Me lo encajó en el dedo.

—Con este anillo, te desposo.

La alianza con las gemas correspondientes a los tres miembros de mi familia relucía sobre el anillo de prometida que había llevado en solitario durante tres años. Estaba contento de tener un compañero.

Tuve que enjugarme los ojos antes de cogerle la mano izquierda.

—El mío no está tan pensado, pero servirá. De momento.

—Servirá eternamente —aseguró, contemplando el anillo.

Cuando se lo deslicé en el dedo, me di cuenta de que era verdad. Le encajaba a la perfección.

—Con este anillo, te desposo.

El padre Joe nos miró, primero a uno y luego al otro.

—Y ahora, por el poder que Dios me otorga, yo os declaro marido y mujer. Podéis...

—Sí, padre —lo atajó Jude, y me rodeó con los brazos para atraerme muy cerca de sí—. Esta parte también me la sé.

—Sus labios cubrieron los míos, y me besó. Fue un beso parecido al primero que nos dimos, tímido y ávido, y a la vez daba la impresión de ser el último, lento y devorador.

Mi primer beso de mujer casada resultó ser bastante pasmoso, sí señor.

Los labios de Jude solo se separaron de los míos cuando nos vimos obligados a tomar aire.

—Por fin —dijo con un suspiro.

—Sí —respondí, y le besé la cicatriz—. Por fin.

—Felicidades —terció el padre Joe, todavía con aquel destello en los ojos—. Sed buenos el uno con el otro. —Nos obsequió con una última sonrisa y bajó del altar para salir de la capilla seguido de nuestro testigo silencioso.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté, tirando de él en dirección a la puerta—. Ahora que me has convertido en una mujer con honor, ¿qué es lo siguiente que tienes pensado?

—Seguramente tendríamos que conseguir el dichoso certificado oficial de matrimonio para que pueda colgarlo en la pared —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Nuestro matrimonio es todo lo oficial que tú y yo necesitamos que sea —repuse—. Claro que, bien pensado, un certificado de matrimonio enmarcado quedaría muy bien en el hogar de los Ryder. —Fuera cual fuese ese hogar, porque la verdad es que en ese tema estábamos todavía un poco verdes—. Pero cuando te he preguntado me refería a lo que haremos en las horas siguientes, no en los días siguientes.

—Entonces... ¿qué te parece si vamos a cenar a un buen restaurante? Con velas. Y una botella de champán —propuso, y se interrumpió enseguida—. ¿O mejor una botella de agua con gas?

Le empujé para que cruzara la puerta y lo arrastré tras de mí.

—Lo de la cena suena bien —dije, y tiré de él para que avanzara más rápido por el pasillo hasta que hubimos dejado atrás los ascensores y el puesto de enfermeras—. Pero tengo una idea mejor. —Me detuve frente a la última puerta del pasillo. Me colé dentro y di un vistazo rápido. Estaba vacía, y tenía pestillo, y una cama recién hecha situada junto a la ventana.

—Estoy totalmente abierto a nuevas ideas, Luce —dijo Jude mientras yo lo arrastraba dentro de la habitación—, pero ¿qué tiene que ver una habitación de hospital con tus planes?

Cerré la puerta por dentro y lo arrinconé contra la pared.

—Esto —dije, y lo besé. Con ganas.

—Sí que es una idea mejor, sí —repuso él contra mis labios ávidos. Tanteé mi blusa hasta dar con el dobladillo y me la quité sin desabotonármela—. Mucho mejor.

La siguiente prenda fue la camisa de Jude, y luego sus dedos jugaron con mi sujetador hasta desabrochármelo. Llevó las manos a mis pechos y los cubrió con ellas.

—Mierda, Luce. —Jude se apartó de mí, y bajó la vista a donde un momento antes tenía las manos. Abrió los ojos como platos—. ¿Qué narices significa esto?

—Estar embarazada tiene sus ventajas —dije, y bajé la cabeza para contemplar cómo mis garbancitos habían ascendido a la categoría de tetas gracias a que dentro de mí crecía un bebé.

—Joder, sí, ya lo creo —dijo él, y recolocó las manos en su anterior posición.

—Y también me excito más —añadí, guiñándole un ojo—. Y cuando digo que me excito más hablo de volverme loca, jadear y pedirte que me folles mañana, mediodía, tarde y noche.

—Si no me dejas entrar ahí enseguida, voy a emprenderla con algo —soltó, cogiéndome en brazos y yendo derecho hacia la cama—. Con las tetas grandes y ese vocabulario me estás haciendo una faena.

—Pues entonces date prisa —dije, y le besé el cuello mientras deslizaba la mano por dentro de sus pantalones.

—Mierda, nena. Hablo en serio —gimió cuando le rodeé el miembro.

—Yo también —repuse, y empecé a deslizar la mano arriba y abajo.

Entonces me tumbó en la cama y se colocó a gatas entre mis piernas. De repente, su cara adquirió una expresión seria.

—¿Podemos hacer esto? —dijo, con la respiración entrecortada—. Lo digo por lo del embarazo y tal.

Si no lo hacíamos, yo ardería en llamas de un momento a otro. Tiré del botón de sus tejanos para desabrocharlo.

—¿No te parece un poco raro tener que abstenerse de hacer lo que creó el bebé a causa del bebé? —Bajé la cremallera a toda prisa.

—Otra vez me parece que hablas en chino.

—Entonces cierra el pico y hazle el amor a tu mujer. —Agarré los tejanos por la cinturilla y se los bajé.

—De acuerdo. —Él deslizó las manos por dentro de mis braguitas y me las bajó. La falda tendría que quedarse donde estaba porque yo ya no aguantaba más—. A ver qué tal es la señora Ryder en la cama.

Se puso encima de mí, me rodeó con los brazos y se dejó caer poco a poco hasta pegar su pecho al mío. En su cara se dibujó una estúpida sonrisilla.

—Me parece que no me costará acostumbrarme a según qué cosas, Luce.

Subí las caderas hasta que noté la dureza de su miembro contra mí.

—Los parloteos me sobran. Follar no.

Su sonrisa bobalicona se transformó en otra cosa cuando empujó hacia mi interior. Yo estaba tan a punto que se deslizó hasta el final. Entonces bajó los labios a mi cuello y succionó mi piel sensible. Me torturaba con sus besos prolongados mientras evitaba cualquier otro movimiento.

—Sé bueno —dije, tratando de hacer fuerza con las caderas, pero me tenía inmovilizada. Estaba a su merced—. A fin de cuentas soy tu mujer.

Jude me dio un último beso en el cuello antes de situar el rostro frente al mío.

—Mirándolo así... —dijo, y me miró fijamente a los ojos mientras se deslizaba hacia atrás. Y justo cuando creía que iba a salir, volvió a entrar de golpe.

Estiré un brazo tratando de aferrarme al cabezal metálico en busca de ayuda. Al parecer, el aumento del apetito sexual conllevaba una cuenta atrás más rápida hasta alcanzar el orgasmo.

Con la otra mano le aferré la espalda y clavé los dedos mientras él subía y bajaba con movimientos rítmicos.

—No puedo más, cariño —gemí mientras él volvía a introducirse en mí; notaba el inicio del clímax.

—Yo tampoco —jadeó él, y retomó el ritmo hasta que mis suspiros y sus gemidos guturales fueron al unísono.

Entrelazó los dedos con los míos en el cabezal mientras yo me contraía a su alrededor.

Jude me rodeó con los brazos y se tumbó de espaldas arrastrándome consigo. Tenía la respiración tan agitada como yo, y nuestros pechos subían y bajaban al compás.

—Te quiero, Lucy Ryder —susurró, y me acarició la espalda con los dedos.

—Te quiero, Jude Ryder. —Levanté la cabeza para mirarlo—. Bueno... ¿Y qué tal es la señora Ryder en la cama?

En su rostro volvió a dibujarse la misma sonrisilla estúpida.

—De vicio.

Su brazo amortiguó mi risa.

—Mejor que mejor, ya que es a quien tendrás que hacerle el amor hasta que te quedes más arrugado que una pasa y te mueras.

—Estupendo —dijo. Parecía contento y satisfecho, y agotado. Una buena combinación.

—Así, señor Jude Ryder... —Levanté la cabeza de su pecho y, fingiendo que sostenía un micrófono, hablé en tono ceremonioso—. Ahora que con veintiún años está casado, prevé estar cambiando pañales antes de los veintidós, y acaba de celebrar la luna de miel en la cama de un hospital... —Sostuve en alto el micrófono imaginario—. ¿Cómo se siente?

—Como el tío con más puta suerte del mundo.

Me identificaba bien con esa sensación.

—Bien dicho —alabé—. Ha sido muy convincente.

Él me pasó los dedos por el pelo y me contempló como si para él fuera lo más especial sobre la faz de la Tierra.

—Sí que debo de ser muy convincente. Hace unos minutos te he convencido para que dijeras que sí, ¿verdad?

Pensé en todas las ocasiones en que había conseguido convencerme. Aquel primer día en la playa, cuando de buen principio me dije que no estaba hecho para mí, pero fui incapaz de mantenerme alejada de él. La mañana en que, al lado de mi taquilla de la escuela, me convenció para que lo acompañara a la fiesta de inicio de curso. El día en que me propuso que me casara con él en la línea de cincuenta yardas, enfrente de cincuenta mil hinchas. Y, por fin, el momento en que me había convertido en su esposa ante el altar, cuando me moría de ganas de darle el sí.

—Sí, Jude —dije—. Me has convencido.

Jude volvía a encontrarse en la línea de cincuenta yardas, aclamado por decenas de miles de seguidores, pero ya llevaba jugados unos cuantos partidos de la segunda temporada con los Chargers.

Yo seguía ocupando el asiento de la zona central delantera, y lo vitoreaba como todos los demás seguidores.

Pero esa vez tenía a nuestro bebé de seis meses jugueteando y balbuceando sobre mi regazo. No era de extrañar que la niña hubiera actuado con criterio propio a la hora de salir a conocer el inmenso mundo. A fin de cuentas era hija mía y de Jude. Nació con tres semanas de antelación, y no sé si en algún momento Jude se quedó sin respiración durante las doce horas de reloj que duró el parto, pero no se apartó de mi lado. Cuando por fin nació la niña, su padre apenas podía apartar los ojos de ella para cortar el cordón umbilical. Ese día derramó su segunda lágrima. Y también la tercera, y tal vez incluso una cuarta, cuando el médico dijo que nuestra hija estaba en perfectas condiciones de salud.

Después de terminar el primer semestre académico me trasladé a San Diego para estar junto a Jude. Para tener al bebé y planear nuestro futuro. Cuando nació, nuestra vida se convirtió en una locura, pero conseguí matricularme de algunas asignaturas en la universidad local que me servirían para mi licenciatura. Así que, aunque despacito, iba bien encaminada. El hecho de terminar la carrera era más bien una cuestión de orgullo y terquedad.

A nuestra hija le pusimos el nombre de Annalise Marie Ryder. Nadie de la familia se llamaba así; y tampoco nos matamos para buscar un nombre cargado de significado. Jude se prendó de él una noche en que estábamos consultando libros de nombres; y cuando digo que se prendó de él hablo en sentido literal. Si yo hubiera dicho que no me gustaba o que quería ponerle otro, seguro que habría cedido. Pero la gran cifra de parientes biológicos de Jude ascendía nada más y nada menos que a cero, así que se había ganado el derecho de llamar como quisiera a la pequeña que llevaría de por vida su ADN en la mitad de la sangre.

O sea, que la llamamos Annalise Marie. Se parecía a mí, pero tenía los mismos ojos grises de su padre, y a los seis meses ya ponía caras que eran increíblemente idénticas a algunas de Jude.

Y hablando del tal señor Ryder... Jude se situó en su posición, a punto para el lanzamiento. Yo estaba preparada para ponerme a dar saltos y a gritar con los siete kilos que pesaba Annalise en los brazos cuando alguien sentado a mi lado me dio unos golpecitos.

—¿Puedo cogerla yo, tía Luce?

LJ se había convertido en todo un hombrecillo en cuestión de un año. Holly y él seguían ocupando el antiguo piso de White Plains, pero ahora Thomas vivía con ellos. Hacía un mes que le había propuesto matrimonio y pensaban casarse en invierno. No nos veíamos tan a menudo como me habría gustado, pero unas cuantas veces al año se las apañaban para asistir a alguno de los partidos de Jude o para ir a jugar a la playa, y nosotros también hacíamos todo lo posible para devolverles las visitas.

—Claro, LJ —dije, y senté a Annalise sobre su regazo, aunque sin apartar demasiado las manos—. Sujétala bien porque no para de moverse, es un terremoto.

—Tranquila —respondió él, y la rodeó con fuerza por la cintura. Y ella, cómo no, se calmó al momento ahora que estaba con el tío LJ.

El clamor inundó el estadio desde el principio del juego hasta el fin. Para amortiguar un poco el ruido, Annalise tenía su propio gorrito de lana y lo llevaba puesto en todos los partidos. A diferencia del de Jude, el suyo era de color rosa. Y también tenía unas cuantas prendas de los Chargers que hacían juego con mi camiseta.

Me quedé sentada junto a LJ por si Annalise decidía saltarle de los brazos, y saludé con la mano a Sybill, que estaba batallando con sus cuatro retoños varias filas más abajo.

—Tengo que decirte una cosa, Lucy —empezó Holly, dándome un codazo desde el otro lado—. La casita en la playa que Jude te compró como regalo de boda es una maravilla, y Thomas, LJ y yo nos estamos planteando convertir la segunda planta en nuestra residencia permanente. Seguro que no os importa, ¿verdad?

Ya que habíamos empezado con los codazos, yo le propiné otro.

—No, no nos importa. Mientras LJ no se mee en todas las plantas y Thomas no vaya dejando los calzoncillos sucios tirados por ahí.

—Oh, oh, no creo que eso sea posible —dijo—. Ostras, estoy pensando que igual es mejor que me mude yo sola. Me eché a reír. Sabía que en parte hablaba en serio; no con respecto a dejar a LJ y a Thomas, pero sí en cuanto a mudarse. Siempre que venían a vernos se alojaban en nuestra casa, ya que teníamos espacio, y la playa en el patio trasero. Y la verdad es que con Holly, Thomas y LJ se cumplía el dicho de que cuantos más, mejor. Mis padres también se las apañaban para visitarnos unas cuantas veces al año. Por algún motivo, el hecho de tener un bebé en la familia resultaba especialmente estimulante. Como regalo de boda, Jude me había sorprendido entregándome las

llaves de la casita de la playa que yo quería alquilar para las vacaciones. Solo que en vez de tenerla alquilada, ahora era nuestra.

El año anterior habíamos podido pasar las vacaciones allí, y queríamos seguir haciéndolo. Jude había vendido su supercamioneta y había hecho reconstruir por completo su antiguo vehículo. Ya no podía decirle que tenía una tartana, porque era precioso.

—¿Qué tal te va con la escuela de danza? —preguntó Holly con la vista fija en el partido.

Jude había gritado tiempo muerto en el último minuto y estaba encajado en plena reunión con sus compañeros de equipo.

—Muy bien. Esta semana pondrán la tarima, y casi estará todo terminado —respondí mientras buscaba en la bolsa de Annalise el mordedor en forma de jirafa que tanto le gustaba—. Ya tengo unos cuantos alumnos matriculados.

—Pobrecillos. Teniéndote a ti de profesora, todos los días volverán a casa llorando —comentó, con una sonrisita de complicidad.

—Apúntate al grupo de adultos y ya me encargaré yo de que vuelvas a casa llorando —solté, y la obsequié con una sonrisita idéntica a la suya.

—Bah —dijo, y dio un codazo a Thomas, que estaba sentado a su lado—. Las mallas y las zapatillas de ballet les sientan mejor a los hombres.

—Pero luego la gente se cree que soy gay —soltó él, y la atrajo hacia sí para darle un buen beso en los labios. Me eché a reír y observé qué tal iba el partido. Habían salido de la reunión y se estaban situando de nuevo en sus posiciones. Como segundo regalo de boda, Jude había adquirido un viejo edificio abandonado en una zona muy bohemia de la ciudad, y me dejó al cargo del proyecto de restauración para transformarlo. Así que, a la vez que trabajaba para sacarme el primer semestre del curso, me ocupaba de construir una escuela de danza. Había hecho grandes progresos con el tema del dinero. Jude me había prometido que el dinero y la fama no lo cambiarían, y tenía razón. Seguía vistiéndose con las Converse y los Levi's, y bebiendo cerveza barata; pero lo más importante era que seguía mirándome como si fuera todo su mundo. Sus ojos seguían expresando la misma ternura cuando me decía «Te quiero», y no vacilaba a la hora de pararse en la carretera para ayudar a alguien a cambiar una rueda. O sea, que Jude seguía siendo Jude, y yo seguía siendo yo; y lo nuestro seguía siendo lo nuestro. Lo único que había cambiado era la cuenta corriente, tal como él me había prometido.

Además de animar a mi equipo favorito y cambiar pañales, seguía empeñada en encontrar un poco de tiempo para trabajar. Pero me di cuenta de que ya no lo necesitaba tanto por la cuestión de ser capaz de ganarme las habichuelas, sino porque deseaba hacer algo por mí misma. Al unir ese deseo con mi pasión por el ballet... nació el proyecto de la escuela de danza. El hecho de saber que tal vez algún día sería capaz de influir en una niña igual que madame Fontaine había influido en mí, me hacía sentirlo como la guinda de una tarta helada muy especial.

—Vamos, tío Jude —lo animó LJ, con cuidado de no gritar demasiado al tener a Annalise en brazos.

—Trae —dije, y me dispuse a coger a la niña—. Dámela a mí, y así podrás dar saltos y gritar para animar a tío Jude. Ya sabes que desde el campo puede oírte, ¿verdad?

—Sí —dijo LJ con aire importante, y me dejó que cogiera a Annalise.

—Ven, cielito. Vamos a animar a papá. —La besé en la coronilla y me puse en pie justo cuando el centro lanzaba el balón.

Jude ni siquiera intentó el pase, se abrazó a la pelota e hizo un sprint en dirección a la zona de anotación.

Contuve el aliento mientras el estadio estallaba en vítores.

Cuando llegó a la línea de las diez yardas, expulsé el aire.

Y cuando puso un pie en la zona de anotación, dio la impresión de que el estadio iba a hundirse con el fragor. Yo me limité a ponerme en pie y sonreírle. Seguía siendo todo un espectáculo verlo jugar.

Jude bajó el balón, se dio la vuelta y siguió corriendo junto a la línea de banda.

Chocó la mano con algunos de sus compañeros al pasar, pero no había quien lo parara. Cuando pasó frente a nosotros hizo una pausa y nos sonrió.

—Esto se lo dedico a mis chicas —dijo, levantándose el casco.

—Considéranos suficientemente impresionadas —grité, inclinándome hacia delante. Annalise no paraba de retorcerse buscando a su padre con la mirada. Sonreía y hacía burbujitas con la saliva, de emocionada que estaba.

—Ven, pequeña —dijo Jude, levantando los brazos. Se la confié a sus fuertes manos—. ¿Quieres verlo desde el mejor sitio?

Annalise se puso a mover los brazos con gran agitación. No cabía duda de que era hija de su padre.

—Vale, vale. —Jude se echó a reír y la atrajo hacia sí—. Pero antes necesito que tu madre haga una cosita por mí. Entonces esbozó aquella sonrisa suya que me provocaba un cosquilleo en el estómago y se me plantó enfrente con la cabeza ladeada.

Yo me incliné y lo besé; y, tal como había ocurrido la primera vez que hice aquello, el mundo entero se desvaneció a mi alrededor. Solo existíamos Jude y yo, y nuestra pequeña.

Era eso a lo que llaman un momento culminante.

—Te quiero, Luce —dijo, después de que Annalise colara su manita entre nuestras bocas. Había cogido el labio inferior de Jude y no pensaba soltarlo.

—Te quiero, Jude.

Él se dio la vuelta y volvió al terreno de juego con Annalise, y no se detuvo hasta que estuvo en el centro de la línea de cincuenta yardas. Entonces la meció en los brazos y dio una vuelta sobre sí mismo despacio. Los flashes de las cámaras resplandecían, los fans gritaban; aquello era una especie de anarquía controlada, pero yo sabía que para Jude en ese momento no contaba nada más que él y su pequeña.

Mirándolos tuve esa misma sensación. Estábamos en nuestra burbuja, una burbuja muy agradable. Mi vida no era para nada tal como la había planeado. Ni siquiera estaba cerca de serlo.

Era mil veces mejor.

Sybill tenía razón. Me sentía muy recompensada a pesar de haber sacrificado, o aplazado, algunas cosas para estar junto a mi marido y a mi hija. Aquel muchacho con el alma destrozada a quien conocí en la playa quedaba muy, muy lejos. Después de aquello vinieron la universidad y la liga nacional de fútbol, la boda y una hija. Habían pasado varios años. Pero alguna que otra vez, cuando Jude me miraba y me dedicaba aquella sonrisa tranquila y llena de complicidad, volvía a convertirme en aquella chica del escueto bikini negro que suspiraba por un chico que nunca creí que pudiera ser mío.

Si quieres saber más sobre *ellas.*

y estar informado permanentemente de cualquier

novedad, ahora puedes seguirnos en:

<http://www.facebook.com/ellasdemontena>

<http://www.twitter.com/ellasdemontena>

<http://www.tuenti.com/ellas>

Desde estas páginas podrás comentar los libros,

compartir opiniones, leer entrevistas de tus autores

preferidos, acceder en primicia a los primeros capítulos

y muchas sorpresas más.



También en la colección

ellas.
montena



Nicole Williams reside en Spokane, Washington, y ésta es su primera incursión en el mundo de la literatura juvenil. De pequeña creció leyendo clásicos como *Mujercitas* y *Orgullo y prejuicio* y hoy sus autores favoritos son Suzanne Collins, Stephenie Meyer y Sarah Dessen, entre otros.

Título original: *Crush*

Publicado por acuerdo con HarperCollins Children's Books, una división de HarperCollins Publishers, y con Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.

Edición en formato digital: julio de 2013

© 2012, Nicole Williams

© 2013, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2013, Andrea Montero Cusset y Laura Rins Calahorra, por la traducción

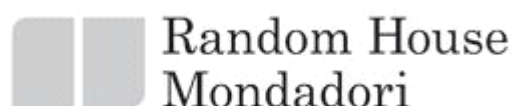
Diseño de cubierta: Judith Sendra / Random House Mondadori, S. A.

Fotografía de la cubierta: © Dave Wall / Arcangel Images

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9043-128-3

Conversión a formato digital: M.I. maqueta, S.C.P.



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Caballo de Troya, Collins, Conecta, Debate, Debolsillo, Electa, Endebate, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Nube de Tinta, Plaza & Janés, Random, RHM Flash, Rosa dels Vents, Sudamericana y Conecta.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:

Agustín de Betancourt, 19

28003 MADRID

España

Tel.: +34 91 535 81 90

Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.



Creado por AVS Document Converter

www.avs4you.com